Carlos Cañeque

Muertos de amor



Ángel Peláez es un hombre muy celoso. Desde que perdió el brazo en un accidente, y con el brazo su empleo de camarero en el Hotel Ritz, se pasa el día imaginando que Remedios, la Reme, su mujer, le traiciona con la mayoría de hombres que conoce. El carnicero, el librero que le recomienda a ella novelas de amor, el director de una asociación del barrio, todos son amantes potenciales que hieren la atormentada imaginación del protagonista. Un día la Reme, que trabaja de asistenta, acude a limpiar el apartamento de un joven catedrático de filosofía, un don Juan de la Barcelona posmoderna que colecciona fotos de todas sus conquistas y que está escribiendo un tratado sobre los celos. Entre ellos estalla una pasión arrebatadora que ambos van a percibir como un milagro. Un cuarto personaje observa los acontecimientos. Se trata de Jaume Corrons, el fanático seguidor del Barça que aparece casi toda la novela hablando desnudo con una prostituta.

Con un ritmo de creciente intensidad y un vitriólico sentido del humor, Carlos Cañeque escribe una novela a medio camino entre la parodia de las novelas rosas y el esperpento despiadado y alegre.

Carlos Cañeque

Muertos de amor



Título original: *Muertos de amor*
Carlos Cañeque, 1999

Revisión: 1.0
23/07/2020

A Ramón, Eduardo, Jesús y Raúl

A la Helen

Vitalidad del Amor: es cometer una gran injusticia
denigrar un sentimiento que ha sobrevivido
al romanticismo y al bidé.

E. M. CIORAN, *Silogismos de la amargura*

Con la mano izquierda dibujó sobre el mostrador una espiral con las gotas de líquido que había derramado al beber. Luego, con la derecha, levantó el vaso a la altura de sus ojos y a través del cristal vio al camarero deformado en el pequeño acuario azul del *gin tonic*. Compulsivamente, dio un trago profundo aunque sabía que eso podía llevarle a un nuevo episodio dramático que recordaría el resto de su vida. No le importó, como si la irresponsabilidad que el alcohol iba agregando a la noche desdibujara sus miedos, los transformara o los hiciera incluso atractivos. Entre balbuceos, pidió la cuenta resuelto a conducir su Porsche de segunda mano por las curvas de la Rabasada. A esta hora de la noche, la pista estaría libre y podría desahogarse con la velocidad.

Volvería a casa para poner los puntos sobre las íes: ¿quién era ella para darle ultimátums? Ya estaba bien de tantas amenazas. Tenía prisa por dejar las cosas claras. Tal vez ella le insultara o le lanzara a la cabeza la novela rosa que seguro habría estado leyendo hasta tarde. Por un momento presintió esa violencia física. Apuró el último trago y se quedó mirando los cubitos de hielo que bailaban en un tintineo cómplice, fatal, premonitorio. Recordó el resultado de sus pruebas de esperma realizadas una semana antes. Tampoco podría darle un hijo. Hasta la naturaleza parecía estar en contra de ellos. No tengo cambio, ya me lo pagará otro día, le dijo el camarero al ver el billete de diez mil pesetas que Ángel le mostraba. Se despidió con un alzamiento de brazo y, tras unos pasos inciertos, se paró a observar, en la claridad del fondo, a la mujer del camarero ayudando a vomitar al hombre que había estado bebiendo en silencio junto a él.

Fuera, la noche parecía una bendición. Iluminadas por la luna, más allá de la carretera, las copas de los árboles se extendían hasta perderse de vista y las pequeñas casas de Vallvidrera ponían

manchas espaciadas en una superficie oscura que iba a fundirse con las estribaciones del Tibidabo. Al sentir su torpe presencia, un perro guardián ladró amenazador tensando la correa que le unía a su caseta. Se aproximó al grupo de adelfas que separaban la gravilla polvorienta del pequeño huerto cultivado de la casa colindante. Desde allí, un anciano en pijama, sentado en una silla, contemplaba el horizonte. Detrás de él una mujer, con un batín rosa, le increpaba en voz alta.

—Que vuelvas a la cama; que te digo que no podemos comprar el coche. Que eres muy viejo, y además, ¡paralítico! Pero ¿es que no entiendes que acabarás dándonos a todos un disgusto?

Incapaz de comprender la situación de aquella pareja en el otoño de su vida, orinó con placer, sin atender a si se mojaba los pantalones y los zapatos. Luego suspiró satisfecho y buscó las llaves del coche en el bolsillo de la americana. Abrió la puerta y se detuvo unos segundos para sentir el aire fresco en la cara. Con el sudor, la camisa se había quedado adherida a la espalda. Se dejó caer sobre el asiento de cuero, cerró la puerta e hizo rugir el motor con orgullo. Aceleró y comenzó a conducir hasta llegar al *stop* de la carretera. Allí frenó en seco, haciendo caer algunas casetes. Un joven, que andaba con una bolsa por el arcén, le miró sorprendido, y él, desafiante, arrancó pisando el pedal con fuerza. El coche dio varios bandazos, chirriando escandalosamente en el silencio de la noche. Por el retrovisor vio al muchacho que desaparecía a sus espaldas entre el polvo. Pensó que, seguramente, ese muchacho deseaba poseer el símbolo que tenía entre sus manos. Se demoró en esa estela de sueños que dejaba tras de sí, como si la libertad que le daba el volante formara parte de un mundo onírico que le hacía inmune al peso de la realidad, al hastío y a la contradicción de vivir. Recordó el primer beso de la niña Reme, sus ojos enamorados y la boca risueña que ella abrió para él en aquel bosque de eucaliptus próximo a Huercal Overa. Pero ahora todo se había enfriado en ella, en sus ademanes graves y cautelosos, en sus silencios. Sólo el alcohol y el automóvil parecían capaces de paliar la hostilidad de su mirada, esa araña silenciosa que iba tejiendo una inmensa tela en algún espacio oscuro de su corazón.

El coche le transformaba en otro. Se imaginó en el *Rally* de Montecarlo, las cunetas repletas de aficionados saludando al

ganador. Imaginó la fuente de champán que la presión de su pulgar elevaría sobre las cabezas del público, la corona de laurel acariciándole el cuello, los *flashes* de los fotógrafos, los ojos admirados de la Reme, conquistada y seducida para siempre. Se imaginó también mientras escuchaba el himno nacional, arropado por los calurosos aplausos, con las manos alzadas haciendo el signo de la victoria y los ojos humedecidos por la emoción.

Con destreza, cambió de segunda a tercera, aceleró a fondo hasta la curva y ensayó el punta-tacón haciendo sonar las ruedas. Le pareció que conducir su coche por la calzada desierta era un placer sólo comparable al sexual. Ese coche con el que tanto había soñado y por el que tanto había trabajado, era lo único verdaderamente suyo. Había estado ahorrando más de cinco años, contra la opinión de la Reme, que lo veía no sólo un despilfarro económico sino también un peligro para la integridad de sus vidas. Estaba incumpliendo las promesas que le hizo el día en que por fin pudo poseerlo. Nunca conduciré bebido, le había dicho, te lo prometo por nosotros. Pero ahora todo le daba igual. Excitado, aprovechó una recta para poner una cinta de Camarón de la Isla. El aullido del gitano comenzó a sonar eclipsando en parte el sonido del motor. En una curva de noventa grados a la derecha, estuvo a punto de chocar contra la valla protectora.

Sonreía enajenado, apurando las rectas hasta el último metro, cruzando el coche sin reparar en la posibilidad de que alguien viniera en sentido contrario. Sobre la franja de árboles, el cielo empezaba a clarear y, al fondo, recortados por un Tibidabo y una torre de Collserola que aparecían y desaparecían fugazmente en los retrovisores, los tonos azulados se imponían sobre los oscuros.

Ya anticipaba el rostro iracundo de la Reme, cuando, de pronto, al tomar una de sus curvas preferidas, un tractor apareció como plantado en medio de la calzada. En ese instante en el que el accidente parecía inevitable, pudo dudar, sin embargo, entre apretar el freno o tratar de colarse por el exiguo espacio que dejaban entre sí el tractor y la valla protectora. Optó por esquivar la colisión frontal Con la inmensa mole amarilla, pero nada pudo hacer por evitar el impacto contra la valla, que cedió como un decorado de cartón. La caída sobre la pendiente de arbustos le produjo una sensación parecida a la que dejan las montañas rusas

de un parque de atracciones. La rápida sucesión de imágenes que las distintas vueltas de campana le obligaron a ver en las ventanillas, le hicieron creer que todo aquello era un mal sueño del que escaparía al despertarse. No fue así. Llegó el golpe seco, tremendo, contra el árbol que estaba allí para modificar su destino. Al golpe le sucedió un espectral silencio. Hasta el gitano se había callado en el aparato. Sólo una rueda silbaba levemente por inercia. Lo primero que pensó fue que no estaba muerto, que tendría heridas graves, pero que no estaba muerto. Trató de moverse, de quitarse el cinturón de seguridad, pero no pudo. Se hallaba aprisionado en el acordeón de chatarra en el que se había convertido el Porsche. Boca abajo, sintió un dolor insoportable en un brazo y la sangre tibia cayendo desde su pecho hasta su cara. Tras unos largos minutos pudo ver, a través de la informe ventanilla limpia ahora de cristales, la imagen borrosa de un mundo invertido. El cielo a sus pies y, abajo, el suelo y el pino arrancado de cuajo. También pudo observar la pendiente y la tierra removida contra la que la fuerza de la gravedad parecía querer aplastar su cabeza. Sumergido en ese miedo, creyó escuchar una voz. Después, una cara horrorizada apareció frente a él.

—No puedo sacarle, voy a buscar ayuda —le dijo un hombre muy grueso, justo en el momento en que una niebla aliviadora le hacía perder la conciencia.

Ya ha pasado casi un año desde que tu ve el accidente en el que perdí el brazo que truncó mi carrera de camarero de lujo. Parece que haya transcurrido mucho más tiempo desde ese día que me obligó a dejar mi trabajo en el Hotel Ritz. Seguramente me lo parece porque desde entonces soy un hombre consumido por la angustia de los celos. No puedo soportar la imagen del joven carnicero desnudo junto a mi Reme. Me torturo imaginándomelos abrazados, desnudos, entre los jadeos del placer, entre las miradas y las caricias que ese hijo de puta más joven y más guapo que yo prodiga en la espalda que conozco de memoria. Presiento entonces los gritos de ella en la cumbre de un gozo más intenso que el nuestro y la imagino envuelta en una magia que para nosotros ya quedó atrás. Siento un cosquilleo en la parte inferior de mis cojones, unas ganas de morirme, de sublevarme, de llorar, de matarla para que nunca más me traicione con otros, de bajar al bar y pedir un *gin tonic*, mandando a la mierda a los alcohólicos anónimos y sin tener en cuenta los problemas que ese *gin tonic* ocasionará en mi carácter contenido, amarrado, anclado en las arenas de la sensatez. Aunque este carnicero más joven y más guapo que yo nunca la querrá como yo la quiero. Eso es algo que puedo asegurar con la mano en el corazón.

Salgo a dar un paseo para ver si así puedo olvidarme un poco de estas imágenes que me atormentan, pero todo persiste en mi cabeza de forma hiriente y destructora. Ella sigue traicionándome con el carnicero y yo no puedo dejar de retener la secuencia de esa traición, el contacto de sus pieles ansiosas, las miradas enamoradas que me convierten en cornudo integral, absoluto; la mamada con la que ella endurece la polla de ese imbécil, hasta hacerle retorcer de gusto. Trato de impedir esa fiebre interna que me llevaría a darle una paliza a mi Reme, a llamarla putón verbenero, a matarla, a

violarla, a golpearla hasta convertirla en un objeto inerte, definitivamente incapaz de hacerme sufrir.

Tal vez en la cama le contará todas mis desgracias al carnicero, le dirá que no soporta follar conmigo, que le doy asco, que desde que perdí el antebrazo en el accidente tiene que pensar en otros para excitarse. ¡Qué horror! ¡No puedo resistir por más tiempo esta situación! Con demasiada frecuencia pienso que la única solución estaría en una pistola y en un tirito; o mejor dos, un tirito para ella y otro para mí, diestros, rotundos, en medio de la frente. Un tirito para ella y otro para mí; pero antes del mío, otro para el carnicero y otro para el mariconazo de José Luis. ¡Dios mío! ¡Qué pelmazo es este José Luis! Todo el santo día haciéndose el gracioso, jugando a dejar entrever sus complicidades con ella; todo el santo día hurgando en la herida que sabe que no puedo soportar: «Hola Ángel, dile a Reme que le pusimos falta en la reunión del jueves». Vete a la mierda, José Luis de las narices, si eres hijo de un albañil, ¿por qué te das siempre esos aires de pijo? Claro que ella es muy zorra y no deja de coquetear con todo bicho viviente, con esas sonrisas prometedoras que siembran ilusiones por doquier, con ese inclinarse a recoger cosas para que le miren el escote y la curva del trasero. Pero no debo comportarme como un policía, porque entonces no me aguantará y me abandonará para siempre.

Doctor, cada día está más rara y menos comunicativa. Cuando vemos la televisión, me da la mano como si estuviera obligada a hacerlo, sin cariño, porque toca, porque forma parte de sus *funciones* de esposa. Y luego se enfada cuando se lo hago notar: «Qué pesado, si no te gusta como soy, búscate a otra». También, cuando follamos (aunque no lo reconozca), noto que le repugna el contacto con lo que queda de mi brazo. Ella se esfuerza en que yo no piense así, y por ello me lo chupa y dice tonterías, como que lo siente en la boca como una inmensa polla… Pero estos gestos piadosos, lejos de aminorar mi desgracia, la aumentan. Hacen que me sienta como un mendigo que pide limosna a la salida de una iglesia. Todo se centra entonces en la ausencia de mi antebrazo, en este muñón que termina en esta especie de glande grotesco que ha destruido mi orgullo para siempre. Bueno, no nos pongamos tan trágicos. Sin un poco de humor no llegaremos a ninguna parte. Ahora mismo voy a bautizar el trozo de brazo que *nos* dejó a la

Reme y a mí. Un poco de agua bendita, unas palabritas en latín, dominus, dominum, dominii… Le podría llamar *Madrugador*, por su capacidad de haber llegado a la muerte antes que yo. Al desaparecer, *Madrugador* ha singularizado a su viva duplicación. Mi mano derecha, esta que me queda, ya no es mi mano derecha, es simplemente mi mano, la única que tengo.

Pero ¿quién me iba a decir que aquel muchacho al que deseaban todas las jovencitas de Huercal Overa acabaría por convertirse en esta sombra estremecida y triste que ahora soy? No puedo recordar sin nostalgia los días en que me veía a mí mismo como un don Juan de extraordinario talento. Qué lejanas me parecen aquellas dulces jornadas del comienzo del verano. Todas las niñas estaban loquitas por mí. Ya desde mi más tierna infancia me había convertido en el objeto de la mayoría de los suspiros del colegio de las teresianas. Llegó a correr el rumor de que, cuando yo besaba, la afortunada quedaba enganchada a mis labios, reducida, hipnotizada… y que perdía su personalidad: «Cuando Ángel te besa —oí decir una tarde escondido tras los cipreses del colegio a una regordeta a la que yo había besado una sola vez, y por compasión, en la mejilla—, el cielo se pone triste y el aire huele a jazmines». Manipulando mi propia imagen en ese inocente jardín de sueños, yo mismo escribía mensajes en los cristales de las ventanas del colegio o en el alto muro de la plaza del ayuntamiento. También envié anónimos en unos papeles que introducía en botellas que luego, sigilosamente, hacía descender con un hilo hasta el mismísimo patio. Tal como esperaba, esos mensajes generaban en ellas miradas ansiosas y ojos anhelantes. La mayoría eran frases absurdas, pensadas para ensalzar mis capacidades amatorias: «Ángel besa con el cuerpo del diablo y el alma de Dios», «Ángel, ¿seré merecedora algún día de tus ocasos?», «Ángel, no puedo vivir más tiempo sin el varonil impulso de tu aliento». Sí, doctor, fue en aquellos gozosos años en los que concebía el mundo como un juego erótico orientado hacia mí, cuando me sedujo la posibilidad de convertirme en el gran poeta sarcástico del amor. De hecho, gané el premio de poesía del ayuntamiento (años después me presentaría sin éxito a otros en Cádiz, Granada y Sevilla) con un poema cuyo título desconcertó a

todas: «Soy un idiota profundo». Pero incluso con ese decepcionante título, conseguí mantener encendida la pasión en aquellas jovencitas que habían crecido con mis anónimos, que habían soñado en mí convertido en su príncipe azul, rodeado de palacios y selvas recónditas, servido por hadas madrinas, duendecillos y otros personajes no menos entrañables de la infancia. Algunas de estas jovencitas —de carácter más lúcido y realista— descubrieron y valoraron en esa profunda idiotez que me atribuía en el título, un atractivo sarcasmo existencial. La Reme era una de esas muchachas, con la peculiaridad de que ya a los catorce años era una muñeca de una sensualidad, de una gracia en los andares y de una simpatía, que todos los obreros de la construcción, ya estuvieran colgados de un andamio, o picando sudorosos el asfalto ardiente, no podían evitar lanzarle piropos y obscenidades.

La verdad es que mi Reme es una preciosidad. Tal vez es incluso demasiado guapa. Ojalá lo fuera un poco menos. Seguramente, entonces no sufriría como sufro cuando se va a trabajar y me deja aquí solo, minusválido, en paro y negado a la posibilidad de mitigar la angustia con un solo *gin tonic*. He comprobado que follar con mi Reme disminuye mucho mi ansiedad. Todo el tiempo quiero follar con ella. Aunque lo hayamos hecho tres veces seguidas y aunque yo no pueda más, sigo insinuando los preludios del acto con un suave deslizamiento de mano hacia sus zonas volcánicas. Ella entonces se harta y me separa y me dice que sólo pienso en el sexo, en el sexo y en los celos. Sí, quiero poseerla enteramente, en cuerpo y alma; pero sus pensamientos se me escapan y no puedo controlarlos. Me gusta estar encima de ella, penetrarla, cabalgarla. ¡Cómo la poseo cuando se corre, cuando observo su cara arrugarse en el último grito! Entonces la siento mía de verdad, y tiendo a creer que me pertenece y que nadie podrá quitármela jamás. Yacer en la cama junto a ella después de una improrrogable actividad sexual es lo único que me relaja. Con frecuencia, para inmortalizar el acto, para revivirlo sin fin, planto la cámara de vídeo que todavía estamos pagando a plazos, salto sobre la cama y hago el amor con mi Reme hasta que mi miembro se queda flácido y definitivamente inútil. Luego paso a ser propietario de ese documento audiovisual que veré una y otra vez en mis horas de tristeza, ese documento que me permitirá reconocerme en la pantalla y que hará que sienta celos de

mí mismo, como si fuera el carnicero y no yo quien ocupa ese lugar en la cinta. Me convierto entonces en el cornudo que les mira en el cuadro luminoso, en ese mismo presente en el que ellos gozan y yo sufro, en ese mismo espacio que me excluye, que me hace sentir el odio en el estómago y el sabor de la venganza en la boca. Entonces quiero apagar la pantalla, pero me castigo a no hacerlo, me castigo a acercarme más, a masturbarme con la violencia que me provoca el escabroso laberinto mental en el que habito. Entonces comienzo a dar cabezazos contra el estucado de la pared y a morderme el brazo que me queda, el que sobrevivió al accidente de aquella madrugada en la que conducía borracho. Me muerdo con una fuerza que deja las huellas de mis dientes durante una semana. Tengo que hacer algo para detener esta tendencia autodestructiva. Ahora mismo voy a intentarlo dando un paseo. Con las llaves en la mano, con el abrigo en los hombros, me despido de la casa con dos últimas embestidas contra la pared, las más fuertes, las que casi me hacen sangrar la frente. Mi frente y mi cabeza, mi cabeza y mi frente, ¿serán éstas las únicas culpables de esta película que sólo puede terminar con el disparo tantas veces imaginado? Pero debo controlarme, por lo menos delante de ella, debo controlarme; nunca debe sospechar que he pensado en matarla, porque entonces se iría para siempre y yo no aguantaría el peso de su ausencia. Claro que si me abandonara, la podría ir a buscar con mis mejores intenciones y con una pistola… Por cierto, ¿dónde podría conseguir una pistola?

El problema, aunque ese torpe psiquiatra de la seguridad social no quiera entenderlo, es que la quiero con locura. Sí, ¿qué pasa?, tengo derecho a quererla todo lo que me dé la gana, nadie puede impedírmelo, para eso es mi mujer. El tiempo hace al cariño y el cariño hace al tiempo. Ese refrán no existe y es absurdo, pero me da igual. El caso es que la quiero con locura, aunque ella diga que hay amores que matan, aunque a veces consiga enervarme hasta lo indecible, sobre todo cuando empieza con ese rollo de que no tiene libertad para saber quién es y todas esas chorradas. ¿Acaso no le permito salir con Marta y sus amigas? ¿Pero qué le da esa puta que no pueda darle yo? Que me hable claro, que me diga la verdad, que me diga que le gustaría follar con el carnicero o con el imbécil de

José Luis; prefiero que sea sincera a que se invente cosas. Un cornudo consciente es siempre mucho más digno que un cornudo en la inopia. Sí, es verdad que la necesito, es verdad que no soporto quedarme solo en casa cuando ella sale a trabajar por ahí de *asistenta*, limpiando pisos de desconocidos… Necesito trabajar y ganar dinero para que las cosas vuelvan a ser como antes, para que mi Reme no tenga que estar todo el día fuera de casa, exponiéndose a que cualquiera termine intercambiando con ella los flujos del placer.

Dice el psiquiatra de la seguridad social que debería encontrar un trabajo lo antes posible. Y yo le respondo, apesadumbrado, en voz baja, doctor, que se la van a follar, ya verá usted como se la van a follar, me apuesto una cena en el mejor restaurante de Barcelona. Tal vez ya se la hayan follado y yo aquí, como un imbécil, hablando con usted. Mire, doctor, a lo mejor, mientras usted y yo estamos aquí, en este preciso instante, se la está tirando el carnicero o José Luis o el pedante de la librería de enfrente de casa que le vende esas novelas que le llenan la cabeza de pájaros verdes. No sabe usted lo que me duele pensarlo. Por favor, doctor, deme una pastilla que me permita salir de estos circuitos cerrados, que adormezca un poco la energía de mi dolorosa imaginación. Si no me da usted alguna pastilla soy capaz de hacer alguna tontería esta misma tarde. A veces me entran ganas de ir a partirle la cara a ese guapito del carnicero. Pero a lo mejor voy a la carnicería y resulta que él no está, que está desnudo, con ella, en la trastienda, culeándola como un cerdo, como un cerdo de los que descuartiza con el enorme cuchillo con el que me saluda su sonrisa excesiva y siempre hiriente. Doctor, estoy convencido de que como mi Reme siga mucho tiempo de asistenta, va a terminar asistiendo órganos masculinos. Ojalá me tocara la lotería, aunque sólo fueran dos o tres milloncejos. Entonces no volveríamos a estar separados nunca más. Siempre juntitos, juntitos como los matrimonios americanos que van a tirar la basura cogiditos de la mano. Nos compraríamos un bar y no nos separaríamos ni para hacer pipí.

No, un bar, precisamente un bar, no. En un bar sólo revolotearían moscones que estarían desnudándola todo el día con los ojos, y yo tendría que sufrirlo y no podría partirle la cara a nadie porque nos quedaríamos sin clientes y ella tendría que volver

a hacer de asistenta. Mejor un estanco, es más sobrio, más serio, más tradicional, más español. Ahora en los estancos venden tarjetas de metro y de bus y los papeles de la renta y *Polibix* y todo…

Voy a comprar un contestador automático para no estar aquí encerrado todo el día esperando las llamadas laborales que nunca llegan a producirse. Voy a comprarlo ahora mismo. La cartera, las llaves, el abrigo. Esta noche, entre sueños, mi Reme ha gritado algo así como «no puede ser». Igual, en su sueño, se lo estaba diciendo a José Luis o al pedante de la librería de enfrente. Entonces, la frase podría haber sido incompleta, podría haber estado situada en medio de otras palabras: «No, José Luis, amor mío, lo nuestro no puede ser, si se enterara Ángel nos mataría a los dos». Si al menos pudiera pensar en otras cosas, distraerme con los amigos, con el fútbol. ¿Distraerme? Sólo me faltaría distraerme… Alerta, alerta, Angelito, que te la van a pegar. Buenos días. Qué fea se está poniendo la señora ésta, cada día tiene la mancha de la cara más extendida. No soporto este aprecio excesivo que me dispensa la gente desde que perdí a *Madrugador*. Aunque ya haya pasado un año, todos se siguen mostrando pegajosos, ridículos, caritativos y piadosos. Sólo verme por la calle ya ponen cara de Teresa de Calcuta y cambian de acera para enrollarse como persianas conmigo. Aquí viene la pesada de la lechera. ¡Qué tía tan pesada!

—Hola, Ángel. ¿Qué, dando un paseíto?

Como siempre, no puedo evitar mi mala leche ni mi fina ironía de amputado bloqueado.

—Sí, voy a mover un poco lo que me queda de esqueleto.

Mira cómo se ríe ahora de verdad la muy puta. Todas las mujeres son muy putas, incluso las que no lo parecen, las mosquitas muertas, bueno, ésas, las peores. Es muy posible que la lechera se dirija ahora mismo a una cita desconocida para el lechero. ¿A ver? Electrodomésticos Corrons. Sí, seguro que este vejete vende contestadores.

—Hola, buenos días, ¿tiene contestadores automáticos? Uno sencillo, no quiero fax ni nada raro.

Es muy buena idea la del contestador. Así, de paso, cuando llame la madre de mi Reme, y yo esté cerca del teléfono y escuche su voz, no lo cojo, y ya está.

—¿Cuánto?, ¡qué caro!, y ¿es el más sencillo? Bueno, qué le

vamos a hacer, está todo carísimo.

Dos mujeres hablan detrás de mí. Parecen escandalizadas por la afición que han desarrollado sus hijos a unas cartas que venden en los quioscos.

—Mira —dice la más gorda—, al mío ya le he dicho que no voy a volver a darle ni un duro; todo se lo gasta en el Magic ése, en las dichosas cartas. Luego las vende o las cambia por otras. Algunas las llega a vender por treinta o cuarenta mil pesetas. Es una barbaridad, no sé a dónde vamos a parar.

—Pues el mío —añade la otra mujer, con un gesto de resignación—, me ha robado dinero, y ya le he dicho que está castigado sin ir al cine durante un año. ¡Con lo que le gusta a mi Jacintín ir al cine! Nada, pues no hay cine, se acabó el cine. Un año entero sin cine; y es que no puede ser, hombre, no puede ser. Y ahora también le ha dado por eso del juego del rol, y yo le he preguntado al director del colegio que quién les enseña esas cosas. Parece que eso del rol también es malísimo, pero malísimo, malísimo, malísimo…

—¡Huy!, eso del rol es lo peor que hay —interviene el *botiguer* mientras trae la caja precintada con el contestador automático—, en la televisión hicieron un reportaje y parece que pueden llegar a matar.

—Sí, eso del rol es fatal —coincide la mujer gorda, golpeándose la pechera como si se abanicara—, es como un juego de prendas de mi época, pero en peor. Hace dos meses se reunieron y a uno le tocó que tenía que matar a alguien, y bajó a la calle con un martillo y dejó a un pobre viejecito con los sesos fuera. ¡Qué juventud ésta, Dios mío! Y si luego los cogen, a la calle en dos días…

Jaume Corrons se detiene con la caja del contestador en las manos. Quiere hablar.

—Miren, les voy a decir una cosa: todo eso, digan lo que digan, no lo podría provocar nunca el fútbol. El fútbol, al lado de esos juegos de ahora, es una distracción muy sana. A mí, ya lo ven, me encanta el fútbol —señala dos banderines que cuelgan de la pared —. Soy un muerto de amor por el fútbol. El fútbol es precioso, es un arte, pero parece que la juventud de ahora quiere otras cosas.

Desde el otro lado de la tienda, un joven que está colocando unos televisores en el escaparate, discrepa con el *botiguer*.

—Señor Corrons, el fútbol no es tan inofensivo como usted dice. Piense en los treinta muertos del estadio de Heissel, o en los ochenta de Colombia. Además, el otro día en la radio escuché una de esas tertulias y un experto dijo que la violencia forma parte del fútbol. Y no sólo la violencia, también la picardía, las mañas y un sinfín de marrullerías que son parte esencial del juego. Por no hablar, señor Corrons, del alcohol. Piense usted que esa gente del estadio está casi siempre completamente borracha. Y es evidente que cuando la violencia y el alcohol se combinan, el resultado nunca puede ser muy bueno.

Hago un gesto señalando mi contestador y Jaume Corrons, que parece haberse olvidado de mí, termina de meterlo en una bolsa que me entrega. Saco mi tarjeta de crédito. Él sigue hablando. Me mira un momento para implicarme en la conversación. Por fin toma mi tarjeta, desplaza el carro metálico y comprueba la impresión en el papel. Luego me da un bolígrafo para que firme. Lo hago, cojo la bolsa y salgo de la tienda diciendo adiós.

Estoy contento con mi contestador, me siento como un niño con un juguete nuevo. Me acuerdo del día en que compré una agenda creyendo que iba a cambiar mi vida. Orden, orden, me repetía, a partir de ahora va a haber orden en mi vida, con este pequeño cuadernito podré encontrar un momento para cada cosa y situar cada cosa en su momento. Orden. Orden como el que observo ahora mientras vuelvo a casa: viviendas ordenadas, numeradas, autobuses que pasan a mi lado con recorridos y horarios fijos. Vehículos particulares registrados y perfectamente identificables por sus matrículas. Hasta los peatones circulan con tarjetas de identidad numeradas y llenas de información. Recuerdo que cuando me compré la agenda, puse cara de ejecutivo, me peiné para atrás y comencé a citarme con todos mis amigos con varias semanas de antelación. En alguna parte había oído decir que ser auténticamente libre tenía mucho que ver con la capacidad de concebir proyectos y programarlos en el tiempo: crear la realidad en lugar de sufrirla. También recuerdo a aquellos clientes del Ritz que, de pronto, justo cuando me inclinaba para llenar su copa con un vino de reserva especial, se sacaban una agenda de la americana y apuntaban un dato que les acababa de proporcionar otro comensal. Alguna vez descubrían que se habían dejado en el despacho el bolígrafo y yo les

tenía que prestar el mío. Ese detalle no siempre se reflejaba en las propinas.

Pero lo del orden no funcionó: después de un mes ya me había olvidado de que tenía una agenda que gobernaba mi vida, y no sabía en qué día estaba viviendo y, de repente, me daba cuenta de que el viernes 14 ya había pasado y que, por lo tanto, había plantado a aquel tipo moreno que me quería vender un Porsche Carrera para mi colección de miniaturas. Tal vez mi vida cambie más con el contestador que con la agenda, no lo sé. Obedezco al cambio de color del hombrecillo del semáforo y cruzo ordenadamente junto con los demás ciudadanos. Esta fila de seres disciplinados desfilando conmigo sobre el pavimento cebrado, atravesando justo por el sitio adecuado, es la imagen del orden que yo necesito. Contagiado por la fuerza de los viandantes, acelero el paso como si tuviese prisa por llevar algo de ese orden allá arriba, a mi casa, junto a mi Reme. Ya estoy cerca del portal. Ahora mismo voy a instalar el contestador, y si llaman para lo del trabajo en el *parking* de la calle Travesera de las Corts, que dejen el mensaje. Sí, que los que quieran dar trabajo al manco, dejen su vocecita grabada en la cinta. Por un momento pienso en ese hombre repulsivo que me entrevistó el martes para el puesto de recepcionista en el hotel de las Ramblas. Se le veía en la cara de ejecutivo barato lo que estaba pensando de mí. Me lo decía con los ojos: «Pero ¿cómo te voy a escoger a ti pudiendo elegir entre cientos de hombres con los dos brazos?».

Otro problema que nos hace diferentes a las demás parejas es mi esterilidad. Estoy convencido de que debí estropear mi semen para siempre en la adolescencia, de tanto masturbarme, desde que descubrí aquella tarde en el colegio lo fácil y barato que era ese placer elemental. Desde entonces, ya no pude dejar de ir al lavabo dos o tres veces al día, pensando en la profesora de música de la parroquia que me cogía la mano para seguir juntos el solfeo. ¡Solfeo le daría yo ahora si pudiera! Estaba como un tren. Aunque los médicos se empeñan en decir que mi semen es normal, que lo sigamos intentando, y que sólo tiene «un nivel de información genética algo turbio y asimétrico», yo sigo pensando que como mínimo es de baja calidad. De hecho, ya me lo dijo aquel médico tan antipático del hospital de Bellvitge: «Sus espermatozoides son

insuficientes, y, además, se mueven muy poco y es difícil que suban así por el útero», o algo así, no me acuerdo. Si al menos pudiéramos tener un hijo todo sería distinto porque entonces ella se quedaría más tiempo en casa y formaríamos una familia *equilibrada*.

¡Ojalá pudiera darle un hijo! Aunque no puedo descartar que si se quedase embarazada no fuera el carnicero el verdadero padre de la criatura. Sería repugnante ir comprobando cada día el progresivo parecido entre el niño y el carnicero, entre el niño y un cerdito… ¡Qué horror! Sí, doctor, lo sé, tengo que pensar en otras cosas. Bueno, vamos a intentarlo. Por ejemplo, me imagino un día en el campo: mi Reme está conmigo, lejos de la ciudad, lejos del carnicero y de José Luis y del pedante de la librería de enfrente. Me mira, me sonríe, acaricia la hierba húmeda, me dice algo un poco cursi sobre la leve rozadura de la brisa en su cara y el canturreo de un pajarillo que se acerca… Pero no hay remedio, lo ve, doctor. Yo estaba en el campo con mi Reme disfrutando del paisaje y de que ella fuera enteramente mía en la soledad de la naturaleza, y vienen ellos, la ausencia de ellos, sí, pero ellos. Doctor, y no sabe usted lo rarita que se está poniendo últimamente. ¿No le parece que debería traerla aquí un día para que usted la viera? ¿Que ustedes no son partidarios de introducir el discurso del cónyuge? Bueno, en ese caso, lo siento pero tendré que buscarme otro cocólogo. Uno madurito, serio, paternal. Desde luego no un psicoanalista argentino que acabara por convertirse en un manipulador de sus sentimientos, o hasta en un posible amante de diván… Doctor, por favor, no sea tan tozudo, sí, sí, vuelvo a pensar en que estoy en un soleado día de campo, qué pesado se está poniendo usted con lo del picnic, sí, sí, solo, con mi Reme; pero ve, otra vez sucede lo mismo: ni el silencio casi perfecto, ni la brisa acariciando su piel, ni el canturreo del pajarillo son suficientes para que me olvide de la amenaza de un amor alternativo al mío.

Tal vez ese amor que tanto temo la haría más feliz que yo. ¿Seré yo un tipo insoportable? ¿Seré yo el que está destruyendo nuestra relación? Es increíble, doctor, con lo que la quiero. ¿Que si tengo detalles con ella? Mire, si pudiera permitírmelo la agasajaría con miles de regalos y tiraría la casa por la ventana a diario. Por desgracia, sólo puedo estar a la altura de su belleza en contadas ocasiones. El día de su último cumpleaños le dije, Reme, ponte

guapa que lo vamos a celebrar por todo lo alto. Después de pensar en otros lugares —con un doble sentimiento de nostalgia y de humillación, mis antiguos compañeros me verían comer con un solo brazo—, decidí invitarla a cenar al Ritz. Ella se puso guapísima, parecía una princesa. El traje negro que compramos en Pryca parecía bueno, la bisutería de *todo a cien* brillaba como un lucero en sus lóbulos, y hasta su bolso de *Vicenticas* resultaba igual que los de cocodrilo. Pero ya no estaba Robles, ni Luisito Sanjuán, y nos tocó un camarero inexperto que servía fatal y que casi le tira la sopa de pescado encima del vestido. Ya desde el *cocktail* me entraron ganas de levantarme, de ponerme mi antiguo uniforme blanco y de servirla con la consideración que ella merece. Ay, doctor, no sabe usted lo que la quiero, no lo sabe usted bien… Ah…, éste es el nuevo inquilino del tercero primera. Qué sujeto tan raro. Es casi albino y con esa barba y con esa cara de loco… Es como si fuera por la vida disfrazado de lunático. Caramba, al pasar por su puerta me fijo en la placa que ha clavado.

Antonio Soler Moreno
Doctor - Parapsicólogo
Psicocientífico.
(Consultorio sentimental)

¿Podrá este individuo desvelarme el destino que tanto temo? ¿Será acaso un vidente más *clarividente* que el psiquiatra de la seguridad social? Siento una repentina curiosidad por ser parapsicoanalizado por este más que probable chalado. Monto el contestador en un periquete y voy a ver si me da hora para esta misma mañana. A lo mejor me puede visitar antes de que vuelva mi Reme y me dota de unos poderes paranormales que me permitan afrontar el peso de sus silencios y sus mentiras. Hoy ha ido a trabajar a un nuevo piso. Por supuesto, telefoneé a la agencia y pude averiguar que en ese piso vive un hombre. ¿Será un hombre joven, soltero y más guapo que yo? Tan pronto la oiga hablar de él me daré cuenta de si le puede llegar a gustar. Creo que si se trata de un joven soltero y guapo, lo mejor será que me niegue con rotundidad a que siga trabajando allí. ¿Cómo va a ir mi Reme a trabajar a casa de un joven soltero y guapo? ¡No, ni hablar! Pero

seguro que si me niego me dirá que se trata de un piso muy pequeño, y que el *señor* paga bien y que ella lo hace en un momento, y entonces me tendré que resignar a la amenaza de otro aspirante a gozar de los encantos de su cuerpo.

Tal vez si ella perdiera un brazo, o una mano, o tan sólo un par de dedos, ya no resultaría tan atractiva y yo no sentiría tantos celos. Podría amputarse algo para solidarizarse conmigo. Sería un gesto de entrega que yo tendría en cuenta para el resto de nuestras vidas. Si hiciera algo así por mí, no dudaría nunca más de ella. Le daría lo que necesitase, mi riñón, mi hígado, mi córnea, mi corazón, mi vida, lo que fuera. Ahora que pienso en dar y en recibir órganos, recuerdo que, después del accidente, consideré la posibilidad de comprarme un antebrazo artificial. En el hospital me indicaron varias tiendas especializadas en prótesis y descubrí que había verdaderas virguerías. Los antebrazos más baratos carecían de articulación en la muñeca, y la grimosa mano de serie era, se diría que adrede, repulsiva. Los de precio medio se articulaban en una especie de garfios en forma de dedos metálicos. Pero los que más me impresionaron fueron los antebrazos más caros, los de última generación. Se implantan quirúrgicamente en el paciente, conectados con las terminales nerviosas. Lo malo es que hacía falta un largo curso de aprendizaje —y grandes dosis de esa voluntad que a mí siempre me ha faltado— para moverlos con destreza. En la tienda había un colega manco que realizaba exhibiciones para demostrar lo que podían conseguir aquellas manos milagrosas. Al final de su actuación, con esa coña ácida que sólo tenemos los tullidos, incluso se sacaba delicadamente un moco de la nariz, que quedaba enganchado a una uña sintética perfectamente anclada en su meñique. ¡A las manos!, decía eufórico el vendedor manco con una sonrisa de mago. Pero luego pensé que a mi Reme no le gustaría la textura de esa mano de látex aplicada a sus partes sensibles, ni a mí llevar todo el día ese pobre sustituto de *Madrugador*. Desgraciadamente, creo que la única artificialidad posible en mi cuerpo sería la de la bala que tantas veces he presentido en mi sien: ese dolor seco, intenso, capaz de terminar con todo. Ese alivio del apagón, del fundido de plomos general que me libraría de mis pensamientos, que me haría pasar a mejor vida, a ser nada, a convertirme en un cadáver con una carta en la mano

que dijera: «Reme, perdona, no lo he podido soportar, te quiero demasiado. Ahora ya puedes entregarte a ellos».

Gabriel Cavestany es alto y delgado, como lo fue su padre. Ha cumplido ya los cuarenta y seis años, aunque su cara, detrás de las enormes gafas de diseño, puede resultar algo infantil. En la herrumbre de sus ojos se adivina una incorregible propensión al mito y a las ideaciones fantasiosas. Desde hace ocho años es catedrático de filosofía (hegeliano heterodoxo) y ha publicado varios libros reconocidos por sus colegas. Sin embargo, las principales medallas de su vida se las ha puesto él mismo frente al espejo, tras la ansiosa y rutinaria conquista de un montón de señoras apetecibles, y después, en su casa, en la comodidad de su sillón, recordando complacido los momentos del envite y pegando las fotografías de las presas en un álbum que empezó, recién cumplidos los veinte y que sería, con *La fenomenología del Espíritu* y la cajita de marfil que le legó su madre, lo único que salvaría de un naufragio.

Aquella mañana se sentía feliz. Le parecía oler en el aire (en el polen, ésa era su descabellada teoría) una fructífera jornada para el amor. Suspirando, abrió de par en par la ventana de su habitación. En la cocina alguien estaba trajinando con los cacharros. Era de esperar que la nueva asistenta encontrase lo que le hacía falta. La verdad es que al abrirle la puerta, sin gafas y dormidísimo, sólo había sido capaz de mascullar un buenos días e indicarle dónde estaba la cocina. Era cuestión de pedirle que le preparase un café y de hacerse un poco el simpático. Lástima que Consuelo, tras seis años de abnegadas tareas domésticas, hubiera decidido jubilarse en su villorrio de Cuenca.

—Perdona —dijo Gabriel— ¿cómo me has dicho que te llamas?

—Remedios, Remedios Rodríguez Alcázares, aunque todos me llaman Reme.

—Ah sí, Reme… Muy bien…, Reme, voy a vestirme y se me ha

estropeado el contestador. Por favor, si me llaman, pregunta quién es y coge el recado. —Después hizo una pausa, como recordando algo—. Bueno, excepto si llama un señor, Enrique Goliar, ¿lo recordarás? Goliar. Entonces me avisas.

Ella sonrió con timidez y contestó:

—Sí, lo recordaré.

Gabriel reparó de pronto en los atractivos de la asistenta, en sus contornos finos y curvosos, en el encanto de su acento andaluz, en sus ojos verdes. Para trabajar se había puesto una bata de tirantes a cuadros que se ceñía perfectamente a sus caderas y a sus senos, haciéndolos más evidentes y hermosos. «¡Qué bombón de tía! —pensó Gabriel—, y además parece tan ingenua». Le resultó un poco extraño que una joven como aquélla se dedicara al trabajo doméstico. Cuando pudo dejar de mirarla, se peinó con la mano el largo mechón que le caía sobre la frente, y se dirigió a su habitación. Allí, como hacía muchas otras mañanas, pinchó en el tocadiscos la canción de Billie Holiday *I'm a Pool to Want You*. A continuación se duchó, puso en su cuello unas gotas del último perfume que había traído de París y apagó el ordenador en el que había estado trabajando hasta las cinco de la mañana. En la ventana, observó las nubes blancas sobre el Tibidabo y, con el dedo índice, se acarició la verruga del cuello. Luego fue a mirarse en el espejo del baño. Sonrió y mantuvo la sonrisa de forma algo artificial, como si posara para una foto. Se concentró en decidir el tono preciso de la corbata que encajase con su americana. Buscó en el armario del vestidor una negra con pequeños motivos geométricos y volvió a posar frente al espejo. Como la camisa, los pantalones y la americana serían negros, era de toda lógica que la corbata también lo fuera. Se la ajustó al cuello y comenzó a ensayar su gama de muecas seductoras. La ocasión, consideró, requería un atuendo elegante, desenfadado pero elegante. Se trataba del acto de presentación de la última novela de Jacinto Camacho, el único novelista español que arrollaba en todo el mundo, tan adulado por los medios de comunicación como detestado por el resto de la tribu editorial. No es que a Gabriel le hiciera especial gracia el evento, pero tenía que ir; en esas ocasiones, es conveniente dejarse ver, además del atractivo que supone codearse un par de horas con los escritores de la ciudad, todos ellos con unos dientes larguísimos, el

ceño a duras penas contenido por la sonrisa falsa y con una misma envidia en forma de hongo sobre sus cabezas, apuntando a Camacho. Claro que en el caso de Gabriel, esas envidias, esos odios, iban acompañados de un soberbio desprecio, casi exultante, que amortiguaba balsámico su propio descontento. «Al fin y al cabo —se dijo mientras se retocaba el nudo de la corbata—, Camacho practica un género facilón; sus novelas se vertebran a partir de sentimentalismos complacientes (si es que a esos textos se les puede atribuir alguna vertebración) y de ritmos veloces que canalizan la trama hacia la fatalidad de unos personajes esencialmente estúpidos. Son novelas que más parecen culebrones televisivos que cualquier otra cosa». «Además —pensó con una mezcla de desdén y orgullo malsano—, la novela es un género bastardo, lo mío es la prosa ensayística, la prosa ensayística que comienza en Platón». Después de recortarse las patillas con tiquismiquis de marica, volvió al dormitorio y, entre los papeles amontonados en la mesa del ordenador, buscó con impaciencia la invitación de la editorial Galaxia. Quería cerciorarse de que el título de la última novela de Camacho era el que recordaba. Efectivamente, lo que sería un éxito de ventas asegurado en todo el mundo, se titulaba *Víctimas del desamor*. Sonrió con displicencia al leer, en letras con relieve que destacaban en el texto: *Se servirá caviar ruso y champán francés*. Lo del relieve debía de ser para ayudar a los ciegos, en el mundo editorial hay más de uno, pensó.

La voz de la Reme lo sustrajo de esas elucubraciones:

—Señor Gabriel, es Enrique Goliar.

Se acercó a ella, tomó el inalámbrico y comenzó a andar por la habitación, tras indicarle con un gesto amable que podía volver a lo suyo. La chica, constató complacido, se había quedado bastante sorprendida ante la decoración de su cuarto, con las paredes llenas de libros hasta el techo, el enorme tablero de cristal sobre caballetes Leonardo y la cama de Ronald Gaal —un poco demasiado baja— que tan buenos resultados le daba. El filósofo reconocía que, a primera vista, haber juntado en una habitación despacho y dormitorio era poco convencional, pero de esto se trataba; se sentía muy satisfecho de haber hecho tirar el tabique anticipándose a los modernos *lofts*, casi tanto como de haber sabido combinar —los consejos del decorador habían sido útiles— el peculiar color azul

Ampurdán en las paredes (un toque planiano o del país) con la butaca de Le Courbusier, las lámparas de acero cromado, la litografía numerada del retrato de Hegel enseñando en Jena y aquella amenazante escultura de Xavier Corberó en que había consumido tres pagas extras. Una buena inversión para la mirada anhelante de las chicas, y ahora Reme, al retirarse, estaba sin duda impresionada.

Esperaba que el tartamudo Goliar fuera capaz de precisarle más detalles de la conferencia sobre Hegel que tenía que dar en unos pocos días en Rio de Janeiro. De vez en cuando, fiel a sus costumbres, se rascaba la entrepierna.

—Hola, soy Go Go Go Goliar. Mira, al fi fi fiiiiinal, Parrados va a hablar sobre la con con cooooonciencia desgraciada. García de Pablos me ha llamado y me ha preguntado si tú po po po pooooodrías dar la conferencia sobre otra cosa.

—¿Parrados? Pero si se supone que *la conciencia desgraciada* es mi tema.

—Bueno, meeeeee ha pre pre preguntado que si lo po po po podría cubrir él, que está trabajando en un artí tí tí tí culo y que lo tiene muy freeeeesco.

—Bien, lo que queráis, al fin y al cabo… pero entonces ¿de qué queréis que hable yo?

—Pues de aquello que publicaste te te eeeeen la revista Espi pi piiiiiritu Absoluto, de los desdoooooooblamientos de la razón.

—¿Tú crees? Eso lo escribí hace muchos años. No está actualizado y…

—Es igual hoooooombre, si a e e e ellos les da igual. Éstos de la Universi si si sidad de Ipanema son unos frívo vo volos de co co co cooooojones. Son cuatro mafiooooosos que montan lo del congreso de Hegel pa pa paaaaara impresionar a sus amiiiiiiguitos de la playa y para conseguiiir dinero de inveeeersoreees privados. Mi mi mira, sólo te te te teeeeee di di di digoooooo que el ca ca caaatedrático de metafísica es un mulaaaaatitito to to tooooo que hizo la la la laaaa tesis sobre la lógica me me metaaaaafísica en la ma ma ma cumba. Fija te te te tú, en la ma ma ma cuuuuumba…

Con el índice, el filósofo hizo resbalar sobre su nariz las grandes gafas de diseño.

—Bueno —añadió—, de acuerdo, pero no me lo cambiéis ya más

veces.

—No, no, ya no habrá más ca ca caaaaaaambios… Ah, y ¿tieeeenes ya el billete?

—Sí, me lo envió Margarita la semana pasada.

—¿Sabes que vamos a estar en un hotel co co cooooooojonudo?

—Sí, Margarita también me lo dijo, la verdad es que tengo muchas ganas de tomarme la primera *caipirinha*.

—Tú conoces bien Brasil ¿ver ver veeeerdad?

—He estado varias veces, sí… el clima, la simpatía, las brasileñas…

—Sí, ya me han llegado alguuuunos comentarios. Tienes fama de gran con con coooonquistaaaador.

—Las famas hay que cultivarlas, Goliar, si no se debilitan, je, je, je.

Se despidió y, tras apuntar en su agenda electrónica los cambios de su conferencia, sonrió con vanidosa malicia, pensando en que el arrollador Camacho no tendría ni la más remota idea de lo que son «los desdoblamientos de la Razón». Seguro de su solidez intelectual, imaginó que lo más probable era que el novelista no hubiese leído a Hegel y que, de haberlo hecho alguna vez, redujera su pensamiento a dos o tres estereotipos sin la más mínima *substantia rationalis*. «¿Qué pensará ese incapacitado intelectual de mí? —se preguntó, de nuevo frente al espejo, mientras se aplicaba minuciosamente una crema hidratante en la frente—. ¿Sería sincero el día que me dijo que había leído mi ensayo *El dilema de la autoconciencia en la posmodernidad* y que le había gustado “muchísimo”? A lo mejor no era tan tonto como él creía. Pero entonces, ¿cómo podía escribir esas empalagosas novelas? Tan tonto no debía de ser cuando había conseguido convertirse en uno de los autores más vendidos en todo el planeta, en una verdadera estrella mundial. Quizás los tontos eran los lectores y Jacinto Camacho se tronchaba a su costa, Maserati va, rubiaza viene… Claro que Gabriel no pretendía eso, estaría arreglado si lo pretendiera. Al filósofo le resultaría imposible alcanzar aquel grado de vulgaridad estética e intelectual. *Víctimas del desamor*, ¡vaya estupidez!, un escritor vulgar para una editorial vulgar. ¡Y los de Galaxia intentando impresionar de nuevo a todos con sus fastos, con su champán francés y sus canapés de caviar ruso!» «¿Qué pretenden? —barruntó mientras vertía unas gotas más

del perfume parisino en su cuello—, ¿decirnos que el trabajo que hacemos en España no va en serio, que por eso no salimos más allá de los Pirineos? ¡Cómo les ha afectado el dinero a estos chicos de Galaxia!» —ahora Gabriel se miraba de perfil, los ojos entornados, había abierto el grifo para que el agua arrastrase los restos de pelos y cremas—. Son capaces hasta de creerse que con Camacho tienen a un futuro premio Nobel. Ni los fenicios. Y es que en este país no hay nada que hacer, España es un país sin remedio; hasta los ineptos de los periodistas que siguen a Camacho están empezando a hablar de un «considerable fuste literario que recuerda a la novela del XIX». Será por el peso. ¡Imbéciles!

El disco de Billie Holiday había terminado. En su lugar puso *Whatever Hajrpenned to Love Songs*, de Bob Dorough. Vitalizado, recordó la tarde y la mujer que esa música le evocaba y, con un balanceo desdeñoso —adquirido a fuerza de imitar, hacía ya bastantes años, los contoneos de los actores de las películas del Oeste que ponían en el cine Adriano— se dirigió a la cocina. La Reme estaba guardando la fregona y el cubo en un armario. De espaldas, ella no había advertido la presencia de él, quien no pudo evitar fantasear durante unos segundos con esas redondeces que le ofrecía el presente. Vaya geografía, niña. Y perfiló, con la precisión del esteta, la imagen de los dos desnudos en la cama de su habitación. Esa agradable sensación le llevó a pensar en la posibilidad de que el encuentro se produjera algún día, tal vez pronto. No tendrá ni veinticinco años, calculó con cara de diestro don Juan, sería como hacerlo con una estudiante de doctorado, pero en un intercambio menos comprometido, más salvaje. «Además —se dijo torciendo una expresión piadosa—, resultaría edificante averiguar si es verdad eso que dicen de que en la cama todas las chachas huelen al mismo perfume barato». —Reme, siento las prisas, me voy a la presentación de una novela. Si llama alguien, di que volveré a las cinco.

—Sí, yo le dejaré escrito aquí, en este papel, todos los mensajes que…

—No, por favor —interrumpió el filósofo—, no me llames de usted… Llámame Gabriel, que no soy tan viejo…

—No, no tienes nada de viejo, Gabriel —agregó la Reme bajando su mirada en un espontáneo ademán de vergüenza—. Una pregunta

—ahora era coqueta, juguetona, infantil—, usted… bueno, tú, eres escritor, ¿verdad?

—Sí, en realidad soy filósofo, escribo ensayos y doy clases de filosofía en la universidad. Soy catedrático de metafísica.

—Ya me lo dijeron en la agencia, pero de todos modos lo hubiera adivinado, con tantas estanterías y libros por el piso. Es que a mí me encanta leer —dijo la Reme mordiéndose ligeramente el labio inferior.

—¿Ah, sí? —preguntó él, sorprendido de que una chica de servicio pudiera leer algo. Luego pensó en el *Pronto* y en Corín Tellado y respiró—. ¿Y qué lees?

—Lo que me cae en las manos, cualquier cosa, pero sobre todo novelas, novelas bonitas, como las de Jacinto Camacho.

—No me digas, ¡Camacho! ¿te gusta Camacho?

—Sí, me encanta —contestó la muchacha con un parpadeo de destellos en sus ojos verdes.

—Qué casualidad, mujer. Lo que son las cosas. Ahora mismo voy a la presentación de su última novela. Organiza una celebración por todo lo alto…

—¡Oh, qué suerte! ¡Debe de ser una fiesta como las que salen en la tele! ¡Me encantaría ir! Yo he leído todos sus libros, desde el primero hasta el último, son tan bonitos…

—Pues vente conmigo —dijo Gabriel, aunque inmediatamente se arrepintió de haberlo dicho, al toparse con la imagen comprometedora que podría resultar de ir con una chica de servicio a un acto social en el que estaría todo el mundo. A saber en qué quedaba cuando se quitase el delantal y las alpargatas. Por otro lado, pensó también el filósofo, aunque ya casi se había olvidado del *asunto*, había quedado citado con Elena.

—¿Yo? —ella rió, la verdad es que tenía una risa preciosa, debía de ser eso que llaman una risa cristalina, adjetivo que Gabriel no había entendido nunca—. Me encantaría ir, pero ¡yo en un sitio así! Me moriría de vergüenza. Seguro que están los del Tele Rosa… No, no puedo, está todo el trabajo por hacer… Además, tengo un marido que si no llego pronto a casa se pone fatal… Es muy celoso, mucho… un caso…

—¡Qué curioso! ¡Un marido celoso! Con la de Camacho, ésta es una segunda coincidencia entre nosotros. En estos momentos estoy

escribiendo un ensayo filosófico sobre la celotipia.

—¿Sobre qué? —preguntó ella algo desconcertada.

—Bueno, sobre los celos, sobre los celos enfermizos.

—Como de enfermedad, ¿eh? ¿Eso es? Pues de eso te podría yo hablar mucho, Gabriel… Mi marido es muy, pero que muy celoso. Se pasa el día pensando que los hombres me persiguen, que tengo citas a escondidas, que me acuesto con cualquiera; a mí me está poniendo mala…

La forma que tenía ella de hablar y mover las manos le parecía cada vez más atractiva.

—Y para mí que algo malo va a pasar porque yo veo que hay, ¿cómo te diría?, una especie de evolución, que la cosa va a más, como las infecciones ¿Me entiendes? ¡Ay, no sabes lo celoso que llega a ser! Se sienta en el sofá de una forma que parece un viejo de noventa años, y me mira desde allí, en silencio, como acusándome de algo. Y a mí eso me angustia muchísimo. El pobre está enfermo de la cabeza; no lo digo por faltarle, sino porque va a un tratamiento y se lo han diagnosticado —dijo esta palabra despacio, para no equivocarse—, va todas las semanas a ver a un psiquiatra de la seguridad social, que yo no sé qué le dirá, pero no le sirve de nada. Y eso que es muy inteligente. En el pueblo decían que podía llegar a intelectual, y habla muy bien. Antes leía mucho. Si le conocieras te daría para escribir muchos libros, te lo aseguro. El pobrecito es un caso, pero a mí me da lástima y en el fondo es bueno… Tuvo un accidente y le tuvieron que cortar un brazo, por el codo, y perdió el empleo de camarero en el Ritz. Desde entonces se queda en casa y… No sé; a veces me da hasta miedo.

Gabriel, simulando no tener prisa, dejó la gabardina sobre una silla metálica y se recostó contra la pared. La historia pintaba interesante, ya no sólo por la chica, que hablaba a trompicones como si necesitara explayarse —se había ido sofocando con la explicación y aún estaba más guapa— sino porque podía enriquecer y hasta proporcionar algún que otro dato empírico a su tema actual. Ninguna información es desdeñable. Trabajo de campo, como dicen los sociólogos. Ella se había callado, aunque respiraba arrítmicamente. Gabriel intentó reavivar la charla no sin antes adoptar gravedades de científico.

—Eso que me dices resulta inquietante, una pena. ¿Y tu marido

no tiene aficiones, distracciones, amigos?

—¿Amigos? No —la Reme casi dio un respingo—, no tiene amigos, los que tenía los perdió porque pensaba que todos se acostaban conmigo. ¿Amigos? ¡Qué va, no te he dicho que el pobrecito se queda todo el santo día en casa pensando en que se la pego con todo el mundo…! Antes tenía pasión por los coches, y por el alcohol… como que creía que así se llegaba a señorito…, me lo soltaba cada vez que yo me enfadaba, Reme, éste es un país de oportunidades, como dicen de América, piensa de dónde salimos y ahora yo puedo tener un cochazo y tomarme copas de dos mil pesetas… El accidente lo tuvo con un Porsche que se compró de segunda mano y que había sido la ilusión de su vida, un día que había estado bebiendo hasta muy tarde. No, te digo que es un verdadero panorama el mío. A veces pienso que mi vida se parece a una novela de Jacinto Camacho.

—¿En qué se parece tu vida a una novela de Jacinto Camacho?

—En que yo sufro mucho y ellos, los personajes de esas novelas, también. Yo sufro mucho porque mi marido me está volviendo loca, y tengo dudas y contradicciones… y ganas de mejorar, de conocer gente, de hacer cosas, como la protagonista de *Sed de tu cuerpo*, que de pronto se marchaba al África porque quería encontrarse a sí misma… Pero claro, ella era libre, y huérfana, y tenía mucho dinero en el Banco… No sé, me da lástima, de verdad, porque cada día está peor… Y yo temo que vuelva a beber… No sé, no sé qué va a pasar…

Gabriel observó sus ojos tristes, parecía que se le estaban entelando. Un poco incómodo, cambió el tema de la conversación.

—Entonces resulta que eres una de las millones de lectoras de Camacho, porque ya sabes que se han hecho estudios y la cantidad de lectores es muy inferior al de lectoras.

—Es que los hombres sois un poco brutos —aventuró ella, con el rostro atravesado por una expresión ingenua. La tristeza parecía haberse desvanecido y volvía a aparecer una chiquita jovencísima.

—Sin embargo —prosiguió el filósofo con una de sus sonrisas preferidas—, algunos, una selecta minoría, somos muy románticos.

Una ola de rubor ascendió hasta la cara de la muchacha. Luego, bajando otra vez la mirada, dijo:

—Bueno, seguro que habrá excepciones… Yo creo que, por

ejemplo, Jacinto Camacho ha de ser un hombre muy sensible para poder escribir lo que escribe… Si te han invitado a esa fiesta debes de conocerle, ¿no? Ha de ser encantador…

—Sí, claro que lo conozco, hace muchos años que lo conozco. No diré que sea amigo mío, pero lo conozco muy bien.

A Gabriel le estaba empezando a molestar el interés de aquella joven tan capaz de erotizarle por un escritor que él despreciaba.

—Además, he visto fotos suyas en las revistas, es tan guapo, siempre tan moreno y escribe tan bien…

La Reme esbozó una expresión risueña que hizo pensar a Gabriel que lo mejor sería irse al acto de la presentación, para aplaudir enfervorizadamente a ese capullo que tenía embobadas a todas las mujeres. Cuando por fin se decidió a coger la gabardina, ella todavía seguía hablando de esa otra presencia que le eclipsaba.

—Ayer en la televisión dijeron que su última novela, *Víctimas del desamor*, trata de la relación entre una joven española y un italiano, un conde muy rico. Seguro que es una novela muy bonita. A mí me encantan las novelas de pasiones amorosas. *Víctimas del desamor*, qué título tan romántico, tengo unas ganas de leerla, aunque no sé si me gustará tanto como *Las lágrimas del desconsuelo, Sol de tentación* o *Sed de tu cuerpo*, que para mí son sus tres mejores novelas.

Gabriel estuvo a un tris de expresar su verdadera opinión sobre los textos del afamado novelista, pero se contuvo. Sabía muy bien que no hay que contrariar nunca a las mitómanas guapas.

—Y ¿cómo es en persona? —preguntó ella.

—Bueno, pues es un chico simpático, aunque el éxito se le ha subido un poco a la cabeza… ¿no has tenido esa impresión al verlo en alguna entrevista?

—No, a mí la imagen que me da es la de una persona sencilla, campechana, cariñosa…

—Sí, ésta es la imagen que deja en casi todas las mujeres, pero él no es así. De hecho, y siento decírtelo, Reme, creo que es una de las personas más vanidosas que he conocido nunca… Bueno, tengo que irme. Hasta mañana. Lo mejor es que te lleves una llave porque probablemente me acueste hoy tarde y, si llegas mañana a las nueve y llamas al timbre, me despertarás. Hay una en el armario de los contadores.

Con un cierto apresuramiento, Gabriel salió de su casa. Al entrar en el ascensor, volvió a mirarse una vez más al espejo para repetir la sonrisa favorecedora que siempre imaginaba en las fotos que algún día inmortalizarían una fama mucho más inteligente que la de Camacho. Aprovechó también para perfeccionar el nudo Windsor de su corbata. Como cada mañana llegó andando hasta el garaje y, tras las maniobras aprendidas, salió conduciendo su viejo MG de color negro. Ya en el primer semáforo, comenzó a presentir el cuerpo desnudo de la Reme, el tacto de su piel morena, de sus labios prietos y —se disculpó a sí mismo de utilizar adjetivos camachianos— carnosos. Deseoso de materializar esas evocaciones, se puso a planear la seducción. Lo mejor sería un ataque directo, sin demasiados preámbulos, un par de insinuaciones más o menos veladas y luego una clarísima. Si se enfadaba, siempre podría decir que había sido una broma o que se encontraba muy necesitado de amor… Sí, algo podría dejar caer a la mañana siguiente y si la cosa se terciara…

Mientras conducía erguido con su característico estilo algo afeminado (en el que sobresalía el cambio de marcha con un solo dedo), Gabriel pensó en el morbo que le produciría hacer el amor con la mujer de un hombre atrapado por los celos. Sus últimas conquistas eran solteras sin compromiso, divorciadas intercambiables o casadas cuyos maridos no parecían precisamente devorados por la preocupación. Notó que la sangre se le agolpaba en la cabeza y que, de repente, le dominaban los más oscuros y alborozados pensamientos. Era muy posible que la chica le proporcionase elementos muy útiles para su ensayo sobre la celotipia. Sonrió y se demoró en una reflexión narcisista en la que la inteligencia, su inteligencia, le conducía invariablemente a una concepción perversa del erotismo. Durante un segundo, sin embargo, le inquietó la posibilidad de que el marido de la Reme fuera un hombre violento, un hombre que le pudiera buscar y partirle la cara. Como él sabía muy bien por su ensayo, los celosos suelen ser muy agresivos con sus rivales. Pero, en fin —se dijo acariciándose maliciosamente con la mano derecha el mentón—, toda tentación, toda aventura amorosa, conlleva un riesgo ineludible que un buen seductor ha de correr.

Al llegar a la calle Rosellón distinguió a Elena. Ella, al escuchar

el claxon y descubrirle con sus ojos miopes, se apresuró a dirigirse hacia el coche. Llevaba una americana de color hueso y, debajo, un vestido verde muy corto. Sobre los hombros, un echarpe negro le colgaba demasiado por el lado izquierdo. El filósofo se fijó en su forma de andar desgarbada y en sus piernas demasiado huesudas. De pronto le pareció una mujer ajada y aburrida, penosamente soportable. Comparando su cuerpo con el de la joven asistenta, pensó que si Elena se quedaba esa noche a dormir en su apartamento —como había hecho a menudo durante las últimas tres semanas— la Reme los encontraría a la mañana siguiente, y sería un incordio, una remora en los primeros pasos del ataque que ya casi comenzaba a visualizar. Tenía que idear alguna historia para largarla después del polvo, contentita y sin rechistar a su casa. Pero sabía de buena tinta que con esas argucias a veces salía el tiro por la culata. Lo mejor sería excusarse diciendo que estaba muy concentrado en su ensayo sobre los celos y que prefería trabajar. O incluso, para quitársela de encima con mayor rapidez, podía recurrir a la vieja pero infalible excusa del accidente de su padre en la bañera.

—¿Qué tal? ¿Qué me cuentas? —preguntó Elena, doblando el periódico que había estado leyendo en la calle mientras le esperaba —. Llegas un poco tarde.

—Lo siento, me he entretenido en casa. He estado casi toda la noche trabajando en el ensayo. Me encuentro muy cansado.

—Te he comprado un regalito de Navidad —anunció sonriente la chica, y extrajo de su bolso un paquete envuelto con un papel de colores verdes y rojos—. Ya sé que faltan diez días, pero lo vi y pensé en ti. ¿Lo abres ahora en un semáforo o esperas a que salgamos de ese rollo de Camacho?

—Ah, gracias. Mejor después, déjalo detrás, en el suelo.

LAS CELOTIPIAS DE NARCISO
Gabriel Cavestany

Capítulo I
La proyección paranoica del celotípico

El celotípico se siente irresistiblemente atraído por la consumación de sus propios temores: los reclama, los invoca y se entrega a ellos en cuerpo y alma, de igual modo que el aquejado de vértigo teme su irrefrenable atracción por caer. Frente a sus ojos febriles, cada situación es una trama que ignora, un escenario cuyos cómplices son legión. Él es el protagonista de una farsa que se representa infinitas veces en su conciencia, haciéndole suspirar durante largas noches de insomnio, dentro de un mecanismo circular del que no puede zafarse ni por un instante. El celotípico ignora pero imagina: cada una de las azarosas formas del mundo es una misiva que su mujer no tardará en descifrar, una posible cita a sus espaldas que terminará en el tan temido contacto de piel con otro hombre. Al igual que los héroes antiguos[1]*, el celotípico concibe su vida como un tiempo breve y desdichado en el que gran parte de la población masculina que le rodea se convertirá tarde o temprano en amante de su mujer. Cada sobre cerrado contiene una carta secreta que lo desvelaría todo; cada conversación telefónica que cree oír en la noche, cuando su mujer va simplemente al baño y canturrea por lo bajo, es una prueba definitiva de la existencia del otro; cada hora de ausencia —el simple paseo con unas comprensivas amigas—, una evidencia de la traición. La calle, el*

mercado, la escalera de vecinos, el club de tenis, se tornan espacios imaginarios de su tormento, al enfrentarle con hombres en cuya mirada adivina la sombra hiriente que proyecta su fornida cornamenta…

Dando muestras constantes de sus sospechas, el celotípico termina creando y provocando el escenario propicio al adulterio. Narciso empedernido, tiende a creerse el centro del mundo y a pensar que su mujer debe dedicarse todo el tiempo a él. Nada basta para satisfacer sus impulsos patológicos en muchas ocasiones con una clara propensión hacia el sadismo, hacia la posesión material de la hembra a la que cree amar más que a sí mismo. El celotípico es un Aquiles cuyo tendón se ha instalado en el tejido nervioso de su cabeza. Por ello, desde su enfermiza perspectiva, la traición es una constante amenaza que en último término hará peligrar su vida: su mujer, el objeto más preciado, se convierte así en un arma de doble filo que terminará por destruirle si no es neutralizada a tiempo. De esta forma, Otelo, el gran paradigma celotípico, mata a Desdémona para sofocar el insoportable dolor que le corroe la mente.

Si pudiéramos comparar el padecimiento del enfermo de celos con el del místico que experimenta una crisis o una exaltación religiosa, notaríamos que la llama de aquél le quema deforma mucho más directa en las zonas genitales. Sólo santa Teresa, y tal vez san Sebastián, como casos aislados, podrían contener la carga erótica y sadomasoquista a la que el celotípico se entrega sin descanso.

Cuando Manoli se despertó, el avión se había convertido en un gigantesco dormitorio. La escasa luz de los pilotos laterales, el silencio y la quietud reinantes (hasta las azafatas habían desaparecido), hacían que el hecho de estar volando pareciera inverosímil. A su lado, dos pasajeros dormían con la boca abierta y algún que otro ronquido. Miró su reloj y pensó que en Barcelona debían de ser las cuatro y media de la madrugada; si no surgían contratiempos faltaban apenas dos horas para llegar. Más allá del cristal de la ventanilla, una oscuridad compacta lo invadía todo. Sólo el ala del avión se extendía cortando imperiosamente el negro sin relieves de la noche.

Con el bolso en una mano, Manoli se levantó hasta quedar en pie sobre su asiento. Dio dos pasos sobre los brazos metálicos de los asientos contiguos y saltó al pasillo sin despertar a sus compañeros de viaje. Los pasajeros dormitaban unos sobre otros, con las cabezas apoyadas en hombros vecinos, rendidos por el largo viaje y las cuatro horas de retraso que habían tenido que soportar en el aeropuerto de La Habana. Entró en el lavabo y cerró la puerta. Después de pasar el pestillo la cabina metálica se iluminó. Vio en el espejo el reflejo de su cara soñolienta. Tras mojarse las manos y la cara, Manoli se lavó los dientes, orinó, se arregló un poco el pelo y salió de nuevo. Pidió un café a una azafata que estaba colocando las bandejas del desayuno en un carro. Se lo bebió despacio, con sorbos breves, sintiendo en la garganta la agradable sensación que le proporcionaba aquel calor.

Mientras bebía, y sin motivo aparente, la azafata le explicó que en aquel vuelo los pasajeros iban a disfrutar de una variación en el desayuno, una combinación de cereales macrobióticos que proporcionaba una dosis energética de bajo contenido calórico.

Volvió al asiento y, tras nuevas y complicadas piruetas, extrajo

del bolso la cartera y el pasaporte. La foto del documento evidenció la diferencia que había entre la cara de entonces y la que acababa de ver en el espejo del lavabo. Ocho años; ¡cómo había pasado el tiempo, con qué rapidez!

Cuando le hicieron aquella foto, todavía vivía en Albox y estaba enamorada de Ángel, que venía a visitarla cada tarde desde Huercal Overa con su moto. Qué lejano le parecía ahora aquel mundo y aquel hombre que le hablaba de casarse, de trasladarse a Barcelona para trabajar en algún hotel o restaurante y de llegar algún día a establecerse por su cuenta con un bar o un pequeño negocio. Pensó que la Reme, esa niña que se había interpuesto en su relación con Ángel, ocupaba un destino que muy bien podía haber sido el suyo. La última Navidad que vio a Ángel en Huercal Overa, ya sin el brazo, le resultó tan sobrecogedor que apenas pudo saludarle. Los dos se quedaron inmóviles, en silencio, sin saber qué decir.

Manoli volvió a mirar la foto del pasaporte y su memoria la llevó de nuevo hasta aquel hombre traicionero y remoto. Aún ahora se sorprendía recordando los hechos con la mentalidad de entonces, con el desabrido rencor de aquellos días. ¿Cómo había podido ser Ángel tan falso? ¿Cómo había podido mantener entregadas a dos novias en dos pueblos vecinos? Besaba por la mañana a la Reme en Huercal Overa y luego a ella —que había sido su novia durante tres años— por la tarde en Albox, proponiendo en ambos escenarios idénticas ilusiones, con los mismos ojos románticos y encendidos, con las mismas genuflexiones anacrónicas. ¿A quién engañaba? ¿A ella? ¿A la Reme? ¿A las dos? ¿A sí mismo? La tarde en que unas amigas bienintencionadas le dijeron que no era ella el único amor de Ángel había cambiado su vida. ¡Cómo se le hundió el mundo entonces! Y todavía fue peor al día siguiente, cuando fue a hablar con la Reme y ésta le confirmó todos los pormenores de la impostura. Sin embargo, lo peor no fue conocer aquella duplicación amorosa, sino que él optase por la otra. Y para colmo en los dos pueblos se habían enterado hasta las piedras. Manoli se postró en la cama de su habitación con un ataque de celos y una sensación de fracaso y vacuidad que la llevaron a pensar —durante los cinco días que duró su encierro— incluso en el suicidio. Desfilaron a verla todas las mujeres desocupadas de su calle y tuvo que escuchar los más sorprendentes remedios contra el desamor, desde la tisana de

raíz de buganvilla, ojo de gato y ungüento de serpiente hasta la quema del último regalo del amado, pasando por la oración en el cementerio a la hora del crepúsculo o la peregrinación a la ermita de san Pío Quinto. El farmacéutico, más práctico —también más cínico— le recetó unas pastillitas de dos colores contra la ansiedad, amarillo y rojo, como en los toros, y la felicitó de que, por lo menos en su caso, el engaño no hubiera tenido consecuencias irreparables. Pero la magnitud de la traición, la necesidad de superar la mirada compasiva de los otros —incluso ese deje triunfal que intuía en algunos consuelos, en algunas frases de camaradería superficial y hueca— la determinaron a emprender otra vida radicalmente distinta que vino a dar en menos de un año con su cuerpo en la prostitución. Sin embargo, todavía le quedaba un dulce recuerdo de aquel período de su romance con Ángel. Algunas sensaciones habían permanecido en su memoria con una nitidez sorprendente, absueltas del rencor, y cuando las revivía en la imaginación, reaparecían hasta en sus más mínimos detalles. Aquella tarde de septiembre en que Ángel la besó por primera vez, cuando por fin llovía después de un verano infernal, y el olor a tierra mojada, que se apoderaba de las casas y de los cuerpos, se confundía en el recuerdo con el interminable aroma de los eucaliptus de la noche en que se dijeron «te quiero» a muy pocos metros del agua estremecida de la alberca. Por un momento, mientras apoyaba su frente en la ventanilla del avión, la voz de aquel hombre latió en su cuerpo con la vehemencia de una promesa imprecisa.

A través del grueso cristal, vio cómo se filtraban las primeras claridades del amanecer. Una cadena de fulgores rojizos, fumarolas de un azul sombrío, con reflejos amarillentos que se entrelazaban dulcemente en el primer cielo del día. Ese amasijo de colores trajo a Manoli otros recuerdos de su estancia en Madrid, como el impacto emocional y el asco que le produjo el primer cliente, o la noche en que la atracaron después de haberse esmerado durante más de dos horas en interminables servicios. Recordó el miedo que había sentido al ver al joven de tez oscura empuñando la filosa navaja. Luego, el tiempo y la rutina fueron borrando los recuerdos de los primeros clientes, sus caras se desdibujaron, sus jadeos y sus voces se hicieron uniformes, hasta convertirse todos ellos en ese único personaje regordete al que ahora cobraba con indiferencia

profesional. Y es que incluso algunos de los clientes que al principio le parecieron insólitos, habían terminado creando categorías bien definidas. Por ejemplo, el grupo de los chupadores de pies —acaso su grupo favorito—, cuyo pionero la había sorprendido una noche con aquella minuciosa y prolongada ensalivación de su pie izquierdo, se había convertido en un mismo espécimen reconocible, fácil de trabajar y buen pagador a la hora de pactar una tarifa extra. Las lenguas de los chupadores de pies parecían especialmente adaptadas a su actividad cuando se deslizaban de arriba abajo, entreabriendo y separando sus dedos para lamer la recóndita oquedad caprichosa y sombría capaz de excitarles. Su dedo gordo era la predilección de todos ellos. Solían engullirlo hasta desgastarlo en el fondo de sus gargantas, cuando lo imposible se hacía realidad y prácticamente se tragaban el pie entero convirtiendo sus bocas en deformados buzones. Y aún le parecía a Manoli más manejable el tipo de cliente que requería que le orinaran en la cara. De esos de la *lluvia dorada* había encontrado muchos, tanto en las saunas de Madrid como en las de Barcelona. Ven aquí, Flipper, déjame que te riegue un poco la jeta, les decía nada más percatarse de que se trataba de uno de ellos. A veces, en plena tarea, se acordaba de la tisana de raíz de buganvilla y ojo de gato y se reía.

Manoli había estado trabajando en la capital un año y medio. Comenzó en la calle, detrás del estadio Santiago Bernabeu, de donde la rescató un cazador de talentos que la introdujo en el Angelo 1 de la Castellana. Había trabajado allí varios meses y se sentía a gusto, pero algo le pedía un cambio de aires. Por eso cuando Julia, su mejor amiga de la profesión, le ofreció un porcentaje fijo en una sauna-relax que se acababa de abrir en Barcelona, aceptó sin dudarlo. Allí había conseguido en poco tiempo una sólida cartera de clientes. Y, para su sorpresa, hasta se había encontrado con algún personaje realmente singular, incatalogable, como Jaume Corrons, el tendero sexagenario que la visitaba todos los domingos por la tarde para hablar de fútbol. Ha vuelto a perder el Barcelona, decía apesadumbrado nada más cerrar la puerta y quedarse a solas con ella. Y Manoli lo desnudaba y lo acariciaba con dulzura, mientras el hombre no paraba de maldecir al árbitro y de escandalizarse por la falta de precisión del *negrito de oro* y por los absurdos fichajes que la junta directiva había impuesto

a golpe de talonario. Algunas tardes —casi siempre aquellas en las que su equipo perdía—, el *botiguer* la había sorprendido con un pesimismo extraordinario que lo llevaba a sollozar como un niño. Entonces ella lo abrazaba con amor de madre y se prodigaba en *el francés* con una paciencia de santa, escuchando su infatigable perorata a pesar de saber a ciencia cierta que ésta no sería nada propicia para la ya de por sí improbable erección. No importa que pase el tiempo, le decía Jaume Corrons con los ojos enrojecidos, ya nada importa, estamos eliminados de la Copa de Europa, además, el sargento, mi mujer, ya sabes, me ha amenazado con irse a vivir con su hermana a Salou si vuelvo a hablar de fútbol en casa. Un día le dio lástima Jaume Corrons y, mientras estaba pagándole cuarenta mil pesetas por más de tres horas de monólogo sobre el tema del azar y los postes (le pagaba siempre con billetes nuevecitos que ensalivaba para despegar mejor, no fuera que las cuentas luego no cuadrasen), se le ocurrió sugerirle, con toda la sinceridad del mundo, que probablemente un psiquiatra aficionado al fútbol le saldría mucho más barato. Eso ofendió enormemente al *botiguer*, quien exclamó, con una severidad desconocida, *quina ximpleria!*, Manoli, con lo que me gusta follar contigo y tú quieres ponerme al lado a uno de esos *ninots* de las barbas.

Las luces interiores del avión estaban recuperando su potencia habitual. Su vecino se desperezaba y enderezó el asiento. Barcelona, Corrons, el trabajo, estaban cada vez más cerca.

Doctor, ¿no tendría usted una pastillita para detener este tucutucu acelerado que bulle en la olla a presión de mi cerebro? Mire que si me harto, me voy al bar de enfrente, me tomo un *gin tonic* y le mando al carajo a usted y a los alcohólicos anónimos y a mi Reme y a todos. Por favor, que me siento muy mal, doctor. Sí, estoy llorando, sí, estoy llorando porque ayer la oí jadear en el lavabo. Era obvio que aquello era una paja, y no tuvo más remedio que reconocerlo porque yo me encaramé valientemente a la baranda del balcón, y pude ver por la ventanilla la inconfundible posición de sus dedos y la gozosa expresión de su rostro. Nunca la había visto ni oído hacerlo, doctor, por eso lloro. Y cuando le pregunté en quién había pensado, ella me dijo en ti, rey mío, me estabas penetrando en nuestra habitación conyugal, y yo, con una carcajada un poco excesiva, le digo, no me lo creo ni con dieciocho *gin tonic*s seguidos. Entonces comenzó mi Reme a inquietarse, y fue cuando le dije, con una voz tan apagada como triste, me dices eso por lástima, porque sabes que soy un tullido que ha extraviado en el mar la última gota de autoestima que le quedaba, un tullido que teme perderte y que adivina fuegos en tu vientre, fuegos que se dirigen a otros, creando el incendio general que veo prosperar en las llamas de tus ojos. Y ella me contestó, con una cara que parecía una manzana Golden, no empieces, Ángel, por favor, no empieces con la misma cantinela de siempre.

Y le aseguro, doctor, que la cosa viene de lejos. Antes del accidente ya había dado muestras de no sentirse satisfecha conmigo. Desde que se enteró de que no podríamos tener hijos se le hundió el mundo. Lo del accidente fue una segunda condena, una segunda tara que se sumaba a la anterior, convirtiéndome en un verdadero tarado, en un manco que además de manco era infecundo, en una especie de monstruo de la naturaleza inútil y

gratuita. En realidad, es lógico que ella piense en abrirse camino fuera de casa, en buscarse trabajos, incluso que piense en buscarse a otra persona con la que reanudar su vida sentimental. Es lógico pero no ético: como no sirvo, como no estoy a la altura de las expectativas que se creó cuando se casó conmigo, tiene que tirarme a la basura y sustituirme por otro. No, no es ético, le puedo asegurar que no es nada ético todo lo que ella piensa. Doctor, creo que mi orgullo agoniza a tal velocidad que pronto no me preocupará otra cosa que conservarla, aunque sea de rodillas. Tal vez mi orgullo siga agonizando hasta desaparecer, hasta que ya no pueda considerarse orgullo. Tal vez llegue entonces a ocupar la función doméstica de un simple perrito al que se le da de comer por lástima en un rincón oscuro, en un plato de latón sobre un periódico arrugado y viejo, un perrito que conviviría con mi Reme y con el carnicero convertido en el nuevo hombre de la casa. Mueve la colita, perrito, imagino a veces que me dice el carnicero, después de habérsela tirado en nuestra propia cama matrimonial, toma un poco de la carnecita que te trae papito, toma, toma, como a ti te gusta, cruda y sangrienta, carnecita buena para perritos buenos, salchichitas, y yo lamo servilmente los pies del carnicero, hasta quedarme otra vez solo, en la cocina, en la cocina reservada para perritos buenos. Solo, desamparado, escucho otra vez los jadeos de mi Reme, tantas veces sentidos a través de su aliento próximo a mi oreja pero que ahora percibo desde la cocina, desde esta cocina nuestra que tiene el blanco de los hospitales, la limpieza abaldosada y aséptica de los mataderos, desde esta cocina reservada para perritos buenos… Guau, guau, guau, ya vuelve otra vez el carnicero a estar dentro de mi Reme.

Las imágenes del telediario eran rutinarias: nuevo atentado de la organización terrorista ETA, nuevas declaraciones de políticos condenando el suceso y llamando a la serenidad y la unidad de los demócratas; el candidato socialista a la presidencia del gobierno volvía a fulminar a su oponente en otro combate; Madeleine Albright salía a paso ligero del enésimo encuentro con Arafat y Netanyahu. Sobre el televisor, enmarcadas con unos listoncillos dorados, había tres fotos de viejas glorias del equipo: Ramallets, Kubala y Kocsis (cabeza de oro). También había una del presidente de la Generalitat abrazando al *botiguer* en Montserrat, y una más de Johan Cruyff (el profeta del gol) chutando el balón cuando era joven y parecía una gacela.

Jaume Corrons dejó los cubiertos en el plato, lo apartó unos centímetros y miró a su mujer.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? ¿Qué le ves? —preguntó la Doloretes con expresión amenazante—. Es merluza de palangre. Fresquísima y buenísima. Mejor no te digo el precio. La he comprado esta mañana en la Boquería.

[Hablaban en catalán, pero este narrador omnisciente lo está traduciendo gustoso para ustedes].

—No sé, sabe un poco raro.

—Tú sí que sabes raro —farfulló ella, chupando la cabeza del pescado e inclinando la suya sobre el plato.

Sonaban unos disparos en una calle de Jerusalén cuando la señora Corrons se levantó, alzó las manos y le preguntó qué demonios quería comer. El *botiguer* dijo un huevo, un huevo frito, y la mujer suspiró y desapareció violentamente por la puerta de la cocina. A los pocos minutos, cuando el telediario ya había llegado al hombre del tiempo —una amplia borrasca amenazaba Cataluña, marejadilla en alta mar—, regresó con la sartén. La inclinó sobre el

plato y el huevo frito resbaló y cayó junto a la rodaja de pescado. Ahora miraba a su marido expectante, como dispuesta a darle un sartenazo si proseguía con aquella estupidez del gusto raro.

El aceite de la merluza se mezcló con el del huevo, ennegrecido y con poros. La sartén que la Doloretes usaba era una reliquia de su ajuar, pero Jaume Corrons dedujo —la cara de ella era terrible, como la negra borrasca dibujada en el mapa del televisor— que el horno no estaba para bollos y comenzó a comer sin más protestas. Afortunadamente, en el cesto había bastante pan y no tuvo que pedir. Corrons masticaba muy cerca del plato porque sabía que si se manchaba la pechera le caería otra bronca. Se concentró en calcular el lapso de intermitencia de las bombillas del árbol de plástico con el que la Doloretes había tratado de mejorar la calidez del hogar. Había sido una buena idea ofrecer en la tienda esas ristras de bombillitas de colores, se habían vendido como churros, el año que viene encargaría más.

Cuando terminó con el huevo, en la pantalla galopaban bulliciosamente los anuncios. Con el mando a distancia, quitó el sonido del televisor, sin atreverse a apagarlo porque ella posiblemente querría ver otro episodio del serial ése del que hablaban todas las mujeres.

—¿Quién ha pasado hoy por la tienda? —preguntó ella.

—Que nosotros conozcamos, la Montoya, la Montoya y la otra, la hermana del Joan.

—Y ¿qué cuentan?

—Nada, lo de siempre, que tienen a los hijos descontrolados con esto de las cartas del Magic y del juego del rol y todas esas puñetas. Me parece que la Montoya ya no cojea. También ha venido el manco. Ha comprado un contestador.

La señora Corrons había bajado la guardia.

—Yo me lo encontré el otro día por la calle, le saludé pero no me vio. Ese chico me da un poco de pena.

—Pobre, sí —coincidió Jaume Corrons—, desde lo del accidente parece muy desgraciado.

—Y esa mujer que tiene no le quiere, se le nota en la cara que no le quiere. Además —aquí mudó la voz y puso cara de picara—, no sé por qué pero me parece que le gustan mucho los hombres.

Ella se levantó y comenzó a retirar los platos de la mesa.

—Sólo le faltaría esto al pobre —agregó el *botiguer*—, que se la pegaran.

Después de apartar con la mano algunas migas que habían quedado sobre el mantel, Jaume Corrons sacó del bufete el álbum de la historia del Fútbol Club Barcelona y una caja de zapatos llena de cuerdas, recortes de periódico, tijeras y tubos de pegamento usados.

—¿Han llegado las cajas de Sony? —preguntó ella desde la cocina cuando ya estaba fregando los platos.

Aunque en la tienda explicaba con verdadero entusiasmo los adelantos del lavavajillas, en casa se negaba a utilizarlo.

—Sí —respondió él—. Las televisiones pequeñitas son una monada.

El sonido del agua impidió que ella le entendiera.

—¿Qué?

Con las tijeras en la mano, Jaume Corrons se disponía a recortar una noticia deportiva de *El faro de Cataluña*.

—¡Que las televisiones pequeñitas son una monada!

—¿Ah, sí?

—Sí, tienen vídeo incorporado, pesan muy poco y se ven muy bien. Estos japoneses son cojonudos.

Sonó el teléfono y la señora Rodríguez se dirigió a la mesilla del salón para cogerlo. Estaba situado junto al retrato sepia de su marido, muerto ya hacía más de diez años.

—Diga.

—Hola mamá, te llamo desde una cabina. Acabo de salir de la casa de este señor nuevo. Muy bien, eh, muy bien. Es un piso pequeño y se hace rápido. Además tiene aspirador y secadora. Quiere que vaya todos los días por la mañana, de nueve a una. Es muy simpático, es escritor, pero no de novelas y eso, él escribe ensayos.

—¿Ensayos?

—Sí, mamá, son libros que no cuentan ninguna historia, sin bodas ni hijos ni entierros. Está escribiendo un libro sobre los celos. Fíjate tú, mamá, sobre los celos. Ya le he dicho que de eso yo sé mucho…

—Bueno, pero no le cuentes intimidades a nadie… Y ¿qué le vas a decir a Ángel?

—Él ya sabe que se trata de un hombre que vive solo.

—Y ¿cómo se ha enterado?

—Pues como siempre, en plan policía, cogió el teléfono la tarde que llamaron los de la agencia de colocación, y se puso a preguntar… Y luego me hizo morros, no quería que fuese. Me tiene harta, cualquier día lo mando a la porra…

—Bueno, hija, no empieces con esa tontería de que te quieres separar para ser libre. Ya sabes que a mí, en el fondo, me parece buen chico, y que creo que te quiere.

Además, las separadas luego no levantan cabeza. Mira la pobre Clotilde.

La señora Rodríguez hizo una pausa. Luego, acordándose de algo, prosiguió:

—Ah, hija, estoy entusiasmada.

—¿Sí? ¿Por qué, mamá?

—Creo que tengo la solución para todos. Esta mañana he ido a la entrevista ésa de mi amiga, ¿sabes?, aquello de la organización americana. He salido contentísima; creo que es una maravilla, pero oye, una cosa buena de verdad. Es una organización de estas que llaman de venta directa. Está en todo el mundo. Se llama *Bi Ne*, y te dejan que montes tu propio negocio sin pedirte ni una peseta. Pero de verdad que me ha gustado, eh, muy bien, muy bien, muy bien. Yo ya he firmado el contrato de soda activa, y lo he firmado sin pagar nada.

—Mamá, ten cuidado, no te dejes engañar y, sobre todo, no sueltes ni un duro.

—No, ellos lo que quieren es que tú te hagas una *bi ne*, que en inglés significa una red grande de vendedores.

—¿Vendedores de qué?

—De sus productos, que dicen que contaminan menos que los que venden por ahí. Ellos no te dan un sueldo; tú creas tu propio negocio; ellos lo que hacen es que te *auxpician* para que puedas meter a otros a que vendan los productos de *Bi Ne*, que, además de ser más naturales, son más baratos que en la venta que no es directa, porque en la que no es directa parece que se quedan el dinero por el camino un montón de sinvergüenzas, ¿entiendes?

—Sí, mamá, pero…

—Y la ventaja que le veo es que no tienes que dedicarte todo el día, lo puedes ir haciendo en tus ratos libres, intentando convencer a los vecinos para que compren sus cosas. Pasado mañana van a organizar una reunión muy grande y me han dicho que vaya con todos los que pueda. Díselo a Ángel y vamos juntos. Él podría hacer esto muy bien. Y además, lo del brazo no sería un problema porque aquí lo que vale es convencer con la palabra, y él sabe hablar divinamente… Acuérdate de que en el pueblo leía mucho y le llamaban el *inteletuá*. Tú díselo, dile que los americanos, que son los que inventaron esto ya hace mucho tiempo, son muy listos, y que la cosa funciona en todo el mundo, hasta en Japón, fíjate tú, hasta en Japón están con el *Bi Ne* ése… Ah, y luego hacen concursos y dan premios al que tenga la mejor idea, ya te contaré. A lo mejor, como Ángel es poeta, se le ocurre algo y podemos participar. A mí, desde

luego, si quieres que te diga la verdad, me ha gustado muchísimo. Parece que la cosa se le ocurrió a un ingeniero de esos que mandan chismes a la Luna. En España hay mucha gente que ya se ha hecho millonaria.

—Bueno, mamá, no te hagas demasiadas ilusiones, que tú eres un poco tonta para estas cosas. Piensa que los que prometen millones casi siempre tienen gato encerrado, y que luego te piden dinero para una secta o para algo raro. Mamá, sobre todo que no sea una secta.

—Que no, mujer, que éstos no son una secta ni nada de esas cosas raras de la tele.

Después de despedirse de su madre, la Reme sostuvo el auricular con una mano, y con la otra buscó en el bolso más monedas para llamar a Marta. Introdujo en la ranura una de cien, esperó un largo rato y, cuando ya iba a colgar pensando que su amiga no se hallaba en casa, escuchó:

—Diga.

—Hola, Marta, soy Reme. Ya iba a colgar. Has tardado mucho en coger el teléfono.

—Me has pillado saliendo de la ducha.

—¿Te llamo después?

—No, no, dime, dime, ¡si pensaba llamarte yo! ¿Cómo te ha ido en el nuevo piso?

—Muy bien, estoy muy contenta. Es un apartamento divino. Tiene toda la casa pintada de un color azul muy raro pero bonito y abarrotada de libros. Jesús, nunca había visto tanto libro junto. Es pequeño y muy moderno.

Tiene aspirador y secadora, y un horno de esos que no hay quien entienda, de esos de tantos botones. Y lo mejor es que el dueño es un encanto de persona. Es escritor…

—¿Ah sí?

—Sí, pero no de novelas, es escritor de ensayos.

—¿De ensayos de qué? ¿Del teatro?

—Bueno, es como un filósofo, ¿sabes? Es catedrático en la universidad de una cosa que se llama metafísica. Pero no es estirado, ni nada. Es muy simpático y no está mal, hasta es muy guapo para ser profesor. Y una cosa increíble: conoce a Jacinto Camacho. Es amigo suyo. Precisamente ahora acaba de irse a la

presentación de su última novela, y me ha dejado un poco alucinada porque me ha invitado a ir con él.

—¿A qué te ha invitado?

—Bueno, como le he dicho que me encantan las novelas de Jacinto Camacho, me ha preguntado si me apetecía ir con él a la presentación.

—Pero ¡qué me dices…! Y tú ¿por qué no has ido?

—Pues porque no sé, me ha parecido un poco raro. Así, de repente, el primer día ¡y qué iba a hacer yo en un sitio de ésos, si no conozco a nadie! Además, tengo que hacer la compra y luego Ángel me espera para comer. Ya sabes cómo se pone cuando me retraso. A lo mejor me ha hecho una de sus ensaladas del Ritz, el pobre…

—Así que un amigo de Jacinto Camacho. Y guapete. Pues me lo podrías presentar a mí, yo estoy libre.

—Ay, no sé si pegaríais… Bueno, no sé, quién sabe.

La Reme se mordió ligeramente el labio inferior. Luego preguntó a Marta por su hija Aurorita, que había estado unos días en cama con gripe. La niña ya no tenía fiebre y se encontraba mucho mejor. Se despidieron y quedaron para verse el martes en casa de Marta. Al colgar, la Reme salió de la cabina y echó a andar pensando en el hombre que acababa de conocer. Le había parecido tan elegante y tan fino. ¡Qué distinto le parecía de su marido!, y es que Ángel, con el tiempo, había ido degradando sus costumbres. A ella la exasperaban sus pedos bestiales, los sonoros eructos después de comer, la forma tan poco delicada que tenía de mondarse los dientes con los palillos, que parecía que excavase. Y luego, esa obsesión por el sexo. Claro que la inclinación le venía de lejos: hasta las poesías que escribía en Huercal Overa, en aquella época de su adolescencia en la que ella creyó ver en él un alma delicada, estaban teñidas, lo veía ahora con claridad, de una sexualidad demasiado directa. Todos sus versos conducían siempre a una misma conclusión en la que la sutil caricia o el velado símbolo amoroso se transfiguraban, como por arte de magia, en el preciado *cono* o en las espléndidas *tetas*. ¡Qué animalidad! ¡Qué falta de sensibilidad realmente poética! Cuando ella pensaba en estas características de su persona, siempre terminaba preguntándose:

—¡Ay, Señor! Pero ¿es que sólo nos casamos para follar?

Y también se preguntaba cómo habría sido su vida junto a otro

hombre, junto a un hombre, sin ir más lejos, como Gabriel. Tal vez hubiera sido mucho mejor que aquella Manoli del pueblo vecino se hubiese casado finalmente con Ángel. Estaba convencida de que, de haber tenido la oportunidad de salir del pueblo de soltera, habría aprendido una profesión y tendría un marido que la hiciera feliz. ¿Cómo habrían sido las vidas de las chicas del pueblo que no veía desde hacía años? Una prima suya le dijo que Paula se había colocado muy bien en Madrid, y que Concha trabajaba en una empresa de embutidos y se había casado con un fresador. También había oído decir que Manoli, la que había sido novia de Ángel, enviaba mucho dinero a sus padres.

Efectivamente, el champán francés y el caviar ruso presidían con abundancia una extensa mesa cubierta con un mantel blanco de tela, con bordones en las esquinas y guirnaldas de hojas de naranjo. Pero también había espacio para los canapés de salmón, las exquisiteces de codorniz, los hojaldres salados, los vinos de la Ribera del Duero, los tacos de jabugo y las ostras. Un popurrí de manjares de los que agudizan las úlceras. Los camareros, uniformados con un esmoquin excesivo para la ocasión, se afanaban en llenar las copas una y otra vez, y procuraban que espumeasen hasta verter su contenido en forma de ostentación y derroche. Trae buena suerte, decían imperturbables con una sonrisa, como si fuera una consigna de la dirección que había que acatar para conservar el puesto. A duras penas se podía atravesar la sala de un lado a otro. En la zona en la que Jacinto Camacho posaba sonriente, los periodistas se agolpaban haciendo resplandecer sus *flashes*, iluminando fugazmente la imagen del hombre del día.

Acodado en la mesa, un joven de complexión gruesa pugnaba por mantenerse en la primera fila para engullir caviar sin tregua. Apenas se había zampado una tostada bien cargada con las preciadas bolitas, ya estaba tomando otra. Comía introduciéndose en la boca la tostada entera, de golpe, sin vacilación. Iba al grano, al grano gris, multiplicado innumerables veces como perlas diminutas de la cueva de Ali Baba.

—¿Quién es ese gordo que no para de comer nuestro caviar? —preguntó la relaciones públicas de la editorial Galaxia a su secretaria. Ambas ejercían de celadoras en un extremo de la mesa, controlando los movimientos y sonriendo—. Oye, que se lo va a terminar él sólito. Éste es de esos que te dejan sin nada en la fuente… ¡Con lo feo que hace eso!

—Es Albert Llorens —respondió la secretaria—, el que nos hizo

la crítica en *El faro de Cataluña* de *Sol de tentación*… Es el que dijo que se parecía a Stendhal.

—Sí, lo que tú quieras, pero se está pasando. Si sigue así vamos a tener que hacer alguna cosa para alejarlo del mostrador. Es que no puede ser, hombre, no puede ser, lo que hace es de muy mala educación… Pero al final ¿a cuánta gente hemos invitado?

—Pues mire —la secretaria consultó unos folios—, exactamente a trescientos treinta y cuatro.

—Sobre todo, que no se cuele nadie, cuidado con los intrusos de siempre. Ve a la puerta principal con Patricia a vigilar lo de las invitaciones, que la entreguen todos. Y cuidado con los que dicen que nos conocen de toda la vida, son los más peligrosos… Yo creo que aquí ya hay mucha gente. Es que parece que haya más de quinientos, ¿no? Oye, que luego vendrá el alcalde y no quedará caviar ruso. Dile a Vicente que reserve una fuente entera para él.

—Pero es que ya se han servido todas —respondió algo incómoda la secretaria.

En la mente de la relaciones públicas nació un rayito de claridad.

—Pues que retiren una ahora mismo.

—Pero eso quedará un poco mal, ¿no?

—Puede ser, pero quedaremos peor con el alcalde si hemos anunciado caviar ruso en la invitación y luego resulta que le tenemos que poner del otro… Oye, tú, yo aquí veo mucha gente, y muchos desconocidos… ¿Seguro que no se ha colado nadie?

—No, señora Palau, puede estar usted tranquila, lo que pasa es que la sala es más pequeña de lo que parece y da la sensación de que hay más de los que hay. Le puedo asegurar que sólo han entrado periodistas, famosos y gente que nos interesa… Bueno, también hay fotógrafos y algunos guardaespaldas, pero ésos no comen ni beben, está pactado.

Una joven se acercó hasta donde estaban hablando las dos mujeres y, con aire algo atolondrado, le dijo a la relaciones públicas:

—Ya ha llegado.

Los clics de los *flashes* volvieron a intensificarse cuando el alcalde se aproximó hasta donde se encontraba Jacinto Camacho y le dio un efusivo abrazo. La atmósfera de la sala se había ido

espesando, y las caras de los famosos resultaban espectrales entre la bruma del humo y el blanco excesivo de las luces. Frente a ellos, los fotógrafos peleaban el espacio a codazos. Un poco más allá, apartados del tumulto, Montserrat Caballé charlaba con Antoni Tapies. Cerca de éstos, Joan Antoni Samaranch lo hacía con Javier Mariscal. También había un hombre muy delgado que, enrojecido por el calor de los focos, se rascaba una barba alambrada y rala. Nadie parecía conocerlo. Llevaba puesto un sombrero en el que se podían encontrar elementos de la chapela vasca, la barretina catalana y del hongo inglés; en fin, una de esas prendas desafortunadas cuya muda fealdad alcanza cotas comparables a las del rostro de un imbécil.

A la izquierda del sector que rodeaba a Camacho, casi en un pasillo que conducía a los despachos de la librería, Gustavo Horacio Gilabert y Antonio López —los dos representantes de la novela interactiva que la editorial Galaxia había conseguido situar entre los autores más vendidos del mercado internacional— conversaban con una copa en la mano, enteramente ajenos a la codicia del caviar.

—Antonio, esto es una horterada. ¿Tú crees que se puede tomar en serio a una editorial que presenta una novela con caviar ruso y champán francés, y que lo anuncia hasta en la invitación?

—Además —añadió López sonriendo—, con nosotros sólo llegaron al vino blanco y a las anchoas de Cadaqués, que para colmo no eran de Cadaqués, que me enteré después. No puede ser, hombre, tenemos que protestar… Mira, ahí está entrando el viudo alegre con su nueva chica.

—¿Quién?

—Sí, hombre, el esteta metafísico de la posmodernidad. Cavestany.

—Ah, sí, y siempre de negro.

El murmullo había ido creciendo a medida que se consumían las bebidas y casi había que hablar a gritos. Tan pronto llegaron Gabriel y Elena, un camarero que sostenía de milagro una bandeja con copas rebosantes de champán, les salió al encuentro. Gabriel cogió dos y luego, con los brazos estirados hacia arriba, dijo por favor, por favor, abriéndose paso hasta Elena, que rápidamente se había instalado lejos, junto a unas señoras de aspecto insulso. Al llegar a ella le dio su copa y la instó, con aire benevolente, a

prescindir de la vorágine del caviar. Él bebió un buen sorbo con gesto de *connaisseur* al tiempo que distinguía, agazapada entre cabezas y peinados de Llongueras, la calvicie prominente de Carlos. Sonrió al ver a su amigo y, sin decirle nada a la chica, se dirigió hacia él.

—Carlos —dijo Gabriel cuando consiguió llegar a la columna en la que éste se hallaba apoyado—, ¿comemos juntos?

—Sí, muy bien.

—Yo estoy con la tía esa de que te hablé. Elena Solorzano. Pero no me apetece nada que venga con nosotros, ya me he hartado de ella. No puedo evitarlo, a mí las mujeres no me duran mucho.

—¿Cuál es?

—La rubia del vestido verde, la que está detrás de Terenci Moix.

—¡Tío, está buenísima! No digas tonterías, nos la llevamos. A lo mejor puede llamar a alguna amiga suya y nos vamos a comer los cuatro.

—Ni pensarlo, es muy tontita, sólo sabe hablar de Auster, de Jeremy Irons y de Marruecos. No, no me apetece, seguro que su amiga también sería muy tontita.

—Pero qué más da si está buenísima.

—Sí, no está mal —reconoció el filósofo, con altanería—, pero ya me la he tirado demasiadas veces… Y no creas que está tan buena como parece, la ropa engaña… Es muy plana, y aunque sus pezones son grandes, no tiene casi tetas… Además, cuando te la chupa, no sé cómo se las arregla pero siempre te hace daño con los dientes.

Rechazaron con un gesto la bandeja que les tendía un camarero.

—Mira, prefiero comer contigo a solas, de verdad. Así podremos hablar de todo. Con ella delante seguro que acabaríamos hablando de chorradas…

—Hombre, pero no vamos a desperdiciar la posibilidad de que tenga una amiga para mí. O incluso, ya que no te gusta a ti, me la podrías pasar, ¿no? Soy el consolador perfecto.

—No, Carlos, por favor, no insistas, no me apetece.

—Por favor —dijo Carlos con una cara suplicante que daba lástima—, que ando algo salidillo. Piensa que no mojo desde que acabó el verano.

El filósofo no pudo evitar estremecerse ante la evocación de tan

vasto período de abstinencia.

—Pero, además, ha venido contigo, ¿qué excusa le vas a dar ahora? Si has quedado con ella para comer, yo creo que te toca apechugar.

—Que no, que no me apetece, es la típica que se enamora y se pega luego como una lapa. Mira, yo, con las tías que veo claro que ya no me gustan, soy partidario de cortar por lo sano. Además, tengo en perspectiva una jovencita con un morbo impresionante, si comemos solos te lo cuento… A esta pesada me la quitaré de encima con el viejo truco de siempre. Le diré que me han llamado para decirme que mi padre se ha caído en la bañera y se ha partido el fémur.

—No se lo tragará, hombre —replicó Carlos con ojos melancólicos, sin terminar de entender cómo su amigo podía haberse cansado en tan sólo unos días de una mujer tan atractiva—. Bueno, allá tú, pero a ver cuándo dejas de remolonear y me presentas alguna señorita de buen ver.

—Si te preocupases un poco más por tu forma de vestir, seguro que ligarías más —ahora le corregía la dirección algo torcida que dibujaba su corbata sobre la camisa—. No sé, Carlos, pero estas camisas que llevas, son un poco feas, ¿no crees? ¿Dónde te las compras? Si quieres nos acercamos un día a hablar con Toni Miró, que ya sabes que me conoce desde que éramos niños, y te buscamos un *look* indicado para ti. Toni es un gran profesional. Te verá, te estudiará y te dirá ten, esta corbata es para ti.

—No —dijo Carlos, con esa mezcla de ironía y hartazgo que produce una vida rutinaria cuando no está dirigida hacia alguna meta ni la sostiene ninguna esperanza—, sospecho que lo mío no es una cuestión que dependa de la corbata. Tiene mucho más que ver con mi calvicie y con el avance imparable de mi barriga. Toni Miró no dudaría en diagnosticar que mi caso no tiene remedio.

—No digas tonterías —replicó Gabriel con un aire que traslucía una cierta satisfacción—, si no estás tan mal; te falta un poco de estilo, eso es todo. Carlos, es que también te peinas con poca gracia. Deja de hacerte esa absurda raya y peinate hacia atrás, con un poco de fijador, así parecerás menos calvo. También podríamos ir un día a la peluquería de Pascual Iranzo, el que pela al rey.

Las conversaciones bajaron de volumen; se empezaron a oír esos

ruiditos bruscos propios de los micrófonos y, por fin, en un tono triunfalista, la voz engolada del editor.

—Buenos días a todos, hoy es un día de fiesta para Galaxia y para mí porque tengo el honor de estar con todos ustedes para presentar una nueva novela de Jacinto Camacho. Le conocí cuando éramos los dos muy jóvenes, y nació inmediatamente una amistad que se ha visto acrecentada con los años. Jacinto Camacho, aquel apuesto joven que se presentó un día en mi despacho y me dijo «usted quiere ganar dinero, ¿verdad?, pues yo también, he venido a traerle un *best-seller*». Se trataba de un simple desconocido y hoy Jacinto Camacho es uno de los escritores con mayor reconocimiento internacional, y gracias a él y a otros autores de mi catálogo que también nos acompañan hoy, Galaxia se ha convertido en uno de los grupos editoriales más importantes del mundo. Me siento muy orgulloso de ello, me siento muy orgulloso de ser el editor de un escritor como Jacinto, que sabe en todo momento llevarnos de la mano por los vericuetos de las grandes pasiones, que sabe recordarnos que la literatura es un diálogo de corazón a corazón sobre los más profundos problemas del hombre. Porque Jacinto ha sabido combinar la poderosa fuerza narrativa de los grandes maestros del XIX con la capacidad de acercarnos a las inquietudes del hombre moderno. Por eso su nombre está siempre en las listas de grandes éxitos y por eso su literatura nos conmueve con la fecundidad de las grandes obras… Por favor, un fuerte aplauso para Jacinto.

Acompañando la cerrada ovación, dos focos estratégicamente situados iluminaron a Camacho con una luz muy blanca. Parecía un ángel. Gabriel se quedó mirando a la mujer del novelista. Llevaba un vestido amarillo muy ajustado, sin mangas, y la curva del escote dejaba adivinar unos senos perfectos. El filósofo sintió un leve cosquilleo en las tripas. Por un momento anheló el espacio del otro, anheló sustituirle, convertirse en el objeto de todas las miradas. La bellísima italiana mostraba ahora sus dientes con una sonrisa quieta, reflexiva, moviendo los hombros con la lentitud complacida de un gamo. Sólo el profundo desprecio que sentía hacia Camacho paliaba un poco sus envidiosas imaginaciones.

—Buenos días, amigos, y muchas, muchas gracias por venir. Qué puedo decir que no hayan oído ya, gracias a los inmerecidos elogios

de mi editor, al que quiero expresar públicamente, una vez más, mi reconocimiento y mi afecto. —Hizo una pausa y se tocó el pelo y el cinturón—. Mi última novela, *Víctimas del desamor*, trata de la relación romántica y desesperada que una mujer tiene con un hombre al que hay que perdonar demasiadas veces. Como todas mis novelas anteriores, esta nueva entrega está llena de hombres que aman y de mujeres que son amadas, de damiselas ultrajadas que desfallecen en salones solitarios y de bosques umbríos propicios para el llanto y el desconsuelo, de penas del corazón y de suspiros, de encendidos juramentos y desgarradores sollozos, de besos tiernos en la madrugada y de lágrimas calientes que brotan al amanecer, de remeros que cantan a la luz de la luna y de ruiseñores que se adentran en peligrosas florestas.

El afamado novelista dejaba caer las palabras lentamente, como si le interesara ver y pesar el efecto que producían en sus seguidores.

—¡Qué bien habla! —escuchó Gabriel que decía una mujer en el oído de otra.

—De antemano, quiero subrayar que, tal vez para desmentir a algunos críticos alemanes que consideraron que en mi anterior novela, *Sol de tentación*, me adentraba en elementos culturalmente neutros, esta vez he intentado al máximo asentarme en las raíces de nuestra ciudad, he tratado de escribir una novela que permita apreciar la riqueza de paisajes y paisanajes que componen la infinita variedad de nuestro país, de nuestro pueblo. Creo que mi éxito internacional hace ahora necesario que acerque a los lectores de todo el mundo aquello que más quiero, mi ciudad, Barcelona, y sus alrededores. Son éstos los grandes protagonistas de este texto, como lo son también, en última instancia, todos ustedes, mis lectores, cuyos sentimientos me han ayudado a comprender y a comprenderme mejor. Por eso estoy tan contento de que mi amigo el alcalde de Barcelona esté hoy aquí con nosotros. *Víctimas del desamor* es una novela de amor, como casi todas mis novelas, pero también es una novela sobre la ciudad que ha marcado mi infancia y mi vida, esta gran Barcelona que ha recuperado el mar.

—¡Qué imbécil! —murmuró Gabriel al oído de su amigo—. Parece Napoleón dictando su epitafio al pueblo francés.

—Lo dices por aquello de que una estupidez infinitamente

repetida llega a tomar el valor de una verdad irrefutable… A mí me recuerda más a Julito Iglesias y a su «hola España» de los estadios.

Camacho proseguía triunfalista.

—Probablemente, María Fernández, la protagonista de mi novela, es el personaje más ambicioso que he creado hasta ahora. Me inclino a pensar que es mi heroína predilecta. No quiero cansarles con los detalles, para que lean el libro —aquí hizo un guiño juguetón al feliz editor, que se despachó con una risa floja secundada por bastantes de los presentes—, pero adelantaré algunos hechos. María está enamorada de Marco Sirmione Vannetta, un bello y rico italiano que la dejó embarazada hace cuatro años y que se fugó con otra mujer. En el momento en que arranca la historia, Marco y María han vuelto a encontrarse y son muy felices en su mansión de Sitges. Pero un día, el padre y la hija, que ahora sólo tiene cinco ahitos, salen a dar una vuelta en un velero y, cuando están en medio del mar, se levanta una terrible tempestad. Las olas se encrespan y se ciernen con violencia sobre sus cabezas, la niña llora de miedo. Es precisamente ese miedo el que quiero que se apodere del lector desde el principio…

El filósofo hizo un rictus de desagrado y le dijo a Carlos:

—Para colmo nos va a contar enterita su novela. Oye, lo que no entiendo es que con estas cursiladas de argumentos haya tanta gente que lo compre.

—Y es que para María Fernández, el amor es como el oxígeno, lo necesita para vivir. Por otra parte, esa misma pasión se convertirá en la principal causa de su desdicha. Creo que en esta paradoja que sugiere el doble sentimiento de atracción y destrucción, en esta disyuntiva que se plantea ya en la relación arquetípica entre Eros y Tánatos —entre las fuerzas del amor y del destino trágico— se refleja, de alguna forma, el alma de mi protagonista, de esta María Fernández que…

—¡Qué pedante! —exclamó Gabriel.

Hacía un calor de mil demonios a pesar de estar en diciembre. Seguro que habían puesto la calefacción a tope. Con esa temperatura el champán, no importaba que fuera francés, se entibiaba con rapidez y sabía fatal. Para colmo Elena lo saludaba desde lejos, como si él fuera algo próximo. La muy burra debía de estar pensando en la comida y el regalito. Con el dedo índice,

Cavestany se acarició la verruga del cuello.

—Pero es la temeridad que exhibe Marco Sirmione Vannetta, zarpando él solo con Elenita, su hija de cinco años, una tarde de vientos huracanados, lo que provocará el terrible accidente que, en el momento en el que comienza la trama sentimental que he urdido para vosotros, nos retiene con la angustia de saber si la niña, esta niña que es fruto del amor y de la pasión trágica, podrá salvarse de la oscuridad de la muerte. Así, con esta conjunción de elementos clásicos que creo haber trazado…

—Gabriel, ¿cómo puede decir «la trama sentimental que he urdido para vosotros», «esta conjunción de elementos clásicos»? Pero ¿qué se cree este gilipollas? ¡Vámonos! ¡No lo soporto!

—Espera, espera un poco —repuso Gabriel con una sonrisa malévola—, que la cosa no tiene desperdicio.

Delante de ellos, una mujer se giró para que se callaran.

—Por favor, si quieren hablar, váyanse fuera. Yo he venido desde Reus para escuchar a Jacinto Camacho y no a ustedes.

Varias personas se giraron también y se produjo una algarabía de siseos que pudo llegar a ser percibida en la tarima del fondo por el orador.

—Tranquilos, que ya termino —dijo Camacho, alzando un poco las manos como si fuera el papa.

Los inmediatos murmullos de protesta evidenciaron que la inmensa mayoría de la concurrencia estaba dispuesta a escuchar a Camacho durante el resto de sus vidas.

—Sí, sí, porque hoy quiero ser muy breve… —los nuevos murmullos de protesta, y luego, los aplausos, le impedían ahora proseguir— para poder… para poder… por favor… para poder hablar en privado con todos vosotros, y para poder… por favor… para poder tomarme otra copa de este champán tan exquisito que nuestro querido editor nos ofrece con su habitual generosidad. Tan sólo me queda, por tanto, dar las gracias a la editorial por esta espléndida presentación que no sé si merece mi novela y, a todos vosotros, daros un fuerte abrazo por el aliento que me habéis transmitido con vuestra presencia. Espero que gocéis y sufráis leyendo mi libro tanto como yo he gozado y sufrido escribiéndolo. Os puedo asegurar, como le decía al venir hacia aquí a Peter Burton, mi agente en Estados Unidos y en Japón, que si en mis

obras anteriores dejé algo de mi corazón, en ésta creo haber dejado el alma entera. Muchas gracias.

Durante la prolongada ovación, Camacho volvió a saludar sonriendo y alzando los brazos. Algunas mujeres gritaban como enloquecidas fans de un roquero de moda. Sobre la tarima, junto a su emocionada compañera italiana, el escritor mostraba su rostro radiante, enviando besos o devolviendo alguna flor lanzada desde el público. La intensidad de la luz iba creciendo lentamente.

—Nunca llegarás a tanto si sigues en el género del ensayo —le dijo Carlos a Gabriel, que adivinaba su envidia y se mofaba de ella —. Tal vez deberías intentar escribir una novela… Ah, por cierto, luego te contaré la que estoy empezando yo. Estoy entusiasmado…

Ahora sonaba, de fondo, una música latina. El espectáculo estaba terminando y todos empezaron a despedirse creando un denso flujo hacia la puerta de la calle. Entre un grupo de periodistas, Carlos vio acercarse al escritor Gustavo Horacio Gilabert. Llevaba una botella de champán en la mano. Tras él venía su inseparable colaborador, Antonio López. Seguro que Gilabert le preguntaría a Carlos cuándo podría disponer del CD Rom de su última novela interactiva. López y Gilabert se habían convertido, después de Camacho, en la otra gran apuesta de Galaxia en el mercado internacional. Gabriel, por supuesto, también los detestaba.

—Me han prometido los de Megaworld —se anticipó Carlos a Gilabert— que tendremos el CD Rom, con todas las modificaciones, el lunes o el martes por la mañana. Tan pronto lo tenga, se lo envío, no se preocupe.

—Ah, muy bien —dijo Gilabert—, porque nosotros ya hemos resuelto el problema que planteaba el último capítulo (el que hemos llamado «El círculo virtual sale del texto»), así es que si me hacéis llegar el CD a principios de la semana que viene, podemos tenerlo todo definitivamente ajustado para primeros de febrero.

Cuando salieron a la calle, la riada de personas había creado un espeso tumulto en la acera. Elena, que se acercaba a ellos sonriente, intentaba sujetarse bien el chal. Sin hacer el menor gesto que indicara la intención de presentársela, Gabriel le dijo a Carlos en un susurro:

—En media hora en el Acanto, ya sabes, el restaurante de

Travesera de las Corts.

—Muy bien —aceptó el corrector de estilo—, voy para allá.

El filósofo se giró hacia el otro lado y dio unos pasos en dirección a la chica. Su expresión había cobrado un aire muy serio.

—Elena, me ha surgido un inesperado contratiempo. Me acaban de decir que mi padre se ha caído en la bañera y, según parece, se ha partido el fémur. Lo han tenido que ingresar. Voy a ir a verle ahora mismo al hospital.

—¿El fémur? ¡Qué horror! ¿Quieres que te acompañe?

—No, no, te lo agradezco, pero prefiero ir solo. Lo que sí puedo es dejarte en tu casa, me va de paso.

Ya en su MG negro, el filósofo simuló un silencio preocupado, abstraído. Así podía eludir toda consideración hacia la mujer, y conducir imaginando, presintiendo, el cuerpo desnudo de la joven asistenta. Pensó que con sus aptitudes de seductor —finísimas, muchas podían dar fe—, sería capaz de inducirla a la tentación, para luego, en un proceso posterior, tomándose su tiempo, ligarla a su persona hasta dirigir todos sus anhelos hacia él. Con una sonrisa apenas perceptible, pensó que lo que correspondía en esta ocasión era envolver a la muchacha en una historia amorosa parecida a las de Camacho. De repente, se sintió interesado por la última obra de ese monstruo de la literatura comercial, la novela que la Reme se abalanzaría a comprar en alguno de los próximos días, quizás esa misma tarde. Pensó en la teoría de Johnson sobre la decadencia del amor, sobre la necesidad que tiene el intelectual posmoderno de vivir la inocencia en un alma ajena. Sí, se sumergiría en los suspiros de esa mirada de niña, y sería a un tiempo el actor y el espectador de un verdadero huracán del sentimiento, de un proceso que compartiría en la cercanía y en la distancia; se deleitaría en cada pequeña contradicción moral que aflorase en el alma de la joven, le propondría fugas imposibles… Diseñaría para ella, en definitiva, la fascinación irresistible que exportaba de sí mismo. De pronto, ese obstinado interés por las novelas de Camacho que ella le había mostrado, se le revelaba como un reto que él sabría experimentar gozosamente en sus propias carnes…

Los dedos de Elena acariciándole la nuca le devolvieron a la realidad.

—No será nada, ya verás. ¿Qué edad tiene?

—¿Quién? —respondió él, repentinamente sobresaltado por la absurda sospecha de que Elena hubiera aprovechado el silencio para leer sus pensamientos.

—¿Quién va a ser, tonto? Tu padre.

—Ah… perdona. Es muy mayor, tiene noventa y dos años.

Cuando llegaron al portal de la casa de Elena, ella inició el gesto de un beso que Gabriel concedió con frialdad. Inmune a aquel desmadejamiento, la chica comenzó a mordisquearle con suavidad el contorno de sus labios.

—Me tengo que ir, Elena, no es el momento —dijo Gabriel apartándola con las manos—. Gracias por el regalo, me gustará mucho, tienes un gusto exquisito.

—¿Cómo quedamos? ¿Quieres que pase luego por tu casa?

—No, mejor te llamo yo —respondió el filósofo, sabiendo que esa llamada era ya muy improbable—, déjame unos días para ver cómo termina esto de mi padre.

—No, por favor —el tono de ella era ahora suplicante—, llámame esta noche, me dejas preocupada. A esas edades, cualquier complicación puede surgir y nunca se sabe…, ¿a qué hospital lo han llevado?

¿Pero por qué se tenía que preocupar esa chica por su padre?, pensó Gabriel cuando ella abandonaba por fin el coche. Como decían los *gentlemen* en las comedias inglesas, no recordaba haberlos presentado… Desde luego, él no tenía ninguna intención de presentarle chicas a su padre ni presentar a su padre a ninguna chica, con las manos empalagosas que tenía su progenitor, y sus manías por explicar que él no se había enriquecido con el estraperlo sino con la importación. Lo que Gabriel no podía evitar, una y otra vez, era esa sensación de insondable aburrimiento que le producían las mujeres cuando ya no quería volver a verlas, cuando perdían toda la pulsión erótica que prevaleció durante un tiempo. Era ése el último capítulo de la seducción, aunque formara parte de ella como los periódicos atrasados forman parte de la historia de un país o los restos de salsa de un suculento plato pertenecen ya al fregadero…

Gabriel no esperó a que Elena le saludara por última vez desde el portal y aceleró, sin ni siquiera mirarla, hasta perderse en el tráfico de la calle Balmes. Definitivamente libre, el filósofo se puso a calcular los pasos que daría a la mañana siguiente en dirección a

la joven asistenta. Lo hizo anticipando imágenes que ya sentía como veladas formas de realidad. Pensó en la caricia que dibujaría en su cuello con sus labios, tras quitarle la fregona de las manos; pensó en el bolero que debía escoger y que garantizaría el clima propicio al primer beso, pensó en el tironcito del lazo de su delantal y en el incontenible deseo que él sabría transmitirle tan sólo con mirarla sabiamente a los ojos. Quizá resultase positivo sorprenderla con algún regalo singular, nada de los convencionales frascos de Opium o Rive Gauche que descolocan a las pijas. ¿Uno de sus libros de ensayo? No, se dijo con autosuficiencia, no era una estrategia adecuada: el coeficiente intelectual de esa muchacha podía ser demasiado bajo. Probablemente sólo sus dos primeros capítulos del ensayo sobre los celos, que ya tenía prácticamente acabados, resultasen asequibles a la mentalidad de una asistenta lectora de Camacho. Se los fotocopiaría para que ella los leyera y le contara qué había entendido. Sería divertido escuchar las opiniones de la mujer de un celotípico, por muy primarias que fueran. Hasta podía pedirle que subrayara los fragmentos que le parecían mejores. De pronto comprendió que el obsequio idóneo era un ejemplar de *Víctimas del desamor*. Lástima no haber aprovechado la presentación para que el propio Camacho escribiera una dedicatoria. Aunque eso, pensó Gabriel inmediatamente, hubiera significado una concesión excesiva a ese estúpido. Claro que siempre habría podido pedirle que le firmara su novela, no para él, sino para «mi chica de servicio, le gustan tanto tus libros». De pronto —y casi se empotra contra un taxi que había frenado de golpe para recoger a un cliente— se le ocurrió otra solución mejor: se la dedicaría él mismo haciéndose pasar por Camacho. ¡Qué buena idea! Resolvió que esa misma tarde conseguiría un ejemplar y se lo dedicaría con la mayor cursilería posible. De paso, claro, añadiría una frase que incrementase sus méritos y su talento. Algo, siguió barruntando mientras conducía, del tipo: «A Reme, por indicación de Gabriel Cavestany, este sabio que me ha enseñado tantas cosas. Con todo mi cariño, Jacinto Camacho».

Si yo pudiera al menos encontrar otro amor que aliviara este padecimiento que aflige mi alma, otro amor que me permitiera gozar del placer de otro cuerpo… Pero ¿a quién iba yo a seducir con este siniestro muñón en que termina mi zurda, con este orgullo abatido y triste que sobrevive con dificultad en mi espíritu maltrecho? Y ni siquiera puedo tomarme un par de copas para ver las cosas de otra forma… Todo sigue igual, igual que el día anterior, como si me levantara cada mañana en esta misma pesadilla en la que no tengo brazo. Pero no quiero beber. Después del accidente le prometí a mi Reme que no bebería y no quiero beber. Además, no sería una copa, serían más, y luego perdería el control y me pondría agresivo y le pegaría el par de hostias bien dadas que a veces tengo ganas de darle. No lo estropees, Angelito, me repito cada día como si fuera una plegaria, en no beber consiste precisamente tu entrega, tu mortificación, tu calvario, tu cariño hacia ella. Cuando bebo surge mi otro yo, más valiente, más resolutivo, más chulo, más *echao pa lante*, y si discutimos no estoy entonces para chorradas y digo las cosas como las pienso, sin el temor a desbaratarlo todo, a echarlo a perder, porque toman el mando unas neuronas distintas, más cachondas, más alegres, más sueltas, y entonces me sale el don Juan que era en el pueblo, un tío como Dios manda, con lo que hay que tener, y me digo, para el carro, que no pasa nada, y a las malas que pase, coño, que pase, que se vaya con otro y me deje en paz, seguro que encontraré otra mujer, tal vez de rebajas, tal vez en el mercado de *segunda mano*, de quinta prótesis, en el mercado de sillas de ruedas y ojos de cristal, pero una mujer al fin y al cabo. Los ciegos sí que se lo han sabido montar bien. En cambio los mancos estamos desprotegidos, no tenemos ni el más mínimo grupito de presión organizado, parecemos idiotas. Ni siquiera, porque los idiotas, *a lo tonto a lo tonto*… No hay más que ver la tele, manejan

cifras, medran en sociedad, se montan sus fiestecitas, copan bancos, periódicos, ligan, folian. Aunque follar con una de mi especie, con una manca, tiene que tener sus bemoles… Qué muñón tan bonito tienes esta mañana, Eulalia, tan rosadito, tan bien resuelto al final, ¿quién te operó?, ¿Brogi? Ah, lo hace muy bien, es un artista. Mira, hasta te hace juego con los lóbulos de las orejas.

Debo de estar un poco loco, doctor. Debo de estar un poco loco porque algunas veces pienso desde una lucidez que me da vértigo y otras me pierdo en unos delirios que no vea usted hasta dónde me llevan, doctor. Hace un momento estaba lidiando con unos pensamientos que me han dado ganas como de escupirlos, de vomitarlos. Me imaginaba al carnicero, con la sierra de los huesos gordos, troceando el cadáver de mi Reme y colocando su cabeza entre los conejos y los pollos, con un letrerito con el precio y todo. Y entonces yo hablaba con mi Reme, con aquella cabeza ensangrentada al lado de los pollos, y le decía, ya me parecía a mí que este chico…, todo el día manejando la sierra… Estaba claro, mujer, por pura lógica profesional… Míralo qué contento ha vendido tus nalgas a aquel chino. ¡Qué listos son los chinos! «Nalgas choup suey». Ya verás, ya verás… Ya verás cuando los chinos se niponicen y se hagan capitalistas y empiecen a trabajar como chinos, la que van a armar. Muchacho, me decía el carnicero con la sierra en las manos, yo de ti andaría con más cuidado, que se la va a tirar todo el barrio, hasta el enano de la gasolinera, el que tiene halitosis, va por ahí diciendo con voz de chulo que entra y sale de su *body* como Pedro por su casa. Doctor, diga usted lo que quiera, pero estas imágenes que me asaltan incesantemente son una cruz muchísimo peor que la de ser manco, una cruz más pesada, más interna, muchísimo peor. Sí, hombre, ya sé que todo me lo monto yo en mi cabeza, que me ahogo en un vaso de agua, que no pasa nada, que la pobre Reme es buena chica y que es posible que el carnicero también sea buen chico y que no la asesine y que ni siquiera haya pretendido jamás el acto *carnal*. Pero estas conclusiones (que yo me repito día y noche como un lema de autocontrol) no consiguen impedir que yo las imagine al revés, y que el carnicero no sea entonces tan buen chico, ni la Reme tan inocente, ni yo tan delirante, ni siquiera que esté tan equivocado al imaginarme unos cuernos en mi cabeza como los de un reno de

Alaska, que digo yo si a un manco no tendrían que hacerle el favor de ponerle un solo cuerno.

Tengo curiosidad por verla hablar del nuevo individuo al que hoy ha ido a hacer las faenas. Debería haberme negado desde el principio. Aunque todo habría sido inútil, porque ella se habría puesto a llorar y a decirme que ya no puede más, que ya no me soporta, que no la dejo ni trabajar, que se quiere ir a vivir un tiempo con Marta para pensar en «lo nuestro». Mi Reme pensando en lo nuestro y yo volviéndome loco. Oh doctor, cómo la quiero, le juro que daría mi vida por ella. Aunque a veces, cuando me desespero en el insomnio febril de la noche, cuando ella respira a mi lado como la bella durmiente del manco, me entran ganas de estrangularla. Sí, doctor, de tanto como la quiero me entran ganas de estrangularla, fíjese qué cosa tan curiosa. He llegado a pensar incluso en cómo lo haría con una sola mano. ¿Que soy un tipo peligroso? No, hombre, doctor, me decepciona usted. Son meras fantasías del todo inocentes, nada sale de mi cacumen, soy inofensivo, que se lo digo a usted, inofensivo… Sí, hombre, estoy de acuerdo con usted en que soy un poco rarito, sobre todo cuando estoy lamiendo los pies de mi Reme, sus maravillosos dedos, y tengo la sensación de que ella, en ese mismo momento, en nuestra propia cama, está lamiendo… Doctor, ayer soñé que el carnicero me amputaba los genitales con un cuchillo que parecía un machete. Yo estaba llorando, destrozado por haberles pillado con las manos en la masa, en nuestro dormitorio, justo en el momento en que los dos exhalaban los últimos gritos del placer y, sin apenas darme cuenta, con una profesionalidad estremecedora, sin tan siquiera verle acercarse por debajo, con un sonido decidido, limpio, seco, «zas», vi saltar mis criadillas sobre la alfombra que compramos en las rebajas persas de El Corte Inglés, y el carnicero, indiferente a mi suplicio, a mis aullidos ensordecedores de dolor físico y espiritual, regresaba a la cama, a nuestra propia cama conyugal, y volvía a penetrarla sin dejar de mirarme con una sonrisa burlona, voluptuosa, sádica. Doctor, ¿pero no es usted capaz de ver en mi cara el reflejo del monstruo negro que acecha allí abajo, el kikirikí y el ladrido a la luna, el recuerdo del sabor de la ginebra y el miedo que protesta contra el calor de mis mejillas? Y yo que creí que el amor había de ser conciencia, claridad, dulzura y conocimiento. Me voy, doctor,

me voy porque usted no me escucha, ni me entiende, ni me da una pastilla de esas que podrían aliviar mi tristeza. No le pido tanto, sólo un caramelo adormecedor capaz de imponer treguas. Me voy con mi kikirikí melancólico, con mi autoestima por los suelos, aunque seguiré hablando con usted en mi cabeza y me acordaré del olor de su pipa, de sus barbas de Freud que tienen el falso amarillo de la piedad. No me recuerde con desprecio. Le juro que no soy malo, ni peligroso, ni esas cosas que a veces usted seguro piensa o ha pensado. Los alcohólicos anónimos me aprecian mucho, y en el Ritz me hicieron una fiesta de despedida con un pastel que tenía todas las velitas de los años que trabajé allí, hasta me regalaron una placa con mi nombre grabado y el logotipo… Usted también me habrá cogido un poco de cariño, aunque sea ese cariño que huele a ventanilla de la seguridad social. ¿A que sí, doctor? Claro, hombre, y yo también se lo he cogido a usted.

Cuando Gabriel llegó al restaurante, el *maitre* le acompañó atravesando el sector de la sala en el que comía un grupo de hombres muy altos. El filósofo observó sus larguísimas extremidades; parecían reducir el tamaño de las mesas.

—Es un equipo de baloncesto que está alojado en el hotel de aquí al lado —le informó el *maitre* con una sonrisa breve e impersonal, justo antes de llegar a la mesa donde le esperaba Carlos.

La sala estaba prácticamente llena. Algunas mesas de ejecutivos se hallaban en la fase del café, la copa y el puro, lo que contribuía a crear una atmósfera bulliciosa y cargada. En una de las paredes, había estanterías repletas de libros de arte colocados a lo ancho, de forma que podían verse las portadas. En las otras, cuadros de trazos muy modernos brillaban bajo los halógenos empotrados en el techo.

—Qué, ¿cómo ha ido? ¿Se ha tragado la historia? —preguntó Carlos.

—Sí, ya me la he quitado de encima.

Gabriel quería zanjar definitivamente el tema. Abrió la carta y se concentró parsimoniosamente en los platos recomendados por el *chef*. Luego esbozó una expresión doctoral, como si fuera a revelar una verdad absoluta.

—La especialidad de la casa son las pochas con almejas.

—¿Y el revoltillo de langostinos con gírgolas? —inquirió Carlos con las gafas torcidas.

—Muy bueno, seguro… Ah, y el *carpaccio* de bonito con vinagreta de trufas, también está muy sabroso.

Gabriel se decidió rápido por las pochas con almejas y por el bacalao a la llauna, pero Carlos, fiel a sus costumbres, cambió cuatro veces la opción de su segundo plato, siempre en el último momento, cuando el camarero ya lo había anotado en su pequeño

bloc. Incluso hubo que reclamar su presencia de nuevo cuando *el crujiente de berenjenas y bacalao con mozarella* ya estaba marchando, para sustituirlo por *el tronco de merluza al estilo Santurce*.

—Bueno —suspiró Gabriel con impaciencia—, por fin parece que te decides. Ahora ya no cambies más porque nos van a tomar por locos.

—Es que me apetece todo.

Después de un breve trago del vino blanco de la casa, el filósofo se concentró en la canastilla del pan, indeciso entre el panecillo intregral, la minibaguette o los palitos artesanos. Finalmente escogió un palito, lo mordisqueó levemente, miró a Carlos y, con media sonrisa, dijo:

—Qué, ¿ya has leído las páginas de mi ensayo?

—Sí, las he leído.

El filósofo carraspeó y adoptó un tono serio, importante.

—Dime la verdad, que te conozco, ¿qué te han parecido?

El corrector de estilo siguió masticando durante unos segundos, como si así pudiera pensar mejor lo que iba a decir.

—Mira —contestó por fin—, si quieres que te sea sincero, no me han gustado. A grandes rasgos, me parece que hablas de un celotípico demasiado concreto, como si te construyeras un personaje literario que no corresponde a la realidad nada más que a veces. Yo creo que hay muchos tipos de celos. En esos dos capítulos no hablas más que de uno, de un tarado mental muy concreto. Tampoco aludes a los celos femeninos, que han originado tanta literatura como los masculinos. Ah, y el estilo, a veces me parece un poco… —vaciló un momento—, un poco pedante. Te he sugerido algunos cambios. Luego te devuelvo las hojas y lo ves tranquilamente en casa.

En el rostro del filósofo se concretó una expresión de sorpresa. Luego se produjo un silencio, algo incómodo.

—Me has dicho que fuera sincero y yo…

—No sé, tal vez tengas razón —dijo Gabriel desconcertado—, aunque creo que todo ensayo opta por hablar de arquetipos socioculturalmente determinados, concretos. Cuando san Agustín, Spinoza o Stendhal hablaban del amor, se referían a un tipo de amor muy particular. No creo que eso sea un problema demasiado…

—Sí —interrumpió Carlos—, pero ninguno de ellos se limitaba a hablar del amor masculino, ni a construir ese individuo del que tú hablas y que, a veces, hasta pareces odiar personalmente. De verdad, creo que debes revisar el texto. Además, es muy inconexo, pasas de unos temas a otros sin suficiente justificación.

Durante varios minutos, el filósofo siguió defendiendo los dos primeros capítulos de su tratado. Pero como la situación se estaba poniendo algo tensa, cuando llegó el segundo plato cambió de tema con una sonrisa que no dejaba de tener un punto de mala leche.

—Bueno, ya me has puesto a parir el ensayo. Ahora cuéntame tú eso de la novela que estás escribiendo.

Sin dejar de engullir el tronco de merluza al estilo Santurce, indiferente al enojo del filósofo, Carlos comenzó a explicar su proyecto.

—He pensado en escribir un verdadero culebrón, un folletín amoroso, pero distanciándome del tono grave que caracteriza las novelas rosas. Quiero intentar una parodia del tipo de novelas que escribe Camacho.

Gabriel le escuchaba con desdén. Le habían herido los comentarios anteriores y se entretenía en doblar y desdoblar la servilleta.

—Lo importante es que la termines —comentó con un tono paternalista que era un contraataque—. No hay nada más frustrante que comenzar proyectos con la ilusión que tú tienes cuando los empiezas, para luego dejarlos siempre a medias.

—Pero esta novela la tengo muy clara en la cabeza, de verdad, me estoy informando, recorto noticias de crímenes pasionales en los periódicos, me paso el día leyendo novelas rosas. Por cierto, quiero que mi historia termine con varios crímenes celotípicos. Tú podrías escribir la parte teórica y yo la práctica, je, je, je.

A Gabriel no le hizo ninguna gracia la broma. Dejó la servilleta a un lado y se puso a jugar con el pie de la copa, marcando círculos sobre el mantel. El corrector de estilo continuó:

—Si quieres te paso un *dossier* de casos reales tomados del periódico. Podrían resultarte útiles para el ensayo. Es increíble la cantidad de mujeres que mueren asesinadas por hombres celosos en España.

Gabriel se limpió los labios con la servilleta y miró a su amigo,

sin pestañear. Latía algo singular en la forma de su boca, en la obstinada fijeza de sus pupilas.

—Pero ¿tienes ya pensado el argumento?

—Sí, sí —contestó Carlos, repentinamente vitalizado por el entusiasmo—, la cosa va de un ciclista que está corriendo el *Tour* de Francia. Es la quinta jornada y hace un calor de muerte, de ésos en que el alquitrán de las carreteras se reblandece y se pega a la rueda de las bicicletas, cuando el hombre se entera por un anónimo de que su novia (con la que ya tenía fecha de boda y piso) se lo hace con el *maillot* amarillo, un holandés pelirrojo y lleno de granos que encabeza la general. Al día siguiente, en un descenso rapidísimo retransmitido en directo a medio mundo, el ciclista se descuelga del pelotón, alcanza a su doble rival y, con un empujón mal disimulado, envía al *maillot* amarillo al fondo de un barranco. Éste muere en la caída y el protagonista es condenado a doce años y un día de reclusión. Todo eso ocurre en el primer capítulo. ¿Qué te parece? Cojonudo, ¿no?

Un nuevo silencio embarazoso se instaló en la mesa. Luego, Gabriel inclinó su cabeza hacia la derecha, carraspeó, se ajustó las grandes gafas de diseño en el puente de la nariz, y pergeñó una sonrisa entre despectiva e irónica.

—¡Caramba! ¡En un solo capítulo! ¡Qué capacidad de condensación! ¿Y la cosa cómo sigue?

—El resto —continuó Carlos, inasequible al desaliento— narrará la relación pasional y contradictoria que mantienen (en improrrogables *vis-a-vis* carcelarios) el ciclista-asesino con su novia entre comillas.

—¡Vaya, hombre! —exclamó Gabriel con un desagradable tono de sofista—. Pues sí es verdad que se trata de una historia de celos, parece que a los dos nos interesa lo mismo…

—Sí, el sentimiento de los celos es sin duda apasionante —el corrector de estilo no podía evitar la costumbre de hablar con la boca llena—. Constituye una innegable herencia literaria. Pensemos en Medea o en Otelo, como los más elevados ejemplos. Los celos (y su prima hermana, la envidia) son los principales ingredientes de las buenas tragedias. Lo que siempre ha gustado a los lectores o espectadores de todas las épocas es ver sufrir a los personajes. Los culebrones de la televisión son reencarnaciones bastardas de

aquellas fundamentales columnas de la literatura universal.

A Carlos, el vino blanco le hacía filosofar, le procuraba la sensación de que decía cosas muy profundas. En cambio, al filósofo, aquella claridad de ideas que parecía iluminar la cara de su interlocutor, le ponía un poco nervioso. Ahora lo miraba con un profundo gesto de orgullo, clavando sus ojos en un grano que Carlos tenía en la frente.

—Pero no todas las grandes obras de la literatura —sentenció Gabriel sin demasiada convicción y con el solo objeto de llevarle la contraria— son tragedias. *El Quijote* no es una tragedia, y la *Divina Comedia* tampoco.

Carlos observó las manos finas y cuidadas de su amigo. Una de ellas tomó la copa alargada de vino, cuyo cristal ligero parecía vibrar al llevárselo a los labios.

—Bueno, pero piensa que una mujer infiel y un cornudo proporcionan a la comedia y a la tragedia, sin excluir la epopeya, la práctica totalidad de sus argumentos. A la gente sólo le interesan los comportamientos extremos, neuróticos. Fíjate que ni la honestidad ni la sensatez tienen ningún encanto literario. Desde la *litada* hasta el sainete, sólo el escándalo, la locura y el deshonor han divertido e interesado.

Un camarero había dejado una amplia carta de postres sobre la mesa. Sin consultar siquiera con éste, Carlos eligió el que le pareció más extraño: *Helado de jengibre y nueces al estilo Las Vegas*.

Después de comer, con sendas copas de coñac entre las manos, volvieron a hablar de los celos y volvió a salir el texto de Gabriel. Al calor del coñac, esos dos capítulos les llevaron a competir en una especie de partido que consistía en demostrar cuál de los proyectos —el ensayo de Gabriel o la novela de Carlos— era más inconsistente y cuál estaría a menor distancia de poder engrosar las listas de libros ridículos.

—Mira, tío —dijo Gabriel al tiempo que fruncía el ceño y hacía más dura y reticente la voz—, yo cuando he leído algo tuyo, siempre he sido constructivo. Y lo volveré a ser si me envías un fax con el esquema de tu novela. En cambio, tú, sin tener ni puta idea de filosofía, te pones a pontificar que lo que he escrito es…

—Pero si no se trata de eso, Gabriel, si no se trata de eso. Yo sólo he intentado decirte algunas cosas que he creído que podrían

serte útiles. Además, no es verdad que no tenga ni puta idea de filosofía, ni que la celotipia sea un tema filosófico.

—¿Ah no? ¿Por qué no? —al filósofo ese último argumento le pareció inofensivo—. ¿Qué te parece, que se trata de un tema geográfico o que debe estudiarse en las facultades de química?

—La celotipia es asunto de psiquiatras.

—Ah, muy bien, entonces Platón, san Agustín, Descartes y Kant debían de ser psiquiatras. Como también lo debían de ser Shakespeare y Stendhal.

—No, perdona, esos autores hablaban del amor, no de los celos.

—Bueno, pero los celos son parte del amor, o te parece que son parte…

—Que no, coño, que…

—Déjame hablar, yo no te interrumpo cuando…

Su amistad se parecía a la relación que mantienen durante años algunos matrimonios. De la tempestad se pasaba a la calma en cuestión de minutos. Sólo bastaba que algún enemigo común se perfilara en el horizonte de sus lenguas viperinas.

—Oye, cambiando de tema, ¿has visto la que están montando Gilabert y López con la nueva edición de su novela interactiva, ésa que se titula *El gran interlector viajero*? —preguntó Carlos.

—Sí, se están pasando de la raya —admitió el catedrático de metafísica—. Están cayendo en la vulgarización total. El propio título, *El gran interlector viajero*, no es título para una novela, por muy interactiva que pueda ser. Suena a atracción de Disneylandia.

—Y no sabes tú la que quieren organizar para promover su nuevo lanzamiento —dijo el corrector de estilo, después de limpiarse la boca con la servilleta y volver a arrugarla sobre sus piernas—. Ayer, la chica que lleva los asuntos de publicidad en Galaxia, me comentó que están intentando montar la presentación en un bingo. Y que darán premios astronómicos. Parece que Antena 2000 retransmitirá la cosa en directo, y con gente famosa.

—¡Qué trivialización de la literatura! —se indignó el filósofo—. ¡Qué disparate! No me extraña que tengan tanto éxito en Estados Unidos y en Japón.

—Por cierto. ¿Te has fijado en lo buena que está la nueva chica de Camacho?

—Impresionante, impresionante —respondió el filósofo

acariciándose el mentón, casi con pena—. Aunque no sé, no sé, tan proporcionada y correcta, a mí me da la sensación de que podría tratarse de una modelo pagada por Galaxia, ¿no?

Carlos rió y le apuntó con la copa, con riesgo de verter su contenido.

—¡Envidia, envidia cochina!

La sala se había ido quedando vacía, sobre todo desde que desaparecieron los jugadores de baloncesto. Había llegado el momento de abordar uno de los temas recurrentes en sus conversaciones: las conquistas de Gabriel.

—Así que has conocido a una chacha estupenda. Oye, ¿y no podría venir a limpiarme mi apartamento?

—Carlos —replicó el otro, llenando ahora su expresión de una profundidad sorprendente—, creo que es una de las mujeres más sensuales que he conocido en mi vida. Está tan buena que me ha dejado enganchado desde el primer minuto en que la he visto. Sí, tío, tengo unas fantasías…

Carlos lo observaba con ojos risueños. El filósofo prosiguió:

—Tiene unos ojos verdes que le brillan como si fueran luciérnagas en la oscuridad. Se parece un poco a Ornella Muti, ¿sabes?, morenaza, ojazos verdes, es guapísima. Y tiene unas tetitas y un trasero… La he visto una sola vez y ya me tiene enganchado… Hombre, no deja de ser una chacha, claro, pero no sabes cómo está de buena…

—Ya veo…

—Sí, Carlos —insistió el filósofo, cruzado ahora por un destello romántico de alucinado—. Es un hechizo de liviandad, una maravilla para la inspiración…

—Y no tendrá novio o…

—Está casada.

—Pues a ver si te vas a meter en un lío. Piensa que los maridos de las chachas suelen ser muy brutos, camioneros, estibadores, fresadores, tienen empleos así… Imagínate que te enamoras de ella y que luego viene su marido y te fresa, je, je, je.

Gabriel hizo una pausa, elevó su mirada lentamente hasta la de su amigo, y luego, dijo:

—El marido es un celotípico en tratamiento psiquiátrico.

—Bueno, hombre, acabáramos. Eso le da un morbo que no

veas… Ya estoy viendo los titulares de los periódicos: «El ensayista Gabriel Cavestany, que estaba escribiendo un tratado sobre la celotipia, es asesinado por el marido de su amante, un celotípico en tratamiento psiquiátrico».

—Esperemos que la cosa no llegue a tanto. Además, ahora estoy prendido por esos ojos, por esa piel, pero ya veremos. Tú sabes que yo, con las mujeres, me inflo y me desinflo con la misma facilidad…

—Sí, pero piensa también que a todo don Juan le llega su doña Inés. Además, hay químicas que han enlazado los destinos de personas que podrían parecer socio-culturalmente incompatibles. Marión Brando se enamoró de una india semisalvaje, y un primo mío del pueblo de mi madre, de una prostituta de Amsterdam a la que llamaba todo el día por teléfono para decirle *I love you, I love you*, que era lo único que sabía decir en inglés.

—Menudo imbécil debía de ser tu primo.

—Sin duda, era apicultor, un imbécil de campeonato.

—Carlos, no me acabas de creer, pero te juro que esa chica es una verdadera provocación, un escándalo de la naturaleza.

En el fondo, el alma del celotípico está impregnada de una sustancia masoquista. Secretamente, ama a quienes le torturan. Su mujer y su eventual rival, imaginario o no, se convierten en las principales referencias de su vida sexual y afectiva. Esta constante ebullición fantasiosa, que nubla sus ojos hasta transformar todos los objetos del mundo en reconocibles y amenazantes símbolos fálicos, compone su principal impulso erótico. Por ello, rindiéndose a unos tormentos que no puede controlar, el celotípico se entrega a una adicción que le mantiene permanentemente atareado, convirtiéndole en actor, espectador y protagonista de un mismo drama sin fin. Esa incapacidad para desvincular el elemento placentero del doloroso es lo que le empuja a un abismo de confusión y paranoia, a un escenario en donde confluyen tanto el amor de madre como los severos azotes recibidos en la infancia. Todo se transfigura y se superpone, hasta que los golpes y el fino látigo se tornan ideales de su placer. Pasivo, dependiente, esclavo de su mujer, el celotípico termina jugando con los cilicios de su memoria. Así, la necesidad de apoyo afectivo que experimenta es consecuencia de su falta de aprecio a sí mismo. Perdido en su vaivén delirante, el enfermo de celos será presa fácil de la mujer que quiera subyugarle, en cuyo caso, puede culminar su infierno mental asesinándola y suicidándose después.

Desempeña aquí un papel preponderante la posible identificación del enfermo con su rival. En ella, los tortuosos caminos de la conciencia son con frecuencia más sorprendentes de lo que la más atrevida fantasía podría imaginar. Esa estructura paranoico-masoquista, ese triángulo que termina

completando su rival, se consolidan a partir del desplazamiento neurótico que supone el convertir al propio rival en objeto principal de sus pensamientos. Con ello se entregará el celotípico a un proceso simétrico al experimentado por la figura de don Juan: en ambos casos, en el celotípico y en el conquistador y desechador de almas femeninas, se perfila una misma sublimación de la masculinidad, cuyo latente componente homosexual no es necesario señalar aquí.

Ay, ay, ay, ayyyyy, canta y no llores, porque cantando se alegran cielito lindo… Me pregunto por qué a veces me levanto tan cantarín, como si el mundo fuera repentinamente maravilloso. Quizá me olvido entonces de mi condición de manco melancólico. Pero a esa condición regreso rápido, tan pronto pienso en mi Reme y en todo lo que ella simboliza para mí. Es entonces cuando sueño con un buen *gin tonic* que me permitiera… No deja de ser curioso, empecé a tener problemas con el alcohol y con mi Reme a los pocos meses de vivir en Barcelona.

A mí me gustaba mi trabajo en el Ritz. Fue una de esas oportunidades que sólo aparecen una vez en la vida, un camarero que se despidió media hora antes de que yo me presentara, tímidamente, a dejarle al jefe de personal una carta de recomendación del hotel de Granada en el que había trabajado durante dos años. Me pusieron a trabajar con un chico muy joven y larguirucho, Luisito Sanjuán, y juntos aprendimos a descorchar las botellas como en los restaurantes franceses, a hacer *steak tañare* y a aproximar las sillas a las mujeres antes de sentarse. Me sentía feliz, distinguido. Los techos eran altos, con molduras doradas, las paredes tenían cortinajes de terciopelo azul y algunos clientes me llamaban por mi nombre. De pronto, un día reparé en que el carnicero se dirigía a mi Reme con una sonrisa desagradable, y otro me di cuenta de que el librero la trataba con demasiado cariño y le hacía buenos descuentos. No sé cuándo fue exactamente, que me imaginé que mientras yo estaba trabajando, ella podía recibir visitas, o ir a casa de otras personas. Lo pensé una vez, y luego otra, y hablé con ella. Lo negó, claro. Pero un día llegué a casa y no estaba, y para esperarla me preparé un *dry* martini como había aprendido a hacer en el Ritz. Y luego, una tarde, la vi en el coche de José Luis cuando aparcaban, los dos muertos de risa, y ya me dirá

usted, doctor, si era necesario que la acompañara a casa, siendo casi vecinos. Esa noche me tomé en el bar de enfrente tres *gin tonics* y les cogí afición.

A lo mejor seríamos más felices si regresáramos al pueblo. Pero allí todos notarían mis llagas y yo terminaría viviendo en otro infierno, porque el pueblo entero intentaría curiosearme el fracaso por dentro, como si mi cuerpo fuera transparente y mis vísceras y mis pulmones y mi corazón revelaran el color oscuro de mis pesares. No, no podría vivir en esa red de cotilleos, en ese escenario asediado por miradas burlonas que repetirían, una y otra vez, ahí va el manco, mirad al manco, que cuando uno se convierte en manco, doctor, la gente se olvida de su nombre, ya no eres Ángel ni Peláez, sólo el manco, y luego dirían mira cómo se tortura y naufraga en su pequeño vaso de agua, con lo guapo y feliz que se fue y hay que ver cómo ha regresado. Y además, quién sabe si mi Reme se encontraría en Huercal Overa con algunos de sus amores de la infancia o si el carnicero y José Luis y el pedante de la librería de enfrente, ya sabe, el que le llena la cabeza de pájaros verdes con sus novelas tontas, serían sólo una ínfima porción de los jardines que recobraría allí.

Doctor, ¿se da usted cuenta?, con lo que yo la quiero y ella nunca parece pensar en mí. Yo sólo pienso en ella y ella nunca piensa en mí, algo falla. Es como si toda la energía que a mí me arrastra a estar con ella operase en su caso de forma contraria. Mientras que lo que a mí me tranquiliza es el aislamiento (con frecuencia nos sueño a los dos en islas recónditas y en lugares alejados de los hombres), lo que alegra (oxigena, diría el putón de su amiga Marta) a mi Reme es el contacto con los demás. Parece como si toda la fuerza que yo proyecto hacia ella la desviara hacia afuera. Nuestra relación es igual que un partido de tenis en el que uno de los dos jugadores se dedicara a enviar todas las pelotas a la pista de los vecinos. Así, nuestro amor no puede estar equilibrado, le falta simetría, reciprocidad. Pero cuando le digo estas cosas, ella me contesta que soy un pesado y que la deje en paz. Entonces le pongo el ejemplo del tenis y hago como si estuviera hablando con un jugador empeñado en no colaborar: «Mire usted, como sigamos así voy a ganar el partido 6 a 0 pero me voy a aburrir como una pirámide egipcia, y los de la pista de al lado nos van a terminar

lanzando las raquetas; una de dos, o ha venido usted a jugar conmigo o les planteamos directamente un partidito de dobles a estos señores». Qué pesado te pones con lo del tenis y la reciprocidad y esas chorradas, me dice mi Reme mientras trajina ansiosa por la casa, como si estuviera a disgusto, como si la quemaran, la pincharan, qué sé yo… Además, así como para ella, todo contacto humano externo a nosotros representa un estímulo, para mí, esos contactos se convierten siempre en motivo de inquietud. A solas con mi Reme puedo llegar a ser divertido, y hasta ver el lado positivo de las cosas, porque estar a solas con ella me permite idear frases ingeniosas, paradójicas, que me recuerdan los días de Huercal Overa en los que creí haber nacido para ser un poeta sarcástico del amor. Un poeta parecido a aquel que vivía en un barril. Soy entonces capaz de hacer payasadas espectaculares: me desnudo, me subo a una silla con la linterna y escribo con el haz de luz su nombre en la pared, o busco a un hombre, como hacía el del barril, debajo de la alfombra del salón o detrás del cuadro de querubines que nos regaló su madre el día de la boda. Solo, con mi Reme, soy capaz de encontrar la frase que me distancia de mí mismo, que me permite bromear. A veces doy en el clavo y consigo que ella caiga en el sofá muertecita de risa, que saque esa risa floja que tanto me gusta y que me recuerda la expresión de su cara cuando orgasma. Pero todo ese mundo cómico de personajes espectrales e imaginados (los jugadores de tenis de la pista de al lado ya me tutean y me llaman «Angelito») se desvanece tan pronto como otro cuerpo real se interpone entre nosotros. Entonces me quedo mudo, me vuelvo aburrido, bostezo, pierdo completamente el humor, miro el reloj y me entra un sueño insuperable. Cualquier compromiso social, cualquier cita (no digamos un bautizo o una boda), se acerca en el calendario con velocidad inquietante. La víspera de esos acontecimientos (que de poder, yo eliminaría de nuestras vidas) me encuentro incómodo, duermo mal, le pido a ella que pasemos toda la noche cogiditos de la mano y tengo pesadillas que deforman terriblemente el compromiso. En sueños, anticipo mi llegada al entierro o a la boda ocupando el lugar de los protagonistas. Soy entonces el muerto aprisionado en el oscuro ataúd o el novio que escapa de la iglesia, perseguido por unos hombres que me disparan por no querer casarme con un travestí

que deja entrever, tras el tul, la cara del carnicero. Son sueños absurdos, horribles, que el psiquiatra de la seguridad social tiende a interpretar alzando mucho los brazos.

Gabriel Cavestany dejó su MG negro debajo de la plaza del Sol. Abandonó el *parking* en un ascensor y salió a la luz de la noche. Avanzó en dirección a la calle Verdi. Por un momento pensó en meterse en el cine, total, la tertulia del Salambó siempre estaba dispuesta a esperarle. Giró la cabeza para observar la programación y el cartel que anunciaba la película basada en la penúltima novela de Camacho. El gran cuadro iluminado se le presentó con la fuerza de una alucinación. Parecía estar allí dispuesto a amargarle la noche. Sintió como si aquellas letras brillantes —sol de tentación—, avanzaran hacia él y se le enroscaran al cuello persiguiéndole, mofándose, escupiéndole con el brillo del hiperrealismo a cuatro tintas. Las palmeras del fondo caribeño, de idílica tranquilidad, le parecieron preludiar un mar huracanado; y los protagonistas, besándose al atardecer, adquirían los tonos precisos de un artificio siniestro, sol de tentación, dirigida por Martin Scorsese, con Sharon Stone y Antonio Banderas. La envidia atenazó su garganta pero trató de reponerse, no podía sucumbir a ella, la envidia era propia de gente pequeña, sin alma, gente que nunca será invitada a sentarse a la mesa de los dioses. No, no podía dar rienda suelta a esas minucias, él era un intelectual serio y concienzudo, un profesor respetado. Si él se hubiera decidido a escribir novelas y el último Scorsese, ya definitivamente entregado al oro de Hollywood, le hubiera suplicado que le dejara rodar una de ellas, seguro que le habría dicho que no, o por lo menos hubiera exigido supervisar el guión hasta el último detalle. Pero claro, eso a Camacho no tenía que importarle, a él lo único que le importaba eran los índices de audiencia, las presentaciones suntuarias, los cócteles.

Para aliviarse de esas imágenes inquietantes pensó en Carlos. Era curioso lo reconfortante que le resultaba pensar en él, como cuando de niño no tienes hambre pero te acuerdas de los niños de

Biafra. Pobre Carlos, siempre tan desastrado, siempre con las manos manchadas de tinta, siempre con algún bolígrafo supurando en algún bolsillo como si fuera el indicio de su fracaso, de su incapacidad para superar sus orígenes, su aspecto poco agraciado, su falta de empuje para llevar a cabo algún proyecto razonable; porque lo de la novelita ciclista de marras era mejor ni pensarlo, pobre chico, qué disparates se le ocurren. Ahora, Gabriel se lo imaginaba boca abajo, agarrado a la cama, moviendo el culo flácido como si estuviera haciendo el amor con alguna de las chicas del álbum. Carlos imaginaría que las besaba con dulzura, que les pasaría la mano por detrás de la cintura, que les preguntaría, con un tono de voz que intentaba imitarle, reina, ¿quién te come mejor el coñito, Gabriel o yo? Pero no debía pensar en el pobre Carlos, después de todo, era su admirador más fiel, a pesar de que en ocasiones intentara zaherirle con comentarios desdeñosos y pretendidamente ocurrentes.

Mientras avanzaba por Torrijos dejando el cartel de la película a su espalda, recordó la mezcla de deseo y ternura que le había provocado la Reme por la mañana. El profundo olor a almizcle que dejaba escapar su piel, las caderas ondulantes, el pelo moreno, las pantorrillas bien torneadas, y los pies… Le vio los pies cuando subía la escalera para limpiar los cristales, lo hizo sin zapatos, para no resbalar. Recordó que de pequeño le gustaba contarle a su hermana el cuento de la Cenicienta, sí, unos pies como los de la Reme merecían un zapato de cristal fabricado por la imaginación de los duendes, un zapato mágico para pegarle una patada a todos los mercaderes de Hollywood, a todos los Camachos, a todo ese hatajo de fenicios.

Al llegar a Salambó, vio a tres muchachas que salían riéndose. Llevaban esos vestidos cortos de *lycra* tan ajustados. Igual eran alumnas suyas, o habían asistido a alguna de sus conferencias. Se acercó a la mesa donde le esperaban sus colegas. Encima del tablero refulgía con la misma intensidad que el cartel del Verdi la portada de la revista *Lo que hay que leer*. De nuevo Camacho: «El escritor Jacinto Camacho, autor de las novelas *Sol de tentación* y *Víctimas del desamor*, navega con su yate *Cervantes IV* acompañado de Sharon Stone y Antonio Banderas, en Costa Esmeralda, Cerdeña».

—Sí —le dijo a Juan Ignacio Espinosa en un tono casi agresivo

—, ya he visto eso. Esto es la cultura ahora, navegar con actores, dorarse al sol, empolvarse la nariz, jugar al *paddle*, pavonearse… Antes los intelectuales y los escritores eran gente discreta, marginal, revolucionaria…, se quedaban en sus casas esforzándose por no volcar el tintero, les daba respeto el papel blanco y hacían borradores… no como ahora, que se escribe a golpe de ordenador y de escáner. La escritura era una lucha con la pluma y el papel, una lucha física, heroica. Yo también utilizo ordenador, no hay que cerrarse a los adelantos de los tiempos, pero, coño, sólo cuando he culminado a mano el proceso creativo, estructural.

La voz meliflua de Cavestany se extendió por el local de luz ambarina. Cavestany sabía que mucha gente le estaba mirando, que muchos querían ser como él.

—Vienes caliente, ¿eh? —dijo Juan Ignacio Espinosa—, pues verás cuando te cuente la que nos ha liado el cretino de Cardeñosa.

—Hazme un resumen, anda.

—Bueno, pues ya te puedes imaginar, lo de siempre, se convoca una plaza, en principio perfilada para el pobre Julio, que está tan mal con lo de su separación. Se nombra el tribunal y, como últimamente no controlamos bien ni las opos en casa, salen dos que no quieren a Julio.

—Pero ¿no teníamos a Cardeñosa?

—Sí.

—Entonces ¿qué ha fallado?

—Pues precisamente Cardeñosa.

—¿Cardeñosa? Pero si le hicimos catedrático en La Laguna con menos publicaciones que Tarzán.

—Te cuento. Le telefoneo la semana pasada y me asegura que no hay problema, que nos va a apoyar, que llegará dos días antes para dar una conferencia en la Pedrera y que como paga la Caixa de Catalunya le van a hospedar en el Ars, y que sería un coñazo que tuviera que cambiarse de hotel y bla, bla, bla. Acepto y venga, a pagar tres días en el hotel con los recortes que tenemos ahora, pero bueno, todo sea por Julio, pienso, y porque se olvide de la histérica de su ex. Y el tipo llega como siempre, con la barriga por delante, la pipa de Oxford y la corbata con los escuditos de su Universidad en el ombligo. Da la conferencia en la Pedrera ante media docena de personas, yo entre ellos, aunque me tuve que ir en el turno de

preguntas, y allí empezó la desgracia, porque al terminar se le acerca una chica, una alumna, y le empieza a bailar el agua y a decirle que le admira mucho, que ha leído todos sus libros, que prefiere haberle conocido a él en persona que haber estado cenando con Frank Sinatra en el *Queen Mary*… Claro, con tanto remilgo, la invita a cenar y la jovencita le dice que es muy desgraciada, que su novio oposita al día siguiente y que todo está arreglado en contra suya, que no tiene dónde caerse muerto, y que si no saca la plaza tendrá que dejar la universidad e igual hasta se suicida, que le tiene un cierto cariño a las pastillas, y que él siempre le ha hablado de que el único hombre honesto del tribunal es Cardeñosa y bla, bla, bla.

—No me digas más, ¿a que luego se la folla?

—Pues sí, el tío ve la posibilidad de tirársela y va y se la tira en el Ars, con grandes promesas de que se quede tranquila, que a Cardeñosa no le presiona ni Dios, que él sabe lo que le costó sacar la cátedra, y digo yo que no se referiría al precio del restaurante al que nos llevó, que parecía un MacDonalds, y bla, bla, bla. Pero eso no tiene ninguna importancia, lo peor es que al día siguiente, ya con el pito satisfecho, en vez de olvidarse de la tía y dejarse de monsergas, va y le da la plaza al novio. Total, que ha sido horroroso, toda la tarde consolando a Julio que dice que su vida es un desastre y que a ver cómo paga ahora la hipoteca.

El filósofo suspiró, miró hacia el techo, y luego dijo:

—En La Laguna deben de estar riéndose todos de nosotros. Entre este cabrón y Camacho se le quitan a uno las ganas de vivir.

Manoli estaba viendo un programa concurso en la televisión junto a las otras chicas. Los domingos, el trabajo era más espaciado, y se agradecía. Se habían recostado sobre los dos catres que hacían las veces de sofás, por una vez provocativas sin pretenderlo, vestidas con batines ligeros que llevaban entreabiertos, mostrando una colección de puntillas de colores tan pretenciosas como baratas. Permanecían absortas mirando la pantalla, inmóviles, sin ninguna expresión que modificara sus caras. Hubieran podido ver, con igual interés, un programa sobre la supervivencia de la gacela en la sabana o la delincuencia infantil en México DF.

—Manoli —anunció la jefa—, ya ha llegado el del fútbol.

Con una lentitud que exasperaba a la *madame*, Manoli se levantó, dejó sobre la mesilla una revista del corazón que había estado hojeando, y se desperezó en silencio.

—Éste es de los buenos —masculló la jefa con una sonrisa desdeñosa—, de los que hay que cobrarles al final, para que no sean conscientes de lo que les cuesta cada hora de parloteo.

Manoli pasó delante de ella sin mirarla, y se dirigió a la pequeña salita contigua al lavabo para coger el jabón, los preservativos y las toallas.

Jaume Corrons la esperaba en una habitación cuya tenue luz lilácea teñía todo de misteriosa pecaminosidad. Si se accionaba un botón pegado al cabezal, la luz se convertía en blanca, pero el *botiguer* prefería aquella atmósfera que confería a los objetos un mismo residuo romántico y sentimental, tan difícil de conseguir con la total falta de poesía que impone la luz clara. Aquel margen para la fantasía, no sólo disolvía a sus ojos las posibles arrugas y otros deterioros cutáneos, sino también hacía que los contornos de sus cuerpos desnudos alcanzasen, en su ambigüedad, una predisposición más táctil que visual. En el techo, un espejo cenital

duplicaba la cama y la mesilla, el mismo escenario íntimo de todos los domingos por la tarde.

Permanecieron durante unos segundos de pie y en silencio, hasta que Manoli cerró la puerta y caminó unos pasos hacia él. Con gran ceremonia, le quitó la bufanda con los colores de su equipo y la colgó en el perchero del armario. La luz que llegaba del lavabo dio un tono desvaído al rostro apesadumbrado de aquel hombre. Algunos lamparones de grasa jalonaban la fila de botones de su abrigo. Grotescamente envejecida, descansaba sobre su cuello la blandura de una abundante papada.

El *botiguer* depositó en el cenicero los restos del puro que había estado mordisqueando con los nervios del partido, y luego comenzó a desvestirse. Al respirar, jadeaba un poco.

—¡*Cagun Deu* y en el *mal parit* del *refree*! —exclamó con voz gangosa y marcado acento catalán—. Ha sido horrible, Manoli, ha sido horrible. No te imaginas lo que ha sido. Primero el poste, luego el penalti injusto a favor del Atlétic, y, encima, estos cabrones de vascos han lesionado al Guardiola, que ya veremos lo que tiene. Horrible, mira, sólo te digo que hoy hemos perdido la liga. El Madrid a siete puntos, otro año igual… Y el público, muy mal; mete un gol de casualidad el Atlétic a los cinco minutos, y ya se ponen a pitar y a sacar pañuelos. Muy mal, hombre, muy mal. Este año no ganaremos nada, ya lo verás.

Cuando Jaume Corrons se quedó completamente desnudo, siguió a Manoli hasta el lavabo y se sentó en el bidé, frente a un pequeño ventanuco que daba a un patio interior abarrotado de sábanas y cuerdas pesadamente combadas. La mujer escuchaba atenta sus palabras quejumbrosas, que el sonido del agua apenas disminuía. Por fin, ella se animó a decir una de las frases que sabía a ciencia cierta que llevarían al *botiguer* a hablar durante horas:

—He oído en la radio que, en el penalti, Urrutia se ha tirado sin que le tocaran.

—Pero es que ni le tocan, *¡collons!*, ni le tocan. Mira, Nadal estaba aquí, y la pelota ha seguido por aquí —ahora se ayudaba señalando espacios con las manos—, y entonces, el cabrón del Urrutia ha saltado y se ha dejado caer, con un descaro, pero con un descaro, fíjate que yo lo he visto perfectamente desde la tribuna, y el árbitro, que estaba allí mismo, se ha sacado el penalti de la

manga. Horrible, horrible, un escándalo de los grandes. Pero el problema es el de siempre, hay un complot contra nosotros. No caemos bien, está claro, como no se molestan ni en conocernos, piensan que los catalanes somos unos hijos de puta, y somos buena gente, puñeta, somos buena gente.

—En esto tiene usted toda la razón —coincidió Manoli, dándole una toalla de color rojizo y naturaleza indefinida—, cuando yo vivía en mi pueblo, cerca de Almería, mi padre, mi novio y los chicos que yo conocía eran todos del Real Madrid, y se pasaban el día hablando mal de los catalanes. En cambio, fíjese, ahora llevo algo más de un año viviendo aquí, y ya me siento del Barça. Sí, ¿verdad que es curioso? Pues le aseguro que no le miento; cada vez que me entero de que ha ganado el Barça, me alegro, y como yo hay muchos andaluces que viven aquí y también se alegran.

—Y tanto que sí —prosiguió el *botiguer* estirándose en la cama y contemplando su cuerpo desnudo en el espejo del techo—, ya lo creo que somos buena gente. Pero de esto sólo os enteráis los que venís a vivir aquí. Los del resto de España no pueden quitarse de encima los cuarenta años de propaganda contra nosotros. Porque Franco nos odiaba, ¡ah!, ¿no lo sabías?, te juro que nos odiaba, como era gallego y muy bajito, tenía un sentimiento de inferioridad con los catalanes que era superior a él. Pero claro, ahora vamos a tener que esperar otros cuarenta años para que nos empiecen a tragar. Qué le vamos a hacer, la historia es la historia y los árbitros son los árbitros. ¿Sabes que siguen cobrando en Madrid, los muy cantamañanas? Y tú fíjate qué pocos hay de catalanes, les cierran el paso desde la capital. Yo estoy convencido de que la mayoría de los árbitros de primera división son fascistas. Se les nota en la cara. El de hoy, el Sánchez Arriete éste, tiene una cara de fascista que no puede con ella. Con ese bigotito que lleva que parece de la Falange… Yo soy muy antifascista, Manoli, mucho, mucho. Tenía un tío comunista que lo quería una barbaridad. En la guerra estuvo en el frente republicano, en Madrid. El pobre lo pasó muy mal. Fue un auténtico mártir. Y además de mártir era cornudo. Su mujer, una tal Serena, le ponía los cuernos con un soldadito con gafas de culo de vaso. Sintora, me parece que se llamaba el soldadito, o algo así.

Manoli se tendió junto a él y comenzó a mirarle con ojos maternales. Con la mano izquierda le acariciaba suavemente las

tetillas, flácidas y desgastadas por los años. El quejido del elástico de la cama sonó cuando Jaume Corrons se irguió y se recostó en el cabezal. Ya se había olvidado de su tío.

—Bueno, y luego ya veremos cómo termina la lesión del Guardiola, que a mí me da muy mala espina. Es evidente que este Urzalcuzu ha ido a por él. El tío se desentiende de la pelota y va a joderle, está más claro que el agua. Estos vascos no son mala gente, pero son tan bestias, sólo saben dar patadas, por eso tienen ese nacionalismo a base de poner bombas en todas partes. Y mira sus tradiciones, a cuál más salvaje; se ponen a levantar piedras gigantes, a pegar hachazos a troncos enormes. Pero así no se puede jugar al fútbol, hombre, el fútbol es un arte… Y el Guardiola, que es muy fino, se lo había meado limpiamente, pero el bestia del Urzalcuzu ha debido de pensar, Coño, este tío no sigue con la pelota como que me llamo Urzalcuzu, y le ha pegado tal patada… Mira, nada más te digo que todo el estadio se ha puesto de pie como si les hubieran clavado un pincho en el culo. Si no lo llega a expulsar, te juro que el Sánchez Arriete no sale vivo del Camp Nou. Y luego el otro poste del segundo tiempo; la verdad es que este negrito de oro tiene mala suerte. Lo hace todo muy bien, pero luego, se queda delante del portero y no sabe terminar. No, créeme, de lo de hoy nos vamos a acordar al final, ya lo verás…

—Bueno, bueno —repuso ella después de besar la calva casi absoluta del *botiguer*—, pero ahora intente relajarse un poco, que si no, lo que vamos a perder es este partido que tenemos que jugar usted y yo.

Sin hacer caso, inquieto, el *botiguer* se inclinó sobre la mesilla para recuperar su puro. Cuando consiguió encenderlo —estaba muy chupado—, lo avivó con tres caladas ansiosas. Luego, con el mirar perdido, echó una larga bocanada hacia el techo. El humo se expandió lentamente por la habitación creando una nube redonda.

—¡Ay, Manoli, eres tan cariñosa conmigo! Yo, a las chicas de aquí, y vengo hace muchos años, sólo les pido un poco de cariño, un poco del cariño que no me da nunca el sargento de mi mujer. Puñeta, esta Doloretes me prohíbe hablar de fútbol, me lo prohíbe todo. Cuando veo un partido en la televisión, no me deja beber ni una cerveza, dice que me excito mucho y me pongo como loco. Tengo que ver los partidos callado, bebiendo agua, como un

corderito, fíjate, Manoli, como un corderito en mi propia casa. ¿Qué te parece? Y si hago el mínimo comentario, no sé, si digo, lo que puede decir cualquiera cuando ve un partido, no sé, por ejemplo, este hijo de puta de árbitro nos va a joder, entonces, *em fot una cara de mala llet*. Por eso vengo aquí desde hace más de diez años, porque necesito hablar con alguien más dulce. Vengo aquí a buscar un poco de cariño, y tú eres muy cariñosa conmigo, Manoli, ya lo creo que sí. Casi más que la Katia, y mira que la Katia era cariñosa, yo estuve viniendo con ella más de cinco años seguidos, todos los domingos, sin fallar, porque yo soy muy fiel con las chicas. Con la Katia se acabó porque un día me dijo la *madame* que se había casado y que ya no vendría más. Y me supo de mal, no sabes tú lo mal que me supo. Me acuerdo que estuve varios días callado, con un nudo en la garganta. Ni hambre tenía. Hasta la Doloretes me dijo que estaba raro. Mira, a mí si me dan afecto también lo doy. Bueno, tú ya lo sabes, llevamos casi un año y sólo te fallé aquel domingo de la comunión de mi nieto.

—Es verdad, señor Corrons, usted es de los que nunca fallan. Eso querrá decir que está usted sanísimo.

—¡Huy!, ya lo creo, mira, sólo he estado en el médico cinco veces en toda mi vida, y es que hago una vida de lo más sana; bueno, me fumo mis puritos de vez en cuando, o me bebo alguna cervecita, sobre todo cuando el equipo juega fuera y bajo al bar a verlo y me pongo un poco nervioso. Todas mis distracciones son muy sanas. Colecciono fotos de jugadores, recortes de noticias del equipo para un álbum que hago de la historia del club, ya voy por el octavo volumen, a mi nieto le encanta, a ver si un día te lo traigo y lo miramos juntos. Ah, y luego me gusta mucho pasear. A veces voy andando de una punta a otra de Barcelona. Y esto de venir aquí todos los domingos también es como un deporte, ¿sabes?, unas veces va bien y me corro, otras no, pero es igual, es un ejercicio muy sano. Ya me lo dijo el médico el día que se lo conté todo, *amic Corrons, salut i força al canut*. La verdad es que me cuido mucho, cada mañana mi buen cuarto de hora de gimnasia, duermo como un tronco, nunca me emborracho, ni tomo ninguna droga, ni tengo el vicio de jugar dinero ni nada de nada… Bueno, ahora nos hemos hecho miembros de una organización americana, éstos de la venta directa. Son buenos *xicots* estos americanos, un poco infantiles, pero

buenos *xicots*.

Manoli fingió un repentino interés. Al menos los americanos, que ella supiera, no jugaban al fútbol.

—¿No se me habrá hecho usted de una de esas religiones americanas que venden rosarios por teléfono y los hombres pueden tener tres mujeres, como los árabes? Lo de la cienciología, me parece que se llama, que hasta Tom Cruise está metido…

—No, hija, no —rió Correns, acercando con suavidad la mano de la chica a su pene—. Es una empresa de venta directa que organiza concursos. Yo les vendo alguna cosita, sin esfuerzo, hablando con la gente que viene a la *botiga*. Pero aparte de esto y el fútbol, no tengo ningún vicio. Es verdad que estoy sanísimo. Mi mujer siempre me lo dice, en el tiempo que llevamos casados nunca te he visto enfermo en la cama, fíjate tú bien, Manoli, nunca, y llevamos treinta y tres años. Y yo a veces me digo, así, como de cachondeo, para mis adentros, si tú supieras las veces que he estado en la cama, y no precisamente haciendo de enfermo…

Jaume Corrons la miró guiñando un ojo. Luego continuó:

—Porque con la Doloretes ya no hacemos nada desde hace mucho tiempo, ¿sabes?, dormimos en habitaciones separadas. Y se le ha puesto un mal carácter y una cara de perro que casi no se le puede ni hablar. Y menos mal que puedo venir aquí, si no, no sé cómo me las apañaría… La verdad es que ahora, con esto de las saunas relax, se ha puesto mucho más fácil. Antes era una lata, tenías que ir a los bares, te encontrabas con conocidos o ibas y la chica que te gustaba estaba ocupada. Ahora, si te va una *noia*, reservas hora y ya está, como cuando vas al peluquero. Y con lo de las pelas, no hay problema; bueno, ahora, como a mi mujer le ha dado por llevar las cuentas de la tienda, me veo obligado a desviar un dinerito negro, sabes, cien, ciento veinte, ciento treinta cada mes, que ella no controla y que yo dedico exclusivamente a las saunas relax. O sea, a ti, Manoli.

Jaume Corrons sonrió y volvió a guiñar el ojo a la chica, que ahora se hallaba a gatas sobre él, intentando endurecer su miembro con la rítmica rozadura de sus senos.

—Hoy la tenemos un poquito tristona —reconoció Jaume Corrons—, esto de no haber ganado a los vascos me la pone nostálgica y entonces no hay nada que hacer, chica, no hay nada

que hacer. Aunque ya te conté que una de mis mejores faenas la protagonicé con la Katia el día que perdimos la copa de Europa en Sevilla. Estas cosas son así, incomprensibles.

En su proyección e identificación con el rival, el celotípico se sueña en la piel del otro. Se imagina entonces en el lado de la traición, burlándose del cornudo que es él, deleitándose en el sufrimiento que se inflige a sí mismo, escenificando con su mujer (sólo oficialmente su mujer) farsas presididas por una misma marioneta que no es otra cosa que el objeto de sus carcajadas. Así, alternativa o simultáneamente, el cornudo y el rival son una sola persona que se hurga en las heridas, calculando con precisión el alcance del daño, planeándolo y haciéndolo efectivo en la forma que sabe que más le va a doler. Por ello también, el celotípico se puede transformar con frecuencia en el perfecto complemento del seductor: no hay mayor estímulo para un don Juan que el de provocar el ataque de celos en quien creía poseer por derecho a su mujer. Todo se torna juego de incalculable perversión, pues a la pesadilla masoquista del celotípico le sucede entonces el ideal sádico que trama el seductor. En esta simetría lúdica, celotípico y seductor ya casi han dejado de rivalizar, pues la orgía se ha situado en un mismo plano imaginario en el que la mujer ha pasado a ser una mera comparsa mediadora. Ambos, celotípico y don Juan, se ven jugando a provocar en el otro el máximo clímax de horror y placer[2]*. Como Yago creando el tejido psicológico que hará enloquecer a Otelo, el verdadero seductor aspira a ser el artífice de un drama cuyo protagonista y doliente víctima le llevará a alcanzar la plenitud de su ideal. En su capacidad para infligir tormento se hallará el secreto de este maquiavélico deleite que sólo parece poder concluir en el crimen pasional, en cuyo caso, el arquetipo erótico-tanático se reconstruye con el tinte clásico de la tragedia.*

Pero regresemos al modelo que Brian Norton ha llamado (con evidente falta de elegancia) juego de retroalimentación venérea. No es posible imaginar mayor tortura y autoflagelo que la del celotípico que ve potenciadas sus tendencias por el contrario, por esa inteligencia intrigante que le hace perder el hilo conductor de la vida. Todas las salidas de la cueva de zorro le resultan inútiles, ya que cuando cree alcanzar la luz del día, cuando parece haberse desprendido de la mofa de los demás, se da cuenta de que vuelve a ser una y otra vez el mismo payaso de las bofetadas, el mismo cornudo y apaleado que no deja de sufrir el goce de todas las miradas.

En su ansiosa querencia de tormento, en la obstinación por sufrir, el celotípico puede competir con el mártir. Es interesante, sin embargo, reparar en algunas diferencias esenciales que presentan ambos en el ámbito de lo social. Mientras el mártir muere creyéndose un héroe de su causa, el celotípico se ve a sí mismo protagonizando la gran comedia de su vida. Mientras se canoniza con fervor a uno, se ridiculiza con saña al otro…

A lo mejor, este parapsicólogo da en el clavo y me descubre en la cabeza un mundo desconocido para mí. ¿Qué sentiré si me vaticina vivencias dolorosas? Uno tiende a tomarse a esta gente muy poco en serio, pero igual va y acierta. O igual es una especie de mago del vudú capaz de activar un interesantísimo tumor maligno en el cerebro del carnicero.

—Hola, buenos días, soy Ángel Peláez. Tengo una cita a las doce.

Esta secretaria actúa con gran ceremoniosidad, igual que si estuviera en la consulta de un médico. Al menos no lleva bata blanca ni esos zuecos con suela de goma. Lee algo en una agenda grande y hace una señal con el ceño. Me dice que la siga. Me lleva a una salita en la que hay unos sillones con el respaldo de rejilla.

—Espere un momentito aquí, enseguida le haré pasar.

Entro y me siento. Noto un olor a sándalo. Al cabo de unos minutos, veo en el pasillo a un joven muy alto y delgado que abandona cabizbajo la consulta. El parapsicólogo le sigue en silencio hasta la salida, bastante más erguido. Escucho con nitidez sus pasos, el sonido de la puerta al abrirse, y luego la voz del parapsicólogo que le dice:

—Bueno, tranquilo, ya verás cómo las cosas empiezan a cambiar, te espero la semana que viene. Y sobre todo, el aceite de ciprés, no dejes de tomarte las gotitas de aceite de ciprés, siempre a sus horas, adiós.

Ahora oigo unos cuchicheos que no consigo entender. Reaparece la secretaria y me dice que el doctor Soler Moreno tiene que atender una urgencia por teléfono y que tendré que esperar unos diez minutos más. Escojo una revista del corazón que hay en un revistero y la hojeo comenzando por el final. Veo las fotos en color sin apenas reparar en los titulares. Uno de ellos, sin embargo, me

llama la atención: «Mariví León nos enseña su nueva mansión en Marbella». En una foto, aparece Mariví León con un vestido dorado, como de tigresa, rodeada por unos perritos tan pequeños que podrían ser ratones. En otra, con el pelo recogido, la cabeza de Mariví León aparece entre la espuma blanca de un *jacuzzi*. Por un momento pienso que si yo fuera rico y pudiera comprarme una mansión con *jacuzzi* interior y piscina, mi Reme sería más feliz conmigo. Entonces dejaría de ser tan coqueta con ese carnicero de los cojones y se concentraría más en mí. ¿A partir de qué renta anual podría estar yo seguro de no perder nunca a mi Reme? Aunque entonces podría coquetear con otros millonarios más millonarios que yo. No, no tengo que engañarme, no hay forma humana de comprar la fidelidad de mi Reme, cuando la cabra tira al monte, tira al monte sin remedio. ¡Caramba, qué fea ha salido Mariví León en esta foto! Menuda zorra debe de ser la individua. ¿Y se ha casado con este viejo enano? Pero si mide un palmo menos que ella. A lo mejor al viejo enano le da igual que Mariví León se la pegue con otro, a lo mejor hasta le gusta. Ah, es verdad, aquí lo dice, no me acordaba, esta Mariví empezó de azafata en un programa de televisión… y mírala ahora. ¡Vaya carrerón, la tía! Pero ¡qué gorda se está poniendo! Como siga así de fondona, el viejo enano la cambia por otra. ¡Coño, qué par de tetazas tiene! Como se mueva mucho, le estalla el biquini. Seguro que es una marrana de campeonato. ¿Qué cochinadas le hará al viejo éste para levantársela? Guarradas, seguro que le hace todo tipo de guarradas. Me imagino al enano orinando y defecando sobre las tetazas de Mariví. ¡Qué cerda! Pero el enano parece simpático, qué contento se le ve aquí abrazado a Mariví, con su copita de champán en la mano, haciendo la broma de darle un poco de champán a los perritos. A lo mejor los perritos también participan en sus ceremonias nocturnas. Es increíble lo contenta que sale la gente en estas revistas. Se ven tan sonrientes, tan felices. En cambio yo, sobre todo desde el accidente, siempre quedo fatal en las fotos, tristón, con una mirada que va más allá de la simple melancolía, seria, tensa, angustiada. ¿Qué certidumbre es ésta que una lente lúcida me muestra? Es como si fuera disfrazado de cenizo. ¿Cómo puedo pretender que mi Reme no piense en otros con esa cara mía de cordero en el matadero? Y cuando intento sonreír, quedo todavía peor. Da la

sensación de que mi risa señala a mi muñón…

A ver lo que me cuenta mi Reme del nuevo apartamento que ha ido a limpiar. Como note que me oculta información, contrato a un detective para que me consiga unas fotos comprometedoras con el pollo ese y a tomar por culo con todas las mentiras. Es capaz de mentirme también en esto y decirme que se trata de un viudo de ochenta años. Bastaría que la pescase en falso una vez, una sola vez, para estar seguro de que me miente siempre. Es una regla que no falla. «Tita Lafuente, la hija de Luis Miguel Lafuente (el popular hombre del tiempo), ha escogido las Bahamas para su luna de miel». ¡Ah sí, el hombre del tiempo! Pues tiene una hija muy guapa y crecidita el hombre del tiempo. Una luna de miel en las Bahamas, suena bien, a mi Reme le gustaría. Lo que faltaba para el duro: «Jacinto Camacho muestra en exclusiva para *Corazones* su maravilloso yate *Cervantes IV*. El camarote de popa ha sido decorado por el célebre arquitecto italiano Andrea Venturi, quien ha hecho traer de los archipiélagos de la Polinesia francesa las maderas para revestir las paredes y el techo». Y una foto de Camacho en la proa, sin camisa, con una gorra de los Lakers y su compañera italiana. En otra foto, se le ve trabajando con su ordenador en el camarote de popa, con el mar al fondo. Sobre su mesa —¡para qué lo dicen al pie de la foto, si ya se ve de sobra!— dos enormes portarretratos de plata: en uno aparece Camacho recibiendo una reliquia del papa; en otro, se le ve con Mick Jagger, los dos posando junto a unas destartaladas *scooters* en Cerdeña. Ése es el maricón que escribe esas novelas que a la Reme le gustan tanto, que ya le dije la última vez que se las iba a quemar, todas esas tías guarras que se van al África a follar con cazadores de leones, o que tienen hijos ilegítimos. Míralo aquí, qué maricón parece, y estas fotos encima las pagan. No te jode. Unos tanto y otros tan poco. En la página siguiente leo, bajo el título «Noticias insólitas», que los esquimales no sienten celos: «Un estudio de la Universidad de Oklahoma ha confirmado que los esquimales no sienten celos. Cuando un forastero llega a su morada, el anfitrión le ofrece a su mujer. Y pobre del que no acepte dormir con ella, ya que rechazar tal oferta equivale a una ofensa, a la deshonra del marido». Tal vez ésa sería mi solución, que me congelasen.

¡Dios mío, qué raros son los esquimales! A ver, otra noticia:

«Más de un millón de hombres se manifiestan en Washington. El pasado 3 de octubre, una gigantesca manifestación masculina llenó las calles de la capital americana. Se trata de un creciente movimiento religioso conservador (exclusivamente masculino) llamado Promise Keepers. Sus miembros se comprometen a ser mejores maridos y padres de familia, así como a abandonar sus tendencias pecaminosas hacia el adulterio, el alcohol y las drogas. El profesor Carlos Cañeque, autor del libro *Dios en América* y especialista en sectas conservadoras, ha señalado que “en España están proliferando organizaciones norteamericanas que, orquestadas por una nueva ola de conservadurismo sin precedentes, tratan de llevar a cabo la mayor cruzada ideológica de la historia”». Afortunadamente, esta alarmante imagen de un millón de tíos tomando Washington se borra cuando llega la secretaria del parapsicólogo y me dice que haga el favor de seguirla. Caminamos por el pasillo hasta llegar a un despacho muy oscuro. Detrás de un escritorio, veo al parapsicólogo que me sonríe y se levanta para saludarme. Es un hombre de aspecto alegre, con un aura chispeante. Pero tiene una mirada enigmática, debe de ser por eso de que puede ver el lado oculto de las cosas. Amparado en nuestra nueva relación de vecinos, me abraza con una efusividad excesiva y me da unas palmaditas en la espalda. Sobre el escritorio, veo un gran mapa en el que hay dibujadas unas esferas tornasoladas. También hay un abrecartas afilado que imita un sable y un cenicero de cristal transparente con forma poliédrica.

El parapsicólogo me indica una butaca de terciopelo rojo y él se sienta en otra. Sin dejar de sonreírme, hace unas bendiciones extrañas que dirige a mi cabeza.

—Creo que el ser vecinos nos permite tutearnos, ¿verdad? Si quieres puedes llamarme Toni.

—Sí, claro —le respondo.

—Lo primero que tenemos que ver es cómo estás de energía paraquímica.

Se acerca y me pone una mano sobre la frente, mientras que con la otra apaga una lámpara de pie. Nos quedamos prácticamente a oscuras. Permanece unos segundos en silencio, concentrado, y luego me dice:

—Eres Beta, esto significa que tienes mucha energía positiva en

los testículos. Los Betas sois individuos muy potentes. A ver, déjame ver, huy, eres un caliente mental de los grandes.

Me empieza a tocar el pecho y luego el vientre. Por un momento pienso que igual es un perturbado con tendencias homosexuales. Lo pienso más ahora que me está palpando la polla. Si me dice que me quite los pantalones, lo mando a la mierda y me voy. El tío, aunque está inclinado, levanta la cabeza y me hace un guiño.

—No pienses que soy maricón, sólo quiero ver cómo estás de… ¡Caramba!, eres un Beta de pura raza.

Afortunadamente, deja de tocarme, enciende la luz y regresa a su butaca con la misma sonrisa de antes. Detrás de él, observo un cuadro que representa a una mujer tumbada y desnuda, con el pelo suelto, con un angelito que le tira flores doradas. Él sigue mi mirada y me dice:

—Es Danae, Danae recibiendo la lluvia de oro.

Lo que yo decía. Guarradas. A ver con qué saldrá ahora.

—Lo del brazo, ¿fue un accidente…?

—Sí, un accidente de coche. Me lo tuvieron que amputar hasta aquí —le enseño el remate rosado del muñón.

—¿Vives con alguien?

—Sí, estoy casado.

Ahora el parapsicólogo enciende unas velas en un candelabro viejo, apaga de nuevo la lámpara, lanza ampulosamente unos dados amarillos y escribe números en el mapa de esferas con un lápiz muy fino y muy largo. A continuación —seguimos en silencio, tanto que puedo oír los trajines de la secretaria— hace unos cálculos y dibuja sobre el mapa una línea recta con un cartabón de plástico transparente.

—¿Te masturbas mucho?

—Sí, algunas veces, con esta mano que me queda.

—Me lo temía. Pues no debes hacerlo, no te conviene. A un Beta nunca le conviene dilapidar el líquido seminal en solitario. Emplea toda la energía en tu mujer; guarda todo el potencial para ella. Las fuerzas deben canalizarse en el coito. Incluso debes anular todo el esfuerzo físico. ¿Haces deporte?

—No.

—Muy bien, mucho mejor, nunca hagas deporte, el deporte es malo para un Beta.

Le veo teclear en una calculadora, y al final obtiene un resultado que observa con una mueca de sorpresa.

—Oh, veo aquí muy claro que tienes elementos de Alfa… Eso quiere decir que puedes llegar a ser grande…

Viene otra vez hasta mí y me pone la mano en la frente.

—Sí, tienes elementos de Alfa… Abre los ojos todo lo que puedas, y no pestañees, por favor.

Ahora me mira tan de cerca que no puedo verlo. No usa linternita ni ningún otro instrumento. Sólo sus manos. Me estira un poco los párpados, pero no me hace daño.

—Bien, Ángel, ¿qué te preocupa? ¿Qué quieres saber?

—Doctor, creo que mi mujer me engaña. Soy un hombre torturado por los celos y yo la quiero mucho, doctor, la quiero mucho… No podría vivir sin ella.

El parapsicólogo se queda pensativo. Después coge un compás, lo abre, añade una curva en el mapa e introduce otros números en la calculadora. Escribe el resultado, lo comprueba y se abstrae mirando el espacio que queda sobre mi cabeza.

—Ahora estoy viendo tu psicopantalla, ¿sabes? ¡Ah!, no quiero que te ofendas, pero te hablaré con claridad; me parece que tu mujer es un poco putita, ¿verdad que es un poco zorrita?

Me sorprende el descaro con el que este probable chalado me ha dado antes unas palmaditas en mis partes y ahora insulta a mi mujer.

—Ángel, tienes que hablarme con sinceridad, en esta habitación no hay sitio para las medias verdades. Ya ves que yo no soy de los que se andan por las ramas. Tu mujer es un poco zorrita, ¿verdad? A que tiene el chichi un poco alegre, ¿eh?

—Sí, doctor —le respondo apesadumbrado—, aunque cuando nos casamos no era así.

—Tu mujer es esto, mira —dice Soler Moreno señalando con el dedo un punto en el mapa de esferas—, es una Delta con elementos de Gama. La típica definición de ninfómana. Al ser Gama, su aparato genital recibe influencias planetarias sensibles. Vulgarizando, y para que lo entiendas mejor, lo que yo veo es que Marte pasa por el clítoris de tu mujer. Cuando copulas con ella, tu energía testicular de Beta se diluye en su atmósfera. En el fondo, a ella le encantaría estar con más hombres…

—¿Y qué podemos hacer, doctor? —murmuro con algo de miedo.

El parapsicólogo se levanta y comienza a andar por el despacho, mueve el cartabón y se da con él leves golpecitos en la sien. Con sus andares, las llamas de las velas se agitan, desplazando a un lado y a otro nuestras sombras. Siento que estamos decidiendo algo importante.

—Ángel, tenemos que complacerla.

El doctor Soler Moreno sigue andando hasta que se pierde detrás de mí en la zona del fondo, donde se amontonan pilas de libros que él sortea sin tirarlas. Yo le escucho callado, dispuesto a recibir cualquier dolorosa revelación. Cuando me giro, apenas lo distingo hundido entre cojines.

—Mira, te voy a hablar muy claro, Ángel, lo veo y lo siento. Ella quiere un macarra, un tipo fuerte, por eso no para de debilitarte enviándote todo el día psicoirradiaciones negativas. No lo hace con mala intención, pero lo hace. Es una vampira que te está quitando la energía. Y no debes consentirlo porque te destruiría. Tienes que reaccionar, tienes que dejar de ser su esclavo para convertirte en su rey.

—¿Pero cómo puedo conseguirlo, doctor?

—Lo primero que tienes que hacer es traérmela aquí para que te la desprograme y te la vuelva a programar. Su karma está un poco sucio, y hay que limpiárselo.

—¿Su karma?

—Sí, el karma hindú; yo soy multimetódico, ¿sabes?, recojo lo que me interesa de todas las tradiciones y luego las uno para llegar a la paravisión que me permite trascender las apariencias espaciotemporales. De todos los grandes hombres de la historia he cogido un poco; de Jesús, de Darwin, de Freud, de Marx. Pero luego, sus ideas las mezclo con mi verdad, sabes, y entonces consigo verlo todo con una claridad que te sorprendería, Ángel, que te sorprendería de verdad.

Me inquieta la seguridad con la que habla y actúa el doctor Soler Moreno. Pienso un momento en el psiquiatra de la seguridad social, en sus tímidas recomendaciones y en sus silencios, y me dejo llevar por este mago que ha venido a instalarse en el mismo edificio en el que vivimos mi Reme y yo, como por alguna caprichosa

trampa del destino.

—Sí, doctor, es urgente que usted le limpie el karma; cuanto antes, doctor.

—No te preocupes porque la trataré muy bien. Te la programaré a tu medida, ella no se dará ni cuenta… Lo de zorrita te lo he dicho porque la veo muy ninfómana, y como todas las ninfómanas, es un poco putilla. No te habrás ofendido, ah, bueno. Eso sí, debes tener cuidado con la forma en que le cuentas las cosas porque podría ponerse en contra de mí y entonces yo no podría operar… Mira, Ángel, ella sufre lo que yo llamo disgustos momentáneos. Cada equis horas no le encuentra gusto a nada, a nada. Ya le puedes dar placer, regalos, mimos… Ah, y nunca le regales joyas, eh, nunca joyas a mujeres así. Estas mujeres necesitan *glamour*. En mi seminario, del que luego mi secretaria te dará un programa y un folleto de inscripción, lo hablamos en profundidad. El *glamour* será la medicina del futuro. Esto que estamos haciendo ahora tú y yo tiene *glamour*, ¿verdad?, parece que estemos charlando como si fuéramos amigos de toda la vida, como si estuviéramos en un bar contándonos nuestras cosas.

—Sí, es verdad —le contesto con fe de iniciado.

—En mis sesiones con psiquiatras, les indico que hablen cara a cara con el paciente, sin tapujos. Así te quiero hablar a ti, Ángel. Mira, con tu mujer, mucha claridad y palo, palo duro.

El doctor Soler Moreno se acerca nuevamente y me dice que me coloque erguido y que mire hacia un punto que tiene señalado en la pared con una lucecita roja. Me corrige la posición de los brazos, separándomelos un poco del cuerpo, y me roza otra vez el muñón.

—Las posturas espirituales deben ser correctas, así la vida física también lo es. ¿Quieres que te prepare un coito a tu medida? Es que, confidencialmente, tengo energía de una ninfómana que vino ayer, una chica joven que andaba sobrada, tuve que rebajársela. Te la desvío a tu miembro masculino, ¿vale? Hay ninfómanas que vienen cada cierto tiempo para que las descargue. Si no, no podrían vivir, no se soportarían a sí mismas. En mi cuarto seminario trataremos el problema sexual de las mujeres. Algunas llegan incluso con sus maridos, porque no las aguantan de tan vanidosas que se vuelven. Separa un poco más los brazos, así, muy bien. Ayer vino un millonario al que no se le levantaba y le tuve que cargar

con partículas Épsilon. Lo froté de arriba abajo con aceite de ciprés. Fue una sesión muy larga, triple, pero necesaria. Espera, te pongo unas grapas aquí abajo en los testículos para que ella no se beba tu energía. No te asustes, son grapas paraquímicas, no hacen daño. Cierra el puño, el pulgar dentro, muy bien, bien firme, ahora mira la lucecita roja de la pared, muy bien… Ahora di: «Macro Universo Once».

—Macro Universo Once.

—Más fuerte, dilo tres veces.

—Macro Universo Once, Macro Universo Once, Macro Universo Once.

—Muy bien, ahora déjame volver a ver tu psicopantalla… Comes mal, no comes lo que te vendría bien, tendrías que eliminar los fritos…

De nuevo, el parapsicólogo pone dos dedos de su mano izquierda sobre mi frente. Con la otra mano ensaya una bendición que deja adivinar en el aire una cruz entre cristiana y gamada.

—Ahora veo claro otro detalle, lo que te pasa es que mucha de la gente que te ha rodeado te ha hecho pasar por tonto. Llevas lo que en nuestra jerga conocemos como un «atolondramiento mental exógeno». ¿Has ido alguna vez a un parapsicólogo? ¿No? Mejor. Ten cuidado porque hay mucho fantasma suelto. Sólo algunos estamos preparados, yo estudié en Utah… Separa más los brazos, así, muy bien… Toda tu bioenergía, el aura, la tienes de color gris. Bueno, bueno, no te preocupes, limpiaremos todo… Una cosa —hace una pausa, me mira, se ha puesto serio—, si estás de acuerdo, te programaré para ser empresario de medio nivel. Porque, sabes, existe el empresario de bajo nivel, el de medio, como es el caso del joven que acaba de salir, el de alto nivel y, finalmente, el padre de empresarios, el *yuppy*, o empresario de alto *standing*, que es el que debería tener cátedra y asesorar a las grandes multinacionales. Ángel, tú habías nacido para este tipo de empresario de alto *standing*, o para cirujano, locutor de radio, catedrático, pero olvídate porque esto ya no lo puedes recuperar, tendríamos que trabajar mucho durante años, quizás tendría que crear un programa nuevo para ti, y hacerte un trasplante completo de psicochip. Por tu calibre mental y por tu situación parapsicológica, deberías tener una mujer uterina, es decir, una mujer noble, pura, auténtica,

maternal, doméstica, que supiera mimarte. Para eso tendremos que hacer algo, porque si no podrías acabar en delirios, lo que se llama esquizofrenia, pérdida de realidad… Ángel, tu mujer es muy egoísta, nació sin cariño y vive de ilusiones; no tiene amor, ni tiene en los pechos la leche que tú necesitas…

—Doctor, ¿no habría forma de arreglarlo? Tal vez, usted…

—Oh, ahora mismo estoy viendo lo que está pensando, estoy viendo su situación actual… Alguien la está convirtiendo en una zorrita casi profesional.

—No me asuste, doctor…

—Sí, me la tendrías que traer para una sesión doble. Tiene una parabioquímica (que no es la química de los médicos sino la química del futuro) muy desequilibrada. Seguro que le faltan sodio, potasio y magnesio. Tendría que hacer una dieta especial, todo sólido, nada de sopas, una dieta rica en verduras. Si tú quieres y me autorizas, yo me encargaría de transformarla. En un mes podría cambiar su temperamento, le gustaría más la vida hogareña, tendría más detalles contigo… Lo importante es despertarle el tercer ojo, porque vive de pajaritos, no toca de pies al suelo.

—No, doctor, lo que yo le digo, no toca, la pobre no toca de pies al suelo.

—¿Has vivido siempre en Barcelona?

—No, sólo desde hace ocho años.

—Mejor, porque vivir siempre aquí, en esta ciudad, es un *hándicap*. ¿Sabes que Barcelona es la ciudad con mayor carga negativa del mundo? Se puede vivir en Barcelona, pero viniendo aquí de vez en cuando para que yo descargue toda la energía negativa que irradia la ciudad… ¡Caramba! ¡Es increíble! Ahora veo salir de tu aura una bestia que te había estado poseyendo. Ha adoptado la forma de un pavo con cabeza de serpiente. Esto significa que has sufrido mucho. Relájate y no te muevas… quieto… te estoy abriendo el tercer ojo. Muchos de tus disgustos los has tenido por falta de claridad visual. A ver, repite, Macro Universo Once.

—¡Macro Universo Once!

—Éste es el contestador automático de Ángel Peláez y de

Remedios Rodríguez Alcázares, si quiere dejar un mensaje, hágalo a partir de la señal. Piiiiiipppp.

—Mensaje para Ángel Peláez, con referencia a lo del trabajo en el *parking* Wembley 92 de la calle Travesera de las Corts. Que sí que interesa, que por favor, que nos llame lo antes posible.

Vinagreta de puerros, dijo Ángel Peláez antes de empezar a trabajar en la ensalada para la Reme. Con una sola mano, cortó los puerros y los agrupó. Con una sola mano, los lavó bien bajo el chorro, los separó en dos matojos, los ató por los extremos y los puso a hervir durante quince minutos. Cuando estuvieron tiernos, los escurrió, los aclaró en agua fría y los secó con un paño de algodón, como le habían enseñado en las cocinas del Ritz. Con esa misma mano, cortó los puerros en trozos de siete centímetros (las mediciones las hizo con una regla de madera rescatada de su infancia) y separó los tallos de los hilos y de las impurezas. A continuación, preparó la salsa mezclando en un bol vinagre y mostaza, luego añadió aceite, cortó chalotes muy pequeños y los agregó. Con una sola mano, colocó los puerros en una fuente mediana, batió bien la salsa, la vertió encima y lo dejó marinar todo una hora en la nevera. Transcurrido ese tiempo, peló un huevo duro, lo cortó por la mitad para separar la clara de la yema, picó gruesa la clara y tamizó la yema en otro bol. Con progresivo entusiasmo, distribuyó los puerros en dos platos, picó perejil y lo echó sobre una hoja de papel parafinado. Finalmente, recogió el perejil con una cuchilla de cocina, la inclinó y le dio unos golpecitos suaves para que cayera en línea recta, marcando espacios diagonales sobre los puerros.

Estaba contemplando su obra maestra cuando escuchó el sonido inconfundible de los tacones de la Reme saliendo del ascensor, el racimo de llaves en su implicación erótica hacia la cerradura de cada día, esa concatenación de ruidos conocidos capaz de fagocitar aquel presente de puerros con mostaza y febrilidades extrañas. Supo que su presencia reinventaría la atracción y la amenaza, diluyendo una espera que sólo era vacío del alma. Débil, sin más destino posible que devenir un apéndice aceptable en la existencia de ella,

fue a su encuentro en el recibidor. La besó con efusión y se apresuró a quitarle de la mano la bolsa que traía del supermercado.

—¿Hay algo más en el ascensor? —preguntó solícito.

—Deja, deja, es una caja de botellas, ya las traigo yo.

Sin hacerle caso, él se dirigió hacia ese pequeño reto que le esperaba en forma de peso físico. Estaba seguro de que no se le caerían las botellas. El espejo del ascensor duplicó con implacable fidelidad la manga vacía colgando sobre la nada, su cara de insatisfacción, sus ojos incorregiblemente tristes. Desde allí escuchó las advertencias de la Reme, no la cojas, no seas cabezota, que son botellas y se te van a caer, y luego tendré que recoger yo los cristales. Pero él, con esa misma mano con la que había preparado la ensalada de puerros, ya estaba apretando la caja contra su pecho. Con el peso bien encajado, manteniendo una mueca tensa que mostraba sus dientes, salió encorvado del ascensor dando pasos muy cortos. (Ángel, el famoso levantador de pesos manco, pasen y vean). Al entrar en casa, cerró la puerta con la espalda y cruzó el pasillo hacia la cocina. La Reme, resignada a presenciar la absurda demostración de fuerza, había comenzado a quitarse el abrigo. Mientras depositaba la caja sobre el mármol, Ángel buscó en su mente una frase capaz de transmitir todo el cariño que sentía por ella.

—Hola, reina, cómo me alegro cuando llegas.

Trató de besarla por segunda vez, pero la Reme se lo quitó de en medio con un empujoncito indiferente. No la siguió hacia el lavabo. Se quedó en la cocina observando el goteo del grifo. Luego examinó su ensalada. ¿Propiciarían los puerros, los chalotes y el papel parafinado, el milagro de hacerle sentir un poco más útil? Cuando ella volvió a aparecer, con la cara resplandeciente y las manos húmedas, Ángel sintió ganas de desnudarla allí mismo, de destapar aquellos senos y aquel pubis en los que su memoria no dejaba de emplearse.

—¿Sabes que el nuevo inquilino del tercero es un parapsicólogo? —preguntó, tratando de darle una noticia divertida.

—Sí, lo leí ayer en la placa de su puerta al bajar. Es ese hombre rarísimo que vimos el sábado en la farmacia, ¿te acuerdas?

—Sí, el de la barba. Pero es un tío válido y no lo digo de oídas, yo ya me he ido a visitar.

—No me digas —repuso la Reme sorprendida, sonriendo por primera vez—. Bueno, y qué, ¿qué te ha dicho? ¿Cómo se va a portar contigo la vida?

—Me ha dicho que estoy rodeado de gente que me hace pasar por tonto.

—¡Vaya por Dios! ¡Qué ojo clínico! ¿No se referirá a mí, por casualidad? —farfulló ella, mientras rajaba con un cuchillo la arista de cartón de la caja de botellas.

—No, mujer, me lo ha dicho en general, sin personalizar. Ah, y luego me ha descargado el aura de energía negativa. Se ve que tenía más de la cuenta, se ha visto obligado a extraerme un pavo con cabeza de serpiente… No, en serio, te lo juro, es un tipo increíble… Muy simpático. Y al final, no me ha querido cobrar, me ha dicho que como somos vecinos y era la primera vez, no me cobraba.

Nada le hacía sentir mejor que ver a la Reme riéndose a partir de alguna de sus frases. Sabía que con sus risas podía alcanzar con mayor facilidad el momento en que la podría besar en todos los recovecos de su cuerpo. No era tanto por el placer en sí mismo, sino por la obtención del símbolo que necesitaba para sentirse mejor. Sabía que una broma mal planteada o un descuido en las atenciones básicas, podría acarrear un progresivo tono displicente a lo largo de toda la tarde, o un súbito estado de cansancio que ella inventaría para frenar todo acercamiento. Se sentaron a la mesa. Con una sonrisa, adoptando el aire marcial de sus mejores tiempos en la profesión, Ángel escanció el agua con gas en dos vasos de cristal, y las burbujas emitieron su sonido reconocible, casero, entrañable.

—¡Qué buena has hecho hoy la ensalada! —comentó ella tan pronto paladeó una punta de puerro—. Oye, ¡buenísima! Además del vinagre tiene un toque de… como de especia. ¿Tiene… romero?

—No.

—¿Canela?

—No, frío, frío.

—¿Cilantro? ¿Perejil? Va, ¡dímelo!

—He puesto un poco de mostaza de Dijon —informó él, exhibiendo su sonrisa triunfal.

—Sí, mostaza de Dijon, es a Dijon a lo que sabe. Es una ensalada buenísima, Ángel, de verdad.

Comieron un rato en silencio. Después, mientras se tapaba la

boca con una servilleta de papel, la Reme dijo:
—Ah, por cierto, muy bien el piso nuevo.
—¿Ah, sí? —Ángel fingió un interés relativo.
—No es muy grande y su dueño lo tiene muy ordenado, no como esos pisos de hombre soltero que hay que recoger toda la ropa del suelo… Es profesor de religión y de latín, me ha contado que da clases en dos colegios. Parece buen chico, aunque tiene una pinta de cura… El pobre es feísimo. ¡Vaya unas gafas!
Por supuesto, no mencionó la amistad del nuevo empleador con Jacinto Camacho, porque eso sí hubiera significado una información —ella lo sabía a ciencia cierta— de las que traían cola y absurdos conflictos.
—¿Y paga bien? —preguntó Ángel, reprimiendo más indagaciones.
—Lo que todos, ochocientas la hora… Pero, muy bien, me ha gustado, es una casa que puedo hacer en un periquete. Quiere que le lave la ropa, que le planche las camisas, que ordene la casa. Además, no vive lejos. Y tiene aspirador y secadora.
—Bueno, ya sabes que no me encanta que trabajes en pisos de hombres solteros, pero bueno…
—Tranquilo, el pobrecito es de un soso, ya te digo que tiene pinta de cura. Igual es rebotado.
—Hay curas muy guapos.
—Éste no, te lo aseguro.
Ángel sabía que eso de que fuera un tipo feísimo con pinta de cura lo podría comprobar con facilidad. La agencia de colocación le había dado su dirección, bastaba con acercarse a su casa —cuando ella no estuviera— y llamar a la puerta con cualquier pretexto (una aportación para la asociación de mutilados del Sahara).
—Oye —inquirió la Reme en tono alegre—, cuéntame más del parapsicólogo. O sea que no te ha cobrado por ser vecino, pues a lo mejor voy yo también un día… Tengo curiosidad por…
—Ah —exclamó Ángel interrumpiéndola al pensar en la idea de cobrar—, en lo que me he gastado doce mil pelas ha sido en el contestador.
—¡Doce mil pelas, Dios mío, qué caro!, ¿no?
—Sí, ya se sabe, todo está carísimo. Pero era necesario, así no tengo que estar todo el día encerrado en casa esperando que me

llamen. Precisamente, hace un momento, cuando he bajado a comprar los puerros, han dejado un mensaje los del *parking* de Travesera de las Corts. Parece que me dan trabajo.

—Eso está muy bien, Ángel, te vendrá divinamente distraerte un poco. Y el dinero, la verdad, también nos vendrá muy bien.

A Ángel, el hecho de emplearse en un *parking* no dejaba de parecerle una humillación, teniendo en cuenta el rango de camarero *de lujo* que él había alcanzado en el Ritz. No era lo mismo indicar a un Opel Corsa que aparcara tras la columna que abrirle a una aristócrata de verdad la puerta del comedor. Además, los recuerdos de sus años mozos en Huercal Overa, las ilusiones y los proyectos esbozados entonces, le hacían conservar todavía algunas ambiciones. En aquel pasado remoto y cargado de dulces esperanzas nadie hubiera dicho que iba a terminar de cobrador en un *parking*. Y lo más irritante era pensar que algunos del pueblo se reirían al saberlo. Tal vez algún imbécil que estaría ganándose la vida mejor que él, arreglando timbres o desembozando fregaderos.

—Bueno, mira, como no hay otra cosa… —dijo ella en un tono entre comprensivo y piadoso.

Terminaron con la ensalada y, cuando pelaba una manzana para él, la Reme añadió:

—Ah, no te he contado. Mi madre está entusiasmada con una organización americana. La pobre cree que es la solución para todos. Es un nuevo sistema de venta directa con el que, según me ha dicho, se puede ganar mucho dinero sin arriesgar nada.

Ángel hizo una mueca que contenía un escepticismo infinito. La Reme insistió, risueña.

—No sabes lo entusiasmada que está. Se ha empeñado en que vayamos todos a una reunión que va a celebrarse en un cine, irá mucha gente.

—Conmigo no cuentes —murmuró Ángel llenando de nuevo los vasos de agua con gas y poniéndose serio—. Perdona, Reme, pero ya sabes que desconfío de los negocios de tu madre. A este tipo de reuniones lo mejor es que vayas tú con ella, y luego me lo cuentas. La mayoría de estas empresas americanas resultan ser luego una secta religiosa, o incluso una mafia. Hoy mismo lo he leído en una revista en la sala de espera del parapsicólogo. Y decía un experto que son peligrosas.

—Sí, eso le he dicho yo, que puede ser una secta.

—Son montajes para engañar a gente tan inocente como tu madre. La verdad es que la pobre es carne de cañón… Pero yo me niego a perder el tiempo con esas tonterías. Acuérdate de aquel que vino diciendo que nos había tocado un regalo, una sorpresa, y luego resultó que era un bolígrafo de plástico y una casete de villancicos, y que fuimos todos allí como imbéciles para que nos propusieran la compra de una lavadora a plazos.

Dejaron pasar unos minutos sin hablarse, él mirándola a veces a los ojos y ella desviando la vista tan pronto se encontraban.

—Parece que mañana va a llover.

Ángel depositó lentamente el vaso sobre la mesa.

—Reme, siempre me hablas del tiempo… Me gustaría que me contaras más cosas de ti y de lo que te pasa por la cabeza. Últimamente te veo rara, y a veces parece que no estés conmigo. Reina, si algún día no estás bien por algo, te pido por favor que me lo digas y que lo hablemos.

—¡Qué pesado! —exclamó la Reme con un gesto de fastidio, mientras se levantaba de la mesa y empezaba a apilar los platos y a recoger los cubiertos—. Siempre andas preguntándome por lo que crees que te oculto, siempre quieres hablar de mí y de nuestra relación. Y ya te he dicho muchas veces que las cosas no hay que preguntárselas tanto, que si todo el día estamos pensando si nuestra relación es buena o es mala, al final la vamos a estropear.

La señora Corrons se quitó sus zapatillas de plumero lila, su batín de fantasía rosa, y se metió en la cama dispuesta a leer cuatro revistas del corazón. En el otro lado de la cama (no dormían en habitaciones separadas, eso era una mentirijilla para enternecer putas), el *botiguer*, con su pijama azulgrana de raso barato, estaba concentrado en cortarse las uñas de los pies con unas tijeras muy pequeñas. Su mujer bostezó abriendo ampliamente la boca, y luego dijo:

—Hoy en la plaza he visto a la Rosita, la Rosita del taxista, ¿sabes?, la que vive en el mismo rellano que el manco.

Jaume Corrons hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y ella prosiguió.

—Pues me ha dicho la Rosita que ese chico, el manco, está muy mal. Parece que cuando se queda solo, algunos días le oye llorar y dar golpes. Dice la Rosita que le parece que son cabezazos contra la pared. Y luego le oye que dice, Reme, te quiero, Reme, te quiero y pum, pum, pum, más golpes.

Jaume Corrons dejó de cortarse las uñas y se giró para ver a su mujer. Le molestaba el interés enfermizo que ella mostraba en conocer las interioridades de las personas infelices.

—He pensado —continuó ella— que mañana voy a ir a su casa para ver si le auspicio en esto de los americanos. A lo mejor le vendría bien. Parece que el pobre está en paro. Claro, con lo del brazo quién le va a coger… La Rosita piensa que el problema es que no tiene ninguna distracción y que…

—Mira, Doloretes, no te metas en líos y deja a ese pobre chico en paz.

—Pero, Jaume, si voy por todas las casas y me reciben bien. Además, le contaré que nos han dado el premio a la mejor idea sólida en roca y tal vez se anime a participar en el concurso del mes

que viene.

La claridad de la mañana se filtraba desde el exterior por los espacios que dejaban los listones de la persiana. Sobre la mesa del ordenador se proyectaban haces de luz y polvo, tiñéndola y recortándola en perfectas franjas anaranjadas. Todavía con los ojos medio cerrados, Gabriel escuchó el trajín de la cocina; la muchacha ya debía de estar ordenando. Permaneció un rato inmóvil, disfrutando de su languidez, del tibio confort de la manta, de todos los proyectos pendientes. Luego se incorporó para encajarse las gafas y quedó sentado, apoyando los codos en las rodillas. Suspiró y estiró los brazos como restableciéndose de un gran esfuerzo intelectual. La noche anterior, cuando la tertulia del Salambó ya no daba para más, regresó a casa y se puso a trabajar hasta las tantas en la relación existente entre el arquetipo oteliano y el que se propone en el *Diario de un seductor* de Kierkegaard. Algo adormecido todavía, retuvo en su mente el nudo esencial de esa comparación filosófica. Con alivio, pudo eclipsar esos abstractos pensamientos con otros de naturaleza mucho más sensual, provocados por los ruidos que llegaban desde la cocina.

Por fin se decidió a levantarse. Cruzó la habitación y elevó a media altura la persiana. La luz del sol evidenció el desorden que sobre el suelo se concretaba en una masa informe de periódicos acumulados. Lo arreglaría más tarde.

Sin dejar de bostezar, se dispuso a poner un disco. Eligió el *Diane* de Chet Baker y Paul Bley, lo colocó en el cajón del mecanismo automático, subió el volumen y se regocijó en los primeros compases del tema *You Go to my Head*. Calculó que era mejor que se duchara y se lavara los dientes, no fuera que, en un posible ataque repentino felizmente culminado en la cocina, la muchacha percibiera sus malos olores. Como hacía cada mañana, antes de ducharse encendió el ordenador para leer la última frase

que había escrito la noche anterior. Mientras se sucedían las líneas de inicio, pensó en las críticas de Carlos sobre su silencio respecto a los celos femeninos. Con el ratón del ordenador, buscó el principio del capítulo segundo y, con rapidez, tecleó: «El lector atento habrá notado ya, desde el principio de este ensayo, que hemos tendido a masculinizar la figura del celotípico. Si bien es cierto que existen celotipias femeninas…». Sin poder concentrarse —la Reme era ya un cuerpo cimbreante que bailaba desnudo en su cabeza con la agilidad gozosa de un silfo—, dejó de escribir, apagó la pantalla y se dirigió al lavabo.

El calor de la ducha le hizo pensar en algunas de sus estrategias infalibles, en sus certeros versos románticos escritos el último verano, en Kierkegaard, en la mirada segura del dios Apolo y en los rotundos endecasílabos de Pope. Pero luego barruntó que todas esas erudiciones no harían otra cosa que echar a perder el deseado encuentro de piel, y sólo servirían para desconcertar a esa pobre joven de exiguo alcance intelectual. Tenía que actuar de modo más directo y arriesgado. Tal vez recurriría a la progresiva mirada de taladro con acercamiento y beso final en el cuello, que tan buenos resultados le había dado en las playas de Bahía. Ese primitivismo de la chica, esa *conciencia desgraciada* —tan ajena a los altos mecanismos metafísicos y a las complejidades del *Geist*—, era precisamente lo que le confería un innegable atractivo animal. Pero ¿cómo y cuándo se dispondría a lanzarse al ataque? ¿Qué dialéctica utilizaría para que no pareciera un caso claro de acoso sexual? Lo mejor sería decirle algo romántico, algo que preparase en ella sus capacidades amatorias.

Incluso podría soltarle alguna frase empalagosa de Camacho. Seducir a la lectora improvisando el estilo de ese hortera. El juego comenzaba a divertirle enormemente.

Después de secarse, se miró en el espejo sopesando el tamaño de las ojeras. De repente, con teatralizada pasión, se giró y se puso a besar la cortina de la ducha hasta descolocar el tubo que la sostenía y hacerla caer al suelo.

En esto, detrás de la puerta, los nudillos de la joven sonaron como una dulce campanilla.

—Gabriel, te llaman por teléfono. Es la señorita Elena.

—Un momento —respondió el filósofo reincorporándose de su

fantasía con la cortina de plástico.

Se tapó con una toalla, abrió la puerta y, tras fijarse en el turbador verde de sus pupilas, preguntó:

—¿Le has dicho que estaba en casa?

La Reme abrió dos ojos como súplicas:

—Le he dicho que iba a ver, que a lo mejor ya te habías ido. Me ha preguntado no sé qué de tu padre. La verdad es que no la he entendido muy bien, hablaba raro.

—Dile que mi padre está mejor, pero que he tenido que salir corriendo para sustituir al miembro de un tribunal en Canarias, que no sabes cuándo regresaré.

Tan pronto desapareció la Reme, el filósofo se puso los calzoncillos con dibujos de palmeras, los pantalones negros de Fusión y la camisa de flores de Gianfranco Bonalli que reservaba para las grandes ocasiones. Pensó que la estrategia de la progresiva mirada de taladro con acercamiento y beso final en el cuello (que, debemos insistir, tan buenos resultados le había dado en las playas de Bahía) tal vez fuera demasiado directa. Al fin y al cabo se trataba de un caso de joven inmigrante, y la variable urbana tenía que considerarse como una parte importante de su formación. Ah, se dijo con súbita seguridad, mucho mejor sería la estratagema del champán y el bolero. Perfecto, al menos había dos botellas en la nevera. Pero ¿champán para desayunar, después del café? Sí, ¿por qué no?, le diría que se trataba de una de sus costumbres más antiguas, que le ayudaba a mantenerse en forma, a pensar… En este tipo de mujer andaluza, lo insólito es con frecuencia un arma seductora. Resuelto a la opción champán-bolero-beso-cama, sostuvo la mirada en el espejo y comenzó su rito matinal de atusamiento del cabello. Mientras, entornando los ojos, buscó el tono de voz franco y varonil que necesitaría para la ocasión. «Muñeca ¿te gustan los boleros?», musitó ensayando la sonrisa de Clark Gable. «Perfecto, perfecto, vamos a torear». Se acercó al estereofónico y subió el volumen. Chet Baker y Paul Bley estaban interpretando el tema *Little Girl Blue*. Con el ceño fruncido, buscó el disco de Tito Rodríguez con el que tantas veces había bailado boleros con tantas hembras lujuriosas —las otras no contaban—, y lo dejó preparado sobre el amplificador. En el mueble estilo *Art Déco*, se fijó en el lomo rojo del álbum con las fotos de algunas de sus amantes del

pasado. En total cincuenta y cuatro fotografías, y si no todas habían llegado a buen fin, la repetición con algunas excusaba la negativa de las otras. No sin vanidad, pensó que la Reme añadiría la foto cincuenta y cinco. Él mismo se encargaría de fotografiarla (quiza incluso podría inducirla a posar…). Ninguna de ellas, sin embargo, tenía esos ojos verdes enmarcados en ese pelo tan negro. Con orgullo de coleccionista de mariposas, recordó a aquella francesita de Playa de Aro que guardaba un cierto parecido con el espécimen andaluz que ahora tenía en la mirilla del deseo. Cogió la novela de Camacho, la carpeta con las páginas fotocopiadas de su ensayo sobre los celos, y enfiló el camino hacia la cocina.

La Reme estaba preparando una bandeja con el desayuno para llevárselo a la habitación, pero él le dijo que prefería tomarlo allí mismo, en la mesa de cristal diseñada por Philip Starck. Mientras ella le servía el café en la tacita de Douglas Preston, Gabriel no dejó de mirarla a los ojos, alternando rictus graves, de hombre serio, con miradas extraviadas de soñador empedernido. Se sabía muy bien el papel.

—¿Qué tal fue la presentación de la novela de Jacinto Camacho? —preguntó ella—. Dieron un resumen en la tele, pero muy cortito. Tiene una novia muy guapa.

—Sí, estuve hablando con ellos un buen rato —mintió—. Está muy contento, parece que está arrasando en Japón y en Estados Unidos. Por cierto, tengo un regalo para ti.

—¿Un regalo? —dijo ella sorprendida.

—Sí, toma, abre. Aquí está.

La Reme se secó las manos con el delantal y se acercó para abrir el paquete. Lo hizo minuciosamente, tratando de no estropear el papel y la cinta dorada con que había sido envuelto en la librería Áncora y Delfín.

—Oh, qué bien, *Víctimas del desamor*, la voy a empezar hoy mismo. Muchas gracias. ¿Y esta carpeta?

—Son los dos primeros capítulos de mi ensayo sobre los celos. Como me dijiste que tu marido…

—Ah sí, qué interesante, me encerraré hoy mismo para leerlo todo.

—Venga, abre la novela, que igual dice alguna cosa.

La Reme pasó dos páginas y leyó la dedicatoria en voz alta.

—«Para Remedios, esperando que en mi modesta novela halle algo del talento de este sabio que es Gabriel Cavestany. Un saludo cordial, Jacinto Camacho»… Oh, para mí, dedicada, me encanta, me encanta… Tendré que esconderlo todo y leerlo sin que se entere mi marido. Si él ve esta dedicatoria o se entera de que estoy leyendo algo sobre los celos, empezaría a pensar cosas raras, el pobre… La verdad es que estoy un poco… Un regalo, al segundo día de venir aquí… Bueno, muchas gracias, Gabriel.

El filósofo observó que el rostro de la chica había adquirido un tono rojizo. «Bien, bien», pensó. Se mantuvieron la mirada durante unos intensos segundos. Con la taza de café en la mano, Gabriel se perdía en un mar de cálculos y movimientos posibles. De repente, se levantó, se dirigió a la nevera y asió por el cuello una botella de Moet.

—¿Has probado alguna vez champán francés? —preguntó, tratando de reproducir de nuevo la sonrisa de Clark.

—Sí, me encanta, Ángel me lo traía a veces del Ritz —respondió la Reme mordiéndose ligeramente el labio inferior.

—Pues vamos a recordarlo.

El filósofo descorchó la botella y sirvió el líquido espumoso en dos copas alargadas que extrajo de un armario. La Reme se iba encogiendo por momentos.

—¿Pero ahora? Si apenas has desayunado. Y yo… tengo que…

—Ya casi es una costumbre, me tomo una copita con el café. Me sienta de maravilla; siempre que sea francés, claro… Sobre todo me la tomo cuando estoy contento, cuando quiero celebrar algo…

Ella se mordió de nuevo el labio inferior. El corazón le latía muy rápido. No creía estar obrando mal, pero aquella situación era, cuando menos, extraordinaria. En las otras casas, como mucho, a media mañana se tomaba un café con leche con la señora y a menudo entre fregado y planchado. Cuando se lo contara a Marta… Nerviosa, cogió con dos dedos la copa y se la acercó a los labios, sólo para sentir el roce estremecido del cristal, todavía sin beber.

—Bueno —añadió con falsa viveza—, ¿y por qué brindamos?

—Por tu inconmensurable belleza.

—Gracias… —balbuceó ella.

El viejo zorro de Cavestany le propuso beber de un trago, como hacían los antiguos nobles rusos, y ella obedeció con tal docilidad

que él ya la sintió atrapada en los rediles del amor. «Si no juego mal —se dijo anegado por el deseo—, la hago mía en cuestión de minutos». El frescor del champán hizo sentir a la Reme un escalofrío que recorrió todo su cuerpo. Percibía un extraño bienestar, un desmadejamiento feliz, que redujo la tensa prevención que había dominado sus nervios. Lo insólito de la situación ya no la incomodaba. Por el contrario, de pronto le parecía el colofón inevitable a su existencia, como ocurría en las novelas que tanto le gustaban. Las bellas no deben sufrir, había leído una vez en una de Camacho, y la frase resonó como un eco en ese mundo mágico que Gabriel había sabido crear ahora en esa cocina de ensueño, ese mundo que se revelaba a gran velocidad en la voz de aquel hombre, en su forma de mover las manos y de mirarla a los ojos.

—¿Te gustan los boleros? —preguntó él, sirviéndole una segunda copa.

—Sí, son tan románticos… No, otra no, que me voy a emborrachar.

—Te voy a poner un bolero magnífico —anunció Gabriel, llenando las copas hasta verter la espuma sobre la mesa.

—¡Por Dios! —exclamó la Reme—, quién me iba a decir a mí que hoy iba a acabar bebiendo champán y escuchando boleros contigo.

El filósofo la cogió de la mano y la condujo a su habitación. Excitado por su creciente docilidad, llegó hasta el estereofónico y colocó el CD de Tito Rodríguez. Con el mando a distancia, cerró el cajón del aparato e hizo que la música comenzara a sonar. Primero las trompetas, luego el ritmo caribeño de la percusión, y la inconfundible voz de Tito.

Permanecieron un rato en silencio, él esperaba la ocasión para el paso siguiente, y ella parecía perdida en un océano de dulces congojas. Era como si la penumbra que les rodeaba se dilatara con su palpitar cada vez más intenso. La muchacha rehuía su mirada, concentrada en las paredes azules, en el techo. Se sonrojaba por momentos.

—Imagínate —susurró el profesor— que estamos en el jardín de un hotel colonial del Caribe, con esta orquesta de más de cuarenta músicos tocando sólo para nosotros.

Aquella imagen que él le sugería era la orden amable de un

maestro al que se estaba empezando a entregar.

Gabriel se acercó en silencio; la abrazó suavemente y comenzaron a bailar. Se dejaron llevar por la música, que modelaba a su antojo el lenguaje de sus cuerpos.

Un domingo en Puerto Azul
cambió la faz de mi destino,
pues tú me enseñaste el camino
a seguir.
Al mirarte yo sentí
tan gran pasión hecha locura,
locura de verte en mis brazos
hasta la eternidad.

—Remedios —seguía hablando muy quedo—, estamos en un jardín de La Habana, nos rodean las orquídeas, la densa humedad. Escucha a Tito Rodríguez.

—Estoy allí, te lo prometo —ella cerró los ojos y sonrió.

El filósofo apretó el cuerpo de la Reme contra el suyo y, con maestría donjuanesca, rozó con los labios su cuello, bañándolo con su aliento. Bailaban cada vez más encajados.

Aquí estoy en Puerto Azul,
con el vaivén de mis ensueños,
pidiéndole al cielo que vengas
pronto a mí.

La besó salvajemente, superando la frágil barrera de sus dientes. Introdujo su lengua hasta el fondo de la boca de la chica. Luego tragó su saliva, al tiempo que sentía la deliciosa presión de sus caderas.

—Gabriel, ¡por Dios!, ¿qué estamos haciendo? —preguntó ella; su tono de voz era asustado, pero no intentó separarse.

—Déjate llevar, amor mío, déjate llevar.

No ofreció resistencia cuando Gabriel le desanudó en la espalda el lazo del delantal. Con la respiración entrecortada, la Reme notó

que las piernas le temblaban, que si él la soltaba podía caerse al suelo como un muñeco de trapo. El deseo crecía con una voracidad nueva, la embriagaba y la hacía sentirse una desconocida. Sentía cómo sus manos acariciaban el pelo y la oreja del profesor. No era ella, era otra, pero otra con sus manos. Ese contacto hizo que él anhelara su cuerpo desnudo sin más dilaciones. Era como si la sustancia misma de su ser subiera ya a concentrarse en aquellas caricias preliminares, el tacto de unas manos hechas de rocío.

—Guapísima —le dijo cuando consiguió abrir la hebilla de su pantalón vaquero—, este momento lo recordaré toda mi vida.

Con pericia, la despojó de los pantalones y de las bragas y comenzó a acariciarle el vello de la entrepierna.

—Tengo miedo —susurró ella, apartando la mano sin convicción —, además, no llevo nada…

—No te preocupes, tengo preservativos.

Sin dejar de mirarla a los ojos, practicando una vez más la consabida sonrisa del actor, bajó la persiana, se acercó a ella y le desabotonó la blusa y el cierre del sujetador. No pudo evitar detenerse un momento para observar sus magníficos senos. Parecían dos frutas doradas colgando de no se sabe qué fantástico ramaje. Los lamió con lujuria, dejando un leve mordisquito en cada uno de sus pezones. Ella permanecía quieta, sobrepasada por las emociones, sin poder hablar. Los impulsos animales de su cuerpo contradecían a una especie de ángel de la guarda que le gritaba desesperado dentro de la cabeza, no sigas, no sigas, no seas tonta. La percepción del deseo de él activó el de ella, de igual forma que el acercamiento de un fósforo encendido prende a otro. Gabriel se desnudó en un abrir y cerrar de ojos y, con una ansiedad de fiera en celo, la volvió a abrazar sintiendo la suave caricia del pubis femenino en su falo endurecido. Siempre guiada por este prestidigitador avezado, la Reme fue inclinándose hasta alcanzar la posición horizontal que imponía el lecho. Sin que pudiera darse ni cuenta, su lengua se estaba abandonando a una desenfrenada degustación que abarcaba el cuerpo entero de aquel hombre al que había venido a limpiar el piso… Sobrepasado por el placer, Gabriel sintió un cosquilleo de victoria al cerciorarse de la súbita desinhibición de una joven que, sin dejar de acariciarlo, lo miraba con ojos entregados, le hundía la lengua en la boca, se acuclillaba

con sumisa disposición y, finalmente, cogía su exaltado miembro con las dos manos y, tras repasarlo en el forro y en la cresta con los labios, se lo introducía en la boca haciéndolo desaparecer. Después de permanecer un buen rato en esta misma posición, ella se tendió junto a él y, sin dejar de acariciarle con la mano izquierda, hizo que su mano derecha se deslizara recorriéndole el pecho, el vientre, el pene y los testículos. Reprodujo ese mismo trayecto con la lengua, hasta regresar a otra espléndida *fellatio*.

—Para, para, que me corro —gritó él.

De repente, Gabriel se incorporó y abrió el cajón de la mesilla de noche. De allí extrajo una pequeña botella de lubricante con sabor a melocotón. Se untó los dedos con el líquido anaranjado y luego le introdujo el índice en el ano hasta dejarlo resbaladizo como un diminuto túnel de jabón.

—Ponte a cuatro patas —le ordenó con repentina autoridad.

Encima de ella, la penetró por detrás sin reparar en los gritos de placer y dolor que ella iba profiriendo en el aire.

—Qué buena estás, me pones como una moto, aaaaahhhhh. Tengo la polla como la porra de un policía, aaahhhh, aaaahhhh.

Sin sacar el miembro, Gabriel inclinó su cuerpo hacia un lado, hasta que ella quedó boca arriba sobre él. Así empezó a alternar embestidas feroces con otros movimientos suaves en los que el capullo apenas se insinuaba en los umbrales del recto. Luego le introdujo un dedo en la vagina y notó su propio miembro reduciendo el espacio desde el otro conducto. Tras apurar unos minutos esta posición, detuvo el movimiento, se incorporó y se ajustó el preservativo que había dejado sobre una esquina de la cama.

Se situó sobre ella apoyado en sus brazos, le introdujo el pene hasta el fondo de la vagina y comenzó a practicar unas flexiones gimnásticas tan vigorosas que hicieron tambalear a un lado y a otro la cama de Ronald Gaal. La Reme sintió entonces como si el mundo fuera a estallar, como si estuviera deslizándose por un gigantesco tobogán.

Al mirarte yo sentí
tan gran pasión hecha locura,
locura de verte en mis brazos

hasta la eternidad.

Llegaron los jadeos definitivos y Gabriel la separó un poco para morderle otra vez los pezones.

—Ahora mírame y sonríe —ordenó el filósofo.

Sumida en aquel paroxismo, ella gritó de placer y luego de dolor, al sentir a un tiempo el orgasmo y un fuerte arañazo en la espalda.

—Mírame y sonríe —repitió enfrentando su cara a la de ella.

La Reme intentó obedecerle pero, devorada por las emociones, apenas pudo dibujar una mueca entre el horror y la estupidez.

—Aaaaaaah, aaaah, te quiero, te quiero, Gabriel —logró por fin decir en forma de gritos y palabras.

Aplicando su trabajada técnica mental de retardo, él consiguió activar su orgasmo justo cuando ella terminaba con el suyo. Con los ojos semientornados, todo daba vueltas a su alrededor: el suelo de *parquet* negro, la lámpara de Panetti, la *chaise longue* de Vinçon, la cómoda *Art Déco* que había comprado en Altres Temps, las cortinas japonesas de hilo de arroz. Unos extraños fulgores resplandecían en el pelo de la muchacha, dándole un aire alucinatorio.

Fue entonces, en el preciso instante en que comenzabaa derramar la sustancia blanca, cuando el filósofo escuchó unos intraducibies versos de Hölderlin.

Die vorbereiter in Tiefen der Zeit
Und deutungsvoller, und vernemlicher uns
Hinwalden zwischen Himmel und Erde und unter den Volkern.

Fue entonces también cuando sintió que los dioses le invitaban a sentarse a su mesa: VEN, GABRIEL, TU FE EN LA MORAL DEL HÉROE TE HA PERMITIDO ACERCARTE A NOSOTROS, SER CASI COMO NOSOTROS. TOMA EL BREBAJE QUE RESERVAMOS A AQUELLOS QUE NO SUCUMBIERON AL CANTO DE LAS SIRENAS, A LAS MIELES DE LOS ÉXITOS FÁCILES. SIENTE TU RECONCILIACIÓN CON EL MUNDO, DEGÚSTALA, HAZLA TUYA, DI SÍ, COMO UN NIÑO, PORQUE HAS ALCANZADO ESE INSTANTE QUE FAUSTO BUSCÓ INFRUCTUOSAMENTE. SI ERES FUERTE, GABRIEL, PODRÁS DECIR SÍ A LA

ETERNIDAD DE ESTE MOMENTO.

De pronto, como si su vida y el universo entero hubieran mudado su naturaleza reconocible, y sin apenas poder retener ni dar significado a todo lo que acababa de experimentar, sintió una infinita ternura hacia la muchacha. Feliz como nunca lo había sido, traspasado por aquella nueva fuerza del amor *real*, apoyó su cabeza sobre la almohada y miró a la Reme con una mueca de sorpresa. Se sentía como un adolescente que acabara de experimentar su primera relación amorosa. Tal era la frescura que él adivinaba en los labios humedecidos de ella, tal era la temperatura que alcanzaba aquella fiebre de la sinceridad, que Gabriel pensó que todo podría tratarse de un poder mágico que operaba en su interior para transformarle. Exhaustos por la descomunal energía invertida en el acto, yacieron un buen rato con sus cuerpos acoplados en un abrazo. Él le acariciaba la espalda, tratando de ver su cara, semioculta entre el pelo.

El tiempo que estuvieron descansando hizo al profesor regresar a la realidad. ¿Qué le había ocurrido? Se sentía lleno de una extraña espiritualidad que no comprendía, pero que le hacía feliz. Era consciente de haber sentido algo inefable, magnífico, cuyo recuerdo le marcaría para siempre en lo más hondo de su alma. Abrió los párpados y lanzó una rápida ojeada que abarcó el cuerpo de la Reme, los muebles, la ventana del fondo, sus ropas impúdicamente tiradas por el suelo, como si quisiera retenerlo todo en una foto que guardaría para siempre en la memoria. Volvió a mirarla, a besarle el cuello y los labios, a abrazarla apretándola contra él. Ella lo contemplaba agradecida, igual que si le hubiera revelado un fabuloso misterio, una porción exquisita del Paraíso.

—Gabriel, ha sido increíble, jamás he vivido un momento tan bonito, te lo juro.

—Para mí también es algo nuevo —confesó el filósofo abstraído en almibaradas conjeturas que trataban de explicar lo ocurrido—, algo que no tiene nada que ver con mis experiencias anteriores. Sabes, Remedios, a pesar de que nos conozcamos hace muy poco, me siento contigo como nunca me he sentido con ninguna otra mujer. Y ha habido algunas en mi pasado disoluto…

La Reme encendió sus ojos ingenuos.

—Gabriel, qué maravilla todo lo que nos está pasando. Aunque

me da un miedo terrible, porque es como un sueño del que no me quiero despertar.

—Sí —añadió él con expresión romántica—, desde el primer minuto en que te vi, tuve la corazonada de que íbamos a caer presos en el amor. Remedios, hay almas y cuerpos que se encuentran y no pueden dejar de amarse nunca más.

La Reme le miraba deslumbrada, como si Gabriel fuera el protagonista de una novela de Camacho. Ella era también ahora una de aquellas almas anhelantes, y las cosas parecían estar allí dispuestas para ser bañadas por la miel del bolero, que seguía rodando, deslizándose, serpenteando entre las ensoñaciones que iban iluminando su mente. Todo había sido tan rápido, pero tan intenso. Le entraban ganas de llorar de alegría, de echarse en los brazos del filósofo, de decirle: «Amor mío, aquí me tienes, soy toda tuya, para siempre». Era como si aquel hombre que abrazaba fuera el encargado de despertarla a un mundo de locura y de placeres arrebatados.

—Remedios —dijo Gabriel mientras le besaba la mano y se arrodillaba junto a la cama—, hoy se ha abierto un horizonte ante nosotros, un horizonte que nos va a apartar del mundo, que nos va a traer la plenitud del amor.

—Sí, sabio mío —coincidió ella—, nunca había sentido algo tan maravilloso, tan divino. Pero ¡ay! —ahora suspiraba—, pienso que me va a tocar sufrir mucho. ¡Sí, Gabriel, mucho, mucho!

De nuevo, como tocado por un poder metafísico, el filósofo notó un extraño calor en el cuerpo. Los fulgores que había contemplado antes en el pelo de ella, se habían convertido en una diadema de estrellas que la coronaban y la hacían irresistiblemente hermosa.

—¿Qué es esto que me ocurre? —preguntó el profesor, atrapado en un estado alucinatorio que le caldeaba los ojos.

—Es el amor, rey mío, es el amor.

Inspirado por estas insólitas percepciones, Gabriel improvisó las siguientes palabras:

—Diosa del amanecer, eres el tesoro resplandeciente que toda mi vida he estado buscando. Me emociona pensar que has llegado a mí como un barco de vela llega a un alma dolida en medio de la noche.

Permanecieron unos minutos en silencio mirándose en la

profundidad de sus pupilas.

—¿Es que acaso nuestros destinos no se han fundido ya y para siempre en un mismo abrazo? —prosiguió él, nublado ahora por las lágrimas que ya comenzaban a redimirle.

—¡Oh no, Gabriel! —replicó ella, ahogando un sollozo—. Mi marido, mi marido, ¿qué va a pasar con mi marido?

—Remedios, Remedios, te quiero, te amo.

Ella se abrazó a él apretándolo contra sus pechos desnudos. La mirada del filósofo se deslizó por el techo y la pared hasta topar con las agujas del despertador de la mesilla.

—¡Dios mío! —exclamó dando un salto sobre la cama—, tengo que ir a poner un examen a más de doscientos alumnos de primero.

Se vistieron en la sombra, sin dejar de mirarse en aquella progresión que iba velando sus cuerpos. Cada prenda los hacía un poco distintos: las bragas, el sujetador, los calzoncillos, los pantalones. La luz penetraba levemente a través de la persiana, y los muebles parecían haberse inmovilizado. La Reme se sintió confundida por aquel sosiego que irradiaban las cosas, en nítido contraste con su agitado mundo interior.

Se besaron con desesperación junto a la puerta del recibidor, y luego bajaron la escalera abrazados, susurrándose palabras al oído.

Fuera caían mínimas gotas.

—Esta noche te llamaré desde una cabina, a las nueve. Le diré a Ángel que voy a dar una vuelta y te llamo.

—Muy bien, reina mía. Yo estaré esperando tu voz como el que espera agua en un desierto de soledad.

Frente al portal, se despidieron sin besarse. Alguien podría verles. Flotaba en el aire un pesar que se iba clavando en sus corazones acelerados. Ella comenzó a andar hacia el otro lado de la calle, respirando hondo la humedad que le refrescaba los párpados. Se giró, le saludó por última vez, y lo perdió de vista detrás de un quiosco. El bolero de Tito Rodríguez seguía zumbándole en los oídos, y se esforzaba por mantenerse despierta para saborear por más tiempo la ilusión de aquel hombre maravilloso que ahora era preciso abandonar. Un irreconocible mareo hacía que las sensaciones que acababa de experimentar se difuminaran alejándose en el tiempo. Se detuvo y apoyó una mano en un buzón. No podía ir a comer a casa. Ángel la notaría rara y ella terminaría por confesar.

Resolvió llamarle, le diría que se había encontrado con Marta y que se iba a comer con ella.

Siguió andando sin rumbo fijo. No era capaz de asimilar lo que le pasaba. Sin embargo, intuía la magnitud de la zanja que se había abierto en su vida, de un solo golpe, a la manera de esas grandes grietas que en una sola noche cava la tormenta en las montañas. Observó la carpeta y el libro que tenía en las manos y, durante un instante, los apretó contra su pecho como queriendo proteger de la lluvia aquellos talismanes que ya simbolizaban, como el cristalino zapatito de Cenicienta, una mañana que recordar siempre. Tendría que esconderlos en algún lugar del trastero y leerlos en momentos en que Ángel no estuviera en casa. Besó la tapa del libro con voluptuosidad, como tratando de prolongar aquella vibración en la que todavía estaba implicado su cuerpo. Aturdida, anduvo durante un tiempo disfrutando de la lluvia que levemente mojaba su cara. Al llegar a la calle Muntaner, un extranjero le preguntó por la plaza de Cataluña, pero ella, que permanecía ensimismada en tumultuosas emociones, no fue capaz de contestar. «Hace tan sólo unos minutos —se dijo horrorizada— estaba desnuda junto al único hombre con el que le he sido infiel a mi marido. Ángel me lo notará, me lo notará tan pronto me vea. Ahora sí que sus celos estarán fundados. Dios mío, hace tan sólo unos minutos que yo estaba allí, desnuda, abrazada a ese hombre». Se sintió envuelta en una suerte de languidez, de susurro del alma que vencía a los ruidos de los coches, reduciéndolos, apagándolos, transformándolos en ecos de una desconocida tristeza interior. Se acercó a una cabina, marcó el número de su casa y, con aplomo, le dijo a su marido que iría a comer con Marta. Le pareció extraño que éste no indagara más allá de sus lacónicas explicaciones.

Desnudo junto a Manoli, Jaume Corrons extendió su brazo para alcanzar el puro humeante del cenicero. El maquillaje pretendidamente sofisticado de la chica, realzaba la profundidad de sus ojos y daba un tinte maduro a sus labios.

—Manoli, hoy he tenido uno de los sueños *mes collonuts* de mi vida. Me ha sabido mal despertarme, no te lo figuras… Yo jugaba de delantero centro en el estadio, con el Barcelona, el campo estaba abarrotado, no cabía ni un alfiler, y entonces el negrito de oro me pasaba la pelota y yo metía un gol precioso de tacón que ponía en pie a más de cien mil espectadores. Entonces, fíjate tú lo que son los sueños, el árbitro, el Sánchez Arriete ese, el fascista, venía con el pito y me lo quería anular, y la gente empezaba a gritar y a protestar, y al final, el tío se asustaba tanto que daba el gol por válido. Y luego, lo que son los sueños, me veía cenando en casa del *president*, que me decía, siempre que un jugador catalán marca un gol, le invito a cenar a casa. Y mira qué cosa tan rara, yo estaba allí, con el *president* y con su mujer y, después de comernos una paella de dos metros de diámetro y un pastel con los colores del club, veíamos el gol muchas veces en el vídeo, y el *president* me preguntaba, Jaume, ¿cómo lo has metido?, y yo me hacía el modesto, no sé, *president*, no sé, puse el tacón, y vi cómo la pelota iba dentro; y cuando la mujer del *president* venía con una copa gigante de chocolate, no sé por qué todo era gigante en el sueño, va y me despierta la Doloretes, con su *mala llet* habitual, venga, que llegarás tarde.

Jaume Corrons hizo una pausa, pensando todavía en la copa de chocolate y en la señora del *presiden t* y en el gol de tacón, y luego añadió:

—Mira que son extraños los sueños, ¿eh, Manoli?

—Seguro que de joven era usted muy bueno jugando al fútbol —

aventuró la chica acariciándole el pecho, apenas poblado por unos pelillos blanquecinos.

Con un gesto muy lento, el *botiguer* se quitó las gafas y la miró inundándola con las aguas diáfanas de sus ojos seniles. Luego se sentó en la cama y prosiguió contando la principal nostalgia de su vida.

—Sí, de joven era el mejor delantero del colegio. Me llamaban el gran Corrons. Siempre marcaba un gol o dos por partido. Hubiera llegado a ser un gran jugador si no me hubiera tocado encargarme de la tienda, y quizás también si no me hubiera casado tan pronto con la Doloretes.

Dio otra calada al puro. Una sonrisa flotaba en sus labios humedecidos.

—Ah, Manoli, se me olvidaba, hoy me gustaría hacer una cosita contigo, un capricho… he traído… bueno, espero que no te parezca demasiado… Es un poco locura…

Se levantó y, con el puro colgándole de la boca, se acercó a la silla en donde había depositado una bolsa de deportes. De ella extrajo una prenda negra.

—Ten, me gustaría que te disfrazaras de árbitro.

Por un momento, Manoli se quedó pensativa, tratando de adivinar el papel que ese hombre en el otoño de su vida esperaba que ella representara. En silencio, con el *disfraz* en la mano, se sentó en la cama y contempló aquel rostro bonachón.

—¿Y esto?

—Es el silbato, el bigote y las tarjetas —respondió Jaume Corrons.

Se produjo un silencio.

—Pero ¿por qué me lo dice con tanto misterio? Usted sabrá el morbo que le da esto. Yo me lo pongo y ya está.

Además, cosas así entran en la tarifa, no se preocupe…

Manoli se puso la camiseta y los pantalones negros. Frente al espejo del lavabo, se pasó la cinta del silbato por el cuello y se pegó el bigote debajo de la nariz. El adhesivo picaba. Sonrió.

Cuando volvió a la cama, Jaume Corrons la miró despacio, sin reírse. Parecía sobrecogido por aquella imagen. Con rapidez, impulsado por quién sabe qué extraña fantasía, redujo aún más la luz del cuarto y se abalanzó sobre ella. La besó con pasión,

aprisionando entre sus labios algunos pelos del bigote. Enajenado, buscó con sus manos los senos de la chica debajo del tejido. Luego cogió el silbato, lo ensalivó y, desplazando la goma de los pantalones, trató de metérselo por detrás.

—Despacio, despacio, que me hace daño —masculló Manoli en su oreja.

—Sánchez Arriete, *fill de puta* —espetó Jaume Corrons—, te voy a dar por culo con tu propio pito, para que aprendas.

Con violencia, agarró unos mechones del pelo de Manoli y comenzó a tirar de ellos.

—¡Ay, ay! —exclamó ella.

—Reconoce que no fue penalti, *malparit*. Di que cada vez que lo ves en el vídeo de tu casa se te caen los huevos de vergüenza. Dilo, venga, dilo o te voy a arrancar…

—Ay, que me hace daño, ¡ay! ¡ay!

—Es lo que quiero, hacerte daño, cantamañanas, para que aprendas a pitar penaltis en el coño de tu madre, para ver si *li fot gust*. Y ahora di, los catalanes son cojonudos, y no fue penalti, y lo voy a reconocer arrodillado ante la FIFA. Venga, dilo o te arranco los cojones, *malparit*.

—Sí, sí —dijo Manoli asustada—, los catalanes son cojonudos, lo voy a reconocer ante la FIFA.

—Y ahora di, soy un soplapollas fascista que me vendo al oro de Madrid, *dilo, fill de puta*, dilo, o te voy a dejar tan calvo como yo… Venga, dilo, y ahora cómete la tapeta roja o te mato…

Manoli se puso a gritar con fuerza y, a los pocos segundos, se escucharon tres golpes en la puerta.

—¿Todo bien? —la voz de la jefa sonó al otro lado. Regresando bruscamente a la realidad, Jaume Corrons dejó de tirarle del pelo.

—Sí, sí, todo bien —respondió Manoli.

—Pues a ver si bajamos un poco la banda sonora.

Tan pronto como se despidió de su marido y colgó, la Reme introdujo otra moneda en la ranura y marcó el número de su mejor amiga.

—Marta, tengo que verte ahora mismo. Me ha ocurrido algo increíble. ¿Puedo ir a comer a tu casa?

—Sí, claro, pero ¿te encuentras bien? ¿Te ha pasado algo?

—El profesor.

—¿El profesor? ¿Qué pasa con el profesor?

—Voy ahora mismo y te lo cuento. Marta, que se me acaba el dinero y no tengo calderilla y…

—Pero ¿qué te pasa?

—No te preocupes. Es estupendo. Tengo miedo, es maravilloso, Marta, es maravilloso, ahora te lo cuento todo, es un poco fuerte, ya verás.

Al otro lado del hilo, la voz de Marta denotaba que no entendía nada. Pero se impuso la conciencia gremial.

—Pues venga, ven, pero corre, que tengo que ir a buscar a la niña al colegio.

—Estoy allí en diez minutos.

Emocionada, salió de la cabina y paró un taxi. El taxista llevaba la radio muy alta, lo que la obligó a gritarle la dirección. Era uno de esos taxistas que no bajan el volumen del transistor ni con un revólver en la nuca. Al llegar al portal de la casa de su amiga, la Reme pagó, salió del vehículo y se dirigió al interfono. Un sonido eléctrico le indicó que ya podía empujar la puerta. Ansiosa por contarlo todo, subió a grandes zancadas por las escaleras. Marta la esperaba en el rellano del tercer piso. Tan pronto la vio, la Reme se puso a llorar y se abrazó a ella.

—Marta, es maravilloso, maravilloso, Marta, ayúdame.

—Chiquilla, por Dios, que seguro que tiene remedio. Entra y me

lo cuentas.

Una vecina bajaba la escalera y las observó con curiosidad. Sin que la Reme pudiera dejar de llorar, entraron y cerraron la puerta. Por fin, entre sollozos e hipidos, acertó a decir:

—Es de película, Marta, de película. Acabo de hacer el amor con él… Marta, ha sido divino. Champán, como el del Ritz, y música, y sus manos, y tan atento, me ha regalado un libro, y tengo fotocopias de los dos primeros capítulos del ensayo que está escribiendo y que se venderá en toda España, sobre los celos, fíjate tú, y lo explica todo tan bien. —Ahora sus ojos, a pesar de las lágrimas, se habían teñido de entusiasmo—. Es un encanto, como en las novelas, Marta, un artista del sentimiento; pero yo no sé qué voy a hacer ahora, Dios mío.

La Reme empezó a ahogarse, se le entrecortaba la respiración y no podía hablar, como si las palabras se acumulasen en su boca decididas a sellarla. Se abrazó otra vez a su amiga y apoyó la frente en su hombro, sintiéndose a la vez pequeña y feliz. Marta se echó a reír, la apartó con delicadeza y buscó un cigarrillo.

—¡Ay, Reme de mi alma, me habías asustado! Yo ya me estaba imaginando que te había violado, o algo así, y me decía, estos intelectuales, qué degenerados. Pero bueno, mujer, que tampoco se hunde el mundo. Tranquila, deja pasar unos días, a lo mejor todo se queda en esto y no tiene importancia.

—No, no, no —replicó la Reme con inusitada severidad—, yo no quiero que se quede en esto, no ha sido sólo un polvo, te lo juro. Mañana voy a volver. Necesito ver a ese hombre como el aire que respiro.

Marta percibió en sus palabras una determinación algo infantil. Pensó que la Reme era muy niña, y que a pesar del matrimonio, de la emigración, del trabajo, seguía encerrada en una burbuja de cristal, ajena a la vida real. Probablemente la culpa la tenían los demás: su madre, su marido, ella misma, empeñados en que conservara ese aire adolescente y fresco que la hacía diferente. Ni siquiera el accidente de Ángel o la mala vida que le procuraba —Marta hacía años que había catalogado a Peláez como un indeseable al que era mejor no frecuentar— la habían hecho asimilar la parte sombría de las cosas. También pensó que en ese desconocimiento radicaba su fuerza, y que así conseguía que el carnicero le fiara a

fin de mes, el dependiente de la librería le prestara libros, o José Luis la llevara en coche a las reuniones, mientras las otras tenían que contentarse con comer pechugas de pavo congeladas o desplazarse a pie. La Reme era la Reme, niña de agua. Con cariño, la obligó a sentarse a la mesa y le sirvió un vaso de vino. Luego le ofreció una servilleta de papel para que se secase las lágrimas.

—Pero entonces —dijo poniéndole una mano en el hombro—, mañana, ¿irás otra vez a…?

—Sí, claro. Quiero ir a besarle, a abrazarle, a escucharle… y desde luego, a limpiar lo que haga falta. Ha sido lo más bonito que me ha ocurrido en mi vida. Me siento como flotando. Estoy enamorada, enamorada como una florecilla del campo, como un pájaro que vuela, como una estrella fugaz que…

—Pero, niña, no digas tonterías —interrumpió Marta; sólo le faltaban aquellas enumeraciones absurdas—. Por favor, ¿cómo vas a estar enamorada de un hombre que conoces hace dos días? A ver si piensas un poco, que si no…

El suspiro de la Reme hizo circular el aire.

—¡Dios mío! Y ahora, ¿qué le voy a decir a Ángel?

—¡Pues qué le has de decir! Nada, no has de decirle nada, no seas tonta, que parece que te chupes el dedo, guapa. A lo mejor te dura la cosa una semana y luego se queda como una aventurilla.

—¿Una aventurilla? —la expresión de la Reme se tornó algo agresiva—. Está claro que tú no entiendes nada. Esto no puede ser una aventurilla, te lo juro por Dios.

La muchacha dio un nuevo hipido y volvió a llorar a lágrima viva. Marta sacó unas pechugas de pollo del congelador, miró su reloj y dijo:

—Venga, lávate la cara que no te quiero dejar así. Tú me acompañas a buscar a la niña al colegio.

Obediente, la Reme siguió las indicaciones. Marta la envolvió con una bufanda intuyendo que la situación podía agravarse si encima cogía frío. En la calle le mantuvo el brazo sobre los hombros, ayudándola a sortear a los transeúntes que venían en dirección contraria por la acera. Caminaban despacio, con pasos cautelosos. Parecían la convaleciente de un parto y su enfermera en el primer paseo por el corredor de una clínica.

—Pero, mujer, cálmate, que nos va a parar un guardia. ¿Se

puede saber por qué lloras ahora?

—No sé, nooooooo séeee… —lloraba calladamente, con angustia —. ¿Qué le voy a decir a Ángel? Me da miedo, me da mucho miedo.

—Yo no le diría nada de lo que ha pasado hoy, al menos de momento. Mira, esas cosas no hay que contarlas nunca, y desde luego, nunca antes de Navidad.

—Me lo notará, me lo notará, yo no sé mentir —aseguró la Reme con el mirar inundado por cientos de novelas rosas—. ¡Ay, Marta, qué asustada me siento! ¡Y qué feliz también! Es como si el relámpago de placer que he sentido fuera el principio de una nueva vida, una nueva vida en la que nuestros cuerpos se fundirán en un beso eterno, con nuestras lágrimas, con nuestros deseos, para poder respirar juntos este mismo aire dulce que nos abrasa. Marta, estoy flotando en un mar de fragantes aromas.

Por un momento, su amiga creyó que había perdido el juicio.

—Reme, lo importante es que pienses las cosas en frío, y que tomes decisiones con la cabeza.

—En el amor no hay cabeza —continuó la Reme, y la verdad es que iba adoptando un tono de desvarío—, sólo hay encantamiento, temblor de vientre, piel de gallina, susurros, secretos. Cada poro de la piel de ese hombre me pertenece. Tengo ganas de desnudarle, de besarle en todas partes. ¡Qué mezcla de dolor y alegría siento, Marta! ¡Ay, Dios mío, me lo notará, me lo notará, yo no sé mentir!

—Desde luego que te lo va a notar como sigas en este estado. Si te lo notan los peatones. Mujer, intenta dominarte un poco, que parece que te hayas vuelto majara.

La Reme continuó profiriendo desatinos por las calles. Llamaba la atención con sus ojos demasiado abiertos, con su forma de andar rígida y con los lagrimones que le resbalaban por las mejillas. Parecía que no fuera ella, que se estuviera transformando en otra, que se hallara interpretando un guión escrito bajo la influencia de la parte más almibarada de su alma.

En el colegio, Aurorita y otra niña jugaban al tren por entre las mesas de una vieja aula en cuyas paredes no cabían ya más dibujos de Reyes Magos en camello y Papás Noel con trineos repletos de regalos. Cuando iban hacia el fondo, Aurorita era la máquina y su amiga el vagón. Cuando volvían hacia la puerta, cambiaban los papeles. Se peleaban por ver cuál de las dos pitaba más.

—Mamá, mamá —gritó Aurorita y corrió a dar un beso a la Reme y a abrazar a su madre—. Una pregunta, en el mundo, ¿quién manda?

—Pues no sé, hija, el presidente de América, los presidentes de todos los países, los que tienen el dinero, ¡qué sé yo!

—La hermana Soledad dice que Dios manda mucho más que nadie.

Marta sonrió y miró de reojo a la Reme.

—¡Mira ésta qué preguntas me hace!

—No, mamá, no te rías, que es una cosa muy importante.

—A ver ¿por qué es tan importante? —preguntó la madre sin estrechar su amplia sonrisa.

—Pues, hombre, mamá, es importante… Si fuera verdad todo lo de Dios y no lo supiéramos, estaríamos viviendo como idiotas, ¿no, mamá? La hermana Soledad dice que, al lado de Dios, todos los hombres, hasta el papa y los Reyes Magos de Oriente, son hormiguitas pequeñitas, pequeñitas.

La niña juntó dos dedos y se los llevó a un ojo. Luego se acercó a la Reme y le dijo:

—Hoy quiero que me lleves al parque, como el otro día, al sitio aquél de los peces.

La Reme sonrió y acarició el sedoso pelo de la niña. Se había calmado un poco, aunque tenía los ojos enrojecidos. Al contestar titubeó un poco.

—Reina —le dijo—, otro día, hoy no me encuentro muy bien ¿sabes?

—¿Qué te pasa? ¿Estás enferma? —preguntó la niña.

—Sí, yo diría que sí, un poco.

El filósofo cruzó el *hall* de la facultad con pasos muy lentos y el rostro tan ensimismado que parecía que estuviese soñando despierto. Seguía desbordado por la experiencia amorosa que se repetía monocorde en su cabeza con la nitidez de lo inmediato y la fatiga de lo real. Sin pretenderlo, Cavestany había adoptado el aire especulativo de un seminarista en plena crisis de conciencia. Al menos, así lo explicó después a sus colegas Julia Bidasoa, la profesora más cotilla del departamento. Gabriel se había cruzado con ella en el pasillo y ésta le preguntó sobre la reunión de la comisión interfacultativa. El filósofo no se dignó ni siquiera a saludarla. Julia Bidasoa pensó que Cavestany estaba sonámbulo y esta vez no andaba equivocada. Había ascendido a un nuevo mundo de ensoñaciones maravillosas, y las cosas del mundanal ruido le importaban muy poco. Quizás por eso, al cruzar frente al grupo de profesores que salían bostezando de la reunión de área, volvió a dejar con el saludo en la boca a otros tres colegas más.

—¿Qué le pasa hoy a éste? —preguntó sorprendido Villafré.

—No sé, parece que viene un poco dormido. Se habrá quedado trabajando hasta tarde… —respondió Turrull, eterno aspirante a decano, con esa inquina cortés que crece exclusivamente en las esferas académicas.

Indiferente a la estela de comentarios que iba dejando tras de sí, Gabriel abrió la puerta de su despacho y entró con sigilo. Cerró y se dispuso a preparar la clase, una nueva sesión sobre *La crisis de la exterioridad en la dialéctica del reconocimiento*. Tras diez minutos en blanco frente a un sesudo volumen escrito en alemán, comenzó a notar una desazón que, vertiginosamente, se tradujo en angustia existencial. De pronto, no se sentía nada cómodo allí dentro, las paredes parecían inclinarse amenazadoras, la grieta del techo se agrandaba sobre su cabeza con nuevas bifurcaciones. Para colmo,

estaba frente al desafío de una clase mal preparada que tendría que dar en menos de una hora. Levantó la vista del texto y observó su cartera rebosante de libros. Carraspeó, se volvió hacia la puerta, cerró con el pestillo y lo verificó tratando de abrir. La puerta estaba bien cerrada. Cariacontecido, dio unos pasos por el despacho, se tocó un poco la verruga del cuello, se mordió una uña y regresó a su silla acolchada. Reclinó el respaldo hacia atrás, se estiró poniendo los pies sobre la mesa y se dispuso a telefonear a Carlos. Hacía años que no se recordaba tan nervioso, quizás desde la oposición a cátedra o desde los días que siguieron a la muerte de su madre. Le inquietaba aquel nuevo rumbo hacia el amor que había emprendido su vida.

—Editorial Galaxia, *díguim*.

—¿Puedo hablar con Carlos González, por favor?

—¿De parte de quién?

—Soy Gabriel Cavestany.

—Le he visto salir a hacer un recado y no sé si ha vuelto, un momento, por favor.

Al cabo de unos segundos, sonó la voz reconfortante de su amigo:

—¿Gabriel?

Ahora agarraba el auricular con las dos manos, como si estuviera llamando a los bomberos.

—Carlos, ¿estás ahí? ¿Eres tú? ¿Estás ahí?

—Sí, hombre, claro, ¿qué pasa?

—¿Tienes cinco minutos?

—Sí, sí, ¿qué pasa?

—Hemos consumado el acto.

—¿El acto? ¿Qué acto?

—He hecho el amor con Remedios.

Al otro lado del hilo, Carlos miró su reloj y pensó que no llegaría a tiempo al banco.

—Bueno, eso era lo que querías, ¿no? Y ¿qué tal?

Cuando Gabriel iba a protestar por el tono de su amigo para embarcarse en una lírica descripción de sus sentimientos, alguien llamó a la puerta del despacho. Un momento, le dijo a Carlos. Se levantó a abrir. Era el estudiante de periodismo que había quedado con él para una entrevista sobre la posmodernidad en Barcelona.

—Oye, ¿puedes venir mañana? —farfulló con la puerta sólo entreabierta—. Es que mi padre se ha caído en la bañera y se ha partido el fémur. Estoy hablando con el equipo médico.

Sin aguardar respuesta, cerró la puerta, regresó a la mesa y tomó de nuevo el auricular. Ahora hablaba muy quedo, como si temiera que el estudiante de periodismo se hubiera quedado agazapado tras la puerta para escuchar su confesión.

—Carlos, es un ángel, un auténtico ángel caído del cielo, un encanto, una prodigiosa fuente de luz y dulzura. He visto luces, luces de colores, resplandores, he escuchado unas palabras en alemán y me han hablado los dioses. Soy un cazador cazado, un don Juan herido para siempre, no voy a poder dar clase, estoy muy emocionado, tenía que contárselo a alguien, Carlos, te prometo que en toda mi vida amorosa, que tú conoces bien, nunca había vivido el amor así. Ha sido como una descarga eléctrica, un derroche de felicidad, no sabes lo que ha sido, Carlos, no puedes saberlo… Estoy asustado y contento a la vez… No puedo concentrarme en la clase que tengo que preparar. En las frases de Hegel se me aparecen sus labios, y veo al Espíritu Absoluto crecer en curvas y arremolinarse en palabras apasionadas. Carlos, toda mi vida…

—Gabriel, para el carro… ¿Te has tomado alguna pastilla? ¿No? Pues no te vendría mal para calmarte. Tranquilízate, coño, tranquilízate, que parece que te hayas vuelto loco. A ver si es que te has enamorado de verdad, por primera vez… Eso estaría muy bien, hombre, tendría gracia. Pero trata de controlarte, que lo primero ahora es la clase.

—No puedo —prosiguió el profesor con ráfagas de inspiración religiosa en sus ojos encandilados—, no puedo, Carlos, no me entiendes, ha sido como hacer el amor con una nube de azúcar… Su piel es como de terciopelo, su sonrisa es tan hermosa, sus ojos recuerdan a… Es un encanto. Hemos orgasmado al unísono y ella tenía en la cabeza una corona de luces, un brillo metafísico, ha sido alucinante. ¡Y en alemán! Es una revelación, un canto a la sensualidad, una epifanía…

—Gabriel, tranquilízate, ¡cojones!

El silencio de Ángel, muy erguido en el sofá, no era precisamente reconfortante. La Reme tuvo la certeza de que la estaba observando para interpretar sus menores movimientos, como si le bastase con seguir el ritmo de su respiración para descifrar el secreto que ella intentaba proteger. Así debían de comportarse los entomólogos. Si al menos hojeara *El mundo deportivo* o hubiera encendido la televisión… Pero no, permanecía inmóvil, y ella notaba cómo sus pupilas la perseguían cada vez que pasaba delante de él. Ángel percibía en sus ansiosos ademanes —también en su expresión y en sus ojos severos— una tensión irreconocible, una frontera insalvable que le impedía comunicarse con ella. Pero ¿qué había hecho para que estuviera tan nerviosa? Por fin, cuando cruzaba de nuevo cargada con varias camisas por planchar, le preguntó:

—¿Qué te pasa, reina, qué te pasa?

—Nada, no me pasa nada —contestó displicente la Reme—, sólo estoy algo cansada. Tú preocúpate de tus asuntos.

—Reina, pero si tú eres parte de mis asuntos, yo diría que eres mi asunto principal.

Ángel vio cómo se perdía sin contestarle por la puerta del pasillo. Miró al techo y respiró profundamente. Luego esbozó una mueca de víctima, se levantó y, por inercia, trató de disimular la manga vacía de la camisa. Se acercó a la ventana y echó un vistazo. Allí estaba el patio con las largas tuberías que subían hasta los pisos a modo de pentagramas verticales, la ropa tendida zarandeada por el viento, el joven de gafas que leía incansable dentro del cuadro amarillo de su ventana. A la luz de una luna que teñía las azoteas de un color entre azul y verde, la manzana entera de edificios parecía sumergida en un inmenso acuario. Desde alguna casa llegaba, discreta, una música. Se trataba de una suave y lánguida

balada, sin duda compuesta para ser bailada en la intimidad. Detrás de él, los tacones de la Reme volvieron a anunciar su presencia.

—Ángel, me voy a dar una vuelta. Las judías ya están hechas. Ve cenando, no me esperes, me apetece pasear un rato.

—¿Puedo ir contigo?

—Prefiero ir sola, quiero pensar en algunas cosas mías. No tardaré.

—Espero que entre esas cosas tuyas esté algunas veces yo.

Ella no le contestó. Deseaba que aquella situación no se prolongara demasiado. Ángel se acercó y le dio un beso en la mejilla, haciendo después ademán de abrazarla. Ella lo rechazó.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó Ángel alzando un poco la voz —. ¿Me puedes contar de una puñetera vez qué coño te pasa?

La Reme intentó sonreír sin conseguirlo. Un aire abyecto se esparcía torpemente por la habitación, como una mariposa moribunda.

—No me pasa nada, no seas pesado, sólo quiero dar un paseo para que me dé un poco el aire en la cara. Además, ¿no juega hoy el Betis?

—¡Qué me importa a mí el Betis! Ya sabes que desde lo del accidente no veo fútbol.

—Ése es precisamente uno de tus problemas —repuso ella mientras abría la puerta del piso y guardaba las llaves—, que no piensas nunca en distraerte.

—Bueno, pues… te espero.

—No, por favor, no me esperes. No voy a cenar, no tengo hambre. Cena tú. Para postre te he pelado una manzana.

La Reme cerró la puerta sin darle tiempo a añadir nada más, bajó las escaleras de tres en tres y salió a la calle. Con paso ligero, caminaba por la acera vacía, donde las luces amortiguadas apenas permitían diferenciar las fachadas. Algunas tiendas habían incrementado la iluminación de sus escaparates, con el deseo de recordar a los clientes que la Navidad estaba próxima. La Reme podía notar cómo la sangre corría a borbotones bajo su piel, como un repique de campanas en amanecida de huracán. Un hombre —ceñudo, encorvado, con un anacrónico sombrero hundido en la frente— pasó a su lado sin mirarla. Ya apenas circulaban coches. Sólo a lo lejos, se podía escuchar el murmullo del cinturón.

Al llegar a la cabina telefónica se topó con un viejo en silla de ruedas que trataba de introducirse en un coche aparcado en la acera. Tras él, una mujer —que por su forma de moverse y por su bastón blanco, debía de ser ciega— le ayudaba empujándole burdamente hacia adentro. La Reme entró en la cabina y, con el auricular en una mano, se giró hacia el otro lado; no quería hablar con la desagradable imagen de aquella pareja del coche. Extrajo de su cartera las monedas de cien pesetas que había estado guardando toda la tarde, las situó en la pendiente metálica y desplegó sobre el atril el papel con el número de teléfono del filósofo. Su corazón palpitó con fuerza tan pronto comenzó a presionar las pequeñas teclas cuadradas.

—Diga.

—¿Gabriel? Gabriel, soy yo, amor mío.

En cada uno de los polos del hilo telefónico, sus respiraciones llenaron un silencio de intolerable densidad.

—Remedios, no he podido dejar de pensar en ti ni un solo minuto. ¡Tenía tanto miedo de que no me llamaras nunca más! No puedo concentrarme en nada porque tu cara aparece en todo lo que hago. Esta tarde he hablado sobre Hegel y sobre Rousseau. A Rousseau lo he convertido en un loco enamorado que vagaba por los bosques dando gritos salvajes.

—Sabio mío —dijo ella con la sombra de una sonrisa en su voz —, no sé quién es ese *ruso*, pero estoy segura de que no puede ser un hombre tan guapo y tan inteligente como tú.

Con un rictus de vanidad feliz, el teléfono encajado en el cuello, Gabriel acarició el mechón rebelde de su pelo. Después buscó y encontró un papel arrugado que tenía junto al ordenador. Se abrió otra pausa. Pum, pum. Pum, pum. Pum, pum (sus corazones). De pronto, el tono se descubría festivo.

—¿Y cómo está mi andaluza de los ojos verdes más bonitos del mundo?

—Pues… muy bien y muy mal.

—¿Por qué? —preguntó él, con una bobalicona sonrisa de soñador.

—¿Por dónde empiezo, por lo bueno o por lo malo?

La voz de la Reme sonaba más pueril que coqueta.

—Por lo que quieras.

—Pues estoy muy bien porque éste ha sido el día más maravilloso de mi vida. Y estoy muy mal porque no estoy ahora mismo contigo, en tus brazos, besándote. Amor mío, no sabes la angustia que me da el tener que volver con mi marido…

El filósofo orientó sus gafas de diseño sobre el papel arrugado.

—Reme, tal vez esto te alegre, te he escrito un poema, pero lo he tirado a la papelera porque he pensado que no era digno de ti. Luego lo he recogido y me ha parecido que no está tan mal.

—¿Lo tienes ahí?

—Sí.

—Cariño, ardo en deseos de que me lo leas.

—Pues ahí va. ¡Oh, Reme! ¡Qué afortunada lejanía mantienes con las grandes verdades! ¡Qué tranquilizadora inocencia respiran tus pupilas! El coro. ¡Oh, Reme! ¡Oh, Reme! ¡Oh, Reme! Continúa el poema. ¡Cómo te reconozco íntimamente en la sustancia de mi yo! ¿Tal vez será porque eres el ruiseñor de Keats que cantaba en el antiguo Jardín Oriental? Aquel ruiseñor detenido en el tiempo, en la eternidad del instante. El coro. ¡Oh, Reme! ¡Oh, Reme! ¡Oh, Reme! Continúa el poema. O ¿quizá eres la rosa de los tiempos desbocada que ya Heráclito alucinó en un río? ¡Oh, Reme! Hasta tus más toscos olores serían para mí la brisa en la que vuela Cupido.

—Amor mío, estoy llorando de la emoción. ¡Qué bonito! ¡Qué bonito! No sabía que también eras poeta.

—No, si no lo soy, pero me pongo a escribir y la cosa parece que no se me da mal, ¿verdad?

—Nada mal. Es divino. Se me ha puesto carne de gallina. Oye, tengo tantas cosas que decirte, amor mío. No sé por dónde empezar.

—Dime, dime, reina. Háblame de ti, de tu familia, de tus padres.

—Mi padre murió, mi madre vive sola, es muy simpática… Ah, por cierto —se apresuró a decir ella, tratando de escapar de la incómoda tarea de comentar el extrañísimo poema del profesor—, tú eres filósofo, ¿verdad?

—Sí.

—Pues a ver si me ayudas en una cosa.

—¿En qué?

—Mira, mi madre quiere participar en un concurso que organiza una empresa americana, y necesita dos frases, dos ideas buenas, ¿sabes?

—Pero dos frases ¿sobre qué?

—Sobre cualquier cosa, ideas buenas, ¿sabes? Dímelas y yo las apunto en un papel que tengo aquí.

Apoyándose en el atril de la cabina, ella se preparó para copiar.

—¡Ah!, lo que deben querer es algún aforismo.

—Sí, sí, eso, eso, *afolismos*, frases buenas.

Gabriel se tocó un poco la entrepierna y luego se giró para observar su biblioteca.

—Apunta, apunta —ordenó con vehemencia profesoral, robándole las palabras a un pensador rumano—, éste es un aforismo que escribí en el ochenta y cinco. ¿Copias? ¿Sí? Mira: «Quise establecerme en el Tiempo; pero era inhabitable. Cuando me volví hacia la eternidad, perdí pie».

—El tiempo, la eternidad. ¡Qué interesante! —exclamó la Reme terminando de escribir—. Ahora dime otro, ¿tienes otro *afolismo* de ésos?, se necesitan dos.

—Bueno, y luego está el que escribí una tarde en una terraza de Tánger. ¿Copias?

—Dime, dime, sabio mío —ella, con entusiasmo, ya se imaginaba a su madre en el pódium del concurso; igual les regalaban una licuadora, o una cubertería cromada.

—Pues ahí va: «Sin la vigilancia de la ironía, ¡qué fácil sería fundar una religión! Bastaría dejar que los mirones se agrupasen en torno a nuestros trances locuaces».

—Espera, espera ¿puedes repetir, desde «bastaría»?

Al volver a pronunciar las últimas palabras, por un instante, el profesor se vio asaltado por la imagen de sus estudiantes tomando apuntes.

—Qué bonito, qué bien escribes, seguro que ganamos el concurso. El premio es un viaje a Amsterdam, y algunas sorpresas más.

Durante media hora —acalorada, melancólica, impregnada de tonos rosáceos y evocadores aromas—, Gabriel y la Reme se prodigaron en sentidos piropos y otras lánguidas cursilerías. No podían colgar, decirse adiós. Querían amarse, tocarse, confluir en un mismo cuerpo. Cuando por fin se acabaron las monedas y la señal acústica irrumpió en el calor de sus palabras, el filósofo gritó:

—¡No sabes cómo mi ansiedad multiplica tu belleza!

—¡La mía también aumenta con la tuya, chiquillo, mi rey!

—Te espero mañana, ninfa errante, hada de la noche, sirena hermosísima de la madrugada.

—Sí, sí, príncipe mío, allí estaré.

La brusca interrupción pilló a la Reme cuando quería decirle por quinta vez «rey mío, corazón mío y cariño mío». Al salir de la cabina, le pareció que estaba volando entre una música de violines. La calle Badal y el cinturón de ronda eran un paisaje romántico cargado de extraños símbolos, y el humo de la contaminación, una bruma fresca y deliciosa. De pronto, el sonido de unos jadeos la sustrajo de esas elucubraciones. Se giró. En el interior del coche pudo ver, con sorprendente nitidez, a la ciega y al paralítico en pleno coito. Repelida por aquella imagen grotesca, la Reme se volvió apresuradamente camino de su casa. No más imperfecciones, no más hombres a medias como los mutilados de guerra o los incapacitados, ella era la Reme, decidida y valiente como una de las heroínas de Jacinto Camacho.

Al despertarse, la Reme pensó que apenas habría dormido un par de horas. La noche anterior, tan pronto Ángel se durmió —como siempre, con la boca muy abierta—, se encerró en el lavabo para leer las páginas sueltas del futuro libro de Gabriel. No entendió gran cosa, aunque en algunos de los pasajes le pareció ver un calcado reflejo de su marido.

Abrió los ojos. A su lado, Ángel parecía sumergido en el más profundo de los sueños. En contraste con el sosiego que emanaba la luz de la mañana, las imágenes y los sentimientos del día anterior se agolpaban en su cabeza en forma de secuencias increíbles. «Si Ángel supiera lo que me ha ocurrido —se había estado repitiendo toda la noche—, si se enterara de que tengo un amante, porque eso es lo que es Gabriel, un amante, qué sé yo lo que sería capaz de hacer». Observó el edredón arrebatado hacia la zona de su marido —la mano agarrada fuertemente a la tela de color rojo, como si se fuera a escapar— y, por un instante, sintió algo que oscilaba entre el desprecio, la compasión y el miedo. Se levantó, se dirigió a la cocina y puso a calentar café. Un océano de contradicciones le sobrevenía tiñéndolo todo de tristeza, hasta la claridad del nuevo día parecía contagiada de esta melancolía que contorneaba vagamente las cosas. ¿Qué debía hacer ahora?, se preguntaba. Con pasos cautelosos, fue al trastero y apartó las cajas hasta encontrar el manuscrito y el libro de Camacho que había escondido allí la noche anterior. Escrito a mano en tinta verde, en la primera página suelta, leyó el título del futuro libro y el nombre de Gabriel. Él estaba allí, en esa letra varonil que parecía contener su sombra. Se estremeció al darse cuenta de que deseaba verle otra vez, sentir aquel cuerpo. Cerró los ojos y besó el título y su nombre. Luego pasó la página y leyó con voz muy queda: «*Las celotipias de Narciso*. Gabriel Cavestany». Qué bella y sabia le pareció la primera frase del texto:

«El celotípico se siente irresistiblemente atraído por la consumación de sus propios temores: los reclama, los invoca y se entrega a ellos en cuerpo y alma de igual forma que el aquejado de vértigo teme su irrefrenable atracción por caer». Siempre estaré enamorada de este hombre, pensó. Le parecía también estar segura de no haber vivido nunca con Ángel algo parecido a este ensueño que ahora la traspasaba. Volvió a esconder el manuscrito y la novela debajo de las cajas y se dirigió al lavabo. Allí abrió la llave de la ducha y dejó sobre un taburete el camisón. Su cuerpo desnudo se reflejó en el espejo, acentuando sus deseos de abrazar a esa nueva presencia que anegaba todos sus pensamientos. Con el acompañamiento del sonido del agua, pronunció varias veces su nombre: Gabriel, Gabriel, Gabriel. ¡Había ocurrido todo en tan poco tiempo! Las imágenes de sus cuerpos desnudos iban y venían, se diluían, se entreveraban, se sucedían, y era como si la caricia líquida de la ducha alcanzara su alma.

Quería llegar pronto a la casa del filósofo; quería acariciarle, escuchar su voz. Ese extraño deseo era el amor, el amor que nunca había sentido en sus años junto a Ángel. La verdad es que su marido no le parecía un hombre nada sensible. A pesar de su gusto mostrado por la poesía en los primeros años de Huercal Overa, a pesar de su supuesta creatividad y talento natural, él no era capaz de experimentar sentimientos realmente delicados. De hecho, lo que de verdad la llevó al matrimonio fueron aquellos valores materiales de los que hablaban las mujeres cuando se reunían: la seguridad, el orden, la familia, la tranquilidad de una rutina confortable… También el empeño de Ángel por salir del pueblo, por abrirse camino en Barcelona, por montar allí un negocio propio con el que prosperar. Pero incluso esos hipotéticos objetivos —entre los que no se debía olvidar el hijo que tampoco le había podido dar—, habían sido desbaratados por sus períodos en paro, por su tendencia hacia el alcohol, por su desánimo progresivo y, finalmente, por la invalidez y el colapso psicológico que le sobrevino tras el accidente. De repente se sentía estafada porque su marido no había sido capaz de proporcionarle ni siquiera aquellos elementos materiales cuya suma podría haberse asemejado a una porción de la felicidad. Claro que también ella era responsable; ¿por qué había decidido casarse tan pronto y con un hombre que le llevaba casi diez años? Aquel «sí

quiero» que pronunció en la iglesia, cuando aún no había cumplido los dieciocho años, aquellas dos palabras que la unían con el don Juan del pueblo, se convirtieron en el instante clave que giró el curso de su vida hacia una existencia que no había llegado a satisfacerla nunca. Casarse a los diecisiete años, qué disparate, qué forma tan prematura de rendirse al destino. Le bastaron aquellos quince minutos que duró la ceremonia para asumir la decisión prevista en las leyes de Dios y de los hombres, para siempre, hasta que la muerte los separase. En aquel momento no tenía dudas, y pudo creer en lo que ni la razón ni el entorno social consideraban lo más conveniente para ella. En aquel momento borró de su mente cualquier impulso de libertad. A partir de entonces dedicaría su vida a complacer a su marido. Pero las dudas no tardaron en aparecer. Recién regresados del viaje de bodas, con las maletas todavía por deshacer, se dio cuenta de que aquel hombre que había estado escupiendo por las calles de Palma de Mallorca y que se rascaba los genitales en su presencia, no era el suyo. No, a pesar de que le decía que la quería, que no podía verla deprimirse, aquel hombre no era el hombre de su vida. Pero el error ya había sido cometido y separarse entonces le pareció un remedio peor que la enfermedad. A veces pensaba que esas inocultables ansiedades —de las que trataba de evadirse leyendo novelas de amor— habían sido la causa que llevó a Ángel a beber sin mesura. En cualquier caso, ahora no quería asumir esa culpa, esa responsabilidad. Además, estaba convencida de que tarde o temprano la mejor solución para los dos sería la separación. Quizá, cuando Ángel superase el trauma psicológico de la amputación, podría afrontar las cosas con mayor firmeza. Esa creencia la había mantenido esperanzada, porque dotaba a su relación de un cierto aire de provisionalidad.

Pero incluso antes del accidente, ella había pensado algunas veces en separarse. A pesar de que en su trabajo en el Ritz no había habido quejas, de que todo eran anécdotas maravillosas, jaboncitos olorosos envueltos en celofán de colores y bombones o porciones de pasteles que enviaban directamente al Paraíso, Ángel bebía demasiado los fines de semana y la dejaba sola para conducir como un loco el maldito Porsche que tanto había mermado la economía de la casa. Ni siquiera quería llevarla de copiloto con la excusa de que la gente la miraba mucho y le distraía la conducción. Pero lo

irónico fue que, cuando más cerca estaba de tomar una decisión definitiva, llegó, como un regalo de la providencia, o más bien del diablo, aquel accidente que reforzaba las ataduras y que la ligaba a su marido con una extraña red de justificaciones morales y piadosas.

La ducha la había tonificado y, a pesar de los sombríos pensamientos que vomitaba su memoria, se descubría pletórica frente al nuevo horizonte de amor que se había abierto en su vida. De pronto, sintió un estremecimiento. Quizá todo fuera un espejismo, quizá Gabriel se cansara pronto de ella. Pensó que el amor no calcula consecuencias, que es un impulso hacia algo desconocido, una agitación en la sangre que nos hace desprendernos de nosotros mismos para acceder al otro, sin preguntas, sin otra ansiedad que ese presente que nos embriaga en la locura y el placer de compartirlo todo.

Se vistió frente al espejo. Eligió cada prenda pensando en él, en sus ojos de sabio. Se decidió por una falda amarilla muy liviana, fácil de quitar, y por un jersey de pico blanco, tan ceñido que parecía que se le hubiese quedado pequeño. Gabriel, Gabriel, Gabriel, aquel nombre era el único perfume, la única flor en el vasto páramo de su pasado sentimental. Cuando salió del baño, ya para irse, Ángel seguía durmiendo. Y continuaba roncando. Roncando es poco. Eran sus fauces y conducto nasal trompeta de Jericó… Sintió un gran alivio por no tener que despedirse.

En la calle, el sol matutino perfilaba con nitidez los objetos, haciéndolos resplandecer en extrañas policromías. Unas nubes blancas y muy grandes se desplazaban entre los edificios, entrelazadas unas con otras como madejas empañadas en un cielo difuso. Para la Reme, el mundo se había convertido en algo maravilloso, y toda ella era un mismo deseo que transgredía cualquier forma de convención o recato. El olor de una panadería le trajo los recuerdos del pueblo, de la infancia, de aquel mundo de hadas que ya había muerto, pero que parecía resucitar ahora en el trajín de los trabajadores, en el orden regular de sus acciones y en el manto leve de escarcha que la madrugada había dejado sobre los cristales de los coches como un beso de gratitud. Toda su vida había valido la pena porque propiciaba este presente, este presente que se instalaba en la mañana como una recompensa a la tristeza

acumulada con los años. Veía a las demás personas andando en las aceras y se preguntaba si alguna vez en sus vidas habrían sentido lo que ella sentía en ese momento. En aquel sendero de alegría y vitalidad, inmune a otros torcidos pensamientos, la Reme se dejaba simplemente vivir.

El portal de la casa de Gabriel le recordó la música del bolero y el sabor del champán del día anterior. Reconoció el olor de la portería, la penumbra del viejo ascensor de madera. Todo parecía estar allí para que su corazón palpitase a gran velocidad.

Subió los dos pisos por la escalera y, al llegar a la puerta del apartamento, leyó con admiración la placa dorada e improcedente: *Gabriel Cavestany, Catedrático de metafísica*. Abrió con la llave y empujó la puerta lentamente. En el recibidor, él la estaba esperando con brazos abiertos y ojos soñadores. La Reme sintió un calor que la recorrió como una llama que la iluminara por dentro. Tan pronto cerró la puerta, sin mediar una sola palabra, se entrelazaron en un tortísimo abrazo. Ella lo miraba como si fuera el mismísimo Paul Newman, por lo que la desagradable verruga que el profesor lucía en el cuello, además de su piel lechosa y su irreparable mirada de pijo, debieron de resultarle semejantes a cualquiera de los encantos del actor. Desde el dormitorio, la voz de Nana Caymmi cantaba:

No existe un momento del día
en que pueda apartarme de ti.
El mundo parece distinto
cuando no estás junto a mí.

Se besaron con desesperación y comenzaron a arrancarse la ropa. Como si ardiera, él se quitó el negro batín de Howard Suschitzky, lo redujo a una bola de seda y lo lanzó con furia hacia el fondo del recibidor. Luego hizo un extraño gesto casi idéntico al del león de la Metro. Ella contempló entonces su miembro erecto, erguido como una espada a punto de luchar.

—¡Ay!, amor mío —dramatizó la muchacha entre quebrados suspiros—, qué maravilla es esto que me está ocurriendo. Es una fuerza que me arrastra hacia ti como un torrente de lava. ¡Ay!, amor mío, ¡ay!, muero porque no muero, porque vivo sin ti cuando

voy a por ti, porque…

La Reme se hizo un lío con las palabras y dejó la frase inconclusa. Jadeando, con sus manos blancas y doctorales, Gabriel prosiguió arrancándole las prendas. Había terminado con los zapatos y el jersey. Ahora desabotonaba su falda y le ayudaba a desabrochar el cierre del sujetador. Tiernas y sedosas ataduras que se fundían al calor de sus dedos. Al dejarla completamente desnuda, acarició la leve y dulcísima huella que el elástico de las braguitas de nilón había grabado en su piel. Sin contener más su ansiedad, la derribó con rudeza sobre la alfombra persa que comprara en París el fin de semana de la celebración de su cátedra y, allí mismo, en el suelo del recibidor, la penetró profiriendo unos alaridos salvajes.

Indiferente al sonido de unos pasos en el rellano de la escalera, en plena posición del misionero, el profesor de metafísica no se reprimió tampoco en gritar:

—Reina coronada de la noche, toda una vida estaría dentro de ti, con este cuerpo mío abrasado por tu ausencia.

El corazón de la Reme latía como si estuviera a punto de decidirse a hablar. A hablar o a cantar con la misma trepidación del bolero.

No hay bella melodía
en que no surjas tú
ni yo quiero escucharla
si no la escuchas tú.

—La fortuna —continuó entre jadeos el filósofo— siempre irá con nosotros, y encadenado a tus pies dormirá sumiso el azar.

—¡Qué bonito, qué bien hablas! —dijo ella en el momento en que él la sodomizaba con un ímpetu que parecía remontarse al mismísimo Saber Absoluto.

En un espejo de Vinçon colgado junto a la puerta se reflejaban los movimientos de los amantes: brazos, espaldas, piernas en forma de V, codos, pechos, miradas extraviadas. Tras la puerta de la escalera, ambos pudieron escuchar unos cuchicheos de extrañeza:

—Está loco, está loco —dijo la voz de la portera.

—Pero ¿quién es él? —preguntó la voz de un hombre.

—Es el profesor —respondió la voz de la portera—, está como un cencerro.

Sin apenas reparar en esas voces, ensayando ahora la postura de la bicicleta de mar, el filósofo continuó entre jadeos:

—¿No es verdad, ah, ah ah, gacela mía, ah, ah, ah, que estamos transpirando amor, ah, ah, ah?

—¡Sííííí, sííííí, siiiiiiiigueeeeeeee!

Llegaron por fin las últimas efusiones del placer, y, tras ellas, los dos quedaron tendidos sobre la alfombra, abatidos por el prodigioso desgaste de energía. Boca arriba, con los ojos semientornados y la respiración a punto de explotar, sólo tuvieron fuerzas para darse la mano. A los pocos minutos se quedaron dormidos como cadáveres. Cuando despertaron, ella le dijo, con su marcado acento andaluz:

—Hola, cariño, hemos estado durmiendo un ratillo. Despertarme aquí, a tu lado, es como despertarme en un sueño.

Rozándole con un dedo, la muchacha le acariciaba la frente. Los ojos verdes de la Reme, que titilaban con una luz risueña, quedaron nuevamente atrapados en la mirada nostálgica y compasiva del profesor. Tras el descanso, habían modificado el tono de sus palabras, que ahora sonaban mucho más tranquilas, sosegadas y razonables. Parecía como si, de repente, una varita mágica los hubiera tocado para acercarlos a la realidad. Desde el dormitorio, la brasileña seguía interpretando la magia de sus versos.

Más allá de tus labios
del sol y las estrellas
contigo en la distancia
amada mía, estoy.

Ahora era él quien apartaba con la mano los sedosos cabellos de la Reme y acariciaba su rostro, que emitió un zureo de paloma. Ese rostro desmayado, exhausto, de colegiala vencida por el sueño y las emociones.

—Qué raro es todo esto, ¿verdad? Tú y yo aquí, desnudos, amándonos así. Y pensar que hace tres días ni siquiera nos conocíamos. Qué extraña es la vida, la gente, el amor. Estoy tan contenta que me pondría a saltar. Aunque ayer —repuso la Reme,

con un destello de tristeza— me dijo Marta, mi mejor amiga, que no me haga muchas ilusiones, que lo más probable es que me olvides pronto.

—Eso es *absolutamente* imposible —replicó Gabriel, hechizado por el verde luminoso de sus pupilas—. Lo que me está ocurriendo contigo nunca me había sucedido con ninguna otra mujer. Te lo juro. Yo también tengo un amigo al que le he contado todo. Cree que me he vuelto loco. Y seguramente tiene razón, estoy loco porque he descubierto por primera vez el amor.

La Reme se abalanzó sobre él y le besó y le mordió los labios hasta hacerle daño. Él pellizcó entonces sus pezones, la miró con profundidad y dijo:

—¿Has estado alguna vez en Brasil?

—¿En Brasil? No, nunca.

—¿Te gustaría fugarte allí conmigo?

—Claro que me gustaría —contestó la Reme, intuyendo la fragancia de esa felicidad—. A Brasil es donde se van precisamente los personajes de la novela de Jacinto Camacho que me regalaste ayer. Esta noche he leído las primeras páginas y estoy allí, con la pareja perdida en pleno Amazonas.

—¿Ah sí, no me digas? —preguntó el filósofo, importunado por la presencia del otro escritor—. ¿Ahora se van al Amazonas los personajes de Camacho?

—Sí, es muy bonito, muy romántico. Se enamoran en una fiesta, una fiesta que organiza él para celebrar el rescate de su hija entre las olas del mar. Pero en la fiesta conoce a otra mujer y vuelan a Brasil esa misma noche. Es tan emocionante, me encanta, todo son sentimientos fuertes. Camacho no tiene desperdicio.

El filósofo se acarició levemente la verruga del cuello. Luego dijo:

—Pues esta misma noche no, pero el jueves, o sea, dentro de cuatro días, salgo para dar una conferencia sobre Hegel en la Universidad de Ipanema. ¿De verdad te gustaría venir conmigo?

La Reme se iluminó con una incrédula sonrisa.

—Lo digo en serio. Tal vez podamos todavía comprar tu billete. ¿Quieres que llame a la agencia y lo pregunte?

—Pero yo… no sé si puedo irme, y no tengo dinero para poder…

—No te preocupes por eso. El que organiza la cosa es amiguete

mío, yo le hice catedrático y me debe favores. Además, luego seguro que se lo saca a esos mafiosos de la Universidad de Ipanema, que parece que están forrados. Pero lo primero que hay que hacer es llamar para ver si todavía quedan plazas en el avión.

La Reme volvió a mirarle como si él fuera una presencia quimérica.

—¿Pero lo dices en serio? Mira que yo soy muy tonta y me lo creo todo.

—Sí, sí, te lo digo muy en serio. Llamamos ahora mismo a la agencia y salimos de dudas.

Gabriel se levantó y se dirigió al salón. Allí tomó el teléfono móvil y, tras consultar en su agenda electrónica, marcó un número. Habló con alguien durante unos minutos y luego se giró y se quedó mirando a la Reme, que permanecía sentada y boquiabierta en la alfombra del recibidor.

—Lo está mirando en la pantalla del ordenador. Parece que hay plazas. Si hay, te cojo, ¿eh? Luego no te puedes echar para atrás. Te encantará Rio, ya lo verás.

Recostado en el respaldo del sofá, Gabriel la miró con expresión bondadosa. Ella se llevó una mano a la frente. Le favorecía mucho aquella luz indirecta, flotante.

—Sí, resérvame el billete —dijo ella con resolución—, no puedo negarme a este sueño.

En el salón, tras un silencio que aprovechó para morderse las uñas, el filósofo modificó la dirección de su mirada.

—¿Sí?… Muy bien, entonces queda reservado el billete… Perfecto… Claro, en Rio no hay problema porque la habitación ya era doble. Muy bien… Bueno, sí, si la puedes cambiar a cama de matrimonio, mejor… Ah, no sé, un momento.

Bajando el teléfono hasta la altura de su vientre, el filósofo le preguntó:

—¿Cómo te llamas, cómo te llamas de apellido?

—Rodríguez —respondió ella—, Remedios Rodríguez Alcázares.

Después de despedirse y colgar, Gabriel se acercó y se tendió junto a la Reme.

—¡Dios mío! —exclamó ella—, ¿será verdad lo que me está ocurriendo? Me pellizco y me hace daño.

—Claro que es verdad, guapísima —dijo Gabriel, e,

inmediatamente, como asaltado por una idea luminosa, añadió:

—Oye, ¿nos damos un baño?

—Sí, sí, lo que tú quieras, rey mío.

Se incorporaron y, cogidos de la mano, se dirigieron al lavabo. Al llegar allí, Gabriel abrió el grifo del agua caliente.

—A mí me gusta muy caliente. ¿Y a ti?

—Lo que a ti te guste también me gusta a mí, sabio mío.

Cuando se introdujeron en el agua, unas caricias excesivas de ella les condujeron a un nuevo y convulsivo acto sexual, lo que originó grandes charcos en el suelo.

—¡Caramba, ha sido bíblico! —dijo Gabriel al contemplar el alcance de su furor—, un poco más y necesitamos una barca, ja, ja, ja.

—Sí, el mismito Diluvio Universal. Voy a buscar la fregona y lo limpio.

—Ni hablar —replicó con actitud quijotesca el filósofo—, yo lo haré. No quiero que vuelvas a tocar nunca más una escoba. Entraste en esta casa como sirvienta, pero ahora eres la reina. De momento tiramos estas toallas para que lo empapen y ahora mismo me encargo yo de todo.

Con sorprendente destreza, el profesor fue secando un desaguisado que comenzaba a amenazar el vestidor del gran espejo. Volvieron a mirarse, a besarse, a acariciarse. Luego se frotaron el uno al otro con una enorme toalla y se tendieron en la cama. Ella apoyó su cara sobre la mano abierta de él.

—Esta noche —musitó la Reme— me la he pasado leyendo a Camacho, pero también lo tuyo, eso que has escrito de los celos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te ha parecido?

Estirada de bruces, ella movía de un lado a otro los pies.

—Está muy bien lo que dices al principio, lo de que al celoso parece que le gusta que le traicionen… Claro, si tanto piensa en eso, en la obsesión, será porque le gusta, ¿no?

Gabriel se limitó a apartarle los cabellos negros y lacios que le caían sobre los ojos. Después esbozó una sonrisa franca y profesoral.

—Bueno, no es exactamente así, pero me alegro de que te haya gustado.

—Y todo lo que dices son verdades como puños. A mi marido lo retratas igualito, pero igualito, igualito. Vamos, que es una foto.

—¿Sí? Pues eso es muy importante en un ensayo, que el discurso tenga los cimientos sólidamente fundados en la realidad…

Después de un silencio, Gabriel miró hacia arriba, y añadió:

—Tengo hambre, creo que es un buen momento para ir a comer. ¿Me dejas que te invite al restaurante que más me gusta en Barcelona?

La muchacha se puso seria y luego sonrió.

—Perfecto, pero antes déjame llamar a Ángel. Le diré que Marta está muy deprimida y que me ha pedido que vaya a su casa a comer.

La señora Rodríguez marcó el número de la organización americana. En la mesilla, junto a la foto de su difunto y un jarrón con flores de plástico, tenía preparado el bloc con las dos frases que su hija le había entregado para concursar. Al otro lado del hilo, un contestador automático comenzó a sonar con una música triunfalista. La señora Rodríguez escuchó la voz de una mujer que, con fuerte acento norteamericano, decía:

—Ésta es Susan Kid hablando, supervisora general de Big Net-España. Por favor, deje su mensaje cuando termine esta grabación. Hable claro, despacio, y no se olvide de decir su nombre, dirección y teléfono. Si lo prefiere, puede comunicarse con nosotros por *e-mail* dejando su mensaje en la página www.big.net.com.

Confundida, con ganas de decir algo, la señora Rodríguez seguía escuchando las interminables instrucciones.

—Si su deseo con la llamada es hacerse miembro de Big Net, puede venir en nuestras horas de oficina de ocho a seis de la tarde, a la sede que Big Net tiene en Sant Cugat del Valles, en la calle Tarrades, 34. Aquí le auspiciaremos para que usted pueda también auspiciar a otros futuros colaboradores de Big Net. Si lo que usted desea es información sobre los próximos eventos de la organización, le comunicamos que la reunión en el cine Astoria, programada para el 20 de diciembre, se ha cancelado por falta de espacio y se ha reprogramado para el día 22 del mismo mes en el cine Coliseum. Si su deseo es aportar dinero a las fundaciones benéficas de Big Net, presione el número 1. Si quiere hablar con un reverendo presbiteriano, pulse el número 2. Si lo que usted quiere es participar en nuestro concurso de ideas sólidas en roca, presione el número 3.

La señora Rodríguez apretó la tecla con el número 3. Una abrumadora sensación de impotencia la recorrió cuando la voz de una nueva señorita siguió hablando en la grabación:

—Buenos días, mi nombre es Barbara Wheels. Soy la encargada del concurso de ideas sólidas en roca. A continuación, le voy a indicar la forma en que usted puede participar con nosotros. Además de la información sobre sus datos personales (no olvide pronunciar claramente su nombre y su número de teléfono) puede dejar grabadas hasta dos frases para el concurso, de las cuales una podría ser seleccionada como la mejor idea sólida en roca del mes de enero. Por favor, hable despacio y claro, vocalizando.

La señora Rodríguez sintió un alivio al escuchar por fin el agudo sonido que le permitía hablar. Después de pronunciar su nombre y los otros datos personales requeridos, leyó, tratando de no equivocarse, los dos *afolismos* que ni siquiera se había esforzado mucho en comprender. Luego sonrió y colgó con una indecible sensación de bienestar.

Tilín, tilín, tilín. Doctor, ¿me escucha usted? ¿Sí? Pues quería decirle que no le he sido fiel, que le he traicionado con un parapsicólogo. Bueno, se trata del nuevo vecino de mi escalera. No sabe usted la vitalidad que me ha dado cambiándome el *psicochip*. Creo que sin esa operación en mi *hardwork* me hubiera resultado imposible enfrentarme a la situación de ayer por la noche. Mi Reme llegó con una cara que parecía un suspiro, unos ojos, un nerviosismo, se le caía todo. Y de repente va y me dice, me voy a dar una vuelta, quiero pensar, y yo le dije, reina, voy contigo, y ella que no, que quería ir sola. Y al cabo de una hora vuelve y dice que no quiere cenar y se encierra en el lavabo para leer una de esas novelitas que lee y que le están llenando la cabeza de pájaros verdes. Y yo me pregunto, ¿no será que este profesor de religión con aspecto de cura le está comiendo el coco? El coco u otra cosa, porque ¿conoce usted aquel proverbio gallego que dice, amigo mío, *follas más que un cura*? Es curioso, doctor, parece que en Galicia hay muchas mujeres que creen que hacerlo con un sacerdote disminuye el pecado, al ser Dios un poco partícipe del *asunto*. Le tengo que preguntar a mi Reme si este sujeto es gallego, no vaya a ser un degenerado que utilice a Dios como coartada. Doctor, el parapsicólogo me ha dicho algo que yo siempre había sospechado, que mi Reme es un caso clarísimo de ninfomanía. Dice que se la tengo que llevar para que la descargue de *paraneutrinos*. Ya me imagino que su escuela de pensamiento no aceptará estas esotéricas teorías, y que le dará usted mayor entidad cognitiva a Mickey Mouse que a ese hombre que me ha palpado la libido con sus propias manos, pero es que como lo tengo de vecino, tan cerca. Ha sido casi por educación… Hombre, no se me enfade, le prometo que no volveré a ir a su consulta…

Ah, doctor, mañana comenzaré a trabajar en el *parking* de la

calle Travesera de las Corts. Lo veo como un trabajo humillante para una persona como yo, que había llegado a camarero de lujo en el Ritz, pero tal vez con este nuevo empleo podré liberarme un poco de mi dolorosa imaginación. Siempre tan dolorosa esta imaginación mía, tan pesada, tan ineludible. A veces cambio las cosas y me recreo en imágenes tremendas. Ahora mismo, doctor, sin apenas esfuerzo, imagino su llegada a casa. Imagino que abre la puerta y que yo, caballerosamente, elegantemente, tomo su abrigo con mi único brazo. Lo tomo con un estilo perfecto de camarero refinado, y veo en su rostro la satisfacción que le provoca el olor que llega desde la cocina. Es el *Petit poison de Vernisaje aux fines herbes*, le anuncio con inconfundible acento de París. Luego la sigo por el pasillo (o imagino que la sigo por el pasillo) y me sitúo tras ella en el lavabo. Allí presiento sus piernas desnudas y los instintos asesinos que me provocan. Imagino que reduzco sus piernas hasta convertirlas en filetitos pequeños y que las sirvo entre la salsa del *Petit poison de Vernisaje aux fines herbes*. Toma, le digo, toma tus piernas, ahora ya no las tienes, ahora eres como yo. Entonces, imagino también que la miro y que percibo en su cara el miedo y el odio. Ahora no querrá hacer el amor, me digo sin dejar de mirarla con tristeza; hice mal en amputarle las dos piernas, con una hubiera sido suficiente, pienso frente al guiso. Entonces imagino que me acerco y que la abrazo por detrás —vuelve a tener piernas, y culo—, y que la aprieto hacia mí para hacer más sentido el tacto de su cuerpo, como intentando compensar con la presión contra ella la asimetría de este abrazo de un solo brazo. Pero mi Reme me aparta con un movimiento de trasero.

Siempre me rechaza, pienso, como si cualquier acercamiento cariñoso le molestase, como si mi presencia y mis impulsos afectivos fueran acompañados de una pestilencia insoportable, del hedor de un muerto que deambula por la vida sin conciencia de estar muerto. Vuelvo a imaginarme que la abrazo, que la abrazo dejando que mi manga hueca se pose de forma grotesca sobre su espalda, que la deseo más que nunca, que la desnudo con los ojos, que anticipo el alivio de su piel desnuda, que saboreo el baile de sus senos frente a mi boca. Pero ella me rechaza con sus manos mojadas, me moja la cara y la camisa, no de saliva o de flujo vaginal, sino de agua fría, pura y casta, de agua que me despierta

de esta fantasía que yo ya había proyectado sobre el lecho, inmediatamente, sin dilación ni jueguecillos preliminares. Qué pesado, imagino que me dice mi Reme, todo el santo día pensando en lo mismo… Doctor, le prometo que si mi Reme sintiera lo que yo siento por ella, no saldríamos nunca del recinto geométrico de la cama. No nos importaría el mundo, ni el trabajo, ni las penas de *los hombres*, ni lo que pasase en la calle, tan ajena e intrascendente para nosotros y para nuestros sentimientos retroalimentados por nosotros mismos. Ya se podrían declarar incendios y terremotos, ya podrían cortarnos la luz y el agua, ya podrían llegar los descubiertos de los bancos, la policía, los bomberos, porque a nadie abriríamos la puerta de nuestra felicidad conyugal, porque viviríamos literalmente el uno para el otro, fusionados en una misma amalgama física y espiritual, con ese equilibrio que me garantizaría su constante presencia.

Doctor, ahora imagino que le digo, Reme, veo en tu cuerpo las ganas irreprimibles de otro cuerpo, de otro cuerpo que no es el mío. No empieces, imagino que responde ella displicente. No empiezo, todo lo contrario, quiero terminar con este tema para siempre. Tú tienes deseos de otro hombre, no lo niegues, un hombre guapo, un hombre como el carnicero, como José Luis, como el pedante de la librería. No sigas, por favor, no sigas, me dice ella con ojos iracundos. Sí, no me mientas, añado yo, dime la verdad, dime que te encantaría enamorarte y tener una historia con un guaperas que encendiera de verdad tus pasiones. ¡Qué pesado!, pues sí, me encantaría, claro que me encantaría. ¿Y a quién no? Déjame, no me toques, que me estoy lavando las manos. Imagino entonces que mi Reme me empuja y que yo comienzo a sentir en mi sangre irreductibles impulsos de violador. No te preocupes, todo tiene solución, podemos contratar a un gigoló, imagino que le digo con una sonrisa que no sé mantener más de tres segundos. Si lo hicieras con un gigoló, delante de mí, yo no sentiría celos, te lo prometo, sólo un poco de envidia, pero no celos. Hay una agencia que se llama Superboys en la que te buscan niños guapísimos, y hasta jugadores de fútbol famosos… Me lo contó una noche un degenerado en el Ritz. ¡Déjame!, me dice mi Reme con tres sílabas que son tres gritos. ¿Te imaginas, reina mía, te imaginas tirarte al delantero centro, al negrito de oro de veinte años que corre por el

estadi como una gacela? O a un niño todavía más joven, ¿eh?, ¿qué tal un guaperas de quince añitos, un chavalín que viniera aquí para comerte el chichi? ¡Cállate, Ángel, por favor! Me vas a volver loca, loca de verdad, imagino que me dice mi Reme rompiendo a llorar.

El MG descapotable de Gabriel Cavestany avanzaba por la Avenida del Tibidabo. Los dos permanecían en silencio, Gabriel concentrado en la conducción, y ella disfrutando del paseo, intercalando sonrisas para un público invisible, con el cabello a merced del viento.

—¿Tienes frío? —preguntó Cavestany—. Puedo subir la capota.

Ella dijo que no con la cabeza y sonrió radiante. En ese momento nadie le hubiera echado más de veinte años.

Llegaron a un restaurante en Vallvidrera. Gabriel lo había escogido cuidadosamente, porque se trataba de una torre modernista rehabilitada en la que sólo tenían cabida nueve mesas. El interior estaba decorado en tonos pastel, con manteles que colgaban hasta el suelo de color siena, silloncitos de mimbre y minúsculas palmatorias de hierro envejecido. En los extremos, algún decorador había ordenado unos enormes jarrones de cristal con calas sobre soportes en forma de capitel griego que dificultaban el paso pero conseguían llamar la atención. Como contrapunto a tanta pretendida calidez femenil, en el recibidor y sobre algunas mesas colgaban cuadros deudores de Rothko y de De Kooning, pero con una breve placa dorada al lado, que acreditaba que el artista era catalán. La carta era una atrevida, afirmaban los expertos, fusión de comida catalana, francesa y oriental, en la que destacaban como especialidades el *carpaccio* de morcilla al vinagre de manzana con mastaba de secas, el pastel tibio de *foie* y el *sushi* ampurdanés. La bodega, menos internacional, se centraba en Riojas de elevado precio y en caldos del Valles. No había sección de cavas ni de *champagne*, pero sí una pequeña carta de aguas minerales que sólo entregaban a petición de la clientela. A Gabriel, lo que más le agradaba del servicio era que el *maître* saliera a recibirlo y nunca se olvidara de su nombre. Así lo hizo apenas aparcaron el coche en la

explanada de la entrada. A un gesto del *maitre*, una jovencita con un impecable traje granate recogió sus abrigos. La Reme tartamudeó un poco, pero a Gabriel le pareció que no desentonaba, sólo le faltaba perfilar el barniz y luciría como las velas.

Les condujeron a una mesa apartada, que no se arrimaba a la pared sino a un balcón cerrado desde el que se veía Barcelona. Gabriel supo que tenía motivos reales para poder sentirse feliz.

—Para empezar nuestro viaje —señaló el filósofo— vamos a pedir una *caipirinha*.

Echó un vistazo a la carta, especialmente diseñada para el local, en cuya portada se ensamblaban unos brochazos japoneses sobre un fondo rústico de tela de saco. La Reme acariciaba, fascinada, los cubiertos de mango nacarado, la servilleta bordada, los platos en forma cuadrada. Le parecía que todo aquello era imposible y lo asoció con los cuentos que le había contado su madre en la infancia. Si en aquel momento un gnomo hubiera asomado la nariz tras el candelabro o hubiera visto que un camarero dejaba entrever unas alas de libélula, no se hubiera sorprendido en exceso.

—He escogido este sitio —dijo Gabriel, bajando la voz—, porque es, sin lugar a dudas, uno de mis lugares preferidos. Tengo una buena amistad con el propietario, que juega muy bien al tenis. Aunque parezca un poco arriesgada la comparación, a mí me recuerda mucho a un restaurante que conocí en Tokyo. En él confluían, como aquí, el barroquismo oriental y el occidental, la sobriedad de la mentalidad nipona con la efervescencia nuestra, para demostrar que la posmodernidad ha superado los canales reduccionistas hasta abocar en un multiculturalismo que nos complace a todos los que hemos sido educados en la estética de la tolerancia y la república que reinará en el futuro Estado catalán.

—Gabriel, eres tan inteligente, sabes tanto. Me gustaría preguntarte muchas cosas. Debes de estar muy orgulloso de ser como eres.

—Bueno, verás, yo siempre digo en las entrevistas, en la radio, en la televisión, que el orgullo es preocuparse más por uno mismo que por el propio bienestar.

La Reme le miró encandilada, con desbordante admiración. Un camarero depositó las *caipirinhas* sobre el mantel.

—Es una frase algo complicada, ¿no?

—Reme, has de empezar a darte cuenta de que la realidad es muy compleja. Vivimos en un mundo en que nos enseñan que las cosas son sencillas, que están a nuestro alcance; que todo es fácil, que todo debe vulgarizarse para que lo pueda entender todo el mundo, y esto no es así, ni puede serlo.

—Pero, Gabriel, entonces quieres decir que hay mucha gente que no puede entender las cosas, que no está capacitada. Eso es como poco democrático, ¿no?

—En cierta forma quiero decir eso, sí.

—¡Qué bien! Siento que me tratas como si fuera una de tus alumnas. Me hubiera gustado tanto ser alumna tuya. Me habría sentado siempre en primera fila. Para apuntar todo lo que dijeras, y estudiármelo luego, de memoria. Siempre me dieron mucho morbo los profesores. Una vez trabajaba de chacha en una casa. Los señores tenían dos hijos, la chica era muy guapa pero un poco golfa. Como no estudiaba, los viejos le pusieron un profesor particular, que también era muy guapo y muy joven, con unas gafas como las tuyas. Y la tía aprovechaba las clases para follar con él. Follaban al lado de la cocina, cuando no estaban los jefes, haciendo mucho ruido. Llegué a pensar que les gustaba que les oyera, sobre todo a ella, que me odiaba. Y así se reía de mí pensando, mientras yo me folio a este perla, la mema de la Reme quitando el polvo.

—Me voy a poner celoso con estas fantasías tuyas. ¿Hace mucho de esto?

—Bueno, sí, cerca de tres años. Fue antes del accidente de mi marido. Yo entonces trabajaba muy de vez en cuando. Oye, Gabriel, sigamos con lo de antes, sí, no sé por qué te cuento estas cosas. Mi amiga Marta me ha dicho que tú tendrías que ser como mi *Pimalion*, pero la verdad es que no sé muy bien qué me ha querido decir.

Gabriel sonrió con una expresión cercana a la beatitud y prosiguió con una entonación que tomaba progresivamente tonos profesorales.

—Debe de ser inteligente tu amiga. No te contaré ahora lo de Pigmalión, pero tiene algo que ver con lo que te he dicho antes. Las cosas son complejas, por tanto has de comprender que todo el mundo está en su derecho de opinar, pero que no todo el mundo tiene criterio lúcido, racional. Tener criterio requiere años de esfuerzo y dedicación. Requiere una preparación, un entrenamiento,

como ser deportista. Ya te lo he dicho antes, vivimos en una sociedad en que la gente olvida esto, que para mí es muy importante. Creen que pueden decir cualquier cosa sobre cualquier tema. Por eso no quiero que seas así, quiero que lentamente vayas adquiriendo criterio. Ves, allí abajo está la ciudad, llena de gente. El mundo cobra desde arriba una perspectiva inofensiva y amenazante a la vez. Cuando miramos la ciudad desde arriba nos damos cuenta de que los hombres no son muy distintos a las hormigas, el orden y la paz que inspiran las ciudades miradas desde lejos muestra que el hombre es un ser terriblemente gregario.

—¿Qué quiere decir gregario, Gabriel? —interrumpió la Reme con los ojos abiertos como platos. Entre tanto se había bebido media *caipirinha*.

—Gregario quiere decir en cierta medida de costumbres establecidas, formalizadas, rutinarias…

—Pues no me gustaría nada ser gregaria.

Gabriel no pudo contener una sonrisa.

—No, a mí tampoco. Pero el espíritu gregario domina cada vez más nuestra civilización, nos homogeneizan a base de telebasura y de lecturas baratas.

—¿Y a qué lecturas en concreto te refieres, Gabriel?

—Mira, ya sé que tú lo lees, pero, y no lo tomes a mal, por ejemplo las novelas de Jacinto Camacho.

La Reme se permitió disentir por primera vez, aunque antes se ayudó de otro sorbito.

—Pero las novelas de Camacho están llenas de buenos sentimientos, están llenas de amor, de esperanza. Y los buenos siempre acaban consiguiendo aquello que se proponen.

—Has de ser un poco más crítica, Reme; eso te abrirá un mundo, te permitirá conocer a otros autores, leer novelas mucho más interesantes en que se cuentan historias de espíritus más elevados, más puros. Lo que tú has descubierto con las novelas de Camacho no es el gusto por la literatura de Camacho, que no existe, por otra parte, sino el placer de la lectura. Me temo que no te has fijado en que en las novelas de Camacho casi todos son ricos, en que en esos libros el dinero no existe, no es un problema. ¿No te parece eso extraño, Reme? ¿No crees que el dinero, la diferencia de clases, es uno de los problemas más grandes de nuestro mundo?

La Reme, por un momento, pensó si no estarían hablando de política. Hizo una pausa mientras les servían unos cuencos con una extraña crema de color pistacho que parecía gozar de la aprobación de Gabriel. Entonces añadió:

—Pero en las novelas de Camacho también salen pobres, chicas muy pobres que dejan de serlo gracias al amor.

—Bueno —condescendió él—, pero viene a ser lo mismo porque son pobres condenados a llegar a ricos. Normalmente los pobres nunca dejan de serlo, excepto en las novelas.

Gabriel carraspeó para aclarar la voz y siguió con su tono profesoral.

—Hay que buscar la grandeza, Reme, la grandeza, como en la Grecia clásica, en que los hombres eran valorados por su capacidad de desarrollar todas sus potencialidades. Mira otra vez la ciudad; desde aquí arriba cobra su dimensión más genuina, su expresión más patética, su verdad más intensa. Al mirarla desde arriba tenemos conciencia de que nuestra misión es elevarnos por encima del espíritu gregario; mirar las cosas desde arriba con grandeza, nos permite apreciar su justo sentido. Las cosas son pequeñas, insignificantes: mira esas casas perdidas en un mar de polvo, albergan vidas marcadas por pequeñas rutinas sin importancia, por pequeños equívocos, por palabras repetidas siempre de la misma manera, palabras distintas que suenan igual, que significan lo mismo. Hay que tratar de escapar de esas rutinas.

El filósofo se iba creciendo a medida que enlazaba una frase con otra, poderoso ante el asombro rendido de la Reme, satisfecho ante un público que sólo manifestaba adoración, aunque pudiera no comprenderlo todo…

—Reme, los laberintos y los desiertos son inquietantes y atractivos pero no se puede vivir en laberintos ni en desiertos, porque ellos han sido construidos con palabras viejas, infinitamente repetidas, son como hormigueros hechos de palabras huecas, de vidas marcadas por la pequeñez.

—Pero en cierta medida, Gabriel, mi vida ha sido así.

—Precisamente por eso debes cambiar, debes abandonar esa vida, debes olvidar a tu marido, ese tullido celoso que querría mantenerte en una jaula de cristal construida con su resentimiento. Debes dejarle y venir conmigo. En ese sentido yo voy a ser tu

Pigmalión, como dice tu amiga, porque hay algo en ti profundamente conmovedor, parece como si la mano del ángel hubiera tocado tu alma para decirte que tú eres distinta, Reme. Escucha la voz del espíritu que hay en ti, sigue sus instrucciones como si estuvieras tomando una medicina, un jarabe que te va a salvar, que te va a hacer definitivamente distinta.

—Pero, Gabriel, estoy muy confundida, me cuesta mucho entender lo que dices, aunque me parece tan bonito, se me pone la piel de gallina cuando te oigo hablar.

Y este lugar es tan lindo. Pero ¿por qué piensas esto? ¿Qué he hecho yo para merecer esta felicidad tan intensa?

—Nada, no has hecho nada, eres feliz porque eres capaz de serlo, y eso es lo que te hace distinta, mejor, única, tu intensa capacidad para ser feliz. Me di cuenta cuando hicimos el amor, comprendí que el amor y el sexo pueden tener en tus brazos un léxico amplísimo. Fue como una revelación. De pronto entendí algunos párrafos que había escrito de joven: «En la intensidad de la relación amorosa se suspende el tiempo, siniestra cucaña de nuestras conciencias, y regresamos a la ingenuidad de las tardes de la infancia, cuando todo tiene la fuerza de una epifanía. Es como si de pronto se nos permitiera acceder al vértigo que comporta la belleza, al torbellino que nos arranca de nuestra alteridad diferida. Don Juan busca siempre un caleidoscopio, un montón de retazos, de instantes de luz, que son siempre distintos pero que finalmente se amalgaman en un objeto único, maravilloso, nuevo. El símbolo de don Juan debería ser el caleidoscopio, porque, finalmente, don Juan busca encontrar en una mujer, a todas las mujeres que ha conocido, y quiere ver la misma figura de mil maneras distintas, de mil colores distintos, siempre diferentes, pero también siempre idénticos, siempre repetidos…».

Gabriel hubiera deseado ponerse en pie y continuar su propia cita para todos los comensales que habían ido ocupando las mesas. Se sentía inspirado y el orgullo le rezumaba por los poros como si fuera sudor. Era su mejor clase, su mejor momento en mucho tiempo. Pero en lugar de proclamar a los cuatro vientos las verdades de su revelación, bajó la voz al ver acercarse a un camarero. Aún le quedaban muchas cosas que decir.

—El amor es la capacidad de decir sí a la unidad de lo diverso y

contradictorio. Sólo el sabio que ama puede conocer la intensa verdad que ocultan las figuras fragmentarias y dispersas del caleidoscopio. Un caleidoscopio que nos devuelve constantemente a la sorpresa infinita de la infancia, a la inmediatez del niño, a la grandeza de aceptar la fuerza de lo inmediato como el motor de nuestra existencia.

—¡Qué divino es todo esto que dices, Gabriel! Pero cuéntame, ¿qué es la filosofía?

Al profesor le satisfacían mucho aquellas preguntas de la Reme.

—La filosofía, Reme, es aquello que es capaz de transformarnos. Mis alumnos entran pensando una cosa y terminan pensando otras. La filosofía es preguntar, es mirar, es huir de las apariencias, es nuestra capacidad de ser aquello que queremos ser, de estar a la altura de las circunstancias. Por eso ahora debes venir conmigo a Brasil, ser mía, entregarte a la sabiduría, mirar, comprender…

—Si me lo permiten —interrumpió el *maître*— yo les recomendaría para beber un rioja Gran Feudo del noventa y cinco, tiene un gusto afrutado delicioso.

La señora Rodríguez y su hija habían llegado con suficiente antelación para poder ocupar dos sillas de la segunda fila. La gran sala del antiguo teatro Coliseum se había ido poblando de jóvenes encorbatados que, tras sentarse, sacaban folios y tomaban y revisaban notas. A medida que se acomodaban los asistentes, se incrementaba un murmullo ronco que alcanzó un considerable volumen cuando llegó la hora prevista y no aparecía nadie en el escenario. Una música triunfal trataba de ahogarlo.

Con cara de preocupación, la señora Rodríguez le dijo a su hija:

—Reme, ¿qué te pasa? ¿Por qué tienes esa cara de tonta?

—Mamá, no me pasa nada, sólo tengo un poco de sueño.

—Pues no sé, te veo rara. No tenías que venir si no querías.

La Reme no respondió, se limitó a fijarse en la azafata de rojo que subía al estrado, encendía la pequeña lamparilla del atril situado en una esquina del amplio telón de terciopelo, comprobaba el micrófono con dos golpecitos y desaparecía por el lado de la izquierda. En la parte superior del telón, se leían, en rótulos luminosos rojos y azules, las dos palabras y el logotipo que formaban parte de la invitación, de la revista, de los folletos y de la carpeta brillante con la que ahora todos comulgaban en una misma y rotunda identidad: Big Net. Cuando la música dejó de sonar y las luces se redujeron a las del escenario, los asistentes fueron dejando imponer ese silencio algo tenso que siempre precede a los oradores anónimos. Un hombre de mediana edad se dirigió al estrado, dejó unos papeles sobre el atril, modificó la dirección del micrófono y dijo en tono amable:

—Buenas tardes, me llamo Juan Antonio García Palacios. En nombre de Big Net-España voy a hablarles de algo que creo les va a interesar.

—Éste es García Palacios —susurró la señora Rodríguez a su hija

—, empezó de la nada y ahora ya es Clavel de Bronce. Habla muy bien, ya verás.

—Se trata de una de las posibilidades de negocio más importantes que existen actualmente en el mundo. Seguramente, ustedes viven en un mundo muy ajetreado, y estos minutos que voy a emplear en hablarles les representarán un cierto sacrificio. Sin embargo, pueden resultarles de gran valor ya que en ellos está la respuesta a muchas de las preguntas que nos hacemos. Por ejemplo, ¿cómo podemos obtener una total independencia en el mundo de los negocios? La independencia económica, ¿no es el gran sueño de todos? Pero ¿qué significa ser económicamente independiente? ¿Lo han pensado ustedes alguna vez? Según nuestros analistas americanos, se es económicamente independiente cuando se tiene el control de los dos elementos que deciden la vida del noventa y cinco por ciento de la población mundial. Estos elementos son: el tiempo y el dinero. Miren ustedes, si el dinero y el tiempo no fueran obstáculos en sus vidas, ¿conducirían el mismo coche que conducen hoy? Dejen volar su imaginación y piensen, por un momento, qué tipo de coche conducirían. ¿Cada cuánto tiempo lo cambiarían? Quizá comprarían un segundo coche para su mujer… Si el dinero no fuera obstáculo para ustedes, ¿en qué casa vivirían? ¿En la misma? ¿Harían alguna reforma? O a lo mejor comprarían ese chalet en la montaña o en primera línea frente al mar, ese chalet para ir a pasar los fines de semana. Piensen unos segundos en esas vacaciones ideales. Si el dinero y el tiempo no fueran un obstáculo, ¿llevarían a sus hijos al mismo colegio que van hoy? ¿Cuánto dinero podrían destinar a obras benéficas? Como ven, todas estas decisiones se ven afectadas por el tiempo o por el dinero. ¿Han pensado ustedes cómo cambiarían sus vidas si tuvieran el control de estos dos elementos? Nuestros expertos dicen que nunca ha existido un momento mejor que el actual para conseguir independencia económica. Y la independencia y el éxito económico están al alcance de todos. Como ha demostrado una encuesta en la revista *Passion Economic World*, el ochenta por ciento de los multimillonarios proceden de familias humildes. La carencia de estudios universitarios ya no es un impedimento para el camino hacia las cúspides. Según la misma encuesta, el sesenta y tres por ciento de los hombres más ricos del mundo tienen algún tipo de estudio universitario, pero, sin

embargo, esta formación no les garantizó nada. De hecho, muchos profesionales (médicos, abogados, ingenieros, etcétera) que trabajan toda su vida para grandes empresas, nunca alcanzan la independencia económica que les llevaría a estar entre los grandes.

—¿Lo ves, hija? ¿A que las ideas que tienen son buenas?

—Sí, mamá —respondió la Reme con indiferencia.

Su cabeza estaba en las maravillosas lecciones del profesor, en la decoración del restaurante oriental-occidental, en el *carpaccio* de morcilla, en Brasil. No se atrevía a contarle lo ocurrido a su madre, aunque tendría que decidirse pronto. A su lado, un joven escribía los datos de *Passion Economic World*.

—Big Net no quiere empleados —continuó el orador—, quiere hombres de negocios, hombres independientes que sean capaces de crear. Hombres como el señor Bill Crawford, que nació en una familia muy humilde, que de niño casi no tenía ni zapatos, ni nevera ni televisor y que hoy es millonario gracias a Big Net. Él es uno de los pocos que ha conseguido nuestra máxima condecoración, el Clavel Diamante, al sobrepasar la cifra de los cien mil auspiciados. Por favor, un fuerte aplauso para Bill Crawford.

Toda la sala se vio inundada por una cerrada ovación. García Palacios cogió sus papeles, se hizo a un lado y estuvo aplaudiendo hasta que el americano llegó al micrófono.

—Ése es Clavel Diamante —comentó la señora Rodríguez con progresivo entusiasmo—, sólo hay cincuenta y tres en todo el mundo.

La Reme hizo un gesto afirmativo para dar a entender a su madre que la estaba escuchando. Con el escepticismo reflejado en su rostro, trató de concentrarse en las palabras de aquel hombre de aspecto bondadoso que empezaba a hablar. Tenía el pelo muy rubio y llevaba una corbata roja y azul, de idénticos tonos a los del logotipo de la organización.

—Buenas tardes —dijo, abriendo una sonrisa que descubría el grueso trazo rojo de sus encías superiores—, quiero contarles un poco mi vida. Yo nací en Arkansas, como decía García Palacios, en una familia muy humilde. En mi juventud fui camarero, mecánico y recepcionista en un hotel del extrarradio de Chicago. Cuando cumplí los treinta, un amigo me metió en Big Net y comencé a trabajar con entusiasmo. A los pocos meses ya había conseguido

auspiciar a más de cincuenta hombres y mujeres que fueron capaces de levantar sus propios negocios. Crecer, crecer, ése era mi sueño que estaba convirtiendo, con mi trabajo, en realidad. Y creciendo yo hacía crecer a los demás, les hacía soñar, volar hacia arriba. Ellos me saludaban sonrientes, conduciendo un coche nuevo o cortando el césped de su nueva casa. Todavía tengo en la memoria sus caras, su alegría —ahora alzaba la voz, como en un mitin—. Ellos creyeron en mí y en Big Net, y ellos son hoy, pueden ustedes creerme, hombres afortunados. Pero hoy he venido desde Arkansas para hablarles de la venta directa de nuestros productos, de la forma en que pueden auspiciar a los demás y de algunas otras cosas. No vengo a ofrecerles ningún contrato, en Big Net no hay contratos, ni a pedirles que dejen sus actuales ocupaciones. Sólo vengo a proponerles que estén dispuestos a dedicar un poco de tiempo a un proyecto que podría ser muy importante para ustedes. Es una propuesta muy fácil porque en Big Net no necesitamos estudios universitarios, ni tampoco invertir dinero, porque el dinero está en nosotros como el agua está en una fuente. Todo depende de que digamos, como yo dije un día sabio y feliz de mi vida, sí, quiero pertenecer a la organización. Créanme, se lo dice un hombre con la experiencia de toda una vida, es tan fácil como esto, tan fácil como empezar ahora mismo a auspiciarles a todos ustedes. Por favor, pónganse en pie, sí, por favor, en pie, muy bien, y ahora repitan muy fuerte conmigo: «Sí, quiero ser auspiciado, sí, quiero ser auspiciado por Big Net». Por favor, más fuerte, con todas sus fuerzas: «Sí, quiero ser auspiciado por Big Net».

La señora Rodríguez observó el tono pálido que había cubierto la cara de su hija, que permanecía en silencio, sin repetir las palabras propuestas por Crawford.

—Pero, niña, ¿qué te pasa?, te veo blanca, no sé, ¿estás escuchando lo que dice el señor *Canfor*?

Mareada, la Reme asintió y repitió con todos:

—Sí, quiero ser auspiciado por Big Net; sí, quiero ser auspiciado por Big Net.

—Y ahora, por favor, todos, más fuerte, sí, quiero ser auspiciado por Big Net, porque así podré auspiciar y dar felicidad a los demás, más fuerte, sí, quiero ser auspiciado por Big Net porque así podré auspiciar y dar felicidad a los demás.

El hombre hizo una pausa, sonrió, y luego sacó un bigote postizo que se ajustó debajo de la nariz.

—Este es un bigote parecido al que tenía Albert Einstein. ¿Recuerdan a Einstein?

En la sala se mezclaron risas y exclamaciones de sorpresa.

—Ahora, por un momento, me siento Albert Einstein. ¿Saben que Einstein, de niño, fue considerado subnormal?

La señora Rodríguez volvió a echar un vistazo a su hija.

—Sí —le dijo a ésta—, lo del *Estein* lo había oído yo en la tele.

Desde el estrado, la sonrisa de Crawford se esparcía sobre todos como una bendición.

—Nosotros, y cuando digo «nosotros» digo «Big Net», estamos buscando genios, gente con talento que quiera colaborar en lo que llamamos *our solid program*, nuestro programa sólido. Estamos buscando a gente que tenga buenas ideas, ideas sólidas, *rock solid ideas*. Ideas para grabarlas en una roca de aproximadamente un kilo de peso. Ustedes pueden tener esas ideas.

—Lo ves, lo que te dije, son muy democráticos, todos podemos participar. Dile al profesor ese al que le limpias el piso que te dé más frases de ésas. Cada mes podemos enviarles nuevas y a lo mejor nos toca. ¿Has visto lo bien que habla este hombre? Además, es simpático. Me cae muy bien el *Canfor* ése.

—A los amigos de Big Net que todavía no hayan oído hablar de nuestro concurso, les digo que cada mes damos premios a miles de personas que nos escriben frases. Frases de todo tipo, ideas con fuerza, ideas que nos entusiasman, que nos hacen trabajar con alegría. Un grupo de expertos las lee y, en caso de que sean realmente buenas, las premia. Pueden ser frases sencillas. ¿Quieren saber cuál ganó el año pasado el primer premio en Estados Unidos? *Big Projects make us big*, que quiere decir, los grandes proyectos nos hacen grandes. ¿No es maravillosa? En cada país concedemos también premios nacionales y regionales. Hoy tenemos con nosotros a un matrimonio que fue premiado el mes pasado. Por favor, quiero que recibamos con un fuerte aplauso a Jaume Corrons y a Dolors Villadriu, los ganadores en Cataluña del mes pasado.

Los aplausos se intensificaron cuando Corrons y su mujer subieron al escenario. Él llevaba la roca dorada en las manos. Desde su asiento, la señora Rodríguez reconoció al *botiguer*.

—Niña, ¡si es el de la tienda de televisiones que hay cerca de tu casa!

La Reme asintió con la cabeza.

—Señor Corrons —dijo Crawford, tan pronto llegó la pareja hasta el estrado y cesaron los aplausos—, ustedes son unos de los muchos afortunados que han conseguido la roca dorada y el viaje a Amsterdam. Cuéntenos cómo se les ocurrió la frase ganadora y cuál es ésta.

Jaume Corrons se acercó a un micrófono que había sido dispuesto para él, y comenzó a hablar con su característico acento catalán. Sus «eles» no diferían mucho de las del americano.

—Bueno, la idea es casi un dicho catalán. La escribí en nuestro idioma, porque llamé por teléfono y una chica muy cariñosa me dijo que podíamos escribirla en…

—Sí, sí, por favor —se apresuró a intervenir Crawford—, diga su frase en catalán, en Big Net entendemos el catalán.

Corrons levantó la roca y la miró de cerca.

—La frase dice: «*Quan anem a per feina, anem a per feina*».

—Por favor —ahora Crawford parecía un telepredicador—, un fuerte aplauso para la idea sólida en roca de Jaume Corrons.

Dócil, el público hizo lo que le pedían. A continuación, el americano continuó.

—¿Y qué quiere decir esta frase, señor Corrons?

—*Vol dir* que cuando vamos a trabajar, vamos a trabajar y a nada más.

Los aplausos se escucharon de nuevo sin que fuera necesaria la intervención de Bill Crawford. Era como si un mecanismo automático se estuviera creando entre los oradores y el público.

—Amigos, por sólo dos mil pesetas, compremos todos a la salida la roca de Jaume Corrons, con su espléndida frase. Yo ya tengo la mía encima del televisor de mi casa.

Bill Crawford cogió la roca de las manos del *botiguer*, la besó y tradujo las palabras escritas.

—Cuando vamos a trabajar, vamos a trabajar. Muy bien, señor Corrons, muy bien, otro aplauso para el señor Corrons. Y ¿sabe usted, señor Corrons, que su *rock solid idea*, su frase sólida en roca, podría convertirse en *roca internacional diamante* y traducirse a todos los idiomas del mundo? Su frase, señor Corrons, podría ser

comprada y leída por millones de amigos de Big Net. Y ahora, por favor, quiero hablar con la señora Corrons. Por favor, otro fuerte aplauso para la señora Corrons. Gracias… La señora Corrons cree en la familia nuclear, en la familia tradicional, unida, ¿verdad, señora Corrons?

—Sí, y creo que las mujeres de Cataluña tenemos un importante papel que cumplir, intentando conseguir para nuestras familias un hogar agradable y pacífico.

—Los señores Corrons —siguió informando Crawford— tienen una tienda de electrodomésticos, y desde hace tan sólo tres meses, han sido auspiciados por Big Net. Señora Corrons, ¿cómo ha cambiado su vida desde que usted y su marido colaboran con la organización?

La Doloretes hablaba con una soltura de vieja auspiciadora.

—Para decirlo en pocas palabras, te puedo decir, Bill, que nuestra vida se ha transformado totalmente. Yo, en particular, he comenzado a entender a mi marido. Fíjate, Bill, después de treinta años de no comprenderlo demasiado, con Big Net lo he comprendido… Y lo he comprendido porque me he puesto a trabajar con él. Ahora, bajo a la tienda y le llevo la contabilidad. Y luego, la pequeña red que estamos construyendo juntos en el barrio, con los vecinos, nos hace seguir trabajando juntos. Mira si hemos cambiado, Bill, que antes me molestaba que viera el fútbol en casa, porque se ponía como loco, y gritaba, y rezaba y se ponía de rodillas y hacía tonterías… Pero ahora, desde que trabajamos juntos, me estoy esforzando en comprenderle, y trato de acercarme a esta pasión que él siente los domingos, y veo algunos partidos con él, y vamos juntos al estadio, y luego, después del partido, él se va a ver a sus amigos y me dice que les cuenta opiniones mías sobre tal o cual jugador, y les dice, mi mujer tiene razón con lo de que el negrito de oro ya no mete goles porque se ha enamorado… Y todo esto, Bill, se produjo cuando comenzamos a trabajar juntos en Big Net. Si tuviera que decir una frase a todos los que estamos aquí, diría que lo importante es trabajar juntos.

—¡Por favor —interrumpió eufórico Crawford alzando mucho los brazos—, un fuerte aplauso para la señora Corrons! Sí, señor, trabajar juntos, ésta es la gran frase de la señora Corrons que nos puede ayudar. Trabajar juntos, repitámoslo todos, trabajar juntos,

por favor, repitámoslo de noche al ir a la cama y al despertarnos, trabajar juntos, trabajar juntos, por favor, más fuerte, todos, trabajar juntos.

La señora Rodríguez tocó con su codo el de su hija. La Reme, con expresión ausente, repitió:

—Trabajar juntos, trabajar juntos.

Con paso presuroso, la Reme se dirigió a casa de Marta. Quería ponerla cuanto antes al corriente de todo. Subió las escaleras a grandes zancadas y se abalanzó sobre el timbre.

—Aurorita —dijo Marta a su hija, tan pronto entró su amiga—, ahora mamá tiene que hablar de cosas importantes con la Reme, y cuando las personas mayores hablan, los niños…

—Mamá, sólo una pregunta, por favor.

Con una mueca de complicidad, Marta miró a la Reme y dio una profunda calada al cigarrillo. El humo creó una nube que Marta apartó con la mano.

—A ver, ¿cuál es la pregunta?

—Mamá, si los Reyes Magos tienen que ir a todas las casas del mundo, ¿cómo van? No tienen tiempo, y menos con los camellos.

—Pues qué sé yo, nadie lo sabe, es un misterio.

—Hacen magia —terció la Reme.

La niña dejó de mirar a su madre y buscó a la otra interlocutora, como si acabara de darse cuenta de que ésta sabía más.

—A lo mejor —añadió Aurorita— los Reyes Magos son muchos, y pasa como con los panes y los peces de Jesús…

La Reme hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Ah, y otra cosa, ¿los Reyes Magos tienen ordenador?

—Aurorita, son cosas muy difíciles que nadie sabe —contestó Marta, tratando de zanjar el tema—. Mira, ahora quiero que nos dejes un ratito solas, ¿vale? Si quieres te pongo una película.

—¿Cuál?

Marta se levantó impaciente y se dirigió hacia el rincón de la habitación en el que se amontonaban las películas de vídeo. Cogió la primera.

—¿*Bambi*?

—No, *Bambi* no, que me da mucha pena cuando matan a la

madre.

—¿*Blancanieves*?

—No, me da mucho miedo cuando se pierde en el bosque.

—Aurorita, todas estas películas son para niños.

—Sí, pero luego sueño cosas terribles, mamá, tú lo sabes.

Con resignación, Marta cogió la siguiente cinta y preguntó:

—¿*Pinocho*?

—No, me da mucho miedo cuando se lo come la ballena.

—Pues entonces ¿cuál quieres?

—Ponme *La pantera rosa. La pantera rosa* no me da miedo porque cuando se caen no se hacen daño.

La Reme miraba con ternura. Marta rebobinó la cinta, corrió los anuncios y apretó el botoncito del «*play*». En el monitor apareció un cartel azul y una voz muy seria que amenazaba con castigar a todo el que hiciera mal uso de la película.

—Viene justo después de esto.

Marta regresó y se sentó junto a su amiga, en un taburete muy bajo. Dio una calada y apagó la colilla en un cenicero que había sobre la mesa. Luego dijo:

—Ahora le ha dado por el miedo, y se levanta por las noches gritando «no, no, no». Y piensa unas cosas… Qué imaginación la de los niños.

Marta encendió otro cigarrillo, aspiró el humo, cogió una botella de cerveza y bebió un trago. Su cara traslucía esa dureza de mujer maltratada por la vida.

—Reme —repuso, tratando de recuperar el hilo de la conversación que habían mantenido unos minutos antes por teléfono—, tienes que decidirte a hablarle claro. Lo he pensado y creo que es mejor que le digas la verdad. Llegas un día a casa y, con tranquilidad, le dices, Ángel, tengo que hablarte de una cosa importante para los dos, y os sentáis y le confiesas que vuestra relación ha entrado en un camino sin salida y que te has enamorado de otro. Coge el toro por los cuernos, ¿entiendes? De momento, del viaje a Brasil no le digas nada. Es tan violento. A lo mejor, como sólo te vas una semana, ni se entera.

La Reme la escuchaba en silencio, con una sobrecogedora expresión de angustia.

—Las cosas llevan su tiempo, ¿sabes?, y no hay que forzarlas. Lo

vuestro está quemado, es un capítulo del pasado, te lo vengo diciendo hace tiempo, y te lo digo por experiencia. Yo me separé de Miguel hace dos años y tenía que haberlo hecho hace cinco o más. Fue mucho mejor para los dos, incluso para la niña.

—Es que tengo miedo de que haga algún disparate, no sé…

—Si todos pensáramos eso nunca decidiríamos nada. Tú ya no eres responsable de su vida, que llame a su madre, a sus amigos, si tiene alguno, que lo dudo…

El tono de Marta denotaba antipatía, y unas ganas enormes de liberar a su amiga de las garras del matrimonio. La Reme comenzaba a compartir esos sentimientos.

—La verdad es que es tozudo como una mula, y mira que lo he intentado, que le he dado oportunidades; y ya una no sabe lo que es peor, que beba, que no beba o qué sé yo. Y es tan pesado, con el sexo, con los celos, parece que no piense en otra cosa. No se le puede hacer una caricia, porque le hago una caricia y ya quiere follar; todo, pum, así, a lo bestia. Y si una no quiere porque no le apetece, entonces se deprime y dice que tengo asco por lo del brazo y todo ese rollo… Es un desastre. Así me he pasado los mejores años de mi vida… Es tan pesado, el pobre, y se pone tan policía… Por eso, Marta, lo de Gabriel…, créeme, lo de Gabriel es como una inyección de vida, de alegría, de felicidad. Aunque ha sido todo tan rápido. Y ahora, lo del viaje. No sé, estoy hecha un lío…

—Pero no seas tonta —replicó Marta, acercándose y poniendo su mano sobre la de su amiga—, lo que tienes que hacer es pensar en tu futuro, en Gabriel, en que te vas a Brasil con él, en lo bien que lo vais a pasar allí juntos. Reme, lo que tienes que hacer es vivir, vivir este amor que te ha caído del cielo, y tratar de olvidar el pasado. Pero para eso tienes que resolver la situación con Ángel, para que no te haga más daño, ¿entiendes?

La Reme se secó con una servilleta de papel. Después, de forma entrecortada, suspiró y dijo:

—Es tan obseso, el pobre. Dice que cuando se queda solo en el piso se pasa el tiempo viendo las películas esas que hace con la cámara de vídeo, allí en medio, cuando estamos… Y dice que se masturba pensando en mí. ¿Tú crees que eso es normal?

—Está chalado, te lo digo yo, Reme, cha-la-do. Es un enfermo mental.

—Y luego, tiene unas ideas… Cuando empieza con su teoría de que los hombres tienen más necesidad sexual que las mujeres, que a los animales les pasa lo mismo entre los machos y las hembras y que tengo que comprenderlo, que la cosa es puramente natural, biológica, como comer, como hacer necesidades. Vamos, que el tío, después de hacerlo, va y me deja el regalito aquí dentro como si fuera una cagadita.

Inclinado sobre la mesa del profesor, casi como si fuera a morirse allí mismo, Gabriel hablaba de la paradoja del deseo en la autoconciencia de Hegel. Cuando por enésima vez utilizó la palabra «razón», hizo una pausa y miró hacia un punto indeterminado del techo. Parecía buscar allí la inspiración que le permitiese proseguir. Durante ese silencio tenso, tan frecuente en sus clases, observó a sus estudiantes, y ellos le miraron con los bolígrafos preparados para seguir copiando. Con lentitud exasperante, se acarició el mentón con una mano y con la otra pasó de página en la *Fenomenología del espíritu*. Leyó algo en silencio y cerró el libro enarcando mucho las cejas. Luego, puso una cara trágica, como si le asaltase un ataque de apendicitis, y continuó:

—Hegel hace depender el deseo del objeto. —Pausa trascendental, nuevo estiramiento sobre la mesa—. Para él, la autoconciencia debe mostrarse independiente de los objetos —nueva caricia a su mentón, nueva mueca de dolor, nueva mirada general al techo con inclinación espectacular—, porque el ser en sí deviene con ellos negatividad total. —Gran pausa—. Y es que en esa sed insaciable de Saber Absoluto, la autoconciencia, angustiosamente insatisfecha y desgraciada, percibe el Sistema de la Razón cada vez más identificado con el mundo, con la realidad evanescente de los objetos.

El filósofo miró su reloj. Este gesto pareció despertarle de un sueño profundo.

—Bien, por hoy vamos a dejarlo aquí. El próximo día trataré de terminar con la autoconciencia y entraremos en la repercusión de Hegel en el nacionalismo alemán.

Ruido de bolígrafos volviendo a sus estuches, gomas elásticas de carpetas que se cierran y suspiros de alivio recorrieron el aula contaminada por la respiración de todos. Se incorporó, extrajo del

bolsillo interior de su americana la pluma Mont Blanc, y firmó la hoja funcionarial que reposaba sobre la mesa. Una estudiante muy bajita se acercó para hablar con él.

—Profesor Cavestany, una pregunta, si el Espíritu Absoluto es alcanzable por el hombre, entonces el hombre puede llegar a ser Dios.

Gabriel volvió a recurrir a su mueca de dolor, a la pausa que le permitía *aprehender* los elevados mecanismos de la razón, y luego, con una voz grave, cavernosa, explicó:

—El círculo del Saber Racional traiciona a la sed que le estimula, porque se sitúa fuera del verdadero conocimiento. En último término, el Sabio Absoluto no ha dejado de ser nunca conciencia desgraciada. Esta ignorancia fragmentaria le empareja finalmente con la única vecindad para él intolerable, la del candoroso que ya no interpreta, la del idiota.

Nada segura de haber comprendido los engranajes del argumento, nada segura tampoco de no ser ella la idiota en la que deviene el Sabio Absoluto, la estudiante hizo un gesto afirmativo con la cabeza, dijo gracias y anotó algo en su libreta. El profesor guardó la *Fenomenología del espíritu* en su cartera, salió del aula y enfiló el largo pasillo que le conducía a su despacho. Se cruzó con Josep María Obradors, el tomista y ex seminarista con el que llevaba dos años sin hablarse. Ni un leve arqueo de cejas, ni un tímido encuentro de pupilas, nada. Al llegar al despacho, cerró la puerta con el pestillo, se sentó sobre la mesa —en el único espacio donde no había libros apilados— y, con movimientos algo femeninos, marcó el número de teléfono del despacho de Carlos. Una secretaria le indicó que esperara un momento. Un minuto después, sonó la voz de su amigo.

—¿Diga?

—Hola, soy Gabriel, ¿podemos hablar?

—Sí, hombre, sí, ¿qué pasa ahora?

—¡Soy muy feliz!

—¡Vaya por Dios! ¿Y por qué?

—Por Remedios, ¿por quién va a ser? Carlos, eres como mis alumnos, hay que explicártelo todo varias veces… No puedo concentrarme en las clases, la deseo en cada momento como el aire que respiro. No sabes lo que es. Ayer, cuando se fue, estuve

revisando el álbum de fotos… Es la más hermosa, me tiene loco, loco como el pájaro que vuela en el amanecer de…

—Pero vamos a ver —interrumpió el corrector de estilo—, Gabriel, espera un momento, para la jaca. Si esta chica no te permite concentrarte en las clases y te crea ansiedad, lo mejor es que la dejes, que cambies de asistenta mañana mismo. Envíamela a mí.

—No me entiendes, hombre, no me entiendes. Me siento muy bien cuando llega y muy mal cuando se va. Es tan primorosa, tan cristalina, tan primaveral… Cuando follamos veo luces, resplandores, tengo alucinaciones, escucho voces en alemán, me sobrepasa, es demasiado, tío, es demasiado. No pienso en otra cosa, no puedo concentrarme ni en un vulgar silogismo. Ahora mismo salgo de una clase que me ha costado muchísimo terminar. He dicho que las mónadas de Leibniz las inventó Plotino, y otros disparates parecidos que los digo sin darme cuenta.

—Tal vez te vendría bien distraerte un poco, hacer deporte.

—Pero si no hacemos otra cosa que deporte, ¿o es que no entiendes ni eso? Carlos, por favor, que pareces de primero.

—Bueno, hombre, me refiero al otro deporte… Oye, ¿qué tal un partidillo de tenis? Te advierto que he mejorado mucho con el revés, y con el servicio.

—Pues no es mala idea, tal vez me vendría bien un poco de aire fresco.

Con el puro en una mano, Jaume Corrons dejó el paquete rectangular sobre la cama, se quitó el abrigo y la bufanda de su equipo y esbozó una amplia sonrisa.

—Quiero que lo abras tú, es un regalo —le dijo a Manoli cuando ésta comenzaba a desvestirse.

—¿Un regalo para mí?

Sin abandonar la expresión risueña, el *botiguer* asintió con la cabeza y se separó dos pasos de la cama, como si quisiera contemplar mejor la secuencia de Manoli al desenvolver y abrir la caja. Cuando esto ocurrió, Jaume Corrons dejó el puro en el cenicero, recuperó los dos pasos hacia la cama y se dispuso a explicarle en qué consistía el aparato negro que había quedado sobre la colcha.

—Es lo último que me ha llegado a la tienda de la Sony. Es una minitelevisión con minivídeo incorporado. Fíjate, coge, ¿verdad que no pesa? Estos japoneses son *collonuts*. Y no sabes lo bien que se ve. Mira, ahora lo probaremos.

Ante la sorpresa de Manoli, Jaume Corrons colocó el aparato sobre una silla y lo enchufó. Después, con habilidad profesional, sintonizó el pequeño monitor —que había orientado hacia la cama — e introdujo una cinta de vídeo.

—Ves, éste es el mando a distancia, el mando de la televisión y del vídeo, de los dos. Como está todo incorporado, es de los dos. Le das al *play* y mira. ¿Qué, qué te parece?, ¿eh?

—Señor Corrons, qué regalazo, muchas gracias. Es verdad, qué bien se ve. Ah, esto es fútbol. ¿Qué equipo es éste de color naranja?

—¿Qué equipo va a ser? El *Barça*, mujer, el Barça. ¿Qué no lo ves al Guardiola?

—Ah sí, es verdad… Pero van de naranja. ¿Por qué van de naranja?

—Es la prórroga de la final de Wembley, cuando ganamos la copa de Europa.

—Es verdad —dijo Manoli, contenta de recordar aquel capítulo inolvidable de la historia del club—, con el gol de falta de Koeman.

Jaume Corrons compuso una mueca de satisfacción, inclinó la cabeza hacia la derecha y, sin dejar de mirar la minúscula pantalla, elevó con el mando el volumen. La voz emocionada del comentarista comenzó a escucharse en catalán.

—Esta prórroga la veo una vez a la semana —aseguró Corrons, nostálgico—, sobre todo el gol del Tintín. Ahora, en el museo del club, le vamos a dedicar una escultura de tamaño natural, con la portería y la pelota y la barrera a lo grande.

De pronto, el rostro de Jaume Corrons se iluminó.

—Ah, ¿sabes una cosa? Hoy vengo con un caprichito, Manoli, con una de estas fantasías raras que tengo a veces.

—Ya sabe que sus deseos son órdenes para mí.

—Mira, me gustaría que me hicieras un francesito mientras yo veo toda la prórroga. Y a ver si conseguimos que, al final, me corra en el momento de la falta, ¿sabes?, justo cuando el Tintín le pega a la pelota y la pelota sale como una bala y pasa la barrera y el portero de la Sampdoria se tira y no la puede ni tocar.

—Haremos todo lo posible para complacerle —dijo Manoli, con un gracioso guiño.

Jaume Corrons seguía hablando mientras se desabrochaba la camisa.

—Te voy a confesar una cosa, Manoli, una cosa que te hará pensar que estoy un poco majara, pero bueno. Yo, algunas veces, cuando mi mujer no está en casa, pongo la tele y el vídeo y me masturbo con la falta del Tintín.

Como esperando su reacción, Jaume Corrons —que se había sentado en la cama para quitarse los calcetines—, se giró hacia ella. Luego se puso a reír.

—Je, je, je, cada loco con su tema, Manoli, para mí esto del Barça es como una religión. La Doloretes, que es más católica que el papa, siempre me lo dice, tú tendrías que ir todos los domingos a confesarte con un cura culé.

Manoli sonrió y dijo:

—Por cierto, señor Corrons, ¿es usted religioso?

Con el dedo índice, el *botiguer* se acarició la calva.

—Pues si quieres que te diga la verdad, no estoy seguro ni de creer ni de no creer. A veces pienso que sí, que alguien tuvo que crear todo esto, en algún momento. Pero otras me convenzo de que después de estirar la pata, no habrá nada, pero nada de nada. Mira, yo, que como buen catalán soy una persona de sentido común, por si acaso, rezo un padrenuestro todos los domingos, y, de paso, le pido a la Virgen, a la nuestra, a la Moreneta, que nos ayude con el fútbol. Mi mujer es muy católica, sí, pero a mí, esto del Jesús no me acaba de convencer. No sé, nunca me ha sido simpático. Tan serio, con esas barbas *que sembla que sempre estigui emprenyat*. Y a veces era hasta violento, como cuando sacó a latigazos a aquellos pobres *botiguers* del templo; hombre, eso no está bien, por muy hijo de Dios que sea. Hay formas más civilizadas de pedirlo, ¿no te parece, Manoli? Les podría haber dicho, éste es un templo de mi padre y mío. ¿Qué serían tan amables de correrse un poquito más para allá? Y seguro que le hubieran comprendido. Y, alto, estoy seguro de que debía de ser un *bon xicot,* de eso no me cabe ninguna duda, pero no sé, nunca lo han pintado sonriendo, siempre tan serio. Podría haber gastado alguna broma a un apóstol, o guiñar un ojo después de hacer algún milagro. No sé, a lo mejor estoy diciendo una barbaridad, cuando digo estas cosas en casa la Doloretes se pone como loca, pero creo que un poquito de sentido del humor siempre es bueno, ¿no? Mira, otro judío, el Einstein, no paraba de hacer payasadas, y también era muy serio lo que decía de la relatividad, del tiempo y todo eso. Ya lo creo que era serio. Ah, y luego, hay algunas cosas que no entiendo. Por ejemplo, lo del Judas. Con el Judas creo que no se ha hecho justicia, no. Todo el mundo dice que era muy malo, muy malo, pero nadie piensa que si no llega a ser por el beso del Judas, al Jesús no lo crucifican y entonces no nos hubiéramos salvado de lo que hicieron el Adán y la Eva en el jardín. La gente no piensa, hombre, no piensa más que en tonterías. Pero bueno, a pesar de todo, ya te digo, Manoli, yo, por si acaso, cada domingo, cuando el sargento está cosiendo, mi padrenuestro. Y ahora también estamos con eso de los americanos, ésos del Big Net que me han dado un premio por aquella frase sobre el trabajo que te conté, ¿te acuerdas? Pues ésos, aunque no lo parezca, también son muy religiosos.

Cuando se quedó desnudo, mostrando el curvo y grotesco perfil de su barriga, Jaume Corrons se estiró en la cama y se colocó una almohada en la nuca.

—Y tú, Manoli, ¿crees en el Jesús?

—Sí, yo sí, yo soy muy religiosa.

Él la miró sorprendido.

—Pero lo que haces aquí no parece que vaya mucho con…

—Pues para mí sí que va. Yo soy andaluza y en mi tierra todo esto se vive de otra manera. Además, aquí, trabajando, lo único que hago con la mayoría de mis clientes es darles un poco de cariño.

—Ya lo creo que lo haces —se apresuró Jaume Corrons a decir, como para redimirla de sus pecados.

—Pues sí, muy religiosa, tengo mi casa llena de estampas de la Macarena, de la Virgen del Rocío, del Cristo de Limpias, de san Sebastián cosidito a flechazos y de san Pancracio, para que no falte trabajo.

—Pero ¿vas a misa, y te confiesas, y comulgas, y todo eso?

—Sí, claro, tengo un sacerdote, uno joven, de éstos que miran más el fondo que la forma, que sabe que el tema de mi trabajo nunca lo tocamos.

Jaume Corrons concentró su mirada en la pantalla y se emocionó con una jugada que habría visto ya más de mil veces.

—Aquí faltó bien poco para que nos metieran el gol.

Ella se quitó las bragas y se situó junto al *botiguer*. Parecían un matrimonio de toda la vida viendo la televisión.

—¿Ves qué bien, Manoli?, ¿eh?

—Esto para usted es gloria, hombre —susurró Manoli, acariciándole el pecho—. Mire, ¿sabe lo que haré? Lo dejaré aquí y así siempre que usted venga, lo tendremos a mano.

—Sí, me parece muy bien —coincidió Corrons, sin apartar la vista de lo que estuvo más cerca de convertirse en el uno a cero para los italianos—. Aquí sí que estuvimos cerca del desastre. Y con un gol en contra, el Tintín, nervioso, seguro que la hubiera tirado fuera.

—Cuando usted quiera, empiezo.

—Sí, guapa, adelante, que ya falta poco para el gol.

Con entusiasmo, con júbilo, con la sana convicción de ser todos muy guapos y muy ricos, los socios se precipitaban sobre las butacas enormes del club de tenis, sobre sus respaldos y sus brazos, y sobre el rectángulo formado por la moqueta color tierra al lado de la chimenea de grandes y adormecedoras llamas. En aquel mundo de armonías preestablecidas, de niñas pijas ansiosas de diversión y desmadre, el «hoy hay una fiesta en casa de Tono», el «Pati se casa con un López Villadriu, los de la Nestlé» o el «nos vemos luego en el Up» (el monosílabo británico referido, naturalmente, a una discoteca), se pronunciaban con sorprendente frecuencia, mientras el camarero del extrarradio iba y venía llevando Cocacolas *light*, zumos de naranjas naturales y ensaladas del Club. Entre esta bruma de signos sociales, la figura de Carlos contrastaba al fondo de la barra, no sólo por su atuendo sin marcas reconocibles, sus zapatos viejos o por el extraño rictus de su boca al tratar de pronunciar como ellos, sino también por su manera desgarbada y triste de agarrar el vaso de cerveza, por su mirada insegura, incapaz de la más mínima integración. Estos contrastes se acentuaban cuando se dejaba caer en uno de aquellos silenciosísimos sillones de infinita blandura, o cuando, desconcertado, tras una larga pausa que le había llevado a poner cara de detenido, respondía al camarero: «No, no soy socio, no tengo firma, soy un invitado de Gabriel Cavestany, pagaré en metálico». El nombre de su amigo era el salvoconducto que le inmunizaba momentáneamente de la inquisidora mirada de una niña que no tendría más de diez años, pero que se daba cuenta de que él no era de los suyos. Rubia, ojitos azules, ojitos nórdicos proyectados con estupefacción en su ibérica fealdad, en su camisa comprada en las rebajas, en su jersey a rayas demasiado grueso para la generosa calefacción del club, que le hacía sudar y que no se quitaba por miedo a tener algún lamparón en la camisa. Rodeado

de todos pero ausente, miraba de un modo al mismo tiempo atento y distraído a un grupo de muchachas rubísimas. Mientras, con una profesionalidad de ladrón avezado, desplazaba del ejemplar de *La Vanguardia* —con el sello del club—, la doble página en la que había leído otro caso de crimen pasional, que guardaría para «fundamentar» su novela ambientada en el *Tour* de Francia. Maliciosas frutas del Paraíso, cómete una de estas manzanas, una de estas niñas de terciopelo negro y serás como Dios, parecía decirle con sus ojos saltones el camarero detrás de la barra. Sólo tienes que atreverte a dar el mordisco que te libere de tu condición de currante sudoroso, de tu condición de corrector de estilo sin ningún estilo. Y luego, cuando llegó Gabriel y Carlos se cambió en aquel radiante vestuario y se puso unos raídos pantalones negros y una camisa azul claro de oficinista poco compatible con el tenis, o cuando cogió el mango de su raqueta Dunlop Field falsificada (comprada por dos mil pesetas en la calle Conde del Asalto), el contraste comenzó a ser verdaderamente comprometedor. Pero ¿a qué juega usted viniendo aquí a practicar el tenis con este obrerito de cuna irreconocible?, parecía preguntarle a Gabriel con la mirada el hombre que adjudicaba las pistas, justo antes de que Carlos le hiciera llegar el denso tufillo de su transpiración. Aunque lo más revelador era, a la postre, el incatalogable estilo al darle a la pelota en la pista (tanto de *drive* como de revés), las fases barrocas e innecesarias de su servicio de constantes dobles faltas, la espectacular ineptitud psicomotriz al lanzarse en un salto absurdo en el momento en que cualquier otro jugador hubiera ultimado con el *smash*, su ridículo movimiento de muñeca al tratar de alcanzar una volea. ¿Otro seis cero?, preguntaba intentando fingir sorpresa, pues no entiendo qué me pasa hoy. Frente a aquella disfunción social que ya motivaba algún que otro comentario desdeñoso en la casa-club, Gabriel, sin mostrar apenas su nueva condición de enamorado, desplegaba los consejos del profesor particular con movimientos perfectos, sin preocuparse por no perdonar ninguno de los tantos en los que Carlos yacía indefenso en el suelo, o por no conceder una sola raya dudosa en su contra.

—Otro día que vengamos —le recomendó a Carlos al terminar lo que no había llegado a ser nunca un partido—, te traes un polo y pantalones blancos. Aquí todo el mundo va así.

Carlos sabía que ese «todo el mundo» hacía referencia a un jardín en el que las palabras alcanzaban una última significación que él no comprendía, en el que los gestos y hasta la forma de encender un cigarrillo, implicaban una fórmula secreta de la elegancia que él no sería nunca capaz de emular. Ese «todo el mundo», sabía también, estaba constituido por un reducto de seres de otra especie, cuyas moradas se encontraban muy arriba, tras una infinita escalera de peldaños insalvables.

—Ah —añadió Gabriel cuando se desnudaban en el vestuario—, y olías un poco mal, incluso antes de salir a la pista.

—Es que he pensado que como ya me ducharía aquí.

—Pues muy mal pensado, Carlos, muy mal pensado. No se puede ir por la vida apestando.

Después de vestirse, Gabriel consultó su reloj y sugirió tomar una copa en la barra.

—¿Recibiste el fax con mi proyecto de novela?

—Sí, y me pareció que te puede quedar bastante bien —dijo Gabriel con el cubalibre en las manos y con su pelo todavía mojado por la ducha que lo había dejado como un príncipe—. Es un tema muy candente. Todo el mundo habla del crimen de la semana pasada, de ese loco que quemó a su mujer porque dijo en un programa de televisión que la maltrataba.

—Y lo alucinante son las cosas que se oyen sobre ese caso. Ayer me quedé de piedra. Bajo a comprar el periódico y, antes de llegar al quiosco, en una portería, oigo que una mujer le dice a otra, cómo lo debió de poner en la televisión para que el marido la tuviera que quemar.

—Qué barbaridad —exclamó el filósofo—, es como si estuviera justificando al asesino. ¡Qué país! ¡No tenemos remedio! Me parece que cualquier día me voy a largar a Alemania.

—Es la España negra, profunda. Como te dije, recorto todo lo que veo en la prensa. He pensado que en la novela podría introducir varios casos, varios personajes que estuvieran implicados en tramas paralelas.

El corrector de estilo se dio cuenta de que su amigo no le escuchaba.

—Me parece que estás pensando en tu andaluza.

—Sí, Carlos, es increíble, pero creo que me he convertido en

otra persona. Esta mujer me ha hecho olvidar todo, como si me hubieran cambiado el disco duro de mi cabeza. Te lo juro, es increíble.

—Gabriel —repuso Carlos mirando hacia el otro lado de la barra —, tú lo que tendrías que hacer es ligarte a una de estas monadas y dejarte de tonterías.

Al rostro del filósofo llegó un recuerdo en forma de sonrisa.

—Mira, ¿ves la de pelo castaño? Pues con la de pelo castaño tuve un rollo.

—¿Pero un rollo consumado o…?

—Sí, sí.

—Pues está buenísima, preséntamela, preséntamela, por favor.

—No, porque acabamos mal y ahora no nos saludamos. Otro día te presento a otras, pero ven mejor arreglado. A ver, jo, es que me llevas unas camisas, y este jersey es feísimo. Carlos, pero ¿no te das cuenta de que tiene unas rayas horizontales de colores que…?

—La verdad es que las pijas me excitan una barbaridad —dijo Carlos contemplando a las chicas—. Siempre he soñado con desnudar a una pija. Creo que mi ideal erótico tiene connotaciones sociales. Es curioso, ¿te das cuenta?, tú enamorado de una chica de hacer faenas y yo aspirando a una pija. Es como si hubiéramos intercambiado la hoz y el martillo por los palos de golf, je, je, je.

Carlos dio un largo trago. Al fondo, una de las jóvenes prorrumpió en risotadas. Quería que la miraran, y lo conseguía. Gabriel había recuperado el tono serio en su expresión.

—Veo que sigues sin creerme, tomándote a cachondeo lo mío con Remedios.

—Hombre, la verdad, Gabriel, yo, por mucha comprensión que le eche, no me lo acabo de creer. Tú con una…

—Esa mujer no es para mí una chacha —replicó el filósofo—. Tiene una piel, una dulzura, una voz, una lengua. Me pongo como una moto sólo de pensar en ella. Ah, y no te lo había dicho, se va a venir conmigo al congreso de Rio sobre Hegel.

—¡Estás loco! ¡Si la conoces poquísimo! Y ¿cómo la presentarás allí? Además, ¿qué le va a decir al marido? ¿No decías que es un auténtico celotípico?

Gabriel marcó una mueca desdeñosa.

—¿El manco? Muy celoso, sí, y también debe de ser un tirano y

un chantajista. Ella me cuenta que le exige sexo casi cada día, y que si se niega, se pone muy triste y la amenaza con beber. Menudo imbécil debe de ser el tío… Dice Remedios que no lo deja porque le da pena… Mira, no sé lo que le contará al manco ese para venir a Rio, pero te aseguro que va a venir. Ya tengo los billetes. Está ilusionadísima. Salimos pasado mañana.

El filósofo orientó su mirada en un horizonte que imaginó muy lejano.

—Hacer el amor con ella es como follar con una diosa, Carlos, te lo juro… Y me inspira una ternura. Mira, ahora, cuando estaba en la ducha, he pensado que no me importaría nada tener un hijo con Remedios.

—Pero qué dices, hombre, pero qué dices.

Doctor, hace unos días que mi Reme está rarísima. Pero rarísima, rarísima. Desde que empezó a trabajar en el apartamento de este hombre que ella dice que se parece a un cura, la veo ausente, triste. A lo mejor la pobre trabaja demasiado. Ya con lo que hacía estaba bien, yo no sé por qué se ha tenido que complicar las cosas trabajando más, si dinero no nos sobra pero tampoco nos falta, más ahora que hemos acabado con los plazos de la cámara de vídeo y del lavaplatos. Ya casi no la veo ni por la mañana ni por la tarde. Por favor, aparque en los que no pone reservado, ¿va a estar mucho rato? ¿No?, pues entonces déjelo en alguno de los que estén libres al bajar la rampa a la derecha, gracias. Doctor, ¿sabe una cosa?, he descubierto que mi Reme es mucho más cariñosa conmigo cuando está dormida. Entonces, inconscientemente, se acerca a mí, me acaricia, se acopla a mi cuerpo, me abraza. ¿Será que soñando me toma por otro?

Con lo que yo la quiero. Me parece que ha adelgazado un poco. Pero cómo no va a adelgazar si casi no come. Un quesito, una frutita, nada. Y cuando le pregunto, reina, pero ¿qué te pasa?, te veo triste, ella se pone muy nerviosa y me dice que está perfectamente y que la deje en paz, y que no me preocupe, que si me preocupo será peor. Pero cómo no me voy a preocupar si cada día está más seria y más callada. Yo trato de tener todo el tacto que puedo pero no sé, no parece suficiente. A lo mejor está pasando una mala época, a todos nos ocurre. Yo mismo, desde que tuve el accidente que se llevó a mi *Madrugador*… Pero ahora tengo que estar a la altura de las circunstancias, esforzarme en resultar más alegre, porque una deprimida al lado de un deprimido es igual a dos deprimidos al cuadrado. Cuatrocientas cincuenta, ¿no tiene suelto? ¿Sí? Mejor, gracias. ¿La calle Josep Tarradellas? Sí, mire, usted gire en el primer semáforo a la derecha y cuando llegue a la Avenida de

Madrid, todo recto hasta llegar a Josep Tarradellas, una calle muy ancha… Y es de lo más tozuda, mira que le digo, reina, no crees que te iría bien un psiquiatra, los que vamos al psiquiatra no estamos locos, mira yo, voy al de la seguridad social y me estoy poniendo mejor, a que me estoy poniendo mejor, ¿o no?, pues entonces; fíjate que últimamente, desde que voy a trabajar al *parking* y me tomo las pastillas azules, ya casi no pienso en el carnicero, ni en José Luis, ni en el de la librería ni en nadie. Aunque, doctor, sería irónico que justo ahora que no pienso en ellos fuera cuando me la pegara de verdad.

Hace unos días le dije, amor mío, si algún día no me quieres o te enamoras de alguien, dímelo, por favor, por respeto a nosotros, no me mientas, y ella se puso muy tensa y no me contestó. ¡Ay, reina, si tú me dejaras yo no sé qué haría! Pero mujer, ¿es que acaso no hemos sido felices? ¿Es que ya te has olvidado del parquecito de almendros en el que nos conocimos, de la alfombra de hojas amarillas que acogía las sombras de los árboles, de la estatua del general que decapitamos aquella noche de euforia, cuando nos fumamos el supercanuto muertos de risa? ¿Es que ya te has olvidado también de las tardes en que te leía mis poemas con los que quería presentarme al premio del Ayuntamiento? Aquel que decía: *Oh flor nocturna del desierto, por tu belleza te admiro, por tu soledad te siento*.

Es verdad que desde hace algunos días mi Reme está rarísima. Ayer le dije que tenía muchas ganas de hacer el amor, que estaba más salido que un mono, pero ella me apartó con un gesto de asco que me hizo sentir como un manco leproso. La mayoría de las veces que se lo propongo se enfada. De seguir con esta sequía erótica, tendré que pensar en una muñeca inflable o en irme de putas. Tal vez, junto al «sí quiero» de los altares, debería incluirse algún otro documento firmado que garantizase unos mínimos de relación sexual. Algo así como: «sí quiero, y también querré echar un polvete a la semana como mínimo». De esta forma, transcurrido ese tiempo, el cónyuge varón podría proceder sobre su mujer amparado por la ley y la justicia.

—Tengo que hablar contigo de algo importante. Siéntate, por favor.

Mientras se acomodaba pesadamente en el sofá, Ángel pensó que la Reme nunca le había dicho *tengo que hablar contigo de algo importante*. Y menos con esa voz demudada y solemne.

—¿Ah sí? ¿Qué pasa?

—He estado pensando en nosotros y he decidido que necesito estar sola unos días. Quiero irme a vivir un tiempo a casa de Marta.

—¿Qué tonterías son ésas, Reme? —preguntó él. Se sujetó la frente con la mano y taconeó impaciente.

—No sé si debería decírtelo, Ángel… No te quiero mentir…

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Estoy enamorada de otro hombre.

—¿Enamorada de otro hombre? ¿Qué dices? ¿De quién?

—Te mentí, el hombre que vive en el apartamento que voy a limpiar no tiene cara de cura. Es un hombre maravilloso, un filósofo muy atractivo.

—¿Un filósofo muy atractivo? —repitió Ángel con un nudo en la garganta.

La Reme bajó la mirada. Sus párpados caían despacio sobre sus ojos. Se levantó, dio unos pasos hacia la ventana, y dijo:

—Es catedrático, es un sabio. Ángel, no podía ocultártelo por más tiempo. No era justo. Él ha encendido en mí una llama que me abrasa, que me abrasa el corazón. Le quiero.

La Reme desvió la vista y se concentró en la ventana, como buscando afuera algún objeto en el que afianzarse. Ángel se puso pálido como un cadáver. Se incorporó y extendió el muñón y el brazo hacia arriba. Parecía un personaje de tragedia en el momento de echar una maldición.

—Pero ¿qué dices?, Reme, pero ¿qué estás diciendo?

Ella se giró y le miró a los ojos. Él sostuvo aquella mirada que tan bien conocía. Luego, con un estilo que parecía copiado de un culebrón venezolano, la Reme añadió:

—Ángel, lo que has oído. Me he enamorado con toda mi alma de ese hombre.

—¡Pero si le conoces desde hace tres días! Tú estás loca.

Se produjo un silencio insoportable. Ángel se llevó de nuevo la mano a la cabeza. Se había apoyado en el brazo del sofá, como si

necesitase un soporte para poder mantenerse erguido.

—¿Y te has acostado con él?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Eso quiere decir que sí, ¿verdad?

—Eso quiere decir que no deberías preguntarlo.

—Los cornudos tenemos derecho a saberlo, va, dime, ¿te has acostado con él sí o no?

—Sí, Ángel, por favor, sí.

—¿Cuántas veces?

—No sé, ¿qué más da? Parece que es lo único que te preocupa.

Durante unos segundos, él se quedó contemplando el estampado de la alfombra de todos los días. Mantenía el ceño fruncido y una expresión concentrada. Estaba aturdido, el cerebro le funcionaba despacio y acarició por un instante la idea de que todo pudiera ser una broma, una mentirijilla que ella había urdido para algún proyecto absurdo, tal vez sólo pretendía asustarle un poco y hacerle cambiar. Aspiró lentamente, sonrió conciliador y la miró sin pestañear. De pronto, le pareció que aquella situación ya la había vivido. Todo le resultaba familiar, el abismal silencio como un muro de hielo, la cara de la Reme salpicada de gotitas de sudor, sus ojos sinceros, acuosos y enamorados de otro. Era el mismo rostro de la evidencia, el salto sin red que le transformaba definitivamente en un desgraciado. La única diferencia era que la situación era real, que podía prolongarse en el tiempo, que no era una de sus intermitentes fantasías. Ahora todo estaba ocurriendo en aquel presente insoportable.

Volvió a mirarla, a sonreír. No sabía con qué frase empezar el discurso que había ensayado miles de veces al calor de sus insomnios. Su mente escupía vertiginosamente imágenes y sensaciones que no era capaz de asimilar ni ordenar. Ese inconfundible canguelo era el sentimiento fatal del abandono, la confirmación de los temores que se habían anunciado en su conciencia, el pistoletazo de salida hacia un horizonte de soledad y desamparo en el que la Reme ya no estaría junto a él. A la sensación de sequedad en la boca se sumaba ahora un sabor extraño, como si su lengua se hubiese rebozado de sal. Le faltaba el aire.

—De manera que se confirma —hablaba en voz baja, con una sonrisa que pretendía dar sensación de calma—, de manera que la

traición que yo sospechaba la has llevado a cabo a mis espaldas. Bueno, muy bien, muy bien, tú misma, es bueno saberlo, así terminamos de una vez con todo… Ves como no estoy tan loco. Estaba claro que eres… bueno, mejor me callo.

Sentía ganas de golpearla, de ir a buscar un cuchillo a la cocina, de insultarla, de darle cuatro patadas en la boca. Pero al mismo tiempo se sentía magnánimo, condescendiente, porque el comportamiento de la Reme avalaba que sus temores no habían sido fruto de una imaginación desatada y enfermiza, sino que nacían de una premonición atinada. Qué le había dicho el parapsicólogo, «los demás intentan hacerte pasar por tonto»… Trató de calmarse. Se levantó, dio unos pasos tambaleantes y luego golpeó tres veces la pared con el puño. Se produjo un nuevo silencio.

—Ángel, no soportaba ocultártelo por más tiempo —repitió ella con la voz ahogada por los sollozos—. Estoy enamorada, y es una cosa muy fuerte, Ángel, que me arrastra, que me enloquece, me siento enferma… Y ha sido tan rápido… Yo te quiero mucho, Ángel, de verdad, mucho, pero…

El llanto le impidió proseguir. Se llevó las manos a la cara, y luego se acercó a él, absurda, tratando de llorar en su pecho. Nada podía irritar más a Ángel que la ternura de una Reme dominada por la lástima.

—Por favor, no me toques —gritó él, apartándola con su brazo —, y deja de quererme, ya no necesito que me quieras, me las arreglaré yo solito. Y saldré adelante, sin putones que me traicionen, seguro que saldré adelante. Mira, no quiero verte ni un minuto más. Venga, coge tus cosas y vete a follar con ese tío ahora mismo.

—Ángel, por favor —balbuceó ella sin dejar de llorar—. Ángel, estoy muy mal, ayúdame, ayúdame.

—¿Que te ayude? ¿Que te ayude a qué?… Venga, por favor, vete. El piso es mío porque yo he pagado el alquiler desde el principio, y no tenemos hijos, y nos casamos con separación de bienes, y además, tú pareces tener casa a donde ir…

Ángel se sorprendió de su capacidad para llevar la situación con frialdad. Por un momento, le gustó su imagen.

—Ayúdame, por favor, por favor, por favor, Ángel, ayúdame…

Ella se agarró con fuerza a su brazo.

—Déjame y vete, ¡cojones! —espetó él, zafándose con una sacudida—. ¡Déjame en paz y vete de una puta vez!

La estaba empujando hacia la puerta. Ella se resistía. Seguía llorando.

—Ángel, por favor, quiero que seamos amigos, Ángel, ayúdame, estoy muy mal.

—¡Fuera! Yo también estoy muy mal, y no quiero ser amigo tuyo, muchas gracias, ya lo he sido durante demasiado tiempo y mira para lo que me ha servido.

—Ángel, por favor. Así no iremos a ninguna parte.

—Ni por favor ni por nada, levántate y vete. ¡Vete, antes de que te mate a patadas!

—Ángel, por favor, por favor, por…

—Muy bien, pues si no te quieres ir tú, me voy yo. Pero cuando vuelva no te quiero ver por aquí, ¿vale? Seamos claros y las cosas no se harán tan difíciles. ¿Verdad que el piso es mío? ¿Verdad que lo he estado pagando yo con mi trabajo y con la pensión de invalidez?

Ella asentía con la cabeza desde el suelo, en una extraña postura, mirándole desde abajo con el cuello muy estirado, y al mismo tiempo encogida, como en un revoltijo amorfo de brazos y piernas.

—Pues entonces —continuó él, como si le hablara a una niña—, quiero que me dejes solo cuanto antes. ¿Lo harás, verdad? Muy bien, pues adiós. Espero que, con el tiempo, los años que has estado conmigo no te parezcan tan insoportables como ahora. Que te vaya muy bien. Adiós.

La Reme seguía llorando en el suelo. Ángel cogió el abrigo, la cartera, las llaves y se fue, cerrando la puerta despacio. Bajó por las escaleras y, en la calle, comenzó a andar con la sensación de que el pecho le podía estallar. Era como si sus pulmones se hubieran convertido en una olla a presión. Ya se había hecho de noche y las aceras estaban repletas de gente. Los escaparates de zapatos, de ropa de hombre, de mujer, las tiendas de juguetes, pasaban como destellos que apenas percibía. Cada pocos pasos se veía obligado a apartarse para evitar a los transeúntes que avanzaban en sentido contrario, distraídos, lentos, con los ojos puestos en los escaparates

iluminados. Anduvo durante más de media hora, sin pensar en nada concreto, ocupado en apurar aquella fiebre de melancolía y odio. Necesitaba una idea que le permitiera obrar en alguna dirección. Siguió andando hasta la plaza Francesc Maciá. Un enorme globo en forma de Papá Noel pendido sobre una de las aceras le asustó y le llevó a cubrirse la cabeza con el brazo, pero, cuando se atrevió a mirar, comprobó que las botas de charol bailaban a más de un metro sobre su cabeza. De haber tenido algún objeto punzante lo hubiera pinchado. ¡Ese maldito muñeco rojo riéndose de él desde los aires!

La alegría manifiesta del gentío acrecentaba su desorden interior «¿En qué he fallado? —se repetía—. ¿En qué he fallado? Tampoco estoy tan mal. Soy buena gente, no estoy tan mal». Tenía unas ganas irresistibles de conocer a ese hombre que ya no era una hipótesis enfermiza sino la realidad hacia la que la Reme había orientado su corazón. Cuando llegó a la calle Casanova, respiraba con dificultad. Siguió bajando sin rumbo fijo, evitando las calles iluminadas con motivos navideños, hasta la plaza de Cataluña. Allí se podía observar al fondo el acostumbrado montón informe de autobuses, taxis y coches parados. De repente, su cara se arrugó en una expresión de asco, como si por fin hubiera tomado alguna determinación. Se detuvo unos minutos y luego se dirigió hacia las Ramblas. Siempre le había gustado pasear por las Ramblas. Se encontraba más cómodo en ese hormiguero de personajes variopintos que en cualquier otro punto de la ciudad. Sentía una inexplicable sensación de bienestar cada vez que se encontraba rodeado de las jaulas de periquitos y canarios, de las peceras redondas y de esas flores que había jugado con frecuencia a escoger con la Reme. Pero ahora todo jugaba en sentido contrario.

Entró en un bar y se acercó a la barra. Miró al camarero unos segundos, volvió a salir. Se detuvo frente a la puerta y leyó sin enterarse las ofertas de tapas, bocadillos y pinchos morunos. Cerró los ojos con fuerza. Era como si el local ante el que se encontraba pudiera constituir el decisivo umbral de su derrumbe. Los rostros de los alcohólicos anónimos y del psiquiatra de la seguridad social pasaron fugazmente por su cabeza (*Ángel, Ángel, estamos aquí*) pero ellos no le impidieron volver a abrir los ojos, entrar de nuevo en el bar y pedir un *gin tonic*. Cuando la bebida estuvo sobre la barra,

agarró el vaso y se deleitó con un largo trago. El reconocible frescor fue un alivio en su garganta. A la derecha, un joven tenía las pupilas puestas en su muñón. Llevaba una gabardina de un color indefinible, entre el marrón amarillento, el violeta pálido y el gris verdoso. Cuando le miró, el joven se giró incómodo hacia el otro lado del bar. Sobre la puerta de la entrada había un televisor en el que bailaban unas chicas con minifaldas. El alcohol se esparció en su interior proporcionándole una considerable dosis de vitalidad. Contempló su semblante en un gran espejo situado detrás de la barra. Burlándose de sí mismo, ensayó una exagerada mueca de terror. Sonrió al verse reflejado en aquel rostro patético, bebió un segundo trago, y luego se dio cuenta de que el joven seguía observándole. Ángel le devolvió la mirada, fijamente, con descaro, repitiendo la mueca del espejo.

—Soy un monstruo —le dijo—, un asesino peligroso. Mira, con esta mano que todavía tengo, he estrangulado a cientos de mujeres.

El joven sonrió nervioso, como si hubiera sido pillado en falta. Luego dijo:

—No será para tanto, hombre.

Ángel apuró la copa y pidió otro *gin tonic*. Sobre la barra, había un periódico. Lo abrió al azar. La página de las ofertas de masajes-relax le hizo reparar en un anuncio: *Eva, el más antiguo de Barcelona, ocho señoritas, todos los servicios. Discreción y esmero*. Lo coronaba el dibujo de una mujer que se retorcía en un gesto lujurioso. Sonrió. Justo lo que necesitaba. Memorizó la dirección del local, apuró la copa en dos tragos más, pagó y salió. En la misma acera encontró un cajero automático. Sacó quince mil pesetas con la tarjeta. Vio que el saldo había disminuido notablemente desde la última vez. Tomó un taxi hacia la calle Valencia. Bajó en un chaflán y caminó hasta un portal muy viejo. El tercero B lucía con un botón rojo. Lo apretó y al instante sonó un chasquido que le permitió empujar la puerta. Frente al ascensor del fondo, había un hombre de espaldas. El hombre se giró y Ángel sintió una sensación de vergüenza algo pueril, como si le hubieran pescado copiando en la escuela o mintiendo a algún profesor incauto. Era Jaume Corrons, el vejete de la tienda donde había comprado el contestador y la cámara de vídeo. Ángel constató que llevaba una bufanda del Barça y un maletín.

—Hombre, ¿qué tal? —saludó el hombre; hasta parecía contento de verle.

—Pues bien, mire, por aquí —contestó él, algo violento a pesar de la ginebra.

Dentro del ascensor, Jaume Corrons enarcó las cejas y sonrió.

—¿Vamos al mismo piso, al tercero B? ¿No?

—Sí —respondió Ángel, mirando al suelo.

—Pues muy bien, hombre —añadió Corrons—, aquí es donde mejor paso yo los domingos por la noche… Hay chicas muy guapas, aunque yo siempre voy con la misma, ¿sabes?, con una que se llama Manoli. Es cariñosísima y muy guapa, me la reservan.

De forma fugaz, Ángel pensó en aquella Manoli que había sido novia suya en su juventud. Llamaron al timbre y se quedaron en silencio, esperando en el rellano. La puerta del tercero B se abrió pesadamente.

—¿Vienen juntos? —preguntó la *madame*.

—No, nos hemos encontrado en el ascensor —se apresuró a responder el *botiguer*, haciendo un guiño a la mujer—. Pero tráteme bien a este señor, que es un buen cliente mío de la tienda.

El recibidor era pequeño, no había más muebles que un sofá de dos plazas y enfrente una repisa de madera, debajo de un espejo de marco dorado. Ángel se fijó en el lobanillo que tenía la mujer, situado a media pulgada del entrecejo. Era del tamaño de un garbanzo, redondo, cárdeno, repugnante. También observó sus ojos sagaces, lacrimosos, gatunos, que irradiaban desconfianza y malicia. Al fondo de un pasillo, vio pasar a una pareja abrazada por el talle, como si estuvieran caminando amorosamente por una avenida de acacias en flor.

—No se preocupe —dijo la *madame*, sonriendo—, ahora mismo le servimos una copita y le hago pasar a las chicas.

Se despidieron dándose la mano.

—¿Qué tal el contestador?

—Bien, bien.

—¿Sí? Me alegro… Ah, y felices fiestas.

—Igualmente, adiós.

Cercado por unas cortinas de plástico rojo, Ángel distinguió la voz de la mujer hablándole a Corrons.

—Para usted, ya está preparada la Manoli, ¿eh? Espere un

momentito que voy a avisarla.

Mientras se desabotonaba los tirantes azulgranas, Jaume Corrons se concentró en el horrible cuadro que había colgado sobre el cabezal (unos caballos alados en tonos verdosos, galopando en un paisaje entre bucólico y psicodélico). Sin apartar la vista de esa desagradable representación, el *botiguer* anunció:

—Mañana lunes juega el Barça contra los periquitos. Si puedo, me escaparé y vendré a ver el partido contigo. Ya se sabe que como el directo no hay nada. Yo me pongo un poco nervioso, ya lo verás. En la prórroga de la final de Wembley me puse tan nervioso que tuve que ir a dar un paseo por la calle. No lo podía ver, me superaba, y pensé, *cony*, Jaume, a ver si te da un ataque al corazón y te quedas aquí frito. Y entonces salí a la calle. Oye, y estaba vacía, pero vacía vacía, con un silencio de cementerio. Y pasaba el tiempo y nada, el silencio. Y yo me decía, a ver si nos va a volver a pasar lo de Sevilla y perdemos otra copa de Europa, y después de estar tan cerca de la gloria, perdemos otra vez. Y de repente, oigo, gooooooool, con una fuerza que parecía que estuviera el estadio entero escondido detrás de las casas, y luego los petardos y, bueno… Y yo me puse a dar unos saltos que parecía un loco, me tiraba por el suelo, me levantaba, bailaba… Y después, otro silencio, y al cabo de otro rato, el rato que faltaba de la prórroga, otro grito que parecía una bomba, y luego las primeras motos bajando hacia las Ramblas y las bocinas de los coches y la gente saliendo a la calle y yo abrazando y hasta besando a personas que no había visto en mi vida… Ya éramos campeones de Europa, Manoli, ya se había producido el milagro del *dream team*. No, créeme que aquello fue la hostia, la hostia de verdad. Y luego en las Ramblas, bueno… Lloraba como un niño; y no era el único. Todos llorábamos. Nosotros éramos la fuente de Canaletas. Me emociono sólo de pensarlo, Manoli.

Ya desnudo, Jaume Corrons se sentó en la cama.

—Puñeta, tiene gracia; ahora, en el ascensor, me he encontrado con un cliente mío de la tienda. Pobre *xicot,* no hacía buena cara, no, como si le hubieran dado un disgusto. No sabes cómo olía a ginebra… Pobre *xicot,* hay gente que se le ve en los ojos que no lo

pasa bien. Tiene la desgracia de no tener brazo, ¿sabes?, le falta un brazo y parece que se desespera y llora y se da golpes contra las paredes. Mi mujer es amiga de una vecina suya, y se lo ha contado todo. Una amiga muy cotilla que siempre cuenta cosas. Lo sabe todo de todo el mundo… Pues sí, el pobre tuvo un accidente, y se quedó sin brazo.

El *botiguer* miró a Manoli e hizo un gesto, como si con una mano estuviera serrándose un codo.

—Y tiene muchos complejos, es de los que nunca te miran a los ojos porque tienen muchos complejos. Ahora, cuando me ha visto, se ha quedado parado. En general, la gente, cuando te la encuentras en estos sitios, se queda parada. Y yo siempre me digo, puñetas, si venimos y nos encontramos aquí, lo lógico es que nos saludemos tranquilamente, hablemos un poco del local, de las chicas… Por suerte, hay gente como yo, que decimos lo que nos parece; mira, sin ir más lejos, de ti me habló muy bien un amigo, ya te lo dije, ¿te acuerdas?, el Todoliu. Me dijo, *aquesta Manoli ho fa molt bé i és molt maca i molt carinyosa*, y como a mí me gusta creer en la gente, sobre todo en la gente como el Todoliu, ¡huy! Te sorprendería lo tunante que es el Todoliu, sabe mucho de señoras y de sitios de éstos… Aunque también te diré que la sinceridad tiene un límite, ¿eh? A mí, por ejemplo, no me gustaría nada saber que el Todoliu se acuesta contigo cada domingo dos horas antes que yo, ¿verdad que me entiendes, Manoli? No es que tenga celos, eso sería ridículo, pero, no sé, preferiría no saberlo, porque yo no te veo como una cualquiera, Manoli, tú ya sabes que yo no te veo como a una cualquiera. Puñetas, a una puta cualquiera no le contaría todo lo que te cuento a ti, ¿verdad que me entiendes? Bueno, pues, como te decía, yo soy de la categoría de los que lo cuentan todo. Soy un catalán extrovertido, y *una miqueta sonat*. Un amigo mío canario me dijo que yo era el catalán más parlanchín que había conocido en los diez años que vivió en Barcelona. Me llamaba el culé estereofónico, je, je, je. En cambio, con la Doloretes, callo todo, me pongo la máscara del silencio y lo callo todo. Y es que la Doloretes es de armas tomar, que yo no la llamo el sargento sólo porque sí.

Con el índice, Manoli había comenzado a acariciarle la papada.

—Pero este *xicot*, el manco éste, *com es diu*, ahora no me acuerdo, puñeta, esto de la memoria… Pronto no me acordaré ni de

cómo se llamaba *la mare que em va parir*… Ah, y me parece que es hijo de Almería, como tú. A lo mejor lo conoces y todo.

De repente, el *botiguer* dio una palmada.

—¡Ángel! Sí, se llama Ángel, lo sé porque lo tengo en una ficha de clientes. Yo soy muy ordenado con las fichas, es lo principal de la tienda, las fichas.

—Ángel Peláez —dijo Manoli.

—¡Exacto! ¡Ángel Peláez! Seguro, eh, ahora me acuerdo.

Atravesada por una extraña sensación, Manoli dejó de acariciarle y se quedó quieta con una expresión de miedo.

—¿Cómo sabes su nombre? ¿Que lo conoces? —preguntó Jaume Corrons, mirándola con esos ojos rutilantes que parecían ver más allá de las cosas.

—Fue mi novio.

En la cabeza de la prostituta confluyeron los recuerdos de Angelito Peláez.

—*¡Collons! ¡No fotis!* ¿El manco? ¿Tu novio?

—Sí, ha de ser el mismo. No me gustaría nada encontrármelo aquí.

—Claro, porque él no sabe…

—No, no sabe…

Entusiasmada, con paso más que ligero, la señora Rodríguez salió de la sede de Big Net. Llevaba en la mano una carta que anunciaba que sus dos frases para el concurso de *ideas sólidas en roca* habían superado «la primera fase eliminatoria general». Ya se veía ganadora, en el lujoso hotel de Ámsterdam, con su yerno y con su hija dando vueltas con *las góndolas* de Ámsterdam, y todo a cargo de la organización. Pensó que como sólo se hallaba a dos manzanas de la casa de su hija, lo mejor sería presentarse por sorpresa y explicárselo en persona. Cuando estuvo frente al portal, llamó al interfono y se quedó esperando un rato sin que nadie contestara. Consultó su reloj. Qué raro, se dijo, era ya hora de que estuvieran los dos en casa. Ya se iba, cuando, en la rejilla del interfono, escuchó la voz de Ángel.

Al ver a su yerno, la señora Rodríguez se llevó las manos a la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos y se tambaleaba en una oscilación irregular. El aliento le olía a ginebra.

—¿Pero qué pasa? —preguntó ella, entrando y cerrando la puerta.

—Remedios no está. Todo se ha terminado entre nosotros. Me ha dejado por otro.

—Pero ¡Dios mío! ¡Qué dices! —exclamó ella asustada.

Ángel volvió sobre sus pasos y se dejó caer en el sofá. Allí se puso a llorar cubriéndose la cara con la mano. Su suegra se acercó y trató de consolarle.

—Me ha dicho —confesó Ángel, arrastrando una voz llorosa— que se ha ido a casa de Marta para pensar. Fíjese usted, ¡para pensar! Pero seguro que está con el otro, con ese del piso nuevo… ¿Usted cree que yo me merezco esto? ¿Usted cree que yo…?

El llanto le impedía continuar.

—¡Ay, Dios mío! —dijo la señora Rodríguez desconcertada—.

Pero ¿qué dices, Ángel? ¿Con qué otro? ¡Ay, Dios mío! ¡Qué cosas pasan! Con la ilusión que yo traía con lo del concurso. Ya nos veía en Amsterdam en góndola y todo por los canales. ¡Si hasta me han dado un folleto! Voy a llamarla ahora mismo. ¡Pero qué tonta, qué tonta está la niña, Dios mío!

Se acercó al teléfono y marcó de memoria el número de Marta.

—Marta, niña, ¿qué ha pasado? Te llamo desde casa de mi hija. Que me vengo aquí a verles y me encuentro al Ángel que dice que la Reme está contigo, y que lo ha dejado y que se ha ido con otro… Pero niña ¿qué tonterías son ésas?… ¿Qué está contigo? Pues sí, dile que se ponga.

Pasaron unos segundos en los que la madre de la Reme oyó, al otro lado del hilo, unos cuchicheos ininteligibles. Luego, escuchó la voz de su hija.

—Hola, mamá.

—Hija mía, que aquí estoy en vuestra casa, con el Ángel hecho una Magdalena, que me dice que…

—Mamá —interrumpió la Reme entre suspiros y llantinas—. Mamá, no… no… lo soporto más. Es… Es… un pel… ma… zo…

—Pero hija mía, que me dice que te vas a ir con ese del piso. Oye, no hagas tonterías que luego…

—Quería decírtelo yo, mamá, pero tú te has adelantado… Sí, mamá, estoy muy enamorada y el corazón es…

—Pero bueno, hija, ¿cómo te vas a enamorar en tres días de un desconocido? ¿Qué va a pensar de ti tu marido? ¿Y la gente? Oye, que aquí lo tengo llorando al pobre. Venga, déjate de bobadas y vente ahora mismo para…

—Mamá, no voy a ir, no lo aguanto más, estoy enamorada y mi corazón palpita como… mamá, te lo iba a explicar todo esta noche pero tú…

—Pero hija mía, ¿estás tonta? Mira que luego se cansarán de ti y te dejarán, y tú fíjate qué panorama… Mira la Pili, una desgraciada… Venga, déjate de bobadas y…

La señora Rodríguez vio cómo su yerno se acercaba y le pedía por señas el auricular.

—Niña, te paso a tu marido que quiere hablar contigo. Venga, arreglarlo rápido y vente ahora mismo.

Tambaleándose, Ángel pegó la oreja al aparato.

—Reina, yo sólo… yo sólo quiero decirte que… te… quieeeeero y que…

—Ángel, por favor —cortó la Reme con súbito aplomo—, no montemos una escenita delante de mi madre. No voy a ir. He tomado la decisión de pasar unos días en casa de Marta y no me voy a echar para atrás. Te pido que no compliques las cosas.

—Reina, yo… yo…

—Por favor, pásame a mi madre. Ahora no es el momento de ponerse…

Derrotado, Ángel devolvió el teléfono a su suegra.

—Mamá, luego voy a tu casa y hablamos y te lo cuento todo.

—¡Ay, hija, parece que en esta vida no vienen más que disgustos! Con la ilusión que yo traía con lo de la góndola y todo eso, y mira con lo que me encuentro.

Capítulo II
La violencia del celotípico

Aproximadamente uno de cada cuatro asesinatos que se producen en las sociedades avanzadas encierra un asunto de celos. En estado de exaltación, el celotípico tiende por naturaleza a la violencia. Eso no quiere decir, afortunadamente, que todo enfermo de celos termine asesinando a su mujer. El lector atento habrá notado, desde el principio de este ensayo, que hemos tendido a masculinizar la figura del celotípico. Si bien es cierto que existen celotipias femeninas (algunas de consecuencias terribles, como la de Medea), la celotipia masculina permite matices psiquiátricos más variados, como muestra la extensa literatura que se ha publicado sobre hombres celosos, no sólo en el campo de la psiquiatría sino también en el de la sociología y el derecho penal. Es por ello que en este ensayo nos hemos circunscrito al hombre celoso y que dejaremos a las mujeres celosas para otra ocasión…

El comportamiento del hombre frente a los celos es mucho más impulsivo, irracional y, sobre todo, violento que el de la mujer. Cualquiera de los estudios realizados sobre la variable «sexo» (Lagache, 1947; Mowat, 1966; Psarska, 1970) arrojan estadísticas similares: mientras que la celotípica asesina se produce muy raras veces, el celotípico asesino llena a diario espacios de la prensa de todo el mundo.

Considerando otras variables, los estudios de Hafner y Short, en 1976, mostraron: 1) que la violencia celotípica tiende a irrumpir con mayor facilidad entre hombres de clases bajas y marginadas que en los de las medias o altas; 2) que otras anomalías mentales como la

esquizofrenia o la paranoia pueden incrementar la agresividad de un enfermo de celos; 3) que el 83% de los hombres que terminan matando a su mujer son alcohólicos o han ingerido alcohol el día del asesinato. Otros estudios (Hurwitz y Christiansen, 1983; Shaw y McKay, 1990) muestran también que entre los casos celotípicos que terminan en tragedia, la práctica totalidad de las víctimas han sido maltratadas o golpeadas con anterioridad, y que la mayoría de los asesinatos tienden a producirse más en el calor de una situación (con frecuencia tras la confesión o el descubrimiento de una infidelidad o, simplemente, después de una denuncia por malos tratos) que en una calculada acción de venganza. También son mayoritarias las tendencias a que el asesino mate a su mujer y no a su rival. Cuando asesina a ambos, la premeditación aumenta. Más extraños son los ejemplos en que el celoso mata al rival y no a su mujer. Entre éstos, el caso insólito al que suelen referirse los estudiosos del tema, es el del millonario de Pittsburgh que descubrió, después de casarse con una modelo mucho más joven que él, que su mujer había tenido una antigua relación con el arquitecto de su propia casa. A pesar de que ella no había vuelto a verlo después de la boda, el millonario comenzó a obsesionarse y a ver la mano del arquitecto por todas las habitaciones de su hogar. Un día, el millonario de Pittsburgh se enteró de que el arquitecto iba a asistir a una fiesta en Nueva York. Sin dudarlo un minuto, acudió con una pistola y le disparó en la cabeza cuando estaba bailando en una pista abarrotada. «Ya nunca más podrás volver a molestarme, hijo de puta», gritó el millonario de Pittsburgh cuando la orquesta dejó bruscamente de tocar.

El alto reloj del bar apuntaba las seis y cuarto de la tarde. Con el vaso en la mano, Ángel cerró un ojo y miró con el otro a través del cristal. Esa lente modificaba las formas: la arista de la barra se veía curva, las botellas más estrechas, el techo más alto. Apartó el vaso y se fijó en el camarero. Era un hombre de una fealdad expresiva, moreno cetrino, con una barba rala, negra como el carbón, y con una boca muy grande que, cuando sonreía, replegaba la escasa piel de los carrillos hasta llevarlos muy cerca de las orejas. Sus ojos, como llagas secas e insensibles, le conferían un aspecto avejentado que sin duda no se correspondía con su edad.

—Por favor, ¿me puede dar línea? —le preguntó Ángel.

El hombre se giró y apretó un botón blanco en una caja de plástico enganchada en la pared. Ángel marcó el número de Marta.

—Diga.

—Marta, soy Ángel. ¿Está la Reme? Quiero hablar con ella.

Marta dijo «sí, un momento». Lo dijo muy rápido. No quería mantener ninguna conversación con él. Al poco rato escuchó la voz de su mujer.

—¿Qué quieres ahora?

—Reme, se está haciendo de noche y no puedo volver al piso, no puedo… He pensado que tal vez podríamos arreglar las cosas… Yo te quiero, reina mía, yo te quiero y…

Ángel comenzó a llorar con tal sentimiento, que el camarero y la pareja de jóvenes que se hallaba en una de las mesas, guardaron silencio y se quedaron mirándole.

—Reme, por favor, vuelve a casa, te quiero, te quieeeee… te quieeeeerooo…

—¿No tienes bastante con el numerito que has montado con mi madre, diciéndole que se quedara a dormir contigo, como si fueras un niño?

—Reme, amor mío, ¿no podrías…?

—Ángel —prosiguió ella en un renovado tono de seguridad—, por favor, haz un esfuerzo por comprender la situación, ya sé que es duro para ti, pero ha ocurrido; me he enamorado de ese hombre, y precisamente porque yo también te quiero, no podía ocultártelo por más tiempo; por favor, trata de hacer un esfuerzo por no beber, porque lo peor sería que…

—¡Cállate, zorra! —interrumpió él con unos gritos que sobrecogieron a los que se hallaban en el bar—, si bebo es por culpa tuya, que me la pegas con el primero que…

—Ángel, por favor, no sigas insultándome…

—¡Cerda, mamona, ramera!

El silencio de los presentes era cada vez más tenso. El camarero se esforzaba en actuar con naturalidad, ordenaba vasos, pasaba la gamuza, pero no podía evitar mirar de soslayo aquella cara.

—Zorra, que eres una zorra de campeonato, ¿conque todo eran fantasías mías, eh? Tiene pinta de cura, tiene pinta de cura, decías con una vocecita de mosquita muerta, y ahora, putón, ¿qué dices? ¿Que su polla es de chocolate? ¿Eh?, putón, ¿qué dices ahora? Con razón no has querido follar conmigo en toda la semana, cómo ibas a querer, si…

La Reme colgó el teléfono y Ángel se quedó con ganas de gritarle algún que otro exabrupto más. Dejó el auricular sobre la superficie de madera, dio un último trago —el ruido de los hielos sonó amplificado por el silencio— y pidió al camarero que le volviese a dar línea. El hombre apretó de nuevo el botón blanco y cruzó los brazos, dispuesto a presenciar sin disimulos aquella escena íntima y desesperada. Al tiempo que marcaba, Ángel pidió otro *gin tonic* y se giró sobre sí mismo dándole la espalda. La pareja de jóvenes seguía muda, expectante. Intercambió una fugaz mirada con ellos, se encorvó un poco y carraspeó.

—¡Qué puta es la tía! —dijo, como si quisiera dar una explicación satisfactoria a los asistentes.

—Diga.

—Hola, soy yo.

—¿Qué quieres?

Encajó el auricular entre el hombro y la mandíbula y escanció la tónica en el vaso. Su voz era otra vez la de un corderito indefenso.

—Nada, te quería pedir perdón por lo que acabo de decirte… y, también, quería que supieras que te quiero, y…

El mecanismo se repetía: de las lágrimas pasaba a los insultos y de los insultos a las lágrimas. Acercó el hombro con el auricular para que la Reme oyera el caer de la tónica, las burbujas asesinas.

—Ángel, haz el favor de dejar de beber.

—No, si ahora no estoy bebiendo.

—No me mientas, que te conozco como si te hubiera parido. A ver qué son si no estos ruiditos…

Depositó el vaso sobre la barra y repuso en voz muy baja:

—Reme, me gustaría hablar con él, conocerlo, conocerlo para hablar civilizadamente.

—¿De qué quieres hablar? Ángel, es ridículo, ¿no te das cuenta?

—Quiero que no piense que soy un vulgar cornudo… Quiero presentarme, dar la cara, civilizadamente, ¿entiendes?

—Por favor, deja de decir tonterías.

Ángel volvió a mudar aquella expresión bondadosa de su cara.

—¿Tonterías, cerda, tonterías? Las tonterías son lo que tú…

Cuando la Reme volvió a colgar, Ángel sintió ganas de hacerlo también con la suficiente fuerza como para destrozar el teléfono. Se contuvo al pensar que podría tener problemas con el camarero. Ultimó el vaso, pagó y salió tambaleándose hacia la calle.

Ya era de noche. Detrás de las ramas de los plataneros, en las alturas, una mínima luna avanzaba con él. Los coches, la Navidad, el frío, las luces blancas, verdes y rojas, todo parecía un decorado concebido para que él representara el final de la tragedia. Al llegar al portal de su casa, se topó con la cara sonriente y fantasmal del parapsicólogo.

—¿Todo bien? —preguntó éste, observando su mal aspecto.

—Sí, sí, vamos tirando —respondió Ángel sin mirarle.

—Felices fiestas.

—Igualmente.

Tan pronto llegó al piso, cerró la puerta con la espalda, se quitó el abrigo y se estiró en el sofá. Permaneció unos minutos inmóvil y, luego, como atacado por una poderosísima idea, fue a buscar en el armario la cámara de vídeo. La conectó al televisor, rebobinó la cinta y apretó el botón del *play*. Ángel y la Reme aparecieron en el cuadro luminoso, desnudos, juguetones en la cama. Sintió una

tristeza inconsolable, y también una rabia no menos intensa. Sin el amor, sólo podía redimirle la venganza. Apretó el *stop* y, con pasos desiguales, comenzó a deambular por el salón. Suspiraba, se detenía, alzaba el brazo y el muñón hacia arriba, se llevaba la mano a la cabeza, volvía a suspirar, a sentarse, a dar unos pasos hacia la ventana, a volver sobre esos mismos pasos. De repente sonó el teléfono y de un salto corrió a cogerlo, sin aliento, excitado… ella regresaba a casa… tenía que ser ella. Pero la voz habló en francés y colgó inmediatamente al oír la suya. Número equivocado. Sintió un sudor frío, un mareo. De nuevo, marcó con ansiedad el número de Marta.

—No está, ha salido.

—¿Dónde? —preguntó él con autoridad.

—No lo sé, Ángel, no…

—¡Sí que lo sabes, so puta!, que tú también te las traes, con tus consejitos sentimentales de mierda que no han hecho más que llenarle la cabeza de…

—Ángel, no tengo por qué aguantarte; te digo que ha salido y no me ha dicho dónde.

—Mira, tía, no me calientes más los cojones y dime dónde está, porque si voy a tu casa te voy a montar un…

—Pues no sé —interrumpió Marta, temerosa de que él cumpliera sus amenazas—, se habrá ido con ese chico, con… el profesor, digo yo.

Colgó el teléfono con furia (éste sí podía maltratarlo), se puso el abrigo y guardó en el bolsillo el papel en el que estaba escrita la dirección de la casa del filósofo. Salió para dirigirse al bar de enfrente de su casa. Allí bebió otra copa muy rápido, tenía prisa.

En la calle, se tambaleaba mucho al andar. Necesitaba un taxi. Ahora estaba tan borracho que no acertaba a encontrar el papel arrugado con la dirección. Metía la mano en el tejido del abrigo —que no llevaba puesto a pesar del frío—, y buscaba entre los pliegues, mientras lanzaba furibundas exclamaciones. Por fin lo encontró en el bolsillo del pantalón. Todo le daba vueltas. Con el papel en la mano y arrastrando parte del abrigo por el suelo, paró un taxi. Medio estirado en el asiento, buscando la luz de fuera, leyó en voz alta la calle y el número. El coche subió por Conde de Urgel y por la Avenida de Sarriá. Al llegar por fin a Maestro Falla, el

taxista le preguntó:

—¿Qué número me ha dicho?

—Treinta y tres —se limitó a contestar.

Pagó con un billete de cinco mil y recibió un cambio casi exclusivamente compuesto por monedas.

—¡Joder! —espetó cada vez más enojado—, ¿no me puedes dar algo menos pesado?

Salió sin dejar propina y cerró dando un portazo. Algunas monedas cayeron sobre la acera. Mientras las recogía, maldijo a Dios con unos gritos muy fuertes. Al llegar frente al portal del número treinta y tres, consultó de nuevo el papel y luego pulsó el botón del interfono. Una voz masculina sonó algo distorsionada. Sin contestar, dejó pasar unos segundos. Se giró. En la acera de enfrente, el escaparate de una tienda de zapatos de mujer atrajo su mirada. El corazón le palpitaba dentro del pecho con rítmica y creciente celeridad.

—¿Sí? ¿Oiga? ¿Quién es?

—¿Gabriel Cavestany? —preguntó por fin tratando de parecer lo más sobrio posible—. Soy Ángel Peláez.

—¿Qué quiere?

—Quiero que me abras, mamón.

—Déjeme en paz, no tengo nada que hablar con usted.

Un ruido percusivo evidenció que Gabriel había colgado. Volvió a llamar. No obtuvo respuesta. Insistió. La voz del filósofo sonaba otra vez.

—¿Qué pasa?

—Quiero saber si ella está contigo.

Después de unos segundos, la voz de la Reme se escuchó en la pequeña rejilla metálica.

—Ángel, ¿no te puedes comportar como un adulto? ¿Qué quieres?

—Quiero hablar contigo cinco minutos.

—¿Y no puedes esperar a mañana?

Ángel comenzó a llorar con exagerado dramatismo.

—Ya bajo, ya bajo —repuso ella, suspirando desesperadamente.

Al cabo de diez minutos, tan pronto vio que su mujer aparecía en el portal acompañada de Gabriel, Ángel se rehízo de golpe, tensó la expresión y dijo con una sonrisa chulesca:

—¿Qué pasa, que no puedes bajar sola, que te doy miedo?, ¿eh?, ¿qué te doy miedo, mamona? De manera que éste es el tío al que se la chupas.

Ángel miró con descaro los ojos esquivos del profesor.

—La chupa bien, ¿eh?

—¡Ángel, por favor! —gritó ella.

—Tío —dijo acercándose mucho a la cara del filósofo—, tienes una pinta de capullo y de mariconazo intelectual barato; con estas gafitas de…

—¡Ángel! —añadió la Reme con voz desgañitada—, ¡estás borracho! Te paro un taxi y te vas a casa. Por favor, que mañana te arrepentirás de lo que estás haciendo.

Ella tenía marcas de cansancio bajo los párpados, pero el color de sus ojos seguía siendo el verde de siempre. Ángel contempló la curva de su pecho bajo el suéter amarillo. Tenía ganas de golpearla, de insultarla, de violarla allí mismo. Se acercó y la agarró fuertemente por el brazo.

—Me estás haciendo daño, ¡ay!

—Conque te ibas a vivir a casa de Marta, ¿eh?, ¿no puedes dejar de mentirme, cerda?

—Sólo he venido a cenar. Aaaayyyyy, déjame.

—A cenar y a otra cosa. ¿Verdad, mariconazo, que no ha venido sólo a cenar?

Gabriel se interpuso entre ellos y Ángel soltó a su mujer y le golpeó con la palma de la mano en el pecho.

—Tío, no te pases ni un pelo porque te parto la cara, te parto la cara con este único puñito que ves aquí, ¿quieres ver cómo te la parto?

—Por favor —contestó el otro—, sé razonable, entiendo tus sentimientos pero no me hagas llamar a la policía. Venga, coge un taxi y vete a tu casa. Mañana, si quieres, llámame y hablamos. Venga, por favor.

Por un momento, el filósofo le miró con ternura, como si fuera un amigo al que le estuviera ayudando a recuperarse. Ángel se tambaleó y trastabilló hasta casi caer sobre la acera. Gabriel le sostuvo alargando sus brazos.

—¡Déjame, no me toques, hijo de puta!

—Por favor, seamos civilizados, no me obligues a llamar a la

policía.

En el acercamiento, Ángel pudo percibir un intenso olor a perfume. Le pareció algo más alto y delgado que él, y que tenía cara de niño. Se fijó también en que el labio de arriba le temblaba. Era como si se lo estuviera rozando una mosca invisible.

—Maricón, ¿qué pasa? ¿Que quieres buscar ayuda, que me tienes miedo, eh? Por eso quieres llamar a la policía, maricón de mierda, con ese perfumito que me llevas que parece de… Oye —ahora dirigía su mirada hacia los ojos de la Reme—, a ti te veo algo despeinada… A lo mejor os he pillado justo cuando estabais echando un polvito, ¿eh? Claro, por eso habéis tardado tanto en bajar. Pues habérmelo dicho, hombre…

—Por favor —dijo Gabriel—, estás borracho. Lo mejor es que paremos un taxi y que te vayas.

—Quiero que ella venga conmigo, esta noche, sólo esta noche… Tío, no pongas esa cara, que no la voy a matar.

—¡Ángel! —exclamó la Reme—, ¡por favor! ¡Vete! ¡Vas a conseguir que te odie!

—Cállate, putón, que eres un putón verbenero, y si estoy bebiendo otra vez es por culpa tuya.

Ella lanzó un grito desconsolado. Lo hizo justo antes de que pasara un taxi con la lucecita verde encendida. Gabriel lo paró alzando mucho los brazos. Luego se acercó al taxista y le dijo, en voz baja:

—Tenemos a un amigo que ha bebido demasiado. Hay que llevarlo a su casa. Está muy pesado. A ver si usted nos puede ayudar a…

—Déjemelo a mí, en estos casos lo mejor es alguien que no esté en la cosa.

El taxista, un hombre grueso y con aspecto bondadoso, bajó del vehículo y se acercó hasta donde se encontraba Ángel, que ahora se apoyaba en un buzón. Con su aire de apacible seguridad, le puso la mano en el hombro. Ángel lo miró a los ojos. El taxista le sonrió.

—¿Qué pasa, que te has pasado un poquito bebiendo? Bueno, a todos nos ocurre a veces. Quieres venir conmigo, ¿a que sí?

De forma un tanto sorprendente, Ángel se incorporó y siguió a aquel hombre sin ofrecer resistencia. El taxista lo acompañó sosteniéndolo hasta que lo dejó caer sobre el asiento trasero del

coche. Allí cerró la puerta y se frotó un poco las manos. La Reme se apresuró a darle la dirección. Luego, cuando el hombre estaba ya sentado frente al volante, le ofreció un billete de dos mil pesetas.

—No, mujer, si no será tanto.

—Es igual, por favor, quédeselo, y muchas gracias.

—Bueno, gracias.

Cuando el coche arrancó, Ángel se dio la vuelta y pudo ver, a través del cristal trasero, cómo Gabriel y la Reme se dirigían hacia el portal. A lo lejos, cuando el taxista le preguntaba algo que él no podía responder y los árboles le impedían ya casi distinguirlos, le pareció ver cómo el brazo izquierdo del filósofo cubría el hombro de su mujer. La conocida sensación de angustia y derrota le recorrió una vez más.

El taxi lo dejó frente a la puerta de su casa. Bajó dando tumbos y, sin despedirse del taxista, entró y subió en el ascensor. Su estado de exaltación le hacía respirar con ritmo irregular, entrecortado, también intercalaba largos suspiros. Al cerrar la puerta, sintió el calor de la venganza, las ganas de actuar, de terminar con todo. Entró en el cuarto de baño. Ahuecó la mano bajo el grifo hasta llenarla de agua, se lavó la cara y se la frotó con la toalla. El espejo reprodujo sus ojos, que tenían un ribete rojo de cansancio. Tuvo ganas de estrellar el puño contra el espejo. Se contuvo. Extendió una torva sonrisa y luego se mordió clavándose los dientes en la mano. Ese dolor físico le resultó un alivio. En su dormitorio, la cama seguía como la había dejado. La sábana blanca arrugada, la manta amarilla, la almohada con la que tendría inevitablemente que dormir. En el suelo, debajo de unas novelas de ella, encontró el papel amarillento de sus poesías escritas a mano. Leyó en la primera página su letra de adolescente, su nombre completo y la fecha del concurso del ayuntamiento. También había dibujados un pájaro y una flor. Todo parecía estar allí para herirle en lo más hondo. Se sentó en la cama. En la mesilla de noche, junto a la minúscula lámpara de media pantalla, la Reme apareció sonriendo. Ella era allí sólo una foto. Se acercó y le besó la cara, los ojos, la frente, sintiendo el frío cristal en sus labios. Apagó la luz y, sin desvestirse, se dejó caer sobre el lecho. Ahora, en la oscuridad, el cuerpo de ella se hizo más creíble, más próximo. Esa poderosa fantasía erótica inundó con velocidad su mente. Ayudado por su muñón, abrazó la

almohada y, en una actitud inconsciente de fervor posesivo, la apretó contra su pecho. Después se bajó la cremallera de la bragueta y comenzó a masturbarse. Pensó que ese mismo placer que estaba llegándole tal vez lo estaría sintiendo en ese mismo instante la Reme al ser penetrada por ese hombre. Esa extraña sensación parecía excitarle de una forma nueva. Era como si los tres estuvieran haciendo el amor, como si el dolor y la ansiedad de la venganza aumentasen el placer, como si éste consistiera en dejarse llevar por aquella orgía salvaje de imágenes y sensaciones sangrientas. En el orgasmo, imaginó aquella exacta sensación en el cuerpo de la Reme, una Reme enamorada de ese tipo asqueroso cuya piel parecía estar rozando la suya. Con horror, imaginó el repugnante miembro blanquecino del filósofo moviéndose en el interior de aquella cavidad profanada que ya nunca volvería a ser suya. Imaginó a una Reme gozosa, gritando y clavándole a ese hombre las uñas en la espalda, en aquel mismo momento de la noche en que derramaba el líquido sobre las sábanas que tantas veces habían acariciado sus cuerpos. Lloró, lloró porque el placer de la venganza anegaba codiciosamente todos sus proyectos de futuro.

Tendría que calmarse y actuar. Tendría que actuar bien, sin precipitaciones, con resolución, para que todo pudiera terminar de una maldita vez. Pensó que cuando se despertase al día siguiente —si es que acaso lograba llegar a dormirse— tendría que afrontar el esfuerzo de no beber. No beber para actuar. Con su invalidez, un cuchillo no resolvería nada. Necesitaba un arma de fuego. Una pistola. Una escopeta de caza. Tenía que conseguirla rápido. Tuvo ganas de levantarse, de ir hasta la casa de aquel hombre otra vez, de intentar hablar por las buenas, «civilizadamente». ¿Pero hablar de qué? «No hagas más el payaso —se dijo—, lo que tienes que hacer es esperar y actuar». Abrazado de nuevo a la almohada, trató de relajarse sin pensar en el día que le esperaba tan sólo dentro de unas pocas horas. Cuando por fin el cansancio, el alcohol y los somníferos consiguieron dormirle, se enredó en una pesadilla en la que el filósofo le planteaba la posibilidad de vivir los tres juntos: *Tú —podrías ser nuestro camarero de lujo, podrías incluso hacernos esas maravillosas ensaladas de las que me habla Remedios cuando estamos juntos en la cama. Yo te pagaría bien*. ¡No, no, no!, se despertó gritando, empapado de sudor en el silencio de la noche.

Al día siguiente le despertó el teléfono a las once. Era el encargado del *parking*.

—No volveré nunca más —contestó con voz ronca y cavernosa —. Me han ofrecido un trabajo mucho mejor que el de ustedes. Adiós.

El intenso dolor de cabeza no le impedía tener las ideas claras para llevar adelante su plan. Se afeitó, se duchó y se vistió. Bajó al bar de enfrente y desayunó un café con leche y un *croissant*. Se permitió ser locuaz con el camarero, como si lo dominase el espíritu navideño. Luego llegó andando hasta la Diagonal, buscó un cajero automático y sacó cuarenta mil pesetas. La cuenta quedaba en descubierto, pero para qué querían ya el dinero. Tan pronto lo guardó en su cartera, se dirigió a El Corte Inglés y allí subió por las escaleras mecánicas hasta la planta en donde se encontraba la sección de deportes. Le atendió un joven dependiente que movía mucho las manos al hablar.

—Necesita un certificado médico, otro de no tener antecedentes penales, una fotocopia del seguro y pagar la licencia de caza. Pero, y perdone… ¿es para usted la escopeta?

—No, es para mi padre.

—Ah, bueno, porque le iba a decir que a usted, con lo del brazo, no le darían la licencia.

—¿Cuál es la escopeta que pesa menos?

—La Carioca 27.

—¿Puedo verla?

El joven dio unos pasos hasta donde se encontraban las escopetas de caza, cogió una y se la entregó.

—¿Tiene repetidor? —preguntó Ángel sosteniendo el arma.

—Sí, puede disparar diez veces seguidas.

—¿Y las balas?

El dependiente le trajo una caja.

—¿Y qué precio tienen?

—La escopeta vale ochenta y cinco mil, las balas tres mil ochocientas.

—Bueno, ya me hago una idea, gracias. A lo mejor me acerco la semana que viene y la compro… Otra cosa, ¿tienen bolsas de golf?

—¿Para los palos?

—Sí.

El dependiente hizo un gesto afirmativo con la cabeza y le dijo que le siguiera. Después de ver tres bolsas de diferentes colores, Ángel eligió la que le pareció más grande. La pagó en metálico y, nervioso, comenzó a hablar sin esperar respuesta, tratando de dar sensación de tranquilidad.

—Me han dicho que en el bajo Ampurdán es donde más jabalíes se ven. También dicen que hay conejos, muchos conejos. Creo que la caza es el deporte más bonito que existe, ya lo creo que sí. El golf también es muy bonito, muy difícil, pero muy bonito. Pero no se pueden comparar, el morbo de la caza no te lo da el golf. Cuando le pegas a un jabalí en la cabeza y lo ves caer, hombre, es precioso. Sientes una cosa.

Se despidió, cargó la bolsa en su hombro y se dirigió de nuevo donde se encontraban las escopetas. Detrás de él, una mujer preguntó al dependiente algo sobre raquetas de tenis. Ámbos se alejaron y desaparecieron por la derecha, tras una pared repleta de cañas de pescar. Un niño de unos cinco años de edad —tal vez el hijo de la mujer que ahora hablaba con el dependiente— se quedó mirándole. Ángel le sonrió y el niño hizo un gesto con la mano, como si le estuviera disparando con una pistola.

—Pum, pum, estás muerto, forastero —masculló con la voz de un personaje de película del Oeste.

Ángel se dio cuenta de que, salvo el niño, nadie le veía en ese momento. Decidido, se acercó a la Carioca 27, la tomó y la introdujo en la bolsa de palos de golf.

—Jo, ésa es de verdad. Y ¿por qué la metes en esa bolsa? —preguntó el niño.

Indiferente a esa mirada inocente, Ángel cerró la cremallera del capuchón, se acercó al mostrador, abrió el cajón en donde el joven había guardado las balas y cogió la caja. Luego volvió a abrir la cremallera de la bolsa y encajó las balas empujando fuertemente hacia abajo. Unas gotitas de sudor frío habían brotado de su frente. Ahora tenía que desaparecer de allí. Se giró y comenzó a andar despacio.

—Jo, tío, ¿estás robándola? ¡Qué guay!

—No —contestó él con una sonrisa que resultó poco creíble hasta para el niño—, ya pagué antes.

Con una raqueta en las manos, el dependiente seguía hablando

con la mujer. Sigilosamente, Ángel enfiló el camino hacia las escaleras mecánicas. Bajó dos pisos hasta la planta de la calle. Al fondo, vio los cristales de la salida. Si superaba aquella última puerta estaría salvado. Tan pronto llegó hasta ésta, comenzó a sonar una alarma muy aguda. De forma instintiva, frente a la mirada atónita de unas mujeres que se disponían a entrar, arrancó a correr y no dejó de hacerlo hasta que, después de tres calles, llegó a un pasaje estrecho. Allí se giró y pudo ver con satisfacción que nadie le seguía. Trató de relajarse, de reducir el ritmo de su respiración, de andar como cualquier otro transeúnte. A los pocos minutos tomó un taxi.

Cuando llegó al portal de su casa se encontró con una vecina.

—¿Qué llevas ahí, Ángel? Te veo muy cargado.

—Unos palos de golf. Es un regalo para un amigo —se limitó a contestar.

Ya en el piso, cerró la puerta y corrió las cortinas para que nadie pudiera verle. Luego extrajo cuidadosamente la escopeta de la bolsa de palos, la cogió con la mano y comenzó a observarla. Se acercó la mirilla a los ojos y apuntó al florero de plástico que se hallaba sobre el televisor. «No necesitaré utilizar la mirilla —pensó—, me acercaré mucho y dispararé a la cabeza». Con dificultad, ayudándose con los dientes, consiguió romper el precinto de plástico de la caja de balas. Después de leer la primera página del folleto de instrucciones, cargó la escopeta y dijo:

—Mañana, a la mierda con todo.

Otro elemento importante en el comportamiento violento del celotípico se halla en su frecuente naturaleza sadomasoquista. En 1937, Ronald Ebing describía el sadismo como una sensación de placer que experimentan algunas personas al producir dolor en otros. Por el contrario, el masoquismo era definido como una tendencia inversa al sadismo, en la que la excitación sexual deriva de experimentar dolor. El celotípico se caracteriza por el frecuente intercambio de ambas inclinaciones. En su estudio, Ebing hacía también hincapié en que en muchos casos, el celoso sadomasoquista puede encontrar excitación sexual en los propios celos que siente. De ello concluía que el sadismo y el masoquismo son componentes claros en la mayoría de los enfermos de celos. Por ejemplo, Ebing daba cuenta de las fantasías eróticas de muchos pacientes celotípicos que imaginaban a su rival torturando a su mujer o incluso a ellos mismos. La gratificación masoquista, de hecho, resulta del mismo sentimiento que sucede a la traición y a la exclusión, y es fuente de gran número de fantasías eróticas. El propio Sacher Masoch (cuyo apellido dio nombre a esta singular perversión), utilizó los celos para satisfacer sus placeres. En sus memorias, la mujer de Masoch narra las constantes propuestas que él le hacía para que se buscara amantes y le contara con detalle sus experiencias. También le sugería que se acostara con sus peores enemigos o con las personas que más le repugnaban. Y cuando ella llegaba a casa, Masoch se pasaba horas lamiendo su sexo (le rogaba que no se limpiara tras el acto), como si buscase tragarse aquella cifra líquida de humillación…

No recuerdo si este *gin tonic* lo he pagado ya o no. No, he pagado el del otro bar, el del Velódromo, pero no éste. No me quiero emborrachar porque mañana tengo que estar muy lúcido para actuar. Ésta es la última copa y luego a casita a dormir. Qué putón, a mis espaldas, ya me pareció muy rara durante los últimos días. Qué putón, qué putón, Dios mío, qué putón. A lo mejor ahora mismo se la está mamando a ese capullo de mierda. Bueno, por fin mañana se acabará todo. Ella se lo ha buscado. Por favor, el lavabo, ah, por allí, yo me hubiera ido por aquí. Pero bajando a la derecha no hay una puerta, entonces, ¿dónde está el…? Será esto. Sí, aquí es. Ah, qué bien, el principio de algunas meadas es casi como un orgasmo. Este cerdo es capaz de regarla con sus lluvias doradas. Qué tipo tan repugnante. Tiene cara de niño, de niñito peinadito, de ésos que recitan versos en los festivales de fin de curso. Bueno, bueno, ya tengo mi Carioca 27 en casa. Qué idea genial la de la bolsa de palos de golf como funda para mi Carioca 27. Así estará perfectamente camuflada y podré acercarme a ellos hasta el último metro. Con esta escopeta puedo disparar diez veces seguidas. Aunque sólo me harán falta tres. Mañana por la mañana iré al campo a practicar unos tiritos. Tendré que buscar un lugar en el que nadie me vea.

Cogeré el tren a Sant Cugat y de allí andaré hasta el bosque. Primero he de aprender a sacarla rápido de la bolsa; luego ensayaré unos disparos contra el tronco de un árbol, tal vez uno de aquellos pinos gigantes en los que nos apoyábamos para besarnos… No fallaré. Por favor, ¿le he pagado el *gin tonic*? ¿No?, pues tenga. Y lo de mi madre ha sido muy gordo. Una mujer de ochenta y dos años, el susto que le ha pegado la muy idiota. He tenido que ponerme serio porque quería venir esta misma noche desde Huercal Overa. Mamá, si estoy perfecto, le he tenido que decir, mejor que nunca,

de menuda guarra me he librado. Me la ha estado pegando con un imbécil que parece el hombre del tiempo de una cadena de televisión para capullos. Que no, mamá, que no estoy borracho. Bueno, unos vinitos, pero… que no, mamá, que estoy perfecto. Un poco deprimido, eso sí, son casi diez años, pero nada más. Mira, como vengas sin decírmelo me voy a enfadar mucho. Mamá, la cosa se veía venir desde hacía tiempo. No, porque estas cosas no se cuentan a las madres. Bueno, pues decídete, ¿a quién vas a creer, a esa degenerada o a tu hijo? Pues entonces no insistas. Que te digo que es un putón, mamá, un putón verbenero.

Sólo me faltaría que apareciera mi madre esta noche en Barcelona. Se desbarataría todo mi plan. No había pensado en esa posibilidad. Lo mejor será que me instale en un hotel. Uno cercano a la casa del pollo, un centro de operaciones. Y mañana, unos disparos de entrenamiento en Sant Cugat y, por la tarde, a esperarles en la puerta de su casa. Tengo ganas de ver la cara que pondrá esa puta al verme con la bolsa de palos de golf. Y cuando desenfunde y saque mi Carioca 27. ¿Qué cara pondrá entonces? Tres tiritos: pim, pam, pum y todo terminado… ¿Cuáles serán las últimas palabras que le diré? Bueno, las que me salgan, toma, por mamonaza, pim, y a ti, toma, por maricón, pam. Y luego la orientaré contra mi sien y entonces vendrá el último pum y el apagón de luces general. Tengo que permanecer tranquilo porque mañana estará todo resuelto. Sólo me queda pasar el último túnel negro, ése que sale en la noche en la que ya nada duele porque ya nada existe. La de hoy será la velada más larga de mi vida, seguro que no podré dormir. Ni con los calmantes ni con nada. Lo mejor será que me tome un Soñodor y medio. O mejor un Soñodor y un Orfidal. Más no, podría no poder levantarme por la mañana. Debo concentrarme en un vacío sin pensamiento, para que las horas transcurran sin que yo las sienta. No hay más que esperar. Si lo intentara ahora fracasaría. Tengo que aguardar a mañana, ensayar los disparos en el campo es fundamental, lo más inteligente. ¿Y si no vinieran juntos? ¿Y si sólo apareciera él? Tendría que esperar a otra oportunidad, tal vez al día siguiente. Esto alargaría horriblemente las cosas. Ojalá vengan juntos, cogiditos de la mano.

Tengo que pensar despacio, sin precipitarme. No pasa nada porque todo será nada en muy poco tiempo. Me detengo un

segundo frente al escaparate de esta tienda de juguetes. Todo preparado para la Navidad. Recuerdo el tren eléctrico que me regaló mi padre unos meses antes de morir y dejarnos a mamá y a mí solos. Me alivia pensar que sólo quedan los hechos, los hechos que triunfarán mañana sobre ese mecanismo inútil y doloroso de los sentimientos. No estoy triste, ni alegre, porque ya sólo soy una pieza en la cadena metálica que conduce al fin. No fallaré. Soy lo suficientemente listo para no fallar. Y todo es muy fácil. Andar en la cuerda sin mirar abajo. Tan pronto llegue a casa, cogeré la cartera, la bolsa de palos y buscaré un hotel cerca de la casa de ese hijo de puta. Creo que hay uno casi enfrente. No importa que sea un hotel caro. ¿Quién va a pedir cuentas a un cadáver? No debo pensar, ni beber, ni hacer tonterías, ya todo está pensado, soy una máquina, una lavadora que ejecuta un programa previsto de lavado. No estoy triste, ni alegre. Todo me da igual. Tengo que evitar las emociones, no dejarlas crecer. No fallaré. Tranquilidad. No puedo hacer nada hasta mañana. Es muy posible que estén ahora mismo desnudos en la cama. Pero ya lo siento de otra forma. Que lo aprovechen, que lo aprovechen, les queda muy poquito.

Qué putón, cada vez que lo pienso se me revuelven las tripas, con lo felices que podíamos haber sido. Pero no, aquí haciendo de cornudo. Vaya cuernazos me ha puesto esta cerda. Y yo pensando en el carnicero y en José Luis y en el pedante de la librería de enfrente. Aunque tampoco hay que descartar que se lo haya hecho con todos. Al menos ahora parece haberse concentrado en este idiota, se le nota en los ojos y en la cara de romántica que se le ha puesto. El pollo parece algo afrancesado, tiene un acento rarísimo, habla como con frenillo. Mañana le quitaré el frenillo a ese mariconazo de mierda. Por la única que lo siento es por mamá. Ella sí que va a tener un buen disgusto. Pero es que no puedo más, mamaíta, no lo resisto. Papá lo hubiera comprendido, él tampoco la hubiera perdonado, porque él… Tranquilidad. No quiero pensar, ni en mamá ni en papá ni en nadie. No hay que pensar en lo que ya está casi hecho. Toca esperar, esperar sin pensar, sin beber, sin sufrir. ¡Qué ganas tengo de que sea mañana para que todo termine de una vez! No, hombre, pero qué hago… ¿por qué estoy llorando? ¿No decía hace un momento que me sentía como una lavadora? ¿Es éste el piano-bar al que vinimos a tomarnos una copa el día que nos

dieron las llaves del piso? Bueno, ¿y qué?, no tienes que llorar en este momento por esto, Angelito, por favor. Además, aquella Reme no es la de ahora, no, no lo es. A la tumba me llevo el recuerdo de la de antes, sí, de mi Reme de antes. Cómo nos queríamos…

Pero mañana a esta hora ya no viviré. Esta mano con la que me rasco la frente no existirá, ni la mano que rasca ni la frente que siente ni los ojos que miran. Nada. Pero no tengo que pensarlo porque me da mucho vértigo… Una farmacia, perfecto. Voy a comprar unos Soñodores para dormir un poco. El Orfidal lo tengo en casa. No sé si podré dormir a pesar de las pastillas. Si me duermo y sueño, será mi último sueño. La farmacéutica se ha fijado en mis ojos. Los tengo rojos y húmedos de llorar. No, hombre, ¿otra vez?, no, no me llores ahora, Angelito, pórtate como un hombre, qué va a pensar esta pobre chica de la farmacia. Si sueño esta noche con mi Reme, qué levamos a hacer, Angelito, qué le vamos a hacer… No, pero no llores, por favor, ¿no ves que no se lo merece, que se trata de un putón que te ha convertido en el manco más cornudo de la Historia? Ya tenía razón el parapsicólogo, ya lo creo que la tenía. No sé cómo lo dijo, todo aquello de que era una zorrita de campeonato. En cambio, el psiquiatra de la seguridad social es buena persona, pero vaya despiste que me lleva el pobre. Ángel, que todo está en tu imaginación, que tienes que superar esas paranoias absurdas, que luego podrás vivir con ella tranquilamente. Fíjese usted cómo cambian las cosas, doctor, ya no iré nunca más al campo con mi Reme para escuchar a los pajarillos; mañana iré con mi Carioca 27 para prepararme a terminar con ella.

No he comido nada en todo el día. Tengo que comer algo en casa antes de salir hacia el hotel. Aunque no tenga hambre, aunque sólo sea un trozo de pan Bimbo de la nevera. ¿Pero por qué tuve que beber aquel último *gin tonic* que me llevó al accidente? Está prohibido conducir borracho y tú, Angelito, tú casi no podías sostenerte en pie. ¿Por qué estoy pensando eso ahora? No debo pensar en nada porque está todo hecho y decidido y ya no hay vuelta de hoja ni dudas ni miedos ni nada de nada. Y mañana no me empieces con acojonamientos, Angelito, que te conozco. *¡Pa lante! ¡Pa lante! ¡Pa lante!* ¡A la mierda con todo! No tengo que pensar en nada más que en ese último objetivo, soy una máquina de lavado y las máquinas de lavado no piensan. Soy una máquina, soy

una máquina. No fallaré.

El recepcionista del hotel observó la firma en el impreso y, de soslayo, la bolsa de palos de golf que colgaba del hombro de Ángel.

—¿Tiene más equipaje o eso es todo?

Ángel dudó un momento y alzó la bolsa de papel en que había metido una muda.

—Sí, eso es todo. Seguramente sólo estaré un par de noches, aunque querría una cama de matrimonio, por si aparece mi mujer.

Al recepcionista le extrañó que un manco pudiera jugar al golf, pero su profesión requería no hacer preguntas. Con un ademán preciso, llamó a un joven que se acercó rápidamente.

—Pérez, ayude al señor con el equipaje.

El joven se abalanzó sobre la bolsa que ahora pendía de su hombro.

—Permítame, permítame, yo la cojo.

Ángel se apartó con un gesto violento. Al observar la sorpresa de los empleados, comprendió que debía dar alguna explicación.

—Disculpa, es que soy muy supersticioso, mañana he de participar en un campeonato de golf para discapacitados…

Los otros parecieron convencidos.

—Pérez, tome la llave del señor, es la treinta y cuatro.

Cuando por fin el mozo le dejó solo —tras indicarle el funcionamiento del mando a distancia, mostrarle la llavecita del mueble bar, informarle de cómo telefonear al exterior y hacerle dos o tres observaciones simpáticas dirigidas a la obtención de la propina—, Ángel se dejó caer en la cama y encendió la televisión. Con el mando cambió los canales sin encontrar nada interesante. Por fin dejó la imagen sin sonido de un programa sobre la historia del Fútbol Club Barcelona. Se levantó, dio unos pasos y se detuvo un momento ante el espejo que había sobre el estrecho escritorio. Luego cerró las cortinas de la ventana y sacó del mueble bar una botellita de Beefeater que abrió con los dientes. Pensó que aquella dosis tan pequeña convertía el alcohol en una vitamina reconstituyente. Extrajo también una tónica y se preparó un *gin tonic*. Tras bebérselo de un trago —brindando consigo mismo ante el espejo—, abrió la cremallera del capuchón de la bolsa, sacó la

escopeta y la dejó cuidadosamente sobre la cama, apoyando la punta del cañón en la almohada. Luego fue al baño, orinó, tiró de la cadena, abrió el grifo de la bañera y, cuando obtuvo la temperatura deseada, tapó el desagüe. Cogió las botellitas de champú y gel —de avena y frutas áridas— y recordó cuánto le gustaba a la Reme que él le trajera del Ritz aquellos recipientes minúsculos que facilitaban a los clientes, con polvos de talco, fragancias, gorritos de baño… Luego se desvistió y se sirvió un segundo *gin tonic*.

Volvió a sentarse en la cama, apoyándose en el cabezal. Cogió el teléfono y se lo acercó a la oreja, sujetándolo con el hombro. Marcó el número de información.

—Por favor, ¿me puede usted dar el teléfono de Gabriel Cavestany? Ca-ves-ta-ny. No conozco su segundo apellido, pero sé que vive en Maestro Falla. Sí, sí, gracias, tomo nota.

Escribió el número en un pequeño bloc con el logotipo del hotel. Luego colgó, bebió otro trago y marcó:

—Diga.

—…

—¿Diga? ¿Sííííí?

—…

Cavestany alzó más la voz:

—¿Diga? ¿Diga?

Ángel dejó pasar unos segundos. Sentía unas ganas terribles de insultarle, de preguntarle por *su* Reme, pero la imagen reflejada en el espejo le impedía articular palabra: un hombre desnudo, con un solo brazo, y con una escopeta al lado (como flamante remedio ortopédico). Un hombre y una escopeta: los dos hermanados sobre una misma colcha de raso rojo.

—Diga, quién es, ¿síííííí? ¿Digaaa?

Ángel colgó.

De pronto se acordó de la bañera. El agua estaba a punto de rebosar. Cerró el grifo y volvió a la cama. Sacó la caja de la bolsa de palos de golf. Volcó las balas sobre la cama. Luego las esparció y removió como si fueran fichas de dominó. Cerró los ojos. Al azar, buscó una. Se la llevó a los labios, la besó y la depositó junto al rifle. Repitió la operación dos veces más. Luego extendió su pañuelo sobre la colcha, cogió las tres balas y las puso encima. Juntó los bordes del pañuelo y fabricó un hatillo diminuto, de cuento. Con la

ayuda de los dientes, logró apretar el nudo. En la televisión, ahora echaban un reportaje sobre la fecundación *in vitro*.

Allí estaba el túnel negro acercándose, acercándose, esperando la penetración del tren, el túnel negro como si guardara un secreto. Mecido por el traqueteo adormecedor y calentado por los rayos del sol que le daban en la cara, Ángel apoyó su muñón sobre la bolsa de palos que tenía entre las piernas. Sentado en el asiento de terciopelo verde, tenía la sensación de que aquella mañana existía ya en el pasado, como si su aciago plan se hubiera consumado hasta el último disparo contra él. Jamás tuvo nadie una mirada tan taciturna y sombría, una expresión tan triste, un conocimiento tan lúcido y animal de las cosas. El agua de sus ojos reflejaba un océano de soledad. Sudaba con un sudor macilento y frío, y no parecía tener vínculos con nadie, ni siquiera con aquel horizonte que había soñado para los dos muchos años antes.

El tren vibró con estruendo al entrar en el túnel. Ángel observó cómo su cara reflejada en el cristal iba modificándose con las formas oscuras que iban pasando a gran velocidad. Sentada frente a él, había una señora alta y algo gruesa, no muy joven pero bien conservada, guapetona, un poco ostentosa. A su lado, un niño muy pequeño escuchaba atento el cuento de Hansel y Gretel que ella le contaba. Tenía una voz bellísima, aguda, musical, una voz que parecía una campana. El uniforme del revisor y su forma de pedirle el billete provocaron en Ángel una sensación de miedo. Era como si los organismos oficiales mostraran ya su perfil acusatorio. Con un palmo de narices se iban a quedar los organismos oficiales. Él mismo se encargaría de ejecutar su propia y definitiva condena. Una condena que no sería nunca un castigo. Porque el castigo lo estaba padeciendo ahora con la confirmación de sus sospechas, con esa herida descomunal que, de no ser por la solución prevista, habría tenido que sufrir toda la vida. Sentía ganas de beber, de notar en la garganta el fresco alivio de la ginebra, pero sabía que no podía hacerlo. «También ese suplicio habrá terminado por la tarde —pensó—, en unas pocas horas». Apoyó su frente en la funda de la bolsa de palos de golf. Un hombre sentado a su lado parecía preguntarse: ¿Qué hace un manco con una bolsa de palos de golf?

Al salir del túnel, el sol despuntaba entre los árboles y parecía correr tras ellos paralelo al tren. Su intolerable fulgor no le permitía mirarlo directamente. Cerró los ojos.

Tengo que seguir, tengo que pensar que es la única solución para acabar con todo. Voy a morir en unas horas, justo después de acabar con ellos, con los dos, con el putón y con el otro. Moriré tranquilo porque esta sensación compuesta de nostalgia y odio también morirá conmigo. Ojalá lleguen juntos dispuestos a echarse el gran revolcón. No debo sentir celos de ese revolcón porque ya no se producirá, sólo se produce ahora, en mi cabeza, cuando lo pienso. Esa zorra con cara de mosquita muerta. Ese tipo con cara de niño de Pedralbes. Es increíble. Hasta en esto me lleva la pobre un despiste… Caramba, si te buscas a un tipo búscatelo un poquito más viril, masculino, ¿no? A gusto me hubiera quedado ayer si le hubiera dado un par de buenas hostias. Que llamo a la policía, que llamo a la policía, mariconazo de mierda. Y la otra, con esos ojitos de enamorada. Seguro que se cree que este imbécil es un genio, *es un filósofo, es un filósofo, ha escrito libros, escribe muy bien*. Pero ¿cómo va a escribir bien ese tío con esa cara de mariconazo? Nada, que es un putón descarriado que se tira a cualquiera que le diga que tiene los ojos bonitos. Lo sé porque yo fui uno de los primeros beneficiados. ¿A cuántos gilipollas se habrá tirado a mis espaldas? Seguro que se podría hacer un concurso con todos los gilipollas que se la habrán tirado para elegir al gilipollas supremo, como un concurso de mises pero al revés, con gilipollas supremos. Pero no debo beber, sobre todo, no debo beber, la cosa podría desbaratarse si ahora bebo un solo *gin tonic*. Ah, ¿es esto ya Bellaterra? Sí. Pues venga…

Con la bolsa de palos de golf en bandolera, Ángel salió presuroso de la estación, superó la plaza y enfiló la pendiente asfaltada de la urbanización conocida como Les Campanetes. Creía recordar —aunque sólo había estado allí la vez que a la Reme le dio por coger setas—, que detrás de las últimas casas se alzaba un camino sin asfaltar que conducía a un bosque de pinos. Efectivamente, tras el

seto de cipreses de la zona residencial, un sendero serpenteaba paralelo a un riachuelo de aguas muy turbias y malolientes. A la derecha, había una casucha vieja y destartalada, con un pequeño corral interior, rejas mohosas y paredes muy sucias. Era evidente que estaba abandonada. Al pasar junto a una ventana sin cristales, se detuvo a contemplar dos lucecitas que brillaban en la penumbra. Se trataba de los ojos de un gato. El animal maulló y dio un salto hasta quedar parado sobre el quicio de la ventana. Tenía una enfermedad en la piel y apenas le quedaba pelo. Por un momento, Ángel se sintió tentado a entrar y ensayar los disparos allí dentro, contra aquella pobre criatura. Con movimientos ágiles, el felino se encaramó por una tubería, ascendió a un ruinoso tejado lleno de jorobas y terminó situándose junto a una veleta torcida que todavía representaba a un gallo. Pensó que tal vez los disparos se oirían desde alguna de las casas más próximas de la urbanización. Siguió andando. Cuando al cabo de diez minutos llegó a los primeros árboles del bosque, reconoció el lugar exacto en el que ella se puso a gritar como loca por haber encontrado una seta. «La verdad es que es un poco tontita», se dijo mientras sacaba de su bolsillo el libro de instrucciones del arma. Ahora ya se encontraba donde había imaginado. Se detuvo. A lo lejos sonaba el rumor del tren. Girando sobre sí mismo, recorrió con la mirada todo un círculo completo. Nadie parecía advertir su presencia, sólo los pinos iban a ser testigos de sus ensayos preliminares. Dejó la bolsa en el suelo, corrió la cremallera de la capucha y sacó la escopeta. A continuación, consultó las instrucciones (aunque en el hotel ya se las había aprendido casi de memoria), cargó la escopeta y luego, acercándose hasta una distancia de un metro, disparó tres veces contra un grueso tronco. Perfectamente redondos, los agujeros quedaron impresos en la corteza del árbol. Luego, con sumo cuidado, extrajo del bolsillo de su pantalón el pañuelo con las tres balas y cargó la escopeta de nuevo. Con el mismo pañuelo, limpió el cañón y se secó la frente.

Con expresión jubilosa, el filósofo puso el disco de Beny Moré que tantos recuerdos le traía y, mientras revisaba el pasaporte y los billetes, lo cantó a voz en grito, tratando de imitar la prodigiosa «oh» del moreno.

—¡Oooooooooooooooh vida, no te alejes, ya sé, no has comprendido, con qué sublime intensidad mi bien, nos quisimooooooos!

Le agradaba el picorcillo de sol que entraba por la ventana del dormitorio, y contemplar aquel cielo azul de incomparable limpieza y diafanidad daba alas a su alma voladora. Tomó el álbum de la estantería, lo abrió al azar y se encontró con las fotos de Joana, Lourdes, Regina y Kathy. Todas le miraban sonrientes, complacientes, disponibles, como detenidas en el tiempo de sus respectivas situaciones con él. Pasó la página y aparecieron María José, Nancy, Esperanza y María Eugenia. Por un momento recordó aquella noche con Esperanza en el restaurante de Camprodón que tenía unas cataratas del Niágara en miniatura. También trató de sentir el tantas veces añorado contacto de piel con María Eugenia, su pelo sedoso extendiéndose sobre su miembro saciado. Pero apenas le decían ya nada esos momentos que él siempre había considerado entre los más intensos de su vida. *No me reconozco en el pasado porque he cambiado, porque ya no soy el mismo*, pensó. Con un rictus de tristeza, sonrió después al considerar el tiempo vanamente desperdiciado en tantas mujeres que, como si fueran un espejismo, se desvanecían casi tan pronto como se entregaban. Ese tiempo frenético de su vida anterior había sido eclipsado por la felicidad absoluta que ahora hallaba junto a la Reme. Porque, estaba seguro de ello, ni todas esas mujeres juntas lograrían proporcionarle el grado de dicha que había alcanzado ya con la joven asistenta.

Tras dejar caer el álbum en el cubo de la basura, cambió el disco

de Beny Moré por otro de Lucho Gatica. Un hondo sentimiento romántico llegó a su alma cuando escuchó:

Espérame en el cielo, corazón
si es que te vas primero
y allí, entre nubes de algodón,
haremos nuestro nido.

Cerró la maleta y de nuevo comprobó que llevaba consigo los billetes y el pasaporte. A los pocos minutos, sonó el interfono. La Reme ya estaba abajo con el taxi, dispuesta a emprender el viaje con él.

—¿Dónde se va ahora, señor Cavestany? —inquirió la portera al verle pasar silbando *La niña de Ipanema*, con la maleta en la mano.

—A Brasil.

—Dicen que es muy bonito.

—Es precioso.

—Pues muy bien, hombre, a divertirse, claro que sí. ¿Y pasará allí las fiestas?

—No, sólo estaré unos días… Ah, he dejado la basura al lado de la nevera.

—Muy bien… Y, por si no nos vemos, felices fiestas.

—Gracias, igualmente, adiós.

Con sus ojos de cotilla empedernida, la portera se quedó mirando cómo la Reme besaba a Gabriel dentro del taxi. «Menudo profesor éste», pensó con una envidia que parecía que la iba a escupir.

Allí mismo, veinte minutos después, Ángel pulsó el botón del interfono. No respondían. Insistió.

—¿Desea algo? —le preguntó la portera, con una revista del corazón entre las manos.

—Vengo a traerle unos palos de golf a Gabriel Cavestany.

La portera le miró con desconfianza. Luego puso unos ojos picaros y dijo bajando la voz:

—Ahora mismito lo he visto salir con una chica para el aeropuerto. Me ha dicho que se iba a Brasil.

No había tiempo que perder. Sin despedirse, salió a la calle y,

con la mano alzada, detuvo a un taxi que bajaba a gran velocidad.

—Al aeropuerto, a internacionales… No, gracias, esto cabe aquí detrás conmigo. Por favor, todo lo rápido que pueda, voy muy justo de tiempo.

Ya en el cinturón de ronda, sobre la vibración adormecedora del coche, rememoró algunos momentos de la película de su vida. Dispersos, ingrávidos en el tiempo, sin que él pudiera apenas entenderlos, los recuerdos confluían en este presente insoportable, intenso y definitivo que ahora le conducía al aeropuerto. El beso inocente a la niña del pijama blanco, el odio que sintió hacia su padre cuando le dio la paliza —que lo tuvo apartado del colegio una semana— el día en que, jugando, se cayó al pozo penumbroso. También recordó la tarde en la que el tonto del pueblo le contó su versión del nacimiento de la ternera (por un instante retuvo al tonto Evaristo riéndose y batiendo sus alas de cigüeña de París). Todas esas imágenes parecían luchar por salir a su conciencia. Acalorado, notó cómo sus ojos se humedecían al rememorar la noche en la que bailó con la Reme y la besó en lo más húmedo y sombrío del jardín municipal de Huercal Overa. Por un instante, creyó escuchar las palabras de amor que habían brotado ardientes de sus labios, traspasadas, devoradas por la fiebre de la sinceridad. También le pareció percibir el olor a polen de los pinos, cuando habían llegado con la moto a una playa del cabo de Gata y se bañaron desnudos entre el rumor de las olas y el suave chapoteo del agua, bajo aquella luna blanca, redonda y solemne que parecía una hostia.

Al llegar al aeropuerto sintió que se le secaba la gargarita, que los labios se le pegaban como papel mojado. Todo lo que deseaba era acabar de una vez. Cruzó la gran sala de vuelos internacionales. Al fondo, en una de las colas para facturar las maletas, los reconoció hablando y sonriendo. Le sorprendió que la realidad difiriera tanto de como él la había imaginado. El final estaba ahora a unos pocos pasos. Se detuvo. Iba a ser muy simple y rápido. Resuelto, comenzó a caminar hasta situarse justo detrás de ellos. Gesticulando exageradamente, el filósofo estaba explicando cómo se debía preparar un buen cóctel brasileño. La Reme le miraba con una sonrisa de soñadora. Incrédulo, Ángel escuchó sus palabras cuando dijo:

—Amor mío, me imagino Brasil como el Paraíso.

Gabriel se inclinó y la besó levemente en los labios. Con destreza, Ángel desenfundó la escopeta y acercó el cañón hasta la nuca de su rival. Disparó.

—¡Basta ya de mariconadas! —gritó, mientras el filósofo se desplomaba, bruscamente interrumpido cuando acababa de pronunciar la palabra *cachaga*.

Boquiabierto, agarrotado en la inmovilidad de una mueca de pánico, con el corazón palpitándole como una excavadora, Ángel se quedó frente a ella. Le hervía la sangre. Sintió el poder infinito del asesino, el placer de la venganza. Unas mujeres que estaban haciendo cola con las maletas dejaron escapar un grito y comenzaron a huir despavoridas. Nadie se acercaba para detenerle, para salvar a la muchacha, que ahora tenía sus ojos verdes como velados por una escarcha brillante. Ella permaneció quieta unos segundos, muda, bloqueada por la emoción que le producía aquel hombre en el suelo sangrando a borbotones por la cabeza, y aquel otro que con un brazo sostenía la escopeta que le apuntaba. Unos inmensos lagrimones comenzaron a resbalar con extraordinaria rapidez por las mejillas de Ángel, que contraía y dilataba los labios con vibraciones convulsivas.

—¡Tú te lo has buscado, por putón!

Amplificado por el silencio que se propagaba como un relámpago por toda la sala de vuelos internacionales, sonó el segundo disparo, seco, sordo, como un petardo. La muchacha dio un traspiés y cayó hacia un lado, sobre el cadáver de su amante. Un surtidor de sangre le brotó de la mejilla.

—Yo la quería con locura, yo la quería con locura, pero no ha podido ser, no ha podido ser —dijo Ángel llorando con voz desgarradora.

Luego se acercó el cañón hasta que el metal tocó su sien. Sus ojos eran dos fuentes por donde su alma se descargaba del raudal de una pena infinita.

—Y ahora yo, ahora yo, aaa…

El tercer disparo lo derribó con violencia. Su cuerpo quedó tendido junto a los otros. Debajo de ellos, sobre la bruñida lisura de mármol, se dilató un charco con una misma sangre tan oscura y espesa que parecía chocolate deshecho.

Completamente desnudo, Jaume Corrons se levantó, dio unos pasos hacia la televisión portátil que le había regalado a Manoli (que se había regalado a sí mismo) y modificó un poco la dirección de las antenas. Ahora, la imagen de los anuncios era perfecta.

—No hay como el directo, Manoli, no hay como el directo. Ver al Barça en directo es como una vibración, una cosa que te sube por aquí, ya lo verás. A mí me gustaría que lo siguieras con atención, porque esto requiere mucha atención. Yo a veces me pongo un poco nervioso, pero no pasa nada, ya se lo he dicho a la *madame*. ¿Tú entiendes lo del fuera de juego, verdad?

Manoli dijo que sí, pero sin convicción. El *botiguer* continuó hablando, al tiempo que encendía un puro descomunal, un puro que parecía de anuncio. Blanda y chisporroteante, la brasa le iluminó la cara.

—Ah, *molt bé,* porque lo que no puede ser es que no se entiendan las reglas básicas. Las reglas básicas son básicas… Oye, ahora que lo pienso, podríamos ir un día a ver un partido al campo. ¿Qué te parece? Al Nou Camp no, claro, allí me conoce todo dios, pero podríamos ir…

Jaume Corrons hizo una pausa que aprovechó para rascarse un poco la tetilla izquierda y para pensar. Parecía haber tenido una idea magnífica.

—¡Puñetas!, podríamos ir a ver un Madrid-Barça a la capital, je, je, je. Te gustaría, Manoli, te lo juro que te gustaría.

—Claro que me gustaría —dijo ella, sonriendo.

—*Cony*, y podríamos ir en autobús, con la *penya blaugrana. Ens fariem un tip de riure*. Y además, con el sargento, con la Doloretes, no hay problema porque esto de ir a Madrid a ver al Barça lo he hecho muchas veces. Tengo un amigo catalán que vive en Madrid, el Villalví, con el que hemos ido juntos al Bernabeu, ya lo creo que

hemos ido. El único problema sería que se apuntara ella. Ahora, con esto de los americanos y el concurso y la puñeta, se me está poniendo *molt, pero que molt pesada*. Y yo estoy un poco mosca porque he leído en una revista que estos americanos son fundamentalistas, como aquellos que se suicidaron en el rancho de California… Bueno, a la Doloretes le diré que tengo que hablar con Villalví de *negocis*, y no dirá ni *piu*. Además, a veces, ella también va con la peña femenina a Montserrat y yo no digo nada.

La cara de Corrons iba ganando el color del entusiasmo.

—Ah, y cuando te presente a este amigo, cuando te presente al Villalví, para matarlo de envidia, le diré que eres un ligue que me he echado, ¿sabes? Y tú ya verás cómo con la tomadura de pelo del Villalví, y con las trompetas y los tambores de la peña, reiremos, ya lo creo que reiremos, Manoli. *Ens farem un tip de riure*, je, je, je. Ah, y a ti te daría dinero, ¿eh?, no te creas… Hombre, no lo que te doy aquí por hora, porque entonces tendría que vender la tienda con el sargento y todo, pero ya me las arreglaré para que te caiga alguna buena propinita.

Manoli miró al *botiguer* como si, por momentos, éste se estuviera convirtiendo en el mejor cliente de su vida. Luego dijo:

—También podríamos ir a ver un Bilbao-Barcelona. Yo nunca he estado en el País Vasco… O algún partido internacional…

—Je, je, je, ya veo que tú, Manoli, desde la semana en Cuba te me has vuelto muy viajera, ¿eh? Claro que sí, viajar es muy bonito. Pues te diré una cosa, ahora que decías esto de Bilbao, hay que reconocer que en Bilbao se come muy bien. Hombre, no tan bien *com aquí a Catalunya*, pero bien, muy bien… No, pero lo de Madrid es otra cosa, allí te ríes más. Y si luego vas y el equipo pierde, mira, es horroroso, porque en el autobús de vuelta vamos que parece que vayamos a un entierro, pero, ya se sabe, unas veces se gana y otras se pierde, es la vida. Bueno, y si al final ganamos o, incluso, empatamos, entonces se arma la de Dios. Oye, y Madrid es bonito, ¿eh? Y los madrileños, a mí me hacen una gracia los madrileños, con esa forma que tienen de hablar que parecen chulos de verbena. Bueno, tú ya lo sabes porque estuviste viviendo un tiempo. Pides un bocadillo de pan con tomate en un bar y te traen el tomate cortado a rodajas. *Hem fan una gracia aquests madrilenys!* Y hay algunos de muy simpáticos, ¿eh?; yo estoy seguro de que si no fuera por el

fútbol, hasta me caerían bien.

Jaume Corrons sonrió con un aire beatífico. Aun sin darse cuenta, en el fondo era muy feliz.

—Yo —continuó tan pronto vio la imagen del nuevo entrenador—, soy del Cruyff. Como jugador no te lo cambiaría por nadie, ni por el Pelé de la mejor época, ni por Di Stéfano, ni por Maradona, por nadie; ¡cómo driblaba! —incorporándose un poco, el *botiguer* basculó con un movimiento de cadera, como si estuviera bailando—, hacía así, pim, pim, pim, y luego hacía pam, y la pasaba y dejaba a un tío solo delante del portero. Fíjate si la cosa es grande, que yo he conocido a gente que desde que se retiró el Cruyff, ya casi no les interesa el fútbol. Y como entrenador, digan lo que digan, a mí me parece el mejor que hemos tenido en toda la historia del club. Puñeta, cuatro ligas, una copa de Europa, ¿qué se puede pedir más? Lo que pasa es que la gente es desagradecida, y les gusta cambiar. Yo estoy seguro de que dentro de cuarenta años, la época de Cruyff será recordada como la más gloriosa de todas. Y entonces se le respetará todo lo que se merece, y muchos llevarán camisetas con su cara, y será como un san Pancracio local. Ah, y no te quepa la menor duda de que, en Barcelona, tendrá una calle con su nombre, «*carrer* Johan Cruyff», *ja ho crec que la tindra*, y no una calle pequeña, sino grande. Si de mí dependiera, yo le daría la Diagonal. Total ¿qué significa «diagonal»? Nada. En cambio, *avinguda Johan Cruyff* significaría mucho para mucha gente. Y quiere mucho a Cataluña, ¿eh?, ¡huy!, es muy catalanista; mira, lo primero que hizo cuando nació su hijo fue bautizarle con el nombre de Jordi, que ya sabes que para nosotros es el nombre más importante, con lo del dragón y lo del *president* y todo eso. Yo estoy deseando que vuelva a entrenarnos. Mientras no se produzca lo que yo llamo «la segunda venida del salvador», *no farem res*.

En la televisión habían comenzado las noticias, más breves hoy por estar programado el partido. De repente, sin que al *botiguer* le diera tiempo de subir el volumen con el mando a distancia, apareció la cara de Ángel en la pantalla. A continuación, unos cadáveres cubiertos con una manta.

—¡*Cony*, el manco! —exclamó Jaume Corrons, levantándose de un brinco de la cama y apretando el botón del mando.

Atónitos, con sendas muecas de sorpresa, Manoli y el *botiguer* se

quedaron observando al locutor, que ahora decía: «Testigos presenciales que estaban haciendo cola para facturar las maletas, han declarado que Ángel Peláez, el agresor, utilizó una escopeta y que primero disparó al profesor en la nuca para luego hacerlo sobre Remedios Rodríguez Alcázares».

En la pantalla, la imagen del locutor fue sustituida por la de un testigo presencial.

—Nosotros estábamos aquí haciendo la cola y entonces hemos escuchado el primer disparo, y nos giramos y vemos al señor que acababa de preguntamos la hora que se caía, y luego, después de unas palabras con ella, el otro disparo, y la chica también en el suelo, y, justo después, delante de mí, que casi parecía que me estaba mirando, va y se la pone aquí y… Ha sido horrible, horrible…

—¡Dios mío, no puedo creerlo! —exclamó Manoli, sobrecogida.

Tan pronto cambiaron de noticia, Jaume Corrons quitó el sonido con el mando a distancia y, tras un breve silencio, con candor, con ternura, miró a la prostituta y le dijo:

—Éste es el manco, nuestro manco… ¡Ay, Manoli, quedo parado!



CARLOS CAÑEQUE nació en Barcelona en 1957. Es profesor titular de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Barcelona y autor de numerosas publicaciones, entre las que destacan Dios en América (1988) y Conversaciones sobre Borges (1995). Con Quién, su primera novela, ganó el Premio Nadal 1997. Esta obra ha sido traducida al portugués y al inglés.

Notas

[1] Véase el tercer capítulo de mi libro El dilema de la autoconciencia en la postmodemidad, Editorial Muros, Barcelona, 1994, pág. 137 y ss., en especial el análisis que realizo de los sentimientos de Ulises al encontrar su casa tomada por los pretendientes (págs. 154-163). < <

[2] En mi artículo titulado «El don Juan de Zorrilla y la velada prostitución de doña Inés» (Revista española de filosofía, enero de 1996), creo demostrar que la interpretación que Gregorio Marañón hace del personaje de don Juan Tenorio es errónea. El *affaire* que el Tenorio tiene con doña Inés no lo tiene, como cree Marañón, con una mujer; lo tiene con otro don Juan superior a él tanto en raza como en sabiduría, lo tiene con Dios. Por eso perece y se entrega al amor cristiano, a ese amor que desbarata la esencia de su donjuanismo. < <